

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

AÑO XXXIX-XL
NUMERO 620-623
BARCELONA
NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1982
ENERO - FEBRERO 1983

¡Hasta siempre España!
¡Hasta siempre, tierra de María!



TEXTO COMPLETO DE TODOS LOS DISCURSOS
PRONUNCIADOS POR JUAN PABLO II EN SU VIAJE
APOSTOLICO A ESPAÑA

TESTIGO DE ESPERANZA

Su Santidad Juan Pablo II ha realizado su viaje apostólico de diez días en España, entre nosotros. Hemos tenido la inmensa gracia de verle y escucharle. Han sido días intensos para el Papa que ha recorrido los cuatro puntos cardinales de nuestra geografía en su misión de anunciar a Cristo hoy y aquí. Su palabra ha sido la voz del mismo Cristo referida a nuestra Iglesia y a nuestra Patria. La respuesta del pueblo español ha sido, según todas las opiniones, muy superior a la prevista, tanto en cantidad como en fervor, tanto en aclamación de su impresionante persona como en aceptación entusiasta de su mensaje. Esta actitud del pueblo español ha desbaratado tantas encuestas y superficiales análisis sociológicos que han pretendido, durante muchos años, dar por clausurada la identidad entre España y su raíz católica. La primera lección del Papa «venido de lejos» ha sido la de referirse siempre a la España católica y hablar a cada uno de los españoles —es sabido el don personalizador de todos sus discursos— como poseedor de una fe, aunque pueda estar más o menos viva. Aquí tenemos un primer punto importante de meditación.

Los discursos y homilias del Pontífice han abarcado una gama tan completa de cuestiones que puede decirse que ha sido la síntesis más completa de doctrina cristiana ofrecida a un pueblo en un viaje apostólico. Los españoles debemos agradecer al Papa esta lluvia de doctrina que, desde el más alto Magisterio, nos ha sido conferida con especial cariño demostrado en tantos y tan diversos lugares. Juan Pablo II sabe de la peculiar misión de España en la cristiandad. Una conciencia que nos honra y nos responsabiliza y que estaba siendo adormecida en nuestro propio suelo y que el Papa ha venido a despertar. Es éste un segundo tema de meditación para nosotros.

Entramos ya en el núcleo de sus enseñanzas. ¿Puede haber a este respecto un intento, por nuestra parte, de síntesis? Creemos poder resumir las palabras de Juan Pablo II en una sola: FIDELIDAD. Con todo lo que esta palabra conlleva de fidelidad al pasado y de proyección de futuro. Sobre todo con lo que su etimología expresa: fe. Una fe pura, íntegra, viva, sin desviaciones, sin recortes que mana del mismo evangelio que nos fue anunciado hace dos mil años, desde los mismos tiempos apostólicos. Una fe que España supo asumir como su propia identidad, dentro de su diversidad humana histórica, y que supo llevar en una expansión misionera sin precedentes, de modo especial, a todo un nuevo continente que es hoy la esperanza de la Iglesia. El Papa ha dado a España las gracias en nombre de la Iglesia universal por esta histórica fidelidad. Desde este punto de partida, y no de otro incompatible con él, nos ha urgido a proyectarnos hacia el futuro como Iglesia y como nación. En la vida familiar y en la vida social, en la comunidad parroquial y en la vida pública nos ha insistido en ordenar toda nuestra actividad desde esta misma fe. En resumen, El Papa Juan Pablo II nos ha predicado el Reino de Cristo. Y nos ha predicado, con sus peregrinaciones y sus palabras a poner a María, virgen y madre, en el centro de nuestra fidelidad.

Pero nuestra Iglesia y nuestra Patria no son, desgraciadamente, ajenos al movimiento secularizador y aún anticristiano. El Papa nos ha recordado que, pese a tanta confusión y tergiversación por parte de quienes tienen el deber de proclamar a Cristo y de comunicarlo a los hombres, la Iglesia de Cristo no ha cambiado en su doctrina y en su finalidad. Ella es, por expresa providencia divina, siempre fiel a su Fundador. Si algunos católicos españoles creían tener que acomodarse al espíritu del mundo, rebajar el ideal cristiano, transigir con el mal en tantos aspectos de la vida individual y colectiva, en lo doctrinal o en la práctico, en los dogmas o en las devociones y formas de espiritualidad, hoy ya deben saber que no es éste el camino a seguir. Siguiendo al Concilio Vaticano II el Papa, su autorizado intérprete, estamos invitados a mantener íntegra la fe y las costumbres en medio de todas las dificultades. Con la misma claridad y valentía con que lo ha hecho el Papa en España.

Guiado por Teresa de Jesús —como el mismo lo anunció— y siguiendo sus huellas ha recorrido nuestras plurales tierras como evangelizador y restaurador de la genuina comprensión y práctica del Evangelio. A los jóvenes y a los ancianos, a los sacerdotes y a los obispos, a los teólogos y a los menos estudiosos, a las familias y a las parroquias, a los misioneros y cuantos trabajan en medios de difusión, a los trabajadores y empresarios, a todos, en fin, ha invitado a instaurar todas las cosas en Cristo, las específicamente ligadas a la salvación eterna y las que han de ser ordenadas para no ser obstáculo a ellas desvirtuándose, además, como realidades naturales que están puestas por Dios al servicio de la misma vida humana. Ha sido todo un programa y toda una esperanza.

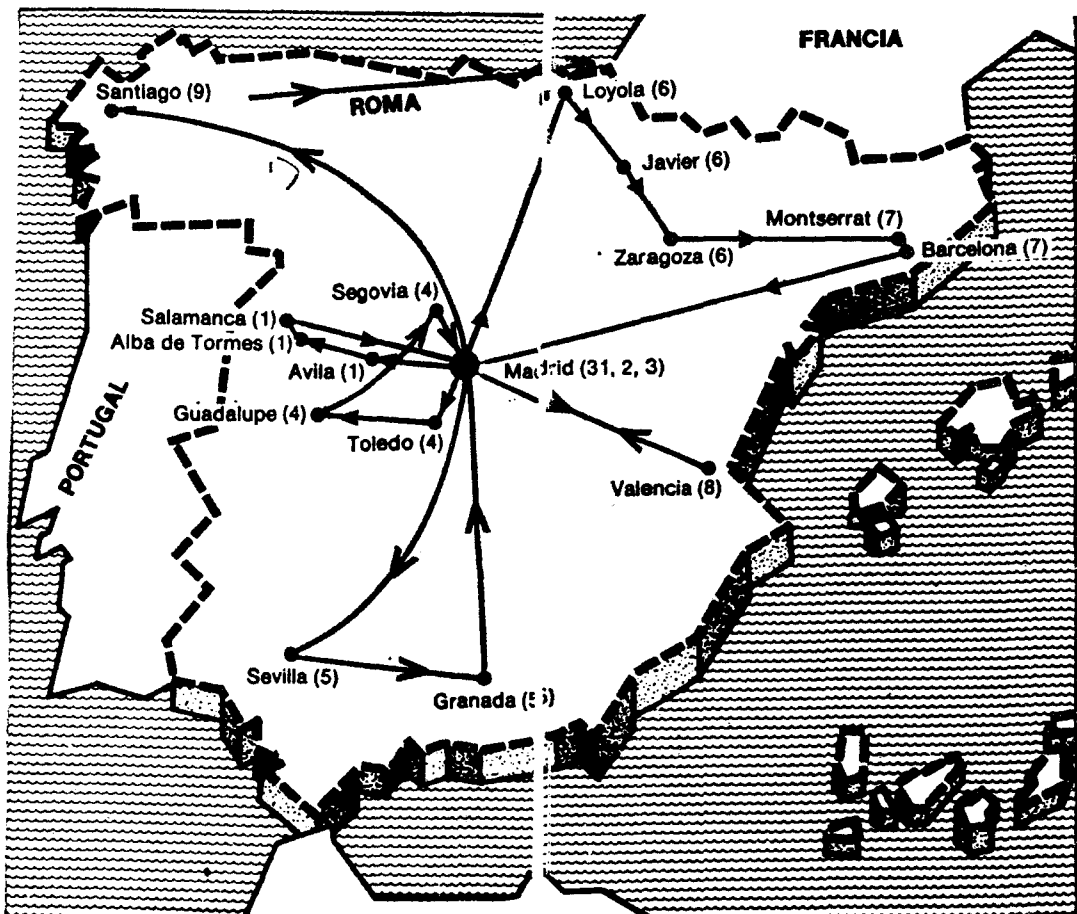
Aparece sin duda la pregunta fundamental: ¿Qué fruto esperamos de la visita del Papa? Empecemos por aclarar que una falsa sociología querrá explicar el entusiasmo popular por razones

extrínsecas al sentido mismo del viaje del Papa. Nosotros creemos, en cambio, que la sintonía entre el Papa y el pueblo que ha visitado radica precisamente en su genuino Magisterio. La multitud iba detrás de él porque hablaba «como quien tiene autoridad» y no como los escribas y fariseos de nuestro tiempo.

El pueblo conocía, y fue experimentando cada día, su talante espiritual, su visión integradora de la realidad divina y terrena del hombre. Este es el punto de partida de nuestra esperanza para el futuro. Esperamos que se recuerde su mensaje. Los obispos españoles se lo han propuesto como tema de los próximos ejercicios espirituales. Como seculares esperamos que toda enseñanza episcopal se haga en conformidad con las palabras del Papa y que desde el púlpito se predique a Cristo como lo ha hecho Juan Pablo II estos días inolvidables de auténtica misión. Si el éxito del viaje ha sido la autenticidad del mensaje esta misma autenticidad en la proclamación de la fe será el mejor fruto para un futuro mejor. Como padres de familia esperamos que la enseñanza en la escuela, pública y privada, confesional católica o no confesional será conforme con la fe y será incluso, lo ha dicho el Papa, educadora en la fe. Como miembros de la comunidad civil confiamos en que los legisladores recordarán que la piedra *de toque de la verdadera dignidad de la persona humana* es el respeto a la vida, incluso antes del nacimiento, que «¡Nunca se podrá legitimar la muerte de un inocente!»

Los responsables de la vida política, en el sentido más amplio de la responsabilidad, gobierno y oposición, políticos y eclesiásticos, los medios de comunicación y todos los intelectuales, deberán pensar como un elemento fundamental del bien de nuestra Patria que la identidad de España como nación es inseparable de la fe católica, como lo afirmó clarísimamente Juan Pablo II en Santiago de Compostela, y que si se olvida esta identidad no habrá convivencia pacífica entre nosotros ni seremos originales en nuestra construcción del futuro y en nuestra aportación a la causa de la humanidad.

La visita de Juan Pablo II no ha sido protocolaria ni circunstancial en ningún momento. Su figura personal y carisma han sido puestos al servicio de la proclamación del Evangelio sin respetos humanos que desvirtúen esta misión. Con todos los católicos decimos: gracias Juan Pablo II. Mejor aún, muchas gracias. Esta siembra de la palabra de Dios no ha de quedar infructuosa en esta tierra de María. Seguirá siendo, lo estamos empezando a comprobar, tierra de santos.



CIUDAD DEL VATICANO15 OCTUBRE

AL PUEBLO DE ESPAÑA

HASTA PRONTO ESPAÑA, TIERRA DE SANTOS, TIERRA DE TERESA

*Pocos días antes de comenzar su visita apostólica
S. S. Juan Pablo II dirigía el siguiente mensaje:*

Queridos hijos de España:

Se cumplen cuatrocientos años del tránsito de Santa Teresa de Jesús desde la tierra al cielo, después de una vida bastante larga para aquellos tiempos; aunque ella, con su donaire habitual, la comparó a una noche en mala posada.

He seguido con interés y cariño las celebraciones de este centenario. Sabéis que tenía programado realizar mi deseada visita a España en la fecha de apertura, 15 de octubre del año pasado. Los conocidos acontecimientos me obligaron a retrasar el viaje, que con el fervor de Dios tendrá lugar muy pronto. Así podré clausurar solemnemente el centenario teresiano en Avila y Alba de Tormes, el próximo día 1 de noviembre.

No podía pasar esta importante fecha sin enviaros mi particular felicitación y recuerdo. Porque Teresa de Jesús representa, para la Iglesia y para el acervo cultural de la humanidad, una figura cumbre. Ella unió la santidad con las cimas más altas de la mística. La calidad de sus obras literarias, la finura de su estilo, su singular testimonio espiritual y hasta su simpatía de mujer de poderosa inteligencia, sensibilidad exquisita y realismo son un ejemplo luminoso, que llena de consuelo. Y que estimula con un mensaje jugoso y válido para nuestra época.

**Tenía programado realizar
mi visita a España en la
fecha de apertura
del centenario**

**Teresa de Jesús representa
una figura cumbre para la
Iglesia y la humanidad**

Entre las mujeres santas de la historia de la Iglesia, Teresa de Jesús es, sin duda, la que ha respondido a Cristo con el mayor fervor del corazón: ¡Dame de esta agua!

(Avila, 1-noviembre)

Con su labor de Reformadora y Fundadora de monasterios puso en primer plano los horizontes del espíritu

La última idea del Renacimiento era sustituir la idea de Dios por la del hombre

Teresa de Jesús llega a lo más verdadero del hombre: la presencia activa y amorosa de Dios en él

¡Te bendigo con toda mi alma!

La trayectoria biográfica de Teresa se inserta en uno de los momentos más brillantes de la historia eclesial y civil de España, que constituye su siglo de oro. Teresa de Jesús deseó participar activamente en la formidable empresa evangelizadora de la América recién descubierta. Desde su condición de mujer se determinó a hacer todo lo posible, «hacer aquel poquito que estaba en su mano». Llevada por un designio providencial, con su labor de reformadora y fundadora de monasterios, puso en primer plano los horizontes del espíritu.

Ante la conmoción cultural del Renacimiento, cuya última raíz estaba en la sustitución de la idea de Dios por la del hombre como medida y luz de la creación; cuando el nuevo ritmo del pensamiento amenazaba desacralizar la existencia y postergar los valores divinos, Teresa de Jesús acomete el camino de la interioridad. Así avanza prodigiosamente por las moradas de su castillo personal, hasta llegar al centro donde Dios reside. Así llega a lo más hondo, lo más verdadero del hombre: la presencia activa y amorosa de Dios en él. Desde esta perspectiva, a la vez humana y sagrada, Teresa justifica y defiende la libertad, estimula a la justicia, invita a la práctica total del amor.

Sus maravillosas enseñanzas conectan perfectamente con los anhelos de nuestro siglo. Yo mismo lo pude comprobar cuando, en circunstancias difíciles de mis años juveniles, me acerqué al magisterio de Teresa y Juan de la Cruz. Y no es menor prodigio que tal aventura se haya cumplido en una mujer acosada por las enfermedades, siempre alegre, enemiga de artificialidades, sencilla, genuina.

Querido pueblo de España: Concluyo este mensaje subrayando una actitud de Santa Teresa: su fidelidad a la Iglesia, en cuyo seno ella vivió y murió. Ya desde ahora pongo mi visita bajo la protección de Santa Teresa de Jesús. Con ella os digo: Tened ánimo, vivid la esperanza, sed fieles a vuestra fe. ¡Hasta pronto, España, tierra de santos, tierra de Teresa! Te bendigo con toda mi alma, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Teresa de Jesús, hija singularmente amada de la Divina Sabiduría, andariega de Dios, reformadora del Carmelo, gloria de España y luz de la santa Iglesia, honor de las mujeres cristianas, presencia distinguida en la cultura universal.

(Avila, 1-noviembre)

A todos los españoles

VENGO A CONFIRMAROS EN LA FE
 ATRAIDO POR VUESTRA HISTORIA

Al pisar suelo español por primera vez, la tarde del domingo 31 de octubre, y tras saludar a las autoridades, el Santo Padre pronunció el siguiente discurso:

Majestades, venerables hermanos en el Episcopado,
 Autoridades, querido pueblo de España:

¡Alabado sea Jesucristo!

1. Con verdadera emoción acabo de pisar suelo español. Bendito sea Dios que me ha permitido venir hasta aquí, en este mi viaje apostólico.

Desde el primer momento de mi llegada a la capital de la Nación, mando mi saludo y recuerdo más cordiales a todos los habitantes de España. Los de las ciudades y de los pueblos; de la Península o de las Islas; de las grandes urbes o del último caserío disperso en la montaña o en la llanura; los de centros que visitaré en los próximos días y de los que no podré visitar físicamente.

Pensando en todos he emprendido esta visita pastoral, concebida y destinada por igual a todos los hijos de la Nación, a pesar de las inevitables localizaciones geográficas de la visita. Por ello, desde cualquier lugar donde me encuentre con los diversos sectores o grupos de la Iglesia en España, estaré hablando intencionalmente a ese sector o grupo eclesial de toda la Nación.

La comunión en el amor de Cristo, la imagen televisada y las ondas de la radio serán nuestros vínculos constantes en estos días. Manteniendo siempre ese carácter exclusivamente religioso-pastoral que tiene mi viaje, y que lo coloca por encima de propósitos políticos o de parte. Un carácter que, estoy seguro, todos deseáis justamente preservar, y os pido preservéis, colaborando eficazmente en tal dirección.

**Pensando en todos he
 emprendido esta visita
 Pastoral**

España siempre ha querido entrañablemente al Papa

Desde los primeros meses de mi elección pensé con ilusión en un viaje a España

Homenaje a Santa Teresa de Jesús en la clausura del IV centenario de su muerte

Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad

Gratitud a los españoles

2. Y ahora, después de este saludo, quiero expresaros mi más profunda gratitud. Gratitud, en primer lugar, a Su Majestad el Rey Don Juan Carlos, que ha tenido la deferencia de venir a recibirme a este aeropuerto de Barajas y que, interpretando sus propios sentimientos, los de la Reina y del pueblo español, me ha dado con fervientes y nobles palabras una cordial bienvenida.

Gratitud al Gobierno, Autoridades y Representantes del pueblo, por su grata presencia en este acto y por su preciosa colaboración en los preparativos de esta visita.

Gratitud a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas españoles; por el calor de vuestro recibimiento, por el afecto puesto en la hospitalidad dispensada a un amigo, y sobre todo a quien España siempre ha querido entrañablemente a lo largo de su historia: al Papa.

3. Precisamente porque conozco bien y aprecio en todo su significado ese rasgo característico del catolicismo español, deseo corresponder con una confidencia.

Llego a vosotros al cumplirse mi cuarto año de Pontificado. Exactamente un año después de cuanto estaba programado, y que no pudo realizarse por las conocidas causas. Y quiero ahora manifestaros que desde los primeros meses de mi elección a la Cátedra de San Pedro pensé con ilusión en un viaje a España, reflexionando incluso sobre la ocasión eclesial propicia para tal visita.

Hoy me trae a vosotros la clausura —en vez de la apertura— del IV centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, esa gran santa española y universal, cuyo mayor timbre de gloria fue ser siempre hija de la Iglesia y que tanto ha contribuido al bien de la misma Iglesia en estos cuatrocientos años.

Homenaje a España en su historia

4. Vengo, por ello, a rendir homenaje a esa extraordinaria figura eclesial, proponiendo de nuevo la validez de su mensaje de fe y humanismo.

Vengo a encontrarme con una comunidad cristiana que se remonta a la época apostólica. En una tierra objeto de los desvelos evangelizadores de San Pablo; que está bajo el patrocinio de Santiago el Mayor, cuyo recuerdo perdura en el Pilar de Zaragoza y en Santiago de Compostela; que fue conquistada para la fe por el afán misionero de los siete varones apostólicos; que propició la conversión a la fe de los pueblos visigodos en Toledo; que fue la gran meta de peregrinaciones europeas a Santiago; que vivió la empresa de la reconquista; que descubrió y evangelizó América; que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca, y la Teología en Trento.

Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes. En efecto, gracias sobre todo a esa sin par actividad evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo habla hoy y reza

¡Gracias, España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!

a Dios en español. Tras mis viajes apostólicos, sobre todo por tierras de Hispanoamérica y Filipinas, quiero decir en este momento singular: ¡Gracias, España; gracias, Iglesia en España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!

5. Esa historia, a pesar de las lagunas y errores humanos, es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo, para hallar en el momento presente las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerle vivir en el pasado, sino para ofrecerle el ejemplo a proseguir y mejorar en el futuro.

No ignoro, por otra parte, las conocidas tensiones, a veces desembocadas en choques abiertos, que se han producido en el seno de vuestra sociedad, y que han estudiado tantos escritores vuestros.

En ese contexto histórico-social, es necesario que los católicos españoles sepáis recobrar el vigor pleno del espíritu, la valentía de una fe vivida, la lucidez evangélica iluminada por el amor profundo al hombre hermano. Para sacar de ahí fuerza renovada que os haga siempre infatigables creadores de diálogo y promotores de justicia, alentadores de cultura y elevación humana y moral del pueblo. En un clima de respetuosa convivencia con las otras legítimas opciones, mientras exigiés el justo respeto de las vuestras.

Recobrar el vigor pleno del Espíritu y la valentía de una fe vivida

Objetivos del viaje

6. Para que esta visita surta los efectos que todos deseamos, he aquí tres vertientes que marcan los grandes objetivos de mi viaje a España:

— Confirmar en la fe, como Sucesor de Pedro, a mis hermanos (cf. *Lc.* 22,32). Para que la luz de Cristo siga alumbrando e inspirando la existencia de cada uno. Para que se respete la dignidad de todo hombre, que en Cristo halla su fundamento último.

— Confortar la esperanza, que es consecuencia de la fe y que ha de abrirnos al optimismo. ¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!, dije al principio de mi pontificado. Es el mensaje de esperanza que traigo también en esta visita.

— Alentar las energías de la Iglesia y las obras de los cristianos. Para que sigan siendo —como a lo largo de la historia— árbol cuajado de frutos de amor a Cristo y a los hombres. Para que los cristianos combatan batallas de paz y amor, estén comprometidos en la solidaridad con los hombres y sean en el momento actual generosos y perseverantes en obras de servicio, para el bien de todos los españoles y de la Iglesia universal.

Confirmar en la fe para que la luz de Cristo nos alumbre e inspire

Confortar la esperanza que ha de abrirnos al optimismo

Alentar al amor a Cristo y a los hombres

Invocación a la Patrona de la Hispanidad y al Patrón de España

Que Dios bendiga a España. Que Dios bendiga a todos los españoles con la concordia y la comprensión mutuas, con la prosperidad y la paz. Al Apóstol Santiago, Patrón de España, me encomiendo.

E invoco la protección de la Virgen Santísima del Pilar, Patrona de la Hispanidad, para que Ella bendiga este viaje.

A la conferencia episcopal

AL SERVICIO DE LA VERDAD Y LA FE CRISTIANA

El mismo día de su llegada Juan Pablo II inauguraba en Madrid la nueva casa de la Iglesia donde tras la Bendición de los locales se reunía con todos los obispos españoles, saludando después a los colaboradores y empleados de la Conferencia Episcopal

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Al principio de mi viaje apostólico a España, tengo la alegría de celebrar el encuentro que en todas mis peregrinaciones ha ocupado un lugar destacado: el de quien por misterioso designio de la Providencia es cabeza del Colegio Episcopal (cf. *Lumen gentium*, 22; *Christus Dominus*, 3) con sus Hermanos, miembros del mismo Colegio y de una determinada Conferencia Episcopal.

**El sucesor de Pedro,
principio y fundamento
perpetuo y visible de
unidad**

El momento que vivimos reproduce idealmente aquéllos en los que Pedro se alza en medio de los hermanos (cf. *He* 1,15) o «con los once» (*He* 2,14) o exhorta a los *ancianos*, anciano él mismo, a apacentar la grey de Dios (cf. *1 Pe* 5,1). Este momento es para el Sucesor de Pedro un tiempo fuerte de su misión como «principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, así de los Obispos como de la multitud de los fieles» (*Lumen gentium*, 23).

Saludo a la Diócesis de España

2. El apóstol San Juan se dirigía a los «ángeles» de las siete Iglesias de Asia, es decir, a las mismas Iglesias, para desearles «la gracia y la paz de parte del que era y del que viene...» «y de Jesucristo, el testigo veraz» (*Ap* 1, 4-5). Yo también quiero dirigir, en la persona de sus Obispos, un saludo nacido de lo profundo del corazón a cada una de las 65 Iglesias en España.

Dios sabe que mi mayor anhelo sería visitarlas todas, grandes y pequeñas, antiguas y jóvenes. No pudiendo hacerlo, por evidentes limitaciones de tiempo, querría que este encuentro fuera como una presencia espiritual en cada diócesis de España.

Pedro viene a vosotros a devolveros la visita

En vuestras recientes visitas *ad limina*, vosotros teníais conciencia de llevar con vosotros a los miembros de vuestras Iglesias particulares. Ahora Pedro viene a vosotros a devolveros la visita.

Gracia, pues, y paz a la Iglesia que está en Barcelona, a su Pastor y Obispos Auxiliares.

Gracia y paz a la Iglesia en Burgos, a su Ordinario y a los Obispos y diócesis de Bilbao, Osma-Soria, Palencia y Vitoria.

Gracia y paz a la Iglesia de Dios en Granada, a su Pastor y a los Prelados, con las diócesis de Almería, Cartagena, Guadix, Jaén y Málaga-Melilla.

Paz y gracia a la Iglesia que está en Madrid, a su Pastor y Obispos Auxiliares.

Paz y gracia a la Iglesia que está en Oviedo, a su Pastor y Auxiliar y a los Obispos y diócesis de Astorga, León y Santander.

Paz y gracia a la Iglesia de Dios en Pamplona, a su Pastor y a los Ordinarios y diócesis de Calahorra-la Calzada y Logroño, Jaca y San Sebastián.

Gracia y paz a la Iglesia que está en Santiago de Compostela, a su Ordinario y Auxiliar, y a los Obispos de Lugo, Mondoñedo-El Ferrol, Orense y Tuy-Vigo, con sus respectivas diócesis.

Gracia y paz a la Iglesia de Dios en Sevilla, a su Pastor, a su antiguo Pastor, y a los Obispos y diócesis de Badajoz, Cádiz-Ceuta, Córdoba, Huelva, Islas Canarias, Tenerife y Jerez de la Frontera.

Gracia y paz a la Iglesia que está en Tarragona, a su Ordinario y a los Prelados y diócesis de Gerona, Lérida, Solsona, Tortosa, Urgel y Vich.

Paz y gracia a la Iglesia de Dios que está en Toledo, a su Pastor y a los Obispos y diócesis de Ciudad Real, Coria-Cáceres, Cuenca, Plasencia y Sigüenza-Guadalajara.

Gracias y paz a vuestras Iglesias

Paz y gracia a la Iglesia que está en Valencia, a su Ordinario y a los de Albacete, Ibiza, Mallorca, Menorca, Orihuela-Alicante y Segorbe-Castellón, con sus diócesis.

Paz y gracia a la Iglesia de Cristo en Valladolid, a su Pastor y a los de Avila, Ciudad Rodrigo, Salamanca, Segovia y Zamora, con sus diócesis respectivas.

Gracia y paz a la Iglesia de Dios en Zaragoza, a su Ordinario y a los Obispos y diócesis de Barbastro, Huesca, Tarazona y Teruel-Albarracín.

Una Iglesia que es capaz de ofrecer al mundo una historia como la vuestra no ha podido agotar su riqueza espiritual y eclesial

Finalmente, paz y gracia del Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo (cf. 2 *Cor* 1,3) a todos los antiguos Pastores diocesanos de España, que hoy viven en el amor y la oración su entrega a la Iglesia y a la grey de Cristo que tuvieron encomendada.

Estos saludos, que no quieren ser meras palabras de cortesía, sino expresión de fraterno afecto, se prolongan en el mensaje que el Obispo de Roma se complace en transmitir a sus Hermanos en el Episcopado de estas tierras de España.

Para ello, dejemos hablar al Concilio Vaticano II, cuyos veinte años de apertura estamos conmemorando y que tan bien delineó la misión del Obispo en la Iglesia. Hablen los documentos conciliares, especialmente las páginas luminosas de la Constitución dogmática *Lumen gentium*.

La función del santificador es inherente a la misión del obispo

3. «Los Obispos, orando y trabajando por su pueblo, difunden de muchas maneras y con abundancia la plenitud de la santidad de Cristo» (*Lumen gentium*, 26).

Esta función de santificador es inherente a la misión de los obispos. Ellos son por vocación «perfectores» (cf. *Christus Dominus*, 15). Es decir, el Obispo es alguien que, madurado en la vida evangélica y en la imitación de Jesucristo, arrastra a otros y les ayuda a caminar hacia la misma madurez. O, más precisamente, alguien que, con el ejemplo y el testimonio, la palabra, la oración y los sacramentos, comunica a otros la plenitud de la vida en Cristo que trata de tener en sí mismo.

De ellos se espera —¡Dios y la Iglesia lo esperan!— que «pongan empeño en fomentar la santidad de sus clérigos, de los religiosos y laicos» sabiendo que, para ello, «están obligados a dar ejemplo de santidad en la caridad, humildad y sencillez de vida» (*Christus Dominus*, 15). En efecto, los Obispos santifican a su grey no sólo como administradores de los Sacramentos y predicadores de la Palabra revelada, sino también con su ejemplo y santidad. Siguiendo los pasos del Buen Pastor, los Obispos deben decir con Cristo: «yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad» (*Jn* 17,19).

Ante esta obra de santificador que es, al fin y al cabo, su tarea más alta, cada Obispo habrá de sentir, vibrantes en el fondo de su alma, algunas preguntas fundamentales. Para saber si la imagen suya que más impresiona a los fieles es la de un hombre de Dios, compasivo y sacrificado, impregnado del Evangelio y que lo irradia. Si es siempre, de manera particular, maestro de oración, transparencia y revelación del rostro de Dios para sus diocesanos. Y en qué medida es y aparece como el *Liturgo* de su diócesis, el que va adelante de su pueblo en la adoración al Señor, aquel que impulsa y dirige el culto divino en su Iglesia local.

Estoy seguro de que el gozo más grande de un Pastor de la Iglesia de Jesucristo que busca su propia perfección, es el que nace también del crecimiento de sus hijos en la santidad. Lo escribía el Apóstol Juan al atardecer de su vida. «No hay para mí mayor alegría que oír de mis hijos que andan en la verdad» (3 *Jn* 4).

El Obispo debe comunicar la vida de Cristo

De ellos se espera que pongan empeño en fomentar la santidad

Están obligados a dar ejemplo de santidad

Ha de preguntarse a sí mismo: ¿Soy hombre de Dios ante los fieles?

La diaconía episcopal

4. «Este encargo que el Señor confió a los pastores de su pueblo es un verdadero servicio, que en la Sagrada Escritura se llama con toda propiedad *diaconía*, o sea ministerio», leemos en la misma *Lumen gentium* (n. 24).

Los Padres de la Iglesia, los grandes maestros espirituales como San Juan de Ávila, Luis de Granada y tantos otros; los auténticos teólogos de ayer y de hoy, todos han sabido sacar del Evangelio la substancial enseñanza de Cristo sobre el servicio pastoral: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir» (Mt 20,26 y 23, 11); «el que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor» (Mt, *ibid.*).

El Concilio vuelve a insistir en nuestros días sobre la misma llamada al espíritu de servicio. Lo hace con un tono particular al hablar de los Obispos. Por ello, cuando buscando luz para su camino un Obispo lee y medita estos escritos, se siente invitado a pensar —con sencillez, humildad y alegría de corazón— en su manera de ser y de actuar en relación con la diaconía episcopal. Es decir, si cumple su misión de Pastor, inspirado en un real deseo de servir a los hermanos e hijos encomendados a su solicitud. Si sus actitudes concretas traducen tal deseo. Si aquellos de quienes es pastor tienen la convicción de encontrar en él un verdadero servidor. Y no puede menos de hacerse, en el fondo de su corazón, la pregunta más apremiante: Si es perfectamente sensible, en todo momento y circunstancia, a su responsabilidad, por pesada que pueda ser, de maestro y pastor. Y si trata de ejercer su autoridad en espíritu de servicio, pero sin abdicar de la verdad, aunque esto comporte sacrificios.

Maestros y predicadores

5. «Entre los principales oficios de los Obispos —leemos también en la *Lumen gentium*— se destaca la predicación del Evangelio» (n. 25). Es una característica de la eclesiología del Vaticano II esta prioridad dada a la tarea episcopal de la predicación. Porque los Obispos, añade el Concilio, «son pregoneros de la fe, que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, o sea los que están dotados de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de ser creída...; cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice deben ser respetados por todos como testigos de la verdad divina y católica (*ibid.*).

El pueblo de Dios tiene necesidad de Obispos bien conscientes de esa misión y asiduos en ella. Los creyentes, para progresar en su fe; los que dudan o se desorientan, para encontrar firmeza y seguridad; los que quizá se alejaron, para volver a vivir su adhesión al Señor.

El Obispo ha de prestar tal servicio a la verdad y a la fe cristiana sin ambigüedades. Me alegra por ello que ese servicio a la fe, como objetivo prioritario de vuestra Conferencia para los próximos años, haya sido elegido como tema por vuestras últimas Asambleas Plenarias.

A este propósito, parte importante de la función episcopal consistirá hoy en *aplicar correctamente, sin desviaciones por defecto o por*

El Obispo debe preguntarse siempre si es sensible a su responsabilidad de ser Maestro y Pastor

No debe abdicar de la verdad

El Pueblo de Dios necesita Obispos conscientes de su misión

Al servicio de la verdad y de la fe cristiana sin ambigüedades

exceso, las enseñanzas del último Concilio Ecuménico. Teniendo en cuenta las indicaciones aportadas por los documentos pontificios posteriores y, en especial, de aquellos que son como el fruto de los trabajos de cada Sínodo de los Obispos.

Obligación de predicar

Sin angustias, serenamente, pero con viva conciencia de un deber unido a la misión recibida de Dios y sellada con la consagración sacramental, cada Obispo debe dejarse interrogar interiormente por aquellos actos en los que se traduce tal deber: la atención, espíritu de fe y amor con que anuncia la Palabra de Dios; la importancia dada a las cartas pastorales, tratando de hacerlas, además de substanciosas, adaptadas al lenguaje del hombre de hoy, comprensibles y atractivas; el modo como emplea los medios de comunicación social, para que sean verdaderos multiplicadores de su palabra humana y vehículo de la Palabra de Dios; las relaciones que mantiene con los teólogos, ya sea para animarlos, ya sea, si fuera necesario, para ayudarlos a rectificar eventuales desviaciones.

Feliz el Obispo que de las respuestas sinceras a esas preguntas puede sacar, si no motivos de plena satisfacción, al menos razones de serenidad; la serenidad de un deber cumplido sin miedo, sin descorazonamiento, sin treguas.

Haced que se respete la verdad de la doctrina y su transmisión de acuerdo con el Magisterio

Un campo importante en el que aplicar vuestro servicio a la fe es el de la investigación teológica y de la enseñanza de las ciencias sagradas. Tenéis una grave responsabilidad, para que se respete la verdad de la doctrina y su transmisión, de acuerdo con el Magisterio.

Consecuentemente no podéis olvidaros de las publicaciones de carácter teológico y moral, que tanto influyen en la fe del pueblo.

Sé que sentís la responsabilidad de cumplir este cometido. Sé que veláis por garantizar asimismo la sana doctrina en la catequesis y en los textos escolares de religión. No ceséis en vuestro empeño. De esta solicitud depende en buena parte la formación cristiana de los jóvenes y de los adultos.

Sé que sois sensibles a los problemas que ha de afrontar vuestro pueblo, y que vosotros bien conocéis. Pido a Dios que vuestro celo pastoral se sienta siempre urgido para afrontar con lucidez de fe —y respetuosos de la justa autonomía del orden temporal— las cuestiones doctrinales y morales que en cada momento histórico hayan de encarar los creyentes.

La comunión es, ante todo, unidad en Cristo y en su doctrina, en la fe y en la moral, en sus sacramentos, en la obediencia a la jerarquía, en los medios comunes de santidad y en las grandes normas de disciplina.

Iluminar a los cristianos en la construcción de la ciudad temporal

Porque no pueden los cristianos dejar a un lado su fe a la hora de colaborar en la construcción de la ciudad temporal. Han de hacer sentir su voz, coherente con los valores en los que creen y respetuosa con las convicciones ajenas. Basta pensar en la defensa y protección de la vida desde su concepción, en la estabilidad del matrimonio y de la familia, en la libertad de enseñanza y en el derecho a recibir instrucción religiosa en las escuelas, en la promoción de los valores que moralizan la vida pública, en la implantación de la justicia en las relaciones laborales. Campos importantísimos —entre otros— que los Obispos no podéis dejar de iluminar con la luz cristiana. Porque donde esté el hombre padeciendo dolor, injusticia, pobreza o violencia, allí ha de estar la voz de la Iglesia con su vigilante caridad y con la acción de los cristianos.

Al servicio de la unidad

6. Cada Obispo es en su Iglesia Particular —como dice la *Lumen gentium*— «principio y fundamento visible de su unidad» (n. 23).

Éste es, entre los rasgos esenciales de la fisonomía del Obispo, el primero que el Concilio quiso acentuar. Y al hacerlo, está en perfecta coherencia con su propia doctrina eclesiológica. Pues si es cierto que la Iglesia es sacramento de comunión, es natural que el Obispo sea ante todo siervo, asertor, promotor y defensor de la unidad en la Iglesia.

Este servicio humilde y perseverante a la comunión, es sin duda alguna el más exigente y delicado, pero también el más precioso e indispensable. Porque es servir a una dimensión esencial de la Iglesia y a la misión de la misma en el mundo.

Esa comunión no es mera coincidencia en hechos comprobables estadísticamente, sino que es ante todo unidad en Cristo y en su doctrina: en la fe y en la moral, en los Sacramentos, en la obediencia a la Jerarquía, en los medios comunes de santidad y en las grandes normas de disciplina, según el conocido principio agustiniano: *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*.

Esa unidad profunda os permitirá además intensificar la utilización conjunta de fuerzas, para que los sacerdotes, los religiosos, miembros de Institutos Seculares, grupos apostólicos y pequeñas comunidades actúen



Siervo, promotor y defensor de la unidad de la Iglesia

Unidad en Cristo y su doctrina

Unidad en la predicación de la moral familiar y la observancia de las normas litúrgicas

Preguntarnos diariamente sobre el modo de ejercer nuestra misión

El Obispo ha de ser padre y pastor para los fieles indicando el camino y advirtiendo los peligros

siempre conectados entre sí y con clara conciencia de la coordinación de energías que exige la buena marcha de las Iglesias locales; para que éstas, sin dejar de preocuparse por su propia problemática, nunca se cierren sobre sí mismas ni pierdan de vista la perspectiva universal de la Iglesia.

Pero sobre todo os habrá de conducir a la obligada concordia en campos hoy más expuestos a la dispersión: en la predicación acerca de la moralidad familiar, en la necesaria observancia de las normas litúrgicas que regulan la celebración de la Misa, el culto eucarístico o la administración de los Sacramentos. A este propósito quiero recordar la correcta aplicación de las normas referentes a las absoluciones colectivas, evitando abusos que puedan introducirse.

Nosotros, puestos por el Señor como garantes de la comunión eclesial, no podemos menos de preguntarnos diariamente sobre el modo cómo vivimos y ejercemos tal misión, es decir:

Si tenemos siempre conciencia viva de nuestro deber de constructores de la unidad. Si nos damos cuenta de que preservar la unidad, a veces en medio de conflictos, no es arreglar con habilidad las partes en litigio, sino que es conducir las por caminos evangélicos a la reconciliación, a la mutua comprensión y finalmente a la renovada comunión como fruto de una búsqueda, quizá difícil, de la verdad en la caridad. Si tratamos de estar por encima de las facciones con el debido sentido de equilibrio, sin que ello signifique cómoda neutralidad, para poder atraer unos y otros al único y verdadero principio de unidad eclesial. Si sabemos ser pacientes y longánimes, perseverantes y sacrificados en la búsqueda de la unidad.

Pastores dedicados y vigilantes

7. Entre tantas palabras luminosas del Concilio a los Obispos, no quiero dejar de leer con vosotros estas otras: «El obispo, enviado por el Padre de familia a gobernar su familia, tenga siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor... Tomado de entre los hombres y rodeado él mismo de flaquezas, puede apiadarse de los ignorantes y equivocados... Consciente de que ha de dar cuenta a Dios de sus almas, trabaje con la oración, con la predicación y con todas las obras de caridad» (*Lumen gentium*, 27).

Es muy significativo que el Concilio llame al Obispo, uniendo dos términos afines, Padre y Pastor. Porque, en efecto, él ha de ir delante de sus fieles con afecto de padre y solicitud de pastor. Para indicar los senderos, prevenir los peligros o defender de las asechanzas.

Con ese espíritu tratará de conocer en lo posible a cada uno de los que le están confiados, y se esforzará por conducir a todos hacia una participación cada vez más activa y personal en la vida de la Iglesia particular.

Cuando, para agradecer a Dios su llamada al servicio pastoral o para ser aún más fiel a ella, el Obispo examina su propia vida y actividad, no podrá menos de hacerse a sí mismo las preguntas que mejor reflejan su empeño de fidelidad hacia Quien lo llamó, y de entrega a quienes le han sido confiados.

La autoridad le viene de Dios

Para asegurarse de que tiene siempre hacia aquellos que el Padre le encomendó, un corazón de padre. De que siempre une la autoridad que le viene de Dios a la bondad, mansedumbre y compasión. De que ejerce debidamente su misión de padre y pastor con los sacerdotes, religiosos, laicos, hombres y mujeres, adultos y jóvenes, sabios e iletrados, ricos y pobres. De que se esfuerza, a través de un íntimo contacto con el Buen Pastor, por renovar su ánimo pastoral, preparándose para nuevas iniciativas y crecer en las cualidades exigidas de quien debe apacentar una grey no suya, sino de Jesucristo.

Debe apacentar una grey no suya sino de Jesucristo

Queridos Hermanos: Mientras en fraterna convivencia meditábamos y nos dejábamos interpelar acerca de nuestra común vocación en la Iglesia y en el mundo, no podía menos de dar gracias a Dios por vuestro esfuerzo en esa dirección. Y, a la vez, pido al Sumo Sacerdote, Jesús, os conceda abundantes gracias que os sostengan en vuestro abnegado ministerio y profundo amor a la Iglesia.

Ser guías para preservar la identidad de nuestra patria, España

Vuestro País, que experimenta una transición socio-cultural de grandes proporciones y busca nuevos caminos de progreso; que desea la justicia y la paz; que teme, como los otros, ante el riesgo de perder su identidad; este País, y sobre todo la Iglesia que en él peregrina hacia el Padre, darán gracias infinitas a Dios si encuentran siempre en vosotros maestros, padres, guías, pastores, animadores espirituales como los delineó el Concilio.

España, defensora de María

A pesar de las sombras, tengo confianza en la Iglesia de España

8. Hermanos míos: hemos de concluir este encuentro. Y lo hago con una fuerte llamada a la esperanza. Esa esperanza que quiere ser mi primer mensaje a la Iglesia en España. Porque —dejádmelo decir— a pesar de los claroscuros, de las sombras y altibajos del momento presente, *tengo confianza y espero mucho de la Iglesia en España*. Confío en vosotros, en vuestros sacerdotes, religiosos y religiosas. Confío en los jóvenes y en las familias, cuyas virtudes cristianas han de ser, como en el pasado, venero de vocaciones.

Una Iglesia que es capaz de ofrecer al mundo una historia como la vuestra, y la canonización —en el mismo día— de hijos tan singulares y universales como Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y Francisco Javier (con otros tantos, antes y después) *no ha podido agotar su riqueza espiritual y eclesial*. Prueba de continuidad es la próxima beatificación de Sor Ángela de la Cruz.

Con esa confianza os aliento a seguir guiando vuestra grey, como la habéis hecho en momentos particulares; a ir siempre delante de ella con el ejemplo, para darle, en cualquier circunstancia, seguridad y nuevos alientos.

9. Motivo particular de esperanza es para mí la *sólida devoción* que este pueblo, con sus Pastores al frente, profesa privada y públicamente *a la Madre de Dios y Madre nuestra*.

Pertenecéis a una tierra que supo defender siempre las glorias de María

Pertenecéis a una tierra que supo defender siempre con la fe, con la ciencia y la piedad las glorias de María: desde su Concepción Inmaculada hasta su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos, pasando por su perpetua virginidad. No olvidéis este rasgo vuestro. Mientras sea este vuestro distintivo, estáis en buenas manos. No habéis de temer.

Que Jesús, modelo acabado de Pastores, Hijo de María, os ayude siempre. Os bendigo en su nombre cordialmente.

A LOS COLABORADORES Y EMPLEADOS DE LA
CONFERENCIA EPISCOPAL

TRABAJAD AL SERVICIO DE LA IGLESIA

«Queridos colaboradores y empleados de la Conferencia Episcopal: Después de celebrar el encuentro con los obispos españoles, en la nueva Casa de la Iglesia que se acaba de inaugurar, siento una gran alegría al estar ahora entre vosotros, sacerdotes, religiosos, religiosas, miembros de institutos seculares y seculares, que colaboráis en las tareas de la Conferencia Episcopal Española.

Vuestro trabajo tiene que estar verdaderamente al servicio de la Iglesia. Es muchas veces una tarea ardua, no aparente, sencilla, falta de compensaciones de contactos personales. Tiene, sin embargo, un gran valor pastoral, porque significa una contribución imprescindible a la tarea evangelizadora de la Iglesia en España.

Vuestra especialización en los distintos campos pastorales ha de ser una ayuda para que los obispos puedan llevar a cabo con mayor eficacia su misión de magisterio, de gobierno y de santificación en las Iglesias locales. Por otra parte, es una colaboración preciosa que facilita a los pastores poder iluminar, con mayor coordinación y competencia, los distintos aspectos religiosos y apostólicos de la Iglesia española.

La labor que realizáis tiene que estar presidida por un *testimonio de entrega y de fidelidad a la Iglesia*. Los obispos, al llamaros a desempeñar esta delicada misión, han puesto su confianza en vosotros y os han hecho participar de sus preocupaciones pastorales. Esta confianza exige de vosotros una *respuesta generosa, una discreción constante*, una ejemplaridad de vida que reflejen vuestra responsabilidad eclesial.

El estilo de vuestro trabajo ha de caracterizarse por la disponibilidad para servir a las personas y a las instituciones pastorales, así como a cuantos se acercan a vosotros esperando una respuesta que traduzca el sentir de la Iglesia.

Debéis buscar siempre la unidad entre vosotros y entre las distintas comisiones episcopales para que los resultados de los trabajos sean más útiles y eficaces. Vuestra tarea, diversificada según los distintos campos de la vida eclesial, ha de constituir un conjunto armónico impregnado de un espíritu de auténtica fraternidad.

Las comunidades locales esperan de vosotros ayuda solícita y generosa para poner en marcha los programas de acción pastoral establecidos por las decisiones que vuestros obispos adoptan colegialmente. De ahí que os tengáis que esforzar por hacer vuestro trabajo con seriedad, competencia y sentido eclesial.

Hace falta un continuo afán de superación para que la tarea que lleváis entre manos adquiera cada día mayor calidad y responda adecuadamente a las necesidades y exigencias de la acción de la Iglesia en la nueva sociedad española.

Sé que vuestros obispos aprecian la dedicación que prestáis a la Conferencia Episcopal. Yo también quiero agradeceros este servicio, alentándoos a seguir colaborando con la Iglesia en esta misión concreta que os ha sido encomendada.

Mi agradecimiento se dirige también a los seculares que con su trabajo contribuyen a la buena marcha de las tareas que se desarrollan en esta casa. Estad convencidos de que vuestra colaboración es muy valiosa para la organización y funcionamiento de este organismo eclesial. Por ello os animo a seguir trabajando con entusiasmo, con sentido profesional y cristiano, conscientes de que estáis en el centro mismo desde el que se impulsa la acción pastoral de la Iglesia en España.

La nueva organización de la Casa de la Iglesia, los nuevos medios que se ponen en manos de todos vosotros facilitarán el trabajo, constituyendo un estímulo para vuestras actividades.

Al inaugurar esta casa estoy seguro de que encontraréis en ella un magnífico instrumento para intensificar la vida pastoral de la Iglesia española.

Os reitero la alegría de estar hoy con vosotros y quiero a la vez hacer llegar a vuestras familias una palabra de afecto y de reconocimiento. A ellas y a vosotros imparto gustosamente mi bendición apostólica.

A LOS MIEMBROS DE LA ADORACION NOCTURNA

La presencia sacramental de Cristo es fuente de amor

Al caer la tarde, el Papa tuvo un acto eucarístico con la Adoración nocturna española pronunciando una alocución y ofreciendo una oración para sus miembros

¡Dios está aquí! ¡Venid, adoradores. Adoremos a Cristo Redentor!

1. Con estas hermosas palabras el pueblo fiel español canta su fe en la Eucaristía.

Me alegré por ello al conocer vuestro deseo de que participase con vosotros en una adoración eucarística. Gozoso me encuentro, junto a Jesús Sacramentado, con vosotros, miembros de la Adoración Nocturna Española, que, con tantos otros cristianos que se unen a vosotros en tantos rincones de España, tenéis una profunda conciencia de la estrecha relación que hay entre la vitalidad espiritual y apostólica de la Iglesia y la Sagrada Eucaristía.

Con vuestras veladas de adoración tributáis un homenaje de fe y amor ardientes a la presencia real de Nupestro Señor Jesucristo en este Sacramento, con su Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, bajo las especies consagradas.

Esta presencia nos recuerda que el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, sino un Dios muy próximo, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres (cf. *Prov.* 8,31). Un Padre que nos envía a su Hijo, para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. *Jn.* 10,10). Un Hijo, y Hermano nuestro, que con su Encarnación se ha hecho verdaderamente Hombre, sin dejar de ser Dios, y ha querido quedarse entre nosotros

«hasta la consumación del mundo» (cf. *Mt.* 28,20).

2. Se comprende por la fe que la Sagrada Eucaristía constituye el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Esposa. Es la raíz y cumbre de la vida cristiana y de toda acción de la Iglesia. Es nuestro mayor tesoro que contiene «todo el bien espiritual de la Iglesia» (*Presbyterorum ordinis*, 5). Ella debe cuidar celosamente cuanto se refiere a este misterio y afirmarlo en su integridad, *como punto central y prueba de aquella auténtica renovación espiritual propuesta por el último Concilio.*

En esta Hostia consagrada se compendian las palabras de Cristo, su vida ofrecida al Padre por nosotros y la gloria de su Cuerpo resucitado. En vuestras horas ante la Hostia santa habéis advertido que esta presencia del Emmanuel, Dios-con nosotros, es a la vez un misterio de fe, una prenda de esperanza y la fuente de caridad con Dios y entre los hombres.

3. El misterio de una fe, porque el Señor crucificado y resucitado está realmente presente en la Eucaristía, no sólo durante la celebración del Santo Sacrificio, sino mientras subsisten las especies sacramentales.

Nuestra alabanza, adoración, acción de gracias y petición a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se enraizan en este misterio de fe.

Esa misma presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo, bajo las especies de pan y vino, constituyen una articulación entre el tiempo y la eternidad, y nos proporcionan una *prenda a la esperanza* que anima nuestro caminar.

La Sagrada Eucaristía, en efecto, además de ser testimonio sacramental de la primera venida de Cristo, es al mismo tiempo un anuncio constante de su segunda venida gloriosa, al final de los tiempos.

Prenda de la esperanza futura y aliento, también esperanzado, para nuestra marcha hacia la vida eterna. Ante la sagrada Hostia volvemos a escuchar las dulces palabras: «Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt. 11,28).

La presencia sacramental de Cristo es también *fuerza de amor*. Porque «amor con amor se paga», decís en estas tierras de España.

Amor, en primer lugar, al propio Cristo. El encuentro eucarístico es, en efecto, un encuentro de amor. Por eso resulta imprescindible acercarse a El con devoción y purificados de todo pecado grave.

Y amor a nuestros hermanos. Porque la autenticidad de nuestra unión con Jesús sacramentado ha de traducirse en nuestro amor verdadero a todos los hombres, empezando por quienes están más próximos. Habrá de notarse en el modo de tratar a la propia familia, compañeros y vecinos; en el empeño por vivir en paz con todos; en la prontitud para reconciliarse y perdonar cuando sea necesario. Será, de este modo, la Sagrada Eucaristía fermento de caridad y vínculo de aquella unidad de la Iglesia querida por Cristo y propugnada por el Concilio Vaticano II.

4. Termino alentándoos, queridos adoradores e hijos todos de España, a una *honda piedad eucarística*. Esta os acercará cada vez más al Señor. Y os pedirá el oportuno recurso a la confesión sacramental, que lleva a la Eucaristía, como la Eucaristía lleva a la confesión. ¡Cuántas veces la noche de adoración silenciosa podrá ser también el momento propicio del encuentro con el perdón sacramental de Cristo!

Esa piedad eucarística ha de centrarse ante todo en la celebración de la Cena del Señor, que perpetúa su amor immolado en la cruz. Pero tiene una lógica prolongación —de la que vosotros sois testigos fieles— en la adoración a Cristo en este divino Sacramento, en la visita al Santísimo, en la oración ante el sagrario, además de los otros ejercicios de devoción, personales y colectivos, privados y públicos, que habéis practicado durante siglos. Esos que el último Concilio ecuménico recomendaba vivamente y a los que repetidas veces yo mismo he exhortado (cf. p. ej. *Dominicae cenae*, 3; Homilía en Dublín, 29 septiembre 1979).

«La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este Sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración» (*Dominicae cenae*, 3). Y en esas horas junto al Señor, os encargo que pidáis particularmente por los sacerdotes y religiosos, por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

Queremos sentir como tú y valorar las cosas como las valoras tú. Porque tú eres el centro, el principio y el fin de todo. Apoyados en esta esperanza, queremos infundir en el mundo esta escala de valores evangélicos, por la que Dios y sus dones salvíficos ocupan el primer lugar en el corazón y en las actitudes de la vida concreta.

ORACION PARA LA ADORACION NOCTURNA

Tú eres nuestra esperanza: ¡Aumenta nuestra fe!

¡Señor Jesús! Nos presentamos ante ti, sabiendo que nos llamas y que nos amas tal como somos. «Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Hijo de Dios, (Jn 6, 69). Tu presencia en la Eucaristía ha comenzado con el sacrificio de la última Cena y continúa como comunión y donación de todo lo que eres. *Aumenta nuestra fe.*

Por medio de ti y en el Espíritu Santo que nos comunicas, queremos llegar al Padre para decirle nuestro «sí» unido al tuyo. Contigo ya podemos decir: «Padre nuestro». Siguiéndote a ti, «camino, verdad y vida», queremos penetrar en el aparente «silencio» y «ausencia» de Dios, rasgando la nube del Tabor, para escuchar la voz del Padre que nos dice: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle» (Mt 17,5). Con esta fe hecha de escucha contemplativa, sabremos iluminar nuestras situaciones personales, así como los diversos sectores de la vida familiar y social.

Tú eres nuestra esperanza, nuestra paz, nuestro Mediador, hermano y amigo. Nuestro corazón se llena de gozo y de esperanza al saber que vives «siempre intercediendo por nosotros» (Heb 7, 25). Nuestra esperanza se traduce en confianza, gozo de Pascua y camino apresurado contigo hacia el Padre.

Queremos sentir como tú y valorar las cosas como las valoras tú. Porque tú eres el centro, el principio y el fin de todo. Apoyados en esta esperanza, queremos infundir en el mundo esta escala de valores evangélicos, por la que Dios y sus dones salvíficos ocupan el primer lugar en el corazón y en las actitudes de la vida concreta.

Queremos amar como tú, que das la vida y te comunicas con todo lo que eres. Quisiéramos decir como San Pablo: «Mi vida es Cristo» (Flp 1,21). Nuestra vida no tiene sentido sin ti. Queremos aprender a «estar con quien sabemos nos ama», porque «con tan buen amigo presente, todo se puede sufrir». En ti aprenderemos a unirnos a la voluntad del Padre, porque, en la oración, «el amor es el que habla» (Santa Teresa).

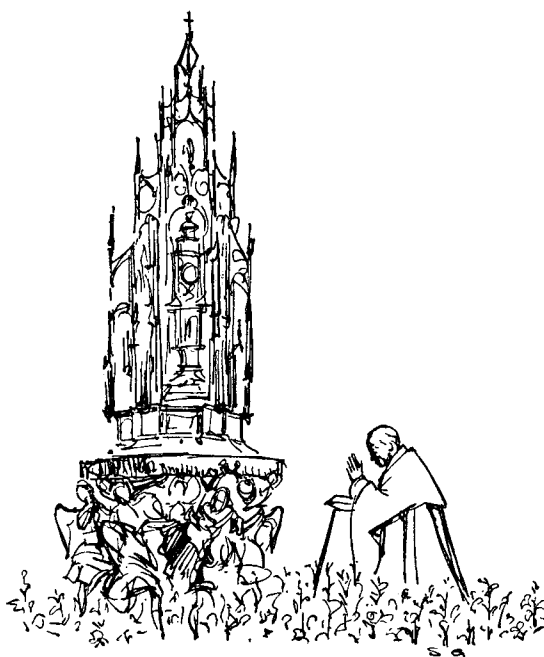
Entrando en tu intimidad, queremos adoptar determinaciones y actitudes básicas, decisiones duraderas, opciones fundamentales según nuestra vocación cristiana.

Creando, esperando y amando, *te adoramos* con una actitud sencilla de presencia, silencio y espera, que quiere ser también reparación, como respuesta a tus palabras: «quedaos aquí y velad conmigo» (Mt 26,38).

Tú superas la pobreza de nuestros pensamientos, sentimientos y palabras; por esto queremos aprender a adorar admirando tu misterio, amándolo tal como es y callando con un silencio de amigo y con una presencia de donación.

El Espíritu Santo, que has infundido en nuestros corazones, nos ayuda a decir esos «gemidos inenarrables» (*Rom 8, 26*), que se traducen en actitud agradecida y sencilla, y en el gesto filial de quien ya se contenta con sola tu presencia, tu amor y tu palabra. En nuestras noches físicas o morales, si tú estás presente y nos amas y nos hablas, ya nos basta, aunque, muchas veces, no sentiremo la conolación. Aprendiendo este más allá de la oración, estaremos en tu intimidad o «misterio»; entonces nuestra oración se convertirá en respeto hacia el «misterio» de cada hermano y de cada acontecimiento para insertarnos en nuestro ambiente familiar y social, y construir la historia con este silencio activo y fecundo que nace de la contemplación. Gracias a ti, nuestra capacidad de silencio y de adoración se convertirá en capacidad de amar y de servir.

Nos has dado a *tu Madre* como nuestra, para que nos enseñe a meditar y adorar en el corazón. Ella, recibiendo la Palabra y poniéndola en práctica, se hizo la más perfecta Madre. Ayúdanos a ser tu Iglesia misionera que sabe meditar, adorando y amando tu Palabra, para transformarla en vida y comunicarla a todos los hermanos. Amén.



A LAS MONJAS DE CLAUSURA

¡Sois la avanzadilla de la Iglesia hacia el Reino!

*En el Monasterio de La Encarnación Juan Pablo II
dirigió las siguientes palabras a las contemplativas de España:*

Queridas hermanas, religiosas de clausura de España:

**Tras las huellas de Santa
Teresa donde ella vivió su
consagración total a Cristo**

1. Peregrino tras las huellas de Santa Teresa de Jesús, con gran satisfacción y alegría vengo a Ávila. En esta ciudad se hallan tantos lugares teresianos, como el monasterio de San José, el primero de los «palomarcicos» fundados por ella; este monasterio de la Encarnación, donde Santa Teresa tomó el hábito del Carmen, hizo su profesión religiosa, tuvo su «conversión» decisiva y vivió su experiencia de consagración total a Cristo. Bien se puede decir que éste es el santuario de la vida contemplativa, lugar de grandes experiencias místicas, y centro irradiador de fundaciones monásticas.

Me complazco, por ello, de poder encontrarme en este lugar con vosotras, las monjas de clausura españolas, representantes de las diversas familias contemplativas que enriquecen la Iglesia: benedictinas, cistercienses, dominicas, clarisas, capuchinas, concepcionistas, además de las carmelitas.

El acontecimiento de hoy muestra cómo los diversos caminos y carismas del Espíritu se complementan en la Iglesia. Esta es una experiencia única para los monasterios y conventos de clausura que han abierto sus puertas para venir en peregrinación a Ávila. Para honrar, juntamente con el Papa, a Santa Teresa, esa mujer excepcional, doctora de la Iglesia, y sin embargo «envuelta toda ella de humildad, de penitencia y de sencillez», como dijera mi predecesor Pablo VI (Homilía, 4 octubre 1970).

Doy gracias a Dios por tal muestra de unión eclesial, y por poder realizar esta visita alargada a lo que aparece ante mis ojos como el gran Monasterio de España, que sois vosotras.

**Los diversos carismas
se complementan en la
Iglesia**

**Que, como Teresa del Niño Jesús, en el corazón de la Iglesia, seáis
el amor.**

La vida contemplativa ocupa un puesto de honor en la Iglesia

La vida contemplativa, seguimiento radical de Jesucristo

2. La vida contemplativa ha ocupado y seguirá ocupando un puesto de honor en la Iglesia. Dedicada a la plegaria y al silencio, a la adoración y a la penitencia desde el claustro, «vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3). Esa vida consagrada es el desarrollo y tiene su fundamento en el don recibido en el bautismo. En efecto, por este sacramento, Dios, que nos eligió en Cristo «antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en caridad» (Ef 1,4), nos libró del pecado y nos incorporó a Cristo y a su Iglesia, para que «vivamos una vida nueva» (Rom 6, 41).

Esa vida nueva ha fructificado en vosotras en el seguimiento radical de Jesucristo a través de la virginidad, la obediencia y la pobreza, que es el fundamento de la vida contemplativa. Él es el centro de vuestra vida, la razón de vuestra existencia: «Bien de todos los bienes y Jesús mío», como resumía Santa Teresa (*Libro de la Vida*, 21,5).

La experiencia del claustro hace todavía más absoluto este seguimiento hasta identificar la vida religiosa con Cristo: «Nuestra vida es Cristo» (*Moradas quintas*, 2,4), decía Santa Teresa haciendo suyas las exhortaciones de San Pablo (cf. Col 3,3). Este ensimismamiento de la religiosa con Cristo constituye el centro de la vida consagrada y el sello que la identifica como contemplativa.

La oración camino indispensable para la identificación con el Señor

En el silencio, en el marco de la vida humilde y obediente, la vigilante espera del Esposo, se convierte en amistad pura y verdadera: «Puedo tratar como un amigo, aunque es el Señor» (*Libro de la vida*, 37,5). Y este trato asiduo, de día y de noche, es la oración, quehacer primordial de la religiosa y camino indispensable para su identificación con el Señor: «comienzan a ser siervos del amor... los que siguen por este camino de oración al que tanto nos amó» (cf. *Libro de la Vida*, 11,1).

Vuestra vida es fermento de renovación y de presencia del Espíritu de Cristo en el mundo

3. La Iglesia sabe bien que vuestra vida silenciosa y apartada, en la soledad exterior del claustro, es fermento de renovación y de presencia del Espíritu de Cristo en el mundo. Por eso decía el Concilio que las religiosas contemplativas «mantienen un puesto eminente en el Cuerpo místico de Cristo... Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanzas, ilustran al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostólica. Así son el honor de la Iglesia y hontanar de gracias celestes» (*Perfectae caritatis*, 7).

¿No será aquí donde reside la fuerza moral y donde se encuentra la continua referencia al espíritu de los españoles?

Esa fecundidad apostólica de vuestra vida, procede de la gracia de Cristo, que asume e integra vuestra oblación total en el claustro. El Señor que os eligió, al identificaros con su misterio pascual, os une a sí mismo en la obra santificadora del mundo. Como sarmientos injertados en Cristo, podéis dar mucho fruto (cf. *Jn* 15,5), desde la admirable y misteriosa realidad de la comunión de los santos.

Esa ha de ser la perspectiva de fe y gozo eclesial de cada día y obra vuestra. De vuestra oración y vigiliias, de vuestra alabanza en el oficio divino, de vuestra vida en la celda o en el trabajo, de vuestras mortificaciones prescritas por las Reglas o voluntarias, de vuestra enfermedad o sufrimientos, uniendo todo el Sacrificio de Cristo. Por El, con El y en El, seréis ofrenda de alabanza y de santificación del mundo.

La Iglesia tomó posesión de toda vuestra capacidad de vivir y de amar

«Para que no tengáis ninguna duda a este respecto —como dije a vuestras hermanas en el Carmelo de Lisieux—, la Iglesia, en el nombre mismo de Cristo, tomó posesión un día de toda vuestra capacidad de vivir y de amar. Era vuestra profesión monástica. ¡Renovadla a menudo! Y, a ejemplo de los santos, consagraos, inmolao cada vez más, sin pretender siquiera saber cómo utiliza Dios vuestra colaboración». (Alocución a las religiosas de clausura, Lisieux, 2 de julio 1980.)

Vuestra vida de clausura, vivida en plena fidelidad, no os aleja de la Iglesia ni os impide un apostolado eficaz. Recordad a la hija de Teresa de Jesús, a Teresa de Lisieux, tan cercana desde su clausura a las misiones y misioneros del mundo. Que como ella, *en el corazón de la Iglesia sedáis el amor*.

¡Abrid el mundo al mensaje del Evangelio!

Vuestra virginidad es fecunda

4. Vuestra virginal fecundidad se tiene que hacer vida en el seno de la Iglesia universal y de vuestras Iglesias particulares. Vuestros monasterios son comunidades de oración en medio de las comunidades cristianas, a las que prestan apoyo, aliento y esperanza. Son lugares sagrados y podrán ser también centros de acogida cristiana para aquellas personas, sobre todo jóvenes, que van buscando con frecuencia una vida sencilla y transparente, en contraste con la que les ofrece la sociedad de consumo.

El mundo necesita vuestra presencia

El mundo necesita, más de lo que a veces se cree, vuestra presencia y vuestro testimonio. Es necesario por ello, mostrar con eficacia los valores auténticos y absolutos del Evangelio a un mundo que exalta frecuentemente los valores relativos de la vida. Y que corre el riesgo de perder el sentido de lo divino, ahogado por la excesiva valoración de lo material, de lo transeúnte, de lo que ignora el gozo del espíritu.

Se trata de abrirle al mensaje evangelizador que resume vuestra vida y que encuentra eco en aquellas palabras de Teresa de Jesús: «Id, pues, bienes del mundo... aunque todo lo pierda, sólo Dios basta.» (*Poesías*, 30.)

**La gran tradición
monástica española**

5. Al contemplar hoy a tantas religiosas de clausura, no puedo menos de pensar en la gran tradición monástica española, en su influencia en la cultura, en las costumbres, en la vida española. ¿No será aquí donde reside la fuerza moral, y donde se encuentra la continua referencia al espíritu de los españoles?

**Renovación siguiendo las
directrices del Concilio**

El Papa os llama hoy a seguir cultivando vuestra vida consagrada mediante una renovación litúrgica, bíblica y espiritual, siguiendo las directrices del Concilio. Todo esto exige una formación permanente que enriquezca vuestra vida espiritual, dándole un sólido fundamento doctrinal, teológico y cultural. De esta forma, podréis dar la respuesta evangelizadora que esperan tantas jóvenes de nuestro tiempo, que también hoy se acercan a vuestros monasterios, atraídas por una vida de generosa entrega al Señor.

**Lugar insustituible de la
vida contemplativa**

A este respecto quiero hacer una llamada a las comunidades cristianas y a sus Pastores, recordándoles el lugar insustituible que ocupa la vida contemplativa en la Iglesia. Todos hemos de valorar y estimar profundamente la entrega de las almas contemplativas a la oración, a la alabanza y al sacrificio.

**Profetas y Maestras
vivientes**

Son muy necesarias en la Iglesia. Son profetas y maestras vivientes para todos; *son la avanzadilla de la Iglesia hacia el Reino.* Su actitud ante las realidades de este mundo, que ellas contemplan según la Sabiduría del Espíritu, nos ilumina acerca de los bienes definitivos y nos hace palpar la gratitud del amor salvador de Dios. Exhorto pues a todos, a tratar de suscitar vocaciones entre las jóvenes para la vida monástica; en la seguridad de que estas vocaciones enriquecerán toda la vida de la Iglesia.

¡Mantened vuestra fidelidad!

6. Hemos de concluir este encuentro, a pesar de lo agradable que es para el Papa estar con estas hijas fieles de la Iglesia. Acabo con una palabra de aliento: ¡Mantened vuestra fidelidad! Fidelidad a Cristo, a vuestra vocación de contemplativas, a vuestro carisma fundacional.

Hijas del Carmelo: que seáis imágenes vivas de vuestra Madre Teresa, de su espiritualidad y humanismo. Que seáis de veras, como ella fue y quiso llamarse —y como yo deseo se la llame— Teresa *de Jesús*.

Religiosas todas contemplativas: que también a través de vosotras se pueda ver a vuestros fundadores y fundadoras.

**Vivid con alegría y orgullo
vuestra vocación eclesial**

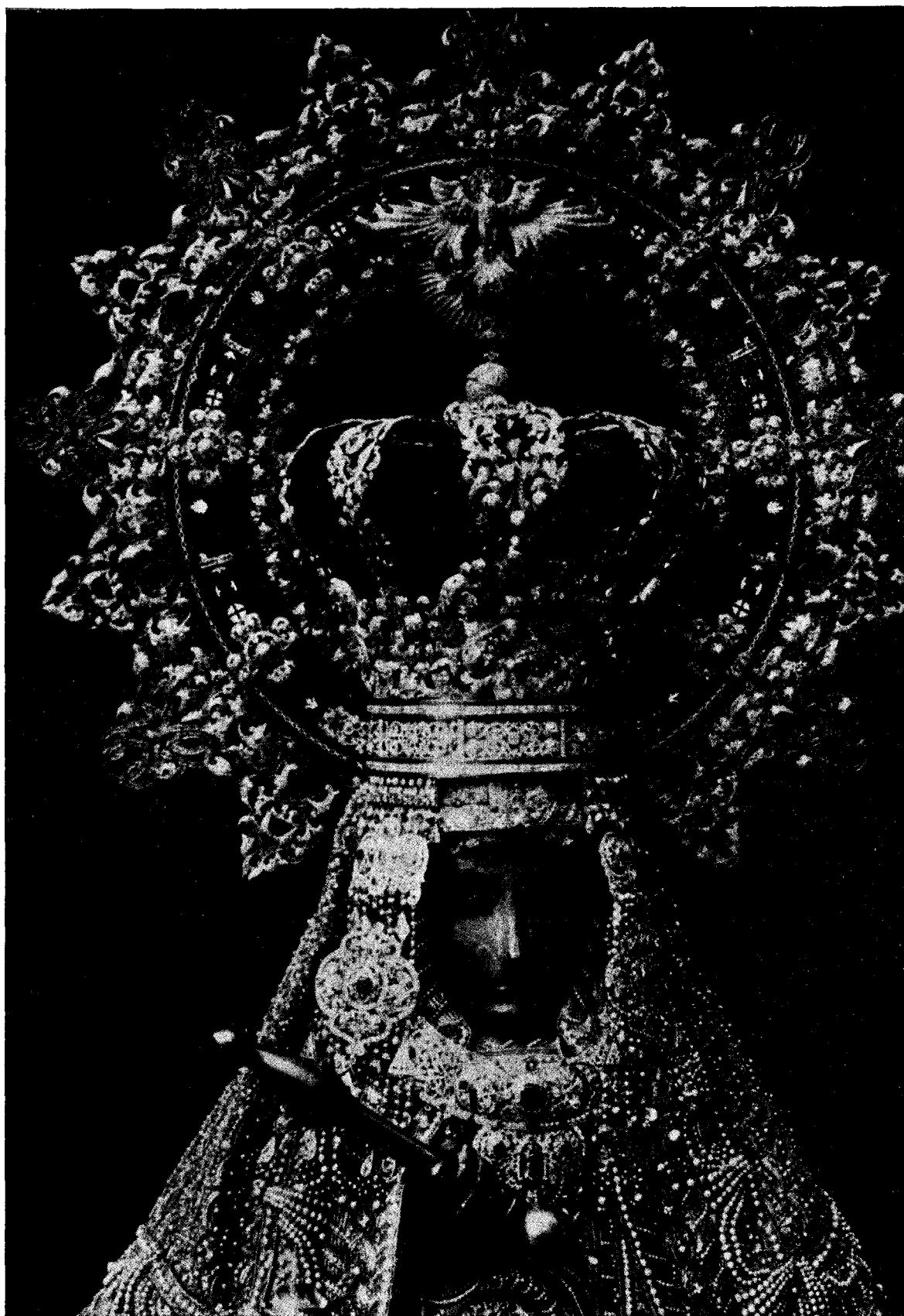
Vivid con alegría y orgullo vuestra vocación eclesial, rezad unas por otras y ayudaos, rogad por las vocaciones religiosas, por los sacerdotes y vocaciones sacerdotales. Y rezad también por la fecundidad del ministerio del Sucesor de Pedro que os habla. Sé que lo hacéis y os lo agradezco vivamente.

**María, modelo de las
almas contemplativas**

Yo presento al Señor vuestras personas e intenciones. Y os encomiendo a la Madre Santísima, modelo de las almas contemplativas, para que os haga, desde la cruz y la gloria de su Hijo, alegre donación a la Iglesia.

Llevad mi cordial salud a vuestras hermanas que no han podido venir a Ávila. Y a todas os bendigo con afecto en el nombre de Cristo.

LA VIRGEN DE GUADALUPE



Patrona de la Hispanidad

Hija singularmente amada de la sabiduría divina

*Durante misa celebrada en la Puerta del Carmen,
Juan Pablo II tuvo la siguiente homilía centrada
en el Magisterio teresiano sobre la oración:*

Venerables Hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. «Oré y me fue dada la prudencia. Invoqué al Señor y vino sobre mí el espíritu de la sabiduría... La amé más que la salud y la hermosura... Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y en sus manos me trajo una riqueza incalculable. Yo me gocé en todos estos bienes, porque es la sabiduría quien los trae» (*Sab. 7, 7. 10-12*).

He venido hoy a Ávila para adorar la Sabiduría de Dios. Al final de este IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, que fue *hija singularmente amada de la Sabiduría divina*. Quiero adorar la Sabiduría de Dios, junto con el Pastor de esta diócesis, con todos los Obispos de España, con las Autoridades abulenses y de Alba de Tormes presididas por sus Majestades y miembros del Gobierno, con tantos hijos e hijas de la Santa y con todo el Pueblo de Dios aquí congregado, en esta festividad de todos los Santos.

Teresa de Jesús es arroyo que lleva a la fuente, es resplandor que conduce a la luz. Y su luz es Cristo, el «Maestro de la Sabiduría» (cfr. *Camino de Perfección*, 21,4), el «Libro vivo» en que aprendió las verdades (cfr. *Vida*, 26,5); es esa «luz del cielo», el Espíritu de la Sabiduría, que ella invocaba para que hablase en su nombre y guiase su pluma (cfr. *Castillo Interior*, IV, 1,1; V, 1,1 y 4,11). Vamos a unir nuestra voz a su canto eterno de las misericordias divinas (cfr. *Sal 88, 2*; cfr. *Vida*, 14, 10-12), para dar gracias a ese Dios que es «la misma Sabiduría» (*Camino de perfección*, 22,6).

Ávila, ciudad de Santa Teresa

2. Y me alegra poder hacerlo en esta Ávila de Santa Teresa que la vio nacer y que conserva los recuerdos más entrañables de esta virgen de Castilla. Una ciudad célebre por sus murallas y torres, por sus iglesias y monasterios. Que con su complejo arquitectónico evoca plásticamente ese castillo interior y luminoso que es el alma del justo, en cuyo centro Dios tiene su morada (cfr. *Castillo Interior*, I, 1, 1.3). Una imagen de la ciudad de Dios con sus puertas y murallas, alumbrada por la luz del Cordero (cfr. *Apoc. 21, 11-14.23*).

He venido de Avila para adorar la sabiduría de Dios

Unamos nuestra voz en el canto eterno de las misericordias divinas

El Monasterio de la Encarnación, donde llegó al culmen su experiencia mística

Todo en esta ciudad conserva el recuerdo de su hija predilecta. «La Santa», lugar de su nacimiento y casa solariega; la parroquia donde fue bautizada; la Catedral, con la imagen de la Virgen de la Caridad que aceptó su temprana consagración (cfr. *Vida*, 1,7); la Encarnación, que acogió su vocación religiosa y donde llegó al culmen de su experiencia mística; San José, primer palomarcico teresiano, de donde salió Teresa, como «andariega de Dios», a fundar por toda España.

Dos faros de la Iglesia española que han iluminado mi vida interior y mi patria

Aquí también yo deseo estrechar todavía más mis vínculos de devoción hacia los Santos del Carmelo nacidos en estas tierras, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. En ellos no solo admiro y venero a los maestros espirituales de mi vida interior, sino también a dos faros luminosos de la Iglesia en España, que han alumbrado con su doctrina espiritual los senderos de mi patria, Polonia, desde que al principio del siglo XVII llegaron a Cracovia los primeros hijos del Carmelo Teresiano.

La circunstancia providencial de la clausura del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa, me ha permitido realizar ese viaje que deseaba desde hace tanto tiempo.

Santa Teresa de Jesús está viva en la Iglesia

Ha abierto nuevas sendas de fidelidad y servicio a la Iglesia

3. Quiero repetir en esta ocasión las palabras que escribí al principio de este Año Centenario: «Santa Teresa de Jesús está viva, su voz resuena todavía hoy en la Iglesia» (carta *Virtutis exemplum et magistra*: LXXIII (1981) p. 699). Las celebraciones del año jubilar, aquí en España y en el mundo entero, han ratificado mis previsiones.

Teresa de Jesús, primera Doctora de la Iglesia Universal, se ha hecho palabra viva acerca de Dios, ha invitado a la amistad con Cristo, ha abierto nuevas sendas de fidelidad y servicio a la Santa Madre Iglesia. Sé que ha llegado al corazón de los obispos y sacerdotes, para renovar en ellos deseos de sabiduría y de santidad, para ser «luz de su Iglesia» (cfr. *Castillo Interior*, V, 1,7). Ha exhortado a los religiosos y religiosas a «seguir los consejos evangélicos con toda la perfección» (cfr. Camino, 1,2) para ser «siervos del amor» (*Vida*, 11,1). Ha iluminado la experiencia de los seglares cristianos con su doctrina acerca de la oración y de la caridad, camino universal de santidad; porque la oración, como la vida cristiana, no consiste, «en pensar mucho, sino en amar mucho» y «todos son hábiles de su natural para amar» (cfr. *Castillo Interior*, IV, 1,7 y *Fundaciones*, 5,2).

«En este tiempo son menester amigos fuertes de Dios»

Su voz ha resonado más allá de la Iglesia católica, suscitando simpatías a nivel ecuménico, y trazando puentes de diálogo con los tesoros de espiritualidad de otras culturas religiosas. Me alegra sobre todo saber que la palabra de Santa Teresa ha sido acogida con entusiasmo por los jóvenes. Ellos se han apoderado de esa sugestiva consigna teresiana que yo quiero ofrecer como mensaje a la juventud de España: «En este tiempo son menester *amigos fuertes de Dios*» (*Vida*, 15,5).

Por todo ello quiero expresar mi gratitud al Episcopado Español que ha promovido este acontecimiento eclesial de renovación. Agradezco también el esfuerzo de la Junta Nacional del Centenario y el de las delegaciones diocesanas. A todos los que han colaborado en la realización de los objetivos del Centenario, la gratitud del Papa que es agradecimiento en nombre de la Iglesia.

**Teresa de Jesús,
instrumento providencial
en la Iglesia**

El monasterio, oasis de vida contemplativa

4. Las palabras del salmo responsorial traen a la memoria la gran empresa fundacional de Santa Teresa: «Bienaventurados los que moran en tu casa y continuamente te alaban... *Porque más que mil vale un día en tus atrios...* Y da Yavé la gracia y la gloria y no niega los bienes Bienaventurado el hombre que en ti confía» (*Sal.* 83,5. 11-13).

Aquí en Avila se cumplió, con la fundación del monasterio de San José, al que siguieron las otras 16 fundaciones suyas, un designio de Dios para la vida de la Iglesia. Teresa de Jesús fue el instrumento providencial, la depositaria de un nuevo carisma de vida contemplativa que tantos frutos tenía que dar.

Cada monasterio de Carmelitas Descalzas tiene que ser «rinconcito de Dios», «morada» de su gloria y «paraíso de su deleite» (cfr. *Vida*, 32,11; 35,12). Ha de ser un oasis de vida contemplativa, «un palomarcito de la Virgen Nuestra Señora» (cfr. *Fundaciones*, 4,5). Donde se viva en plenitud el misterio de la Iglesia que es Esposa de Cristo; con ese tono de austeridad y de alegría característico de la herencia teresiana. Y donde el servicio apostólico en favor del Cuerpo Místico, según los deseos y consignas de la Madre Fundadora, pueda siempre expresarse en una experiencia de inmolación y de unidad: «*Todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios*» (*Vida*, 39,10). En fidelidad a las exigencias de la vida



Mantened vivo el mensaje de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz

contemplativa que he recordado recientemente en mi Carta a las Carmelitas Descalzas (cfr. Carta del 31 de mayo 1982), serán siempre el honor de la Esposa de Cristo; en la Iglesia Universal y en las iglesias particulares donde están presentes como santuarios de oración.

Y lo mismo vale para los hijos de Santa Teresa, los Carmelitas Descalzos, herederos de su espíritu contemplativo y apostólico, depositarios de las ansias misioneras de la Madre Fundadora. Que las celebraciones del Centenario infundan también en vosotros propósitos de fidelidad en el camino de la oración y de fecundo apostolado en la Iglesia. Para mantener siempre vivo el mensaje de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz.

Santa Teresa, maestra de oración

La oración cristiana, donde brota la experiencia de Dios

5. Las palabras de San Pablo que hemos escuchado en la segunda lectura de esta Eucaristía, nos llevan hasta ese profundo hontanar de *la oración cristiana*, de donde brota la experiencia de Dios y el mensaje eclesial de Santa Teresa. Hemos recibido «el espíritu de adopción, por el que clamamos ¡Abbá! (Padre)... Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados» (*Rom.* 8,15.17).

La doctrina de Teresa de Jesús está en perfecta sintonía con esa teología de la oración que presenta San Pablo, el apóstol con el que ella se identificaba tan profundamente. Siguiendo al Maestro de la oración, en plena consonancia con los Padres de la Iglesia, ha querido enseñar los secretos de la plegaria comentando la oración del *Padre Nuestro*.

¡Podemos invocar a Dios como Padre!

En la primera palabra, ¡Padre!, la Santa descubre la plenitud que nos confía Jesucristo, maestro y modelo de la oración. (cfr. *Camino*, 26,10; 27,1,2). En la oración filial del cristiano se encuentra la posibilidad de entablar un diálogo con la Trinidad que mora en el alma de quien vive en gracia, como tantas veces experimentó la Santa (cfr. *Jn.* 14,23; cfr. *Castillo Interior*, VII, 1,6): «Entre tal Hijo y tal Padre —escribe— forzado ha de estar el Espíritu Santo que enamore vuestra voluntad y os la ate tan grandísimo amor...» (*Camino*, 27,7). Esta es la dignidad filial de los cristianos: poder invocar a Dios como Padre, dejarse guiar por el Espíritu, para ser en plenitud hijos de Dios.

En la oración buscamos y encontramos a Cristo

6. Por medio de la oración Teresa *ha buscado y encontrado a Cristo*. Lo ha buscado en las palabras del Evangelio que ya desde su juventud «hacían fuerza en su corazón» (*Vida*, 3,5); lo ha encontrado «trayéndolo presente dentro de sí» (Cfr. *Vida*, 4,7); ha aprendido a mirarlo con amor en las imágenes del Señor de las que era tan devota (cfr. *Vida*, 7,2; 22,4); con esta *Biblia de los pobres* —las imágenes— y esta *Biblia del corazón* —la meditación de la palabra— ha podido revivir interiormente las escenas del Evangelio y acercarse al Señor con inmensa confianza.

¡Cuántas veces ha meditado Santa Teresa aquellas escenas del Evangelio que narran las palabras de Jesús a algunas mujeres! ¡Qué gozosa libertad interior le ha procurado, en tiempos de acentuado antifeminismo, esta actitud condescendiente del Maestro con la Magdalena, con Marta y María de Betania, con la Cananea y la Samaritana, esas figuras femeninas que tantas veces recuerda la Santa en sus escritos! No cabe

Desde su vida contemplativa Santa Teresa ha podido defender la dignidad de la mujer

duda que Teresa ha podido defender la dignidad de la mujer y sus posibilidades de un servicio apropiado en la Iglesia, desde esta perspectiva evangélica: «No aborrecísteis, Señor de mi alma, cuando andábais por el mundo, las mujeres, antes las favorecísteis siempre con mucha piedad...» (*Camino*, Autógrafo de El Escorial, 3,7).

La escena de Jesús con la Samaritana junto al pozo de Sícara, que hemos recordado en el Evangelio, es significativa. El Señor promete a la Samaritana el agua viva: «Quien bebe de esta agua, volverá a tener sed; *pero el que beba del agua* que yo le diere, no tendrá *jamás sed*, que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna» (*Jn* 4,13-14).

Cristo es el manantial de aguas vivas

Entre las mujeres santas de la historia de la Iglesia, Teresa de Jesús es sin duda la que ha respondido a Cristo con el mayor fervor del corazón: ¡Dame de esta agua! Ella misma nos lo confirma cuando recuerda sus primeros encuentros con el Cristo del Evangelio: «¡Oh qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, y así soy muy aficionada a aquel Evangelio» (*Vida*, 30,19). Teresa de Jesús, como una nueva Samaritana, invita ahora a todos a acercarse a Cristo, que es manantial de aguas vivas.

Cristo Jesús, el Redentor del hombre, fue el modelo de Teresa. En Él encontró la Santa la majestad de su divinidad y la condescendencia de su humanidad: «Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos, traerle humano» (*Vida*, 22,9); «veía que aunque era Dios, que era Hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres». ¡Qué horizontes de familiaridad con Dios nos descubre Teresa en la Humanidad de Cristo! ¡Con qué precisión afirma la fe de la Iglesia en Cristo que es verdadero Dios y verdadero Hombre! ¡Cómo lo experimenta cercano, «compañero nuestro en el Santísimo Sacramento!» (cfr. *Ib.* 22,6).

Por la Humanidad hasta la Trinidad para comprender el valor del Hombre

Desde el misterio de la Humanidad Sacratísima que es puerta, camino y luz, ha llegado hasta el misterio de la Santísima Trinidad (cfr. *Ib.* VII, 1,6) fuente y meta de la vida del hombre, «espejo adonde nuestra imagen está esculpida» (*Ib.* 2,8). Y desde la altura del misterio de Dios ha comprendido el valor del hombre, su dignidad, su vocación de infinito.

Con esta biblia de los pobres —las imágenes— y esta biblia del corazón —la meditación de la palabra— ha podido revivir interiormente las escenas del Evangelio y acercarse al Señor con inmensa confianza

Peligro de técnicas de oración que no se inspiran en el Evangelio

7. Acercarse al misterio de Dios, a Jesús, «traer a Jesucristo presente» (*Vida*, 4,8) constituye toda su oración. Esta consiste en un encuentro personal con aquel que es el único camino para conducirnos al Padre (cfr. *Castillo Interior*, VI, 7,6). Teresa reaccionó contra los libros que proponían la contemplación como un vago engolfarse en la divinidad (cfr. *Vida* 22,1) o como un «no pensar nada» (cfr. *Castillo Interior*, IV, 3,6) viendo en ello un peligro de replegarse sobre uno mismo, de apartarse de Jesús del cual nos «vienen todos los bienes» (cfr. *Vida*, 22,4). De aquí su grito: «apartarse de Cristo... no lo puedo sufrir» (*Vida*, 22,1). Este grito vale también en nuestros días contra algunas técnicas de oración que no se inspiran en el Evangelio y que prácticamente tienden

Toda técnica de oración es válida en cuanto se inspira en Cristo y lleva a El

a prescindir de Cristo, en favor de un vacío mental que dentro del cristianismo no tiene sentido. Toda técnica de oración es válida en cuanto se inspira en Cristo y conduce a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida (cfr. *Jn.* 14,6).

Cristo cruza el camino de la oración teresiana de extremo a extremo

Bien es verdad que el Cristo de la oración teresiana va más allá de toda imaginación corpórea y de toda representación figurativa (cfr. *Vida*, 9,6); es Cristo resucitado, vivo y presente, que sobrepasa los límites de espacio y lugar, siendo a la vez Dios y hombre (cfr. *Vida*, 27, 7-8). Pero a la vez es Jesucristo, hijo de la Virgen que nos acompaña y nos ayuda (cfr. *Vida*, 27, 4).

La oración teresiana es adherirse en humildad a Cristo y a su Iglesia

Cristo cruza el camino de la oración teresiana de extremo a extremo, desde los primeros pasos hasta la cima de la comunión perfecta con Dios. Cristo es la puerta por la que el alma accede al estado místico (cfr. *Vida*, 10,1). Cristo la introduce en el misterio trinitario (cfr. *Vida*, 27,2-9). Su presencia en el desenvolvimiento de este «trato amistoso» que es la oración es obligado y necesario: él lo actúa y genera. Y él es también objeto del mismo. Es el «libro vivo», Palabra del Padre (cfr. *Vida*, 26,5). El hombre aprende a quedarse en profundo silencio, cuando Cristo le enseña interiormente «sin ruido de palabras» (cfr. *Camino*, 25,2); se vacía dentro de sí «mirando al Crucificado» (cfr. *Castillo Interior*, VII, 4,9). La contemplación teresiana no es búsqueda de escondidas virtualidades subjetivas por medio de técnicas depuradas de purificación interior, sino abrirse en humildad a Cristo y a su Cuerpo místico que es la Iglesia.

Santa Teresa enseña el valor del hombre

8. En mi ministerio pastoral he afirmado con insistencia los *valores religiosos del hombre*, con quien Cristo mismo se ha identificado (cfr. *Gaudium et spes*, n. 22); ese hombre que es el camino de la Iglesia, y por lo tanto determina su solicitud y su amor, para que todo hombre alcance la plenitud de su vocación (cfr. *Redemptor hominis*, nn. 13, 14,18).

Santa Teresa de Jesús tiene una enseñanza muy explícita sobre el inmenso valor del hombre: «¡Oh Jesús mío! —exclama en una hermosa oración— cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mejor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente... Quien no amare al prójimo, no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán» (*Exclamación*, 2,2). Amor de Dios y amor del prójimo, unidos indisolublemente; son la raíz sobrenatural de la caridad que es el amor de Dios y con la *manifestación* concreta del amor del del prójimo, esa «más cierta señal» de que amamos a Dios (cfr. *Castillo Interior*, V, 3,8).

Santa Teresa sintió la Iglesia

La Iglesia, eje del camino de Teresa

9. El eje de la vida de Teresa como proyección de su amor por Cristo y su deseo de la salvación de los hombres fue *la Iglesia*. Teresa de Jesús «sintió la Iglesia», vivió «la pasión por la Iglesia» como miembro del Cuerpo Místico.

Los tristes acontecimientos de la Iglesia de su tiempo, fueron como heridas progresivas que suscitaron oleadas de fidelidad y de servicio. Sintió profundamente la división de los cristianos como un desgarramiento de su propio corazón. Respondió eficazmente con un movimiento de reno-

Con la mirada y el corazón fijos en Roma

vación para mantener resplandeciente el rostro de la Iglesia *santa*. Se fueron ensanchando los horizontes de su amor y de su oración a medida que tomaba conciencia de la expansión misionera de la Iglesia *Católica*; con la mirada y el corazón fijos en Roma, el centro de la Catolicidad, con un afecto filial hacia «el Padre Santo», como ella llama al Papa, que le llevó incluso a mantener una correspondencia epistolar con mi predecesor el Papa Pío V. Nos emociona leer esa confesión de fe con la que rubrica el libro de las *Moradas*: «En todo me sujeto a lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana, que en esto vivo y protesto y prometo vivir y morir» (*Castillo Interior*, Epílogo, 4).

En un momento tenso de reformas optó por la santidad

En Ávila se encendió aquella hoguera de amor eclesial que iluminaba y enfervorizaba a teólogos y misioneros. Aquí empezó aquel servicio original de Teresa en la Iglesia de su tiempo; en un momento tenso de reformas y contrarreformas optó por el camino radical del seguimiento de Cristo, por la edificación de la Iglesia con piedras vivas de santidad; levantó la bandera de los ideales cristianos para animar a los capitanes de la Iglesia. Y en Alba de Tormes, al final de una intensa jornada de caminos fundacionales, Teresa de Jesús, la cristiana verdadera y la esposa que deseaba ver pronto al Esposo, exclama: «Gracias... Dios mío..., porque me hiciste *hija de tu santa Iglesia Católica*» (Declaración de María de San Francisco: Biblioteca Mística Carmelitana, 19, pp. 62-63). O como recuerda otro testigo: «Bendito sea Dios... que soy *hija de la Iglesia*» (Declaración de Mariana de la Encarnación: *Ib.* 18, p. 89). ¡Soy hija de la Iglesia! He aquí el título de honor y de compromiso que la Santa nos ha legado para amar a la Iglesia, para servirla con generosidad!

¡Gracias porque me hiciste hija de tu Santa Iglesia!

Gloria de España y luz de la Santa Iglesia

10. Queridos hermanos y hermanas, hemos recordado la figura luminosa y siempre actual de Teresa de Jesús, *la hija singularmente amada de la divina Sabiduría*, la andariega de Dios, la Reformadora del Carmelo, gloria de España y luz de la Santa Iglesia, honor de las mujeres cristianas, presencia distinguida en la cultura universal.

Nos invita a caminar llevando a Dios en el corazón

Ella quiere seguir caminando con la Iglesia hasta el final de los tiempos. Ella que en el lecho de muerte decía: «Es hora de caminar». Su figura animosa de mujer en camino, nos sugiere la imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo, que camina en el tiempo ya en el alba del tercer milenio de su historia.

¡Los ojos en Cristo!

Teresa de Jesús que supo de las dificultades de los caminos, nos invita a caminar llevando a Dios en el corazón. Para orientar nuestra ruta y fortalecer nuestra esperanza nos lanza esa consigna, que fue el secreto de su vida y de su misión: «Pongamos los ojos en Cristo nuestro bien» (cfr. *Castillo Interior*, I, 2,11), para abrirle de par en par las puertas del corazón de todos los hombres. Y así el Cristo luminoso de Teresa de Jesús será en su Iglesia, «Redentor del hombre, centro del cosmos y de la historia».

¡Los ojos en Cristo! (cfr. *Camino*, 2,1; *Castillo Interior*, VII, 4,8; cfr. *Heb.* 12,2). Para que en el camino de la Iglesia, como en los caminos de Teresa que partieron de esta ciudad de Ávila, Cristo sea «Camino, Verdad y Vida» (cfr. *Jn.* 14,5 y *Castillo Interior*, VI, 7,6). Así sea.

A LOS PROFESORES DE TEOLOGIA

La fe es la raíz vital y permanente de la teología

*En el Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca,
Juan Pablo II, sucesor de Pedro, dirigió el siguiente discurso:*

Queridos hermanos:

1. Como en mi viaje a Alemania, he deseado en esta visita a España tener un encuentro personal con vosotros, los profesores de teología en las facultades y seminarios. Me une cordialmente a vosotros el recuerdo de mi docencia universitaria, teológica y filosófica en Polonia, y sobre todo la persuasión de la función relevante de la teología en la comunidad eclesial. Por eso ya en mi primera encíclica, la «*Redemptor hominis*», escribía: «La teología tuvo siempre y sigue teniendo una gran importancia para que la Iglesia, Pueblo de Dios, pueda de manera creativa y fecunda participar en la misión profética de Cristo» (n. 19).

Para encontrarme con vosotros he escogido esta célebre y hermosa ciudad de Salamanca, que con su antigua universidad fue centro y símbolo del período áureo de la teología en España, y que desde aquí irradió su luz en el Concilio de Trento, contribuyendo poderosamente a la renovación de toda la teología católica.

Maestros del pasado

El breve tiempo de que dispongo no me permite evocar todas las egregias figuras de aquella época. Pero no puedo menos de mencionar los nombres del exegeta, teólogo y poeta frau Luis de León, del doctor Navarrus, Martín Azpilicueta, del maestro de maestros Francisco de Vitoria, de los teólogos tridentinos Domingo de Soto y Bartolomé de Carranza, de Juan de Maldonado en París, de Francisco de Toledo y Francisco Suárez en Roma, de Gregorio de Valencia en Alemania.

¿Y cómo olvidar a los «doctores de la Iglesia» Juan de la Cruz y Teresa de Jesús?

En aquellos tiempos tan difíciles para la cristiandad, estos grandes teólogos se distinguieron por su fidelidad y creatividad. Fidelidad a la Iglesia de Cristo y compromiso radical por su unidad bajo el primado del romano Pontífice. Creatividad en el método y en la problemática.

Junto con la vuelta a las fuentes —la Sagrada Escritura y la sagrada tradición— realizaron la apertura a la nueva cultura que estaba naciendo en Europa, y a los problemas humanos (religiosos, éticos y políticos) que surgieron con el descubrimiento de mundos nuevos en Occidente y Oriente. La dignidad inviolable de todo hombre, la perspectiva universal del derecho internacional («*ius gentium*») y la dimensión ética como normativa de las nuevas estructuras socioeconómicas, entraron plenamente en la tarea de la teología y recibieron de ella la luz de la revelación cristiana.

Por eso, en los tiempos nuevos y difíciles que estamos viviendo, los teólogos de aquella época siguen siendo maestros para vosotros, en orden a lograr una renovación, tan creativa como fiel, que responda a las directrices del Vaticano II, a las exigencias de la cultura moderna y a los problemas más profundos de la humanidad actual.

Fe y teología

2. La función esencial y específica del quehacer teológico no ha cambiado ni puede cambiar. La formuló ya en el siglo XI San Anselmo de Canter-

bury en una frase admirable por exactitud y densidad: «*Fides quaerens intellectum*», «*La fe que busca comprender*». La fe no es, pues, solamente el presupuesto imprescindible y la disposición fundamental de la teología: la conexión entre ambas es mucho más íntima y profunda.

La fe es la raíz vital y permanente de la teología, que brota precisamente del preguntar y buscar, intrínsecos a la misma fe, es decir, de su impulso a comprenderse a sí misma, tanto en su opción radicalmente libre de adhesión personal a Cristo, cuanto en su asentimiento al contenido de la revelación cristiana. Hacer teología es, pues, una tarea exclusivamente suscitada y en todo momento sostenida por la fe, y por eso pregunta y búsqueda ilimitada.

La teología se mantiene siempre dentro del proceso mental, que va del «creer» al «comprender», es reflexión *científica*, en cuanto conducida *críticamente*, es decir, consciente de sus presupuestos y de sus exigencias para ser universalmente válida; *metódicamente*, a saber, conforme a las normas impuestas por su objeto y por su fin; *sistemáticamente*, es decir, orientada hacia una comprensión coherente de las verdades reveladas en su relación al centro de la fe, Cristo, y en su significado salvífico para el hombre.

El teólogo no puede limitarse a guardar el tesoro doctrinal heredado del pasado, sino que debe buscar una comprensión y expresión de la fe que hagan posible su acogida en el modo de pensar y de hablar de nuestro tiempo. El criterio que debe guiar la reflexión teológica es la búsqueda de una comprensión renovada del mensaje cristiano en la dialéctica de renovación en la continuidad, y viceversa (cf. Discurso a los obispos de Bélgica, 10 septiembre 1982).

Temas radicales y decisivos

3. La situación de la cultura actual, dominada por los métodos y por la forma de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciada por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre, y por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana.

Ante esta situación, la teología está llamada a concentrar su reflexión en los que son sus temas radicales y decisivos: *el misterio de Dios*, del Dios Trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios amor; *el misterio de Cristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana; *el misterio del hombre*, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido último de su vida. Es la teología misma la que impone la cuestión del hombre para poder comprenderlo como destinatario de la gracia y de la revelación de Cristo.

Si la teología ha necesitado siempre del auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana. Este fue el proceso de reflexión teológica seguido por el Concilio Vaticano II en la constitu-

El teólogo debe tener siempre presente que el pueblo de Dios, y ante todo los sacerdotes y futuros sacerdotes que han de educar la fe de ese pueblo, tienen derecho a que se les explique sin reducciones, ni ambigüedades las verdades fundamentales de la fé cristiana.

ción *Gaudium et spes*: la correlación entre los problemas hondos y decisivos del hombre, y la luz nueva que irradia sobre ellos la persona y el mensaje de Jesucristo (cf. nn. 9-21).

Se ve así que la teología de nuestro tiempo necesita de la ayuda, no solamente de la filosofía, sino también de las ciencias, y sobre todo de las ciencias humanas, como base imprescindible para responder a la pregunta de «qué es el hombre». Por eso, en las facultades de teología no pueden faltar los cursos y «seminarios» interdisciplinarios.

Misión eclesial de la teología

4. La fe cristiana es eclesial, es decir, surge y permanece vinculada a la comunidad de los que creen en Cristo, que llamamos Iglesia. Como reflexión nacida de esta fe, «la teología es ciencia eclesial porque crece en la Iglesia y actúa en la Iglesia; por eso nunca es cometido de un especialista, aislado en una especie de torre de marfil. Está al servicio de la Iglesia y, por lo tanto, debe sentirse dinámicamente integrada en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética» (Juan Pablo II, discurso en la Universidad Gregoriana, 15 diciembre 1979, núm. 6).

La tarea del teólogo lleva, pues, el carácter de misión eclesial como participación en la misión evangelizadora de la Iglesia y como servicio preclaro a la comunidad eclesial.

Aquí se funda la grave responsabilidad del teólogo, quien debe tener siempre presente que el Pueblo de Dios, y ante todo los sacerdotes y futuros sacerdotes que han de educar la fe de ese pueblo, tienen el derecho a que se les explique sin ambigüedades ni reducciones las verdades fundamentales de la fe cristiana. «Hemos de confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo con convicción profunda, sentida y vívida, como la confesó Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Esta es la buena noticia, en cierto sentido única: la Iglesia vive por ella y para ella, así como saca de ella todo lo que tiene para ofrecer a los hombres.» (Discurso a la Conferencia de Puebla, 28 enero 1979, I, 3). «Debemos servir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Debemos servirles en su sed de verdades totales, sed de verdades últimas y definitivas, sed de la palabra de Dios, sed de unidad entre los cristianos.» (Discurso en la Universidad Gregoriana, 15 diciembre 1979, núm. 6).

Magisterio y teología

5. La conexión esencial de la teología con la fe, fundada y centrada en Cristo ilumina con toda claridad la vinculación de la teología con la Iglesia y con su magisterio. No se puede creer en Cristo sin creer en la Iglesia «Cuerpo de Cristo»; no se puede creer con fe católica en la Iglesia sin creer en su irrenunciable magisterio. La fidelidad a Cristo implica, pues, fidelidad a la Iglesia, y la fidelidad a la Iglesia conlleva a su vez la fidelidad al magisterio. Es preciso, por consiguiente, darse cuenta de que con la misma libertad radical de la fe con que el teólogo católico se adhiere a Cristo, se adhiere también a la Iglesia y a su magisterio.

Por eso, el magisterio eclesial no es una instancia ajena a la teología, sino intrínseca y esencial a ella. Si el teólogo es ante todo y radicalmente un creyente, y si su fe cristiana es fe en la Iglesia de Cristo y en el magisterio; su labor teológica no podrá menos de permanecer fielmente vinculada a su fe eclesial, cuyo intérprete auténtico y vinculante es el magisterio.

Sed, pues, fieles a vuestra fe sin caer en la peligrosa ilusión de separar a Cristo de su Iglesia ni a la Iglesia de su magisterio. «El amor a la Iglesia concreta, que incluye la fidelidad al testimonio de la fe y al magisterio eclesiástico, no aliena al teólogo de su quehacer propio ni lo priva de su irrenunciable consistencia. Magisterio y teología tienen una función diversa. Por eso no pueden ser reducidos uno al otro.» (Discurso a los teólogos de Alemania, Altotting, 18 noviembre 1980, núm. 3).

Pero no son dos tareas opuestas, sino complementarias. «El magisterio y los teólogos, en cuanto deben servir a la verdad revelada, están ligados por los mismos vínculos, es decir, están vinculados a la Palabra de Dios, al «sentido de la fe» (*sensus fidei*)..., a los documentos de la Tradición, en los que se propone la fe comunitaria del Pueblo de Dios; finalmente, a la tarea pastoral y misional, a la que ambos deben atender.» (Discurso a la Comisión Teológica Internacional, 26 septiembre 1979). Por ello, el magisterio y la teología deberán permanecer en un diálogo, que resultará fecundo para los dos y para el servicio de la comunidad eclesial.

Misión ardua, pero importante

6. Queridísimos profesores: sabed que el Papa, que ha sido también hombre de estudio y de universidad, comprende las dificultades y las exigencias enormes de vuestro trabajo. Es una tarea llamada y abnegada, que nos pide la dedicación plena a la investigación y a la enseñanza. Porque la enseñanza sin la investigación corre el peligro de caer en la rutina de la repetición.

Sabed ser creativos cada día, para lo cual tenéis que estar en vanguardia de las cuestiones actuales mediante una lectura asidua de las publicaciones de más alta calidad y el duro esfuerzo de la reflexión personal. Haced teología con el rigor del pensamiento y con la actitud de un corazón apasionado por Cristo, por su Iglesia y por el bien de la humanidad. Sed tenaces y constantes en la maduración continua de vuestras ideas y en la exactitud de vuestro lenguaje. Quisiera que no olvidaseis estas palabras: vuestra misión en la Iglesia es tan ardua como importante. Vale la pena dedicarle la vida entera; vale la pena por Cristo, por la Iglesia, por la formación sólida de sacerdotes —y también de religiosos y seglares— que eduquen con fidelidad y competencia la conciencia de los fieles en el seguro camino de salvación.

La vuestra no ha sido una tarea en vano. El número y nivel de las facultades teológicas de España, juntamente con la calidad de sus publicacio-

nes, garantizan a la teología española un lugar muy digno en la teología católica actual. Quisiera también poner de relieve la importancia especial de los centros teológicos para seglares: son una promesa para el futuro de la Iglesia.

Mi última palabra de saludo es para vosotros, queridísimos estudiantes. La Iglesia confía en vosotros y os necesita. Aprended a pensar con honra. Levantad vuestra mirada a las necesidades del mundo de hoy, y sobre todo a la necesidad de llevarle la salvación en la Persona y el Mensaje de Cristo, a cuya comprensión dedicáis vuestra formación teológica.

7. A la Madre común, Sedes Sapientiae, encomiando vuestras personas y tareas. Sea Ella, que tan profundamente conoció a su Hijo y tan fielmente lo siguió, la que os muestre siempre el camino hacia Jesús.

Para que viváis lo estudiado y enseñado. Para que en la cátedra y en las publicaciones no haya nada que no corresponda a la fe de la Iglesia y a las directrices del magisterio. Para que sintáis el gozo y la responsabilidad eclesial de dar la auténtica doctrina de Cristo a quienes la han de comunicar a los demás. Para que seáis de veras servidores de quien es luz, verdad, salvación. En su nombre os aliento y bendigo con afecto, junto con todos los profesores de teología de España y sus alumnos.

Que en la cátedra y en las publicaciones no haya nada que no corresponda a la fe de la Iglesia y a las directrices del Magisterio.

No se puede creer en Cristo sin creer en la Iglesia, no se puede creer con fe católica en la Iglesia sin creer en su irrenunciable magisterio.

AL PUEBLO DE ALBA DE TORMES Y SALAMANCA

SER FIELES AL MENSAJE DE
SANTA TERESA

En la Dehesa de Alba, Juan Pablo II se dirigió no sólo a salmantinos y albenses sino a toda la región, y a extremeños y portugueses

Queridos hermanos y hermanas de Alba de Tormes y de Salamanca:

1. Constituye para mí motivo de especial alegría que las rutas teresianas me hagan encontrar hoy con vosotros, el Pastor diocesano, Autoridades, y Pueblo de Dios de la diócesis de Salamanca, en esta villa de Alba de Tormes, tan excepcionalmente unida a Santa Teresa de Jesús.

Aquí, en Alba de Tormes, fundó ella el monasterio de la Anunciación; aquí, naciendo a la vida eterna, vio cumplido su anhelo: «que muero porque no muero»; y aquí sus gentes son depositarias del tesoro de sus sagradas reliquias. Para los albenses, velar las reliquias de la reformadora del Carmelo y venerar a la Santa castellana, constituyen su gloria y orgullo más grandes.

Por esto no podía faltar mi presencia en este lugar, complemento natural de Avila, como ella lo es de Alba de Tormes, para clausurar oficialmente el año Centenario de su muerte. Y hermanados en torno a su figura, veo a las Autoridades y pueblo abulenses, como en los actos de esta mañana veía intencionalmente a las Autoridades y pueblo albenses.

Estos encuentros de hoy tienen para mí un particular significado. No podéis imaginaros con qué admiración y cariño me acerco al contexto humano, lingüístico, cultural y religioso de la vida y obra de Santa Teresa de Jesús. Ella, con San Juan de la Cruz, ha sido para mí maestra, inspiración y guía por los caminos del espíritu. En ella encontré siempre estímulo para alimentar y mantener mi libertad interior para Dios y para la causa de la dignidad del hombre.

2. Vosotros sois conciudadanos y herederos del mundo en que vivió Santa Teresa. Es verdad que aquel mundo ha sufrido en estos cuatro siglos grandes sacudidas y, en gran medida, ha desaparecido. Pero el mensaje de la Santa conserva hoy toda su verdad y fuerza.

El mensaje de Santa Teresa es actual

Justamente los Pastores de la Iglesia de España han puesto un gran empeño en que, durante el año del IV Centenario de su muerte, el pueblo cristiano no se contentase con celebrar una gloria del pasado, sino que se pusiese a la escucha del mensaje teresiano. Yo os animo por ello, cristia-

nos de Alba de Tormes y de la diócesis de Salamanca, a seguir haciendo vida un mensaje en el que tanta parte ha tenido el alma de vuestro pueblo.

Ser fieles a ese mensaje significa ser fieles a las virtudes propias de los hombres y mujeres de estas tierras: la honradez, la laboriosidad, la discreción, el aprecio del hombre *por lo que es*, más que *por lo que tiene*; significa también mejorar los valores tradicionales de la familia; significa apreciar como lo más grande a Dios y al hombre en tanto que capaz de Dios.

Debéis vivir valientemente vuestra fe

3. Conozco muy bien que estáis pasando tiempos difíciles. Son «tiempos recios», como diría nuestra Santa. Entre otras cosas, la emigración, particularmente de la juventud, ha empobrecido vuestras zonas rurales. Valores, criterios y pautas de conducta contrarios a la fe cristiana han disminuido en algunos el vigor religioso y moral. En estas circunstancias, los cristianos habréis de vivir valientemente vuestra fe, tratando de integrar los criterios y pautas de la civilización actual con las creencias, moralidad y prácticas cristianas.

Por otra parte, la vida de vuestra capital, Salamanca, gira toda ella en torno a la Universidad Pontificia y a la Universidad Civil, continuadoras de la Universidad de Salamanca, de significación universal en la historia de la cultura. Y que, en su momento, proporcionó una feliz síntesis entre la fe cristiana y la vida y cultura humanas: síntesis que tanto echamos hoy de menos. Y que requiere un serio esfuerzo por parte de los responsables.

Tened ánimo para grandes cosas

4. Yo os invito a superar estas dificultades apoyándoos en los imperativos del mensaje de Teresa de Jesús; os llamo a que tengáis «ánimos para grandes cosas», como los tuvisteis en el pasado. Pero únicamente en la experiencia teresiana del amor de Dios encontraréis fuerzas y libertad para ellas, «porque no tendrá ánimo para cosas grandes quien no entiende que está favorecido por Dios» (*Vida*, 10,6).

Yo os pido que ensanchéis el alma, que «no apoquéis los deseos». Abríos al futuro. Arriesgaos como Teresa de Jesús, de quien no me resisto a citar estas palabras: «importa mucho y el todo... una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar (a la fuente de la vida), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegué allá, siquiera muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (*Camino de Perfección*, 35,2).

Antes de terminar este acto, permitidme saludar con la mayor cordialidad a los hermanos portugueses que han venido hasta aquí a ver al Papa. Ellos devuelven el hermoso gesto eclesial de los tantos españoles que vinieron a verme en Fátima. Carísimos: gracias por vuestra visita y afecto que tanto aprecio. Que la Madre común, a quien tanto veneráis en Portugal y en España, os proteja siempre.

Queridos hermanos y hermanas todos: A vosotros y a vuestras familias os doy de corazón la Bendición Apostólica.

Ser fieles al mensaje de Santa Teresa significa apreciar más al hombre por lo que es que por lo que tiene; significa también mejorar los valores tradicionales de la familia; significa apreciar como lo más grande a Dios y al hombre en tanto que capaz de Dios.

CLAUSURA DEL IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE SANTA TERESA

“En fin Señor, soy hija de la Iglesia”

Mis queridos hermanos y hermanas, hijos e hijas de Santa Teresa:

1. Nos hallamos congregados junto al sepulcro que guarda, como precioso tesoro, las insignes reliquias del cuerpo de Santa Teresa de Jesús.

Al clausurar solemnemente este IV Centenario, abierto hace un año por el Cardenal Legado mío, quiero que mis palabras sean una *evocación* y una *plegaria* dirigida a Teresa de Jesús, presente entre nosotros en la comunión de los Santos.

Ante todo, la *evocación* de aquella muerte gloriosa.

2. ¡Teresa de Jesús: Quiero recordar las palabras de los últimos instantes de tu vida:

La humilde confesión de tus faltas: «Cor contritum et humiliatum, Deus, nos despicias» (*Sal.* 50,19).

La exhortación a tus hijas a mantener intacta tu herencia espiritual, la fidelidad al carisma.

El deseo de ver a Dios: «Señor mío, tiempo es ya que nos juntemos; ya es tiempo de caminar.»

La gozosa profesión de fe: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.»

Entregaste tu vida al Señor, envuelta en el cariño maternal de esa Iglesia de la que te sentías hija: con la gracia del sacramento de la penitencia, el viático de la Eucaristía, la santa unción de los enfermos.

Fue la tuya una *muerte de amor*, como bien expresó San Juan de la Cruz: «consumida por la *llama de amor viva*, se rompió la tela del dulce encuentro con Dios» (cfr. *Llama de Amor viva*, 1,29-30).

«Ahora, pues, decimos que esta mariposica ya murió... y que vive en ella Cristo» (*Castillo Interior*, VII, 1.3.).

3. Vives con Cristo en la gloria y estás presente en la Iglesia, caminando con ella por los senderos de los hombres.

En tus escritos plasmaste tu voz y tu alma.

En tu Familia religiosa perpetúas tu espíritu.

Nos has dejado como lección la amistad con Cristo.

Nos has legado como testamento el amor y servicio a la Iglesia.

«¡Dichosas vidas —como la tuya— que en esto se acabaren!» (*Vida*, 40,15).

Tu patria es España, pero todo el mundo es hoy tu hogar, donde habitan tus hijas y tus hijos, donde hablas desde las páginas de tus libros.

ORACION A SANTA

Eres mensajera de Cristo.

Eres palabra universal de experiencia de Dios.

Tu vivo lenguaje castellano ha sido traducido en muchos idiomas.

Tus autógrafos se han multiplicado en ediciones sin fin.

Has entrado en la cultura religiosa de la humanidad.

Estás presente, honrando a la Iglesia, en la literatura universal.

¡Se han cumplido, Teresa, tus deseos de servir al Señor sin límites de tiempo ni de espacio, hasta el día de la venida gloriosa de Jesús!

4. Suba ahora hasta el Padre, por intercesión tuya, Teresa de Jesús, la ardiente plegaria del Papa peregrino.

Te pido por la Iglesia nuestra Madre: «No ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia» (*Camino de Perfección*, 35,5).

Intercede por su extensión evangelizadora y por su santidad, por sus pastores, sus teólogos y ministros, por los hombres y mujeres que se han consagrado a Cristo, por los fieles de la familia de Dios.

Te ruego por un mundo en paz, sin guerras fratricidas como las que herían tu corazón.

Descubre a todos los cristianos el mundo interior del alma, tesoro escondido dentro de nosotros, castillo luminoso de Dios.

Haz que el mundo exterior conserve la huella del Creador y sea libro abierto que nos habla de Dios (cfr. *Vida*, 9,5).

Acoge mi súplica por las almas que alaban a Dios con sosiego, por los que han recibido la gran dignidad de ser amigos de Dios, por los que buscan a Dios en tinieblas, para que se les revele la Luz que es Cristo.

Bendice a los que buscan el entendimiento y la armonía, a los que promueven la hermandad y la solidaridad, porque «es menester hacerse espaldas unos a otros» y «crece la caridad con ser comunicada» (*Vida*, 7,22).

Protege a los hombres del mar y del campo, a los que trabajan y a los que dan trabajo, a los ancianos que en ti encuentran un modelo de sabiduría y de incansable creatividad.

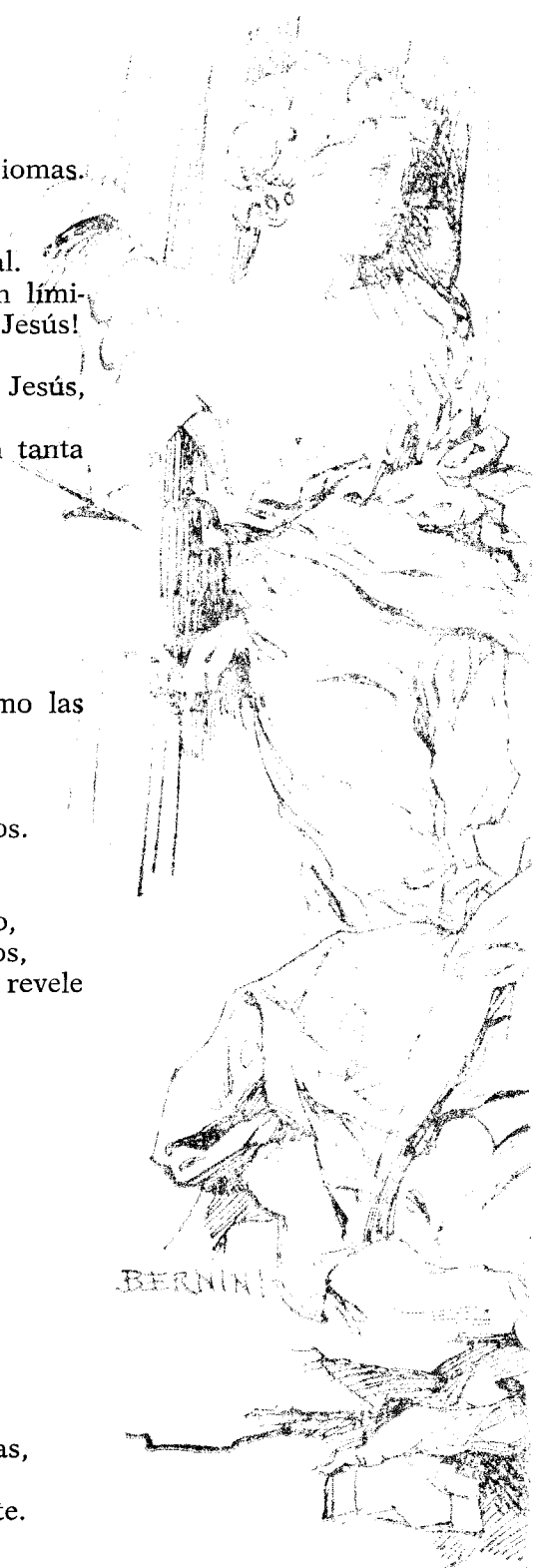
Bendice a las familias, a los jóvenes, a los niños.

Que encuentren un mundo de paz y libertad, digno de hombres llamados a la comunión con Dios, donde puedan cultivarse esas virtudes humanas

que tú llevaste al esplendor de la santidad cristiana:

la verdad y la justicia, la fortaleza y el respeto de las personas, la alegría y la afabilidad, la simpatía y el agradecimiento.

Pongo en tus manos la causa de los pobres que tú tanto amaste.



TERESA DE JESUS

Haz que se cumplan tus ideales de justicia en una fraterna comunión de bienes: porque todos los bienes son de Dios y Él los reparte a algunos como administradores suyos, para que los compartan con los pobres (cfr. *Conceptos de Amor de Dios*, 2,8).

Intercede por los enfermos, objeto de tus cuidados hasta el fin de tus días.

Ayuda a los desvalidos, a los marginados, a los oprimidos, para que en ellos se respete y honre la morada de Dios, su imagen y semejanza.

5. ¡Teresa de Jesús, que sigues viviendo en esta tierra de España!

Te pido por todos sus pueblos.

Haz que vivan la riqueza de sus valores culturales en espíritu de fraterna y solidaria comunicación.

A ti que eres amiga de Dios y de los hombres, y con tus escritos abres caminos de unidad, te encomiendo la unidad de la Iglesia y de la familia humana:

Entre los cristianos de diversas confesiones,
entre miembros de diversas religiones,
entre hombres de diferentes culturas.

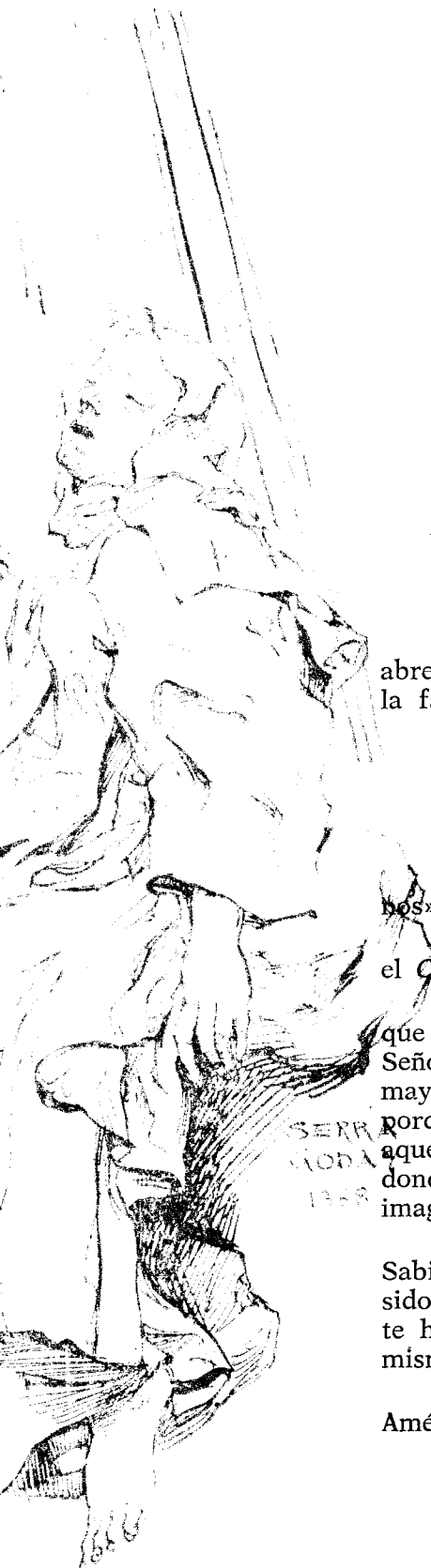
Que todos se sientan como tú los sentías: «hijos de Dios y hermanos» (*Castillo Interior*, V, 2,11).

Haz que se cumpla tu oración y tu palabra de esperanza, escrita en el *Castillo Interior* (VII, 2,7-8).

«Orando una vez Jesucristo nuestro Señor por sus Apóstoles, dijo que fuesen una cosa con el Padre y con Él, como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en Él (cfr. *Jn.* 17,21). ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! *Y no dejaremos de entrar aquí todos*, porque así dijo su Majestad: No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también. Haz que todos llegemos donde tu llegaste: hasta la comunión con la Trinidad «donde nuestra imagen está esculpida» (*Ib.*).

¡Teresa de Jesús, escucha mi oración! Sube hasta el trono de la Sabiduría de Dios la acción de gracias de la Iglesia, por lo que has sido y has hecho, por lo que todavía harás en el Pueblo de Dios que te honra como Doctora y Maestra espiritual. Quiero hacerlo con tus mismas palabras de alabanza y bendición:

«¡Sea Dios nuestro Señor por siempre alabado y bendito! Amén. Amén! (*Castillo Interior*, 4).



HOMILIA EN LA MISA DE LOS DIFUNTOS

NUESTROS DIFUNTOS VIVEN CON CRISTO

En el cementerio de la Almudena el Santo Padre rogó por los difuntos pronunciando las siguientes palabras:

Nos disponemos a celebrar la Eucaristía en este lugar sagrado, en el que están sepultados los restos mortales de vuestros difuntos, queridos hermanos y hermanas de Madrid. Aquí reposan personas que han tenido un significado determinante en vuestra existencia. Muchos de vosotros tenéis quizás aquí parientes muy cercanos, acaso los mismos padres de los que habéis recibido la vida. Ellos vuelven en este momento a la memoria de cada uno, emergiendo del pasado, como con el deseo de reanudar un diálogo que la muerte interrumpió bruscamente. Así, en este cementerio de la «Almudena» —como sucede hoy, día de los Difuntos, en los otros cementerios cristianos de cualquier parte del mundo— se forma una admirable asamblea, en la que los vivos encuentran a sus difuntos, y con ellos consolidan los vínculos de una comunión que la muerte no ha podido romper.

Comunión real, no ilusoria. Garantizada por Cristo, el cual ha querido vivir en su carne la experiencia de nuestra muerte, para triunfar sobre ella, incluso con ventaja para nosotros, con el acontecimiento prodigioso de la resurrección. «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado» (Lc. 24, 5-6). El anuncio de los Angeles, proclamado en aquella mañana de Pascua junto al sepulcro vacío, ha llegado a través de los siglos hasta nosotros. Ese anuncio nos propone, también en esta asamblea litúrgica, el motivo esencial de nuestra esperanza. En efecto, «si hemos muerto con Cristo —nos recuerda San Pablo, aludiendo a lo que ha tenido lugar en el bautismo— creemos que también viviremos con El» (Rom. 6,8).

Corroborados en esta certeza, elevamos al cielo —aun entre las tumbas de un cementerio— el canto gozoso del Aleluya, que es el canto de la victoria. Nuestros difuntos «viven con Cristo», después de haber sido sepultados con El en la muerte» (cfr. Rom. 6, 4). Para ellos el tiempo de la prueba ha terminado, dejando el puesto al tiempo de la recompensa. Por esto —a pesar de la sombra de tristeza provocada por la nostalgia de su presencia visible— nos alegramos al saber que han llegado ya a la serenidad de la «patria».

Sin embargo, como también ellos han sido partícipes de la fragilidad propia de todo ser humano, sentimos el deber —que es a la vez una necesidad del corazón— de ofrecerles la ayuda afectuosa de nuestra oración, a fin de que cualquier eventual residuo de debilidad humana, que todavía pudiera retrasar su encuentro feliz con Dios, sea definitivamente borrado. Con esta intención vamos a celebrar ahora la Eucaristía por todos los difuntos que reposan en este cementerio, incluyendo también en nuestro sufragio a los difuntos de los cementerios de Madrid y de España entera, así como los de todas las Naciones del mundo.

A LAS AUTORIDADES POLITICAS

La Iglesia pide libertad para cumplir su misión

Ante las autoridades políticas y militares, en el Palacio Real, el Papa pronunció las siguientes palabras:

Majestades, Señores:

1. Es para mí motivo de satisfacción tener este encuentro con vuestras Majestades, con las Autoridades del Gobierno y los Representantes del Parlamento. Así como con los demás distinguidos miembros de los sectores más calificados de la sociedad española.

Agradezco ante todo la exquisita acogida, en perfecta consonancia con el profundo sentido de hospitalidad del pueblo español, y las deferentes palabras de Su Majestad, que tan autorizadamente interpreta el sentir de los españoles.

Y aunque mi viaje a España tiene un carácter eminentemente religioso, con esta visita de cortesía deseo expresar mi saludo y mi respeto a los legítimos representantes del pueblo español, que los ha elegido como mandatarios suyos, para regir los destinos de la Nación. Un respeto que quise dejar fuera de toda sombra de duda —si en alguno hubiera podido insinuarse— ya antes de mi venida y que hoy reitero en vuestro presente contexto público.

2. En la misma línea de mis precedentes viajes apostólicos, llego a España como mensajero de la fe, para cumplir el mandato de Cristo de enseñar su doctrina a todas las gentes. Un mensaje que es nuevo para cada persona o generación y es siempre Buena Nueva, porque habla de fe, de amor entre los hombres, de respeto a su dignidad y valores fundamentales, de paz, de concordia, de libertad y de convivencia. Causas todas ellas que ayudan a la promoción del hombre y que tanto lugar ocupan en mis propias tareas.

Buena Nueva también para los pueblos, especialmente cuando están empeñados en construir sobre bases renovadas su presente y su futuro. Porque la Iglesia, respetando gustosamente los ámbitos que no le son propios, señala un rumbo moral, que no es divergente o contrario, sino que coincide con las exigencias de la dignidad de la persona humana y los derechos y libertades a ella inherentes. Y que constituyen la plataforma de una sana sociedad.

Es lógico a la vez que, fiel a su deber, y aun respetando la autonomía del orden temporal (cf. *Gaudium et spes*, 36), la Iglesia pida la misma consideración hacia su misión, cuando se trata de la esfera de cosas que miran a Dios y que rigen la conciencia de sus hijos. En las diversas manifestaciones de su vida personal y social, privada y pública.

3. Soy consciente de que vengo a una Nación de gran tradición católica, muchos de cuyos hijos contribuyeron intensamente a la humanización y evangelización de otros pueblos. Son páginas históricas que hablan muy alto de vuestro pasado.

Ahora estáis comprometidos en una nueva estructuración de vuestra configuración pública, que respete debidamente la unidad y peculiaridades de los diversos pueblos que integran la Nación. Sin pretender dar juicios concretos sobre aspectos que no son de mi incumbencia, pido a Dios os dé acierto en las soluciones a adoptar, para que se preserve la armónica convivencia, la solidaridad, el mutuo respeto y bien de todos.

Ese equilibrio de España repercutirá de manera positiva en el área geográfica de la que formáis

parte, y en la que legítimamente deseáis integraros de modo más pleno. Una España próspera y en paz, empeñada en promover relaciones fraternas entre sus gentes y que no olvide sus esencias humanas, espirituales y morales, podrá dar una valiosa contribución a un futuro de justicia y paz en Europa y en el concierto de las naciones; sobre todo de aquellas con las que os unen especiales vínculos históricos.

4. Para lograr esos objetivos sé que os estáis esforzando por crear una convivencia civil en la libertad, participación y respeto de los derechos humanos. Dentro de la pluralidad de opciones legítimas, y del debido respeto entre ellas, que sienten la sociedad española.

Os deseo que se salvaguarde siempre la liber-

tad solidaria y responsable, ese don precioso de la persona humana y fruto de su dignidad. Y que vuestro sistema de libertad se base en todo momento en la observancia de los valores morales de la misma persona. Así podrá ella realizarse de veras, individual y colectivamente.

5. No puedo concluir estas palabras sin renovar mi agradecimiento a Su Majestad el Rey y al Gobierno, por la invitación a venir a este nobilísimo País, y por todas las facilidades que están prestando al mejor desarrollo del mismo. Quiero asegurarles mi profundo aprecio por todo ello.

Que Dios bendiga a la Familia Real, a las Autoridades todas y al querido pueblo español, para que disfrute siempre de un clima de paz, prosperidad, justicia y concordia.



Hay un espejismo al que se puede sucumbir: querer cambiar la sociedad cambiando sólo las estructuras externas o buscando únicamente la satisfacción de las necesidades materiales del hombre. Y, en cambio, hay que empezar por cambiarse a sí mismo, por reformarse moralmente, por transformarse desde dentro, imitando a Cristo; por destruir las raíces del egoísmo y del pecado que anida en cada corazón. Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad.

(Juan Pablo II en Barcelona, 7 de noviembre)

Madrid2 Noviembre

A LA ORGANIZACION MUNDIAL DEL TURISMO

LO SOCIAL ESTA CONTENIDO EN LO HUMANO

La mañana del martes 2 de noviembre S. S. visitó la sede de la O.M.T., recibiendo después al Cuerpo Diplomático y, a primera hora de la tarde, a los representantes de los medios de comunicación social

Señor Secretario General, Señoras y Señores:

He aceptado con gusto la amable invitación a visitar la sede de la Organización Mundial del Turismo, que tiene el cometido de promover el turismo, para facilitar la comprensión entre los pueblos y también la paz, dentro del respeto de los derechos y libertad del hombre, sin distinción de raza, lengua o religión (cfr. *Estatuto de la OMT*, núm. 3).

Me complazco de la dinámica actividad que esta Organización realiza en favor de los intereses turísticos de los Países en vías de desarrollo, para promover en ellos un turismo que se traduzca en elevación social de sus poblaciones y en crecimiento cultural para los visitantes. Función compleja y delicada, si se quiere asegurar un desarrollo del fenómeno a dimensión humana, y que salvaguarde las sanas tradiciones de las diversas civilizaciones. Tal tipo de turismo será un instrumento privilegiado para reforzar y multiplicar las relaciones mutuas que enriquecen la comunidad humana (*Gaudium et spes*, 61). Y ayudará a establecer esos vínculos de solidaridad, de los que el mundo actual, turbado por las guerras, tiene tanta necesidad.

Mérito vuestra es haber sabido indicar, con la colaboración de las delegaciones de más de cien Países, las características necesarias para favorecer un salto de calidad del turismo. La Declaración de Manila (1980) puede muy bien ser considerada como un jalón esencial en la historia del turismo.

Un peligro en la expansión del fenómeno turístico es que su desarrollo esté motivado por meras preocupaciones económicas —descuidando su aspecto cultural y el debido respeto a la ecología— o por la tendencia a matar el tiempo, en vez de ser una pausa reparadora de las fuerzas psicofísicas gastadas en el trabajo. Ante ello hay que procurar la superación de estos hechos negativos, para favorecer los positivos valores potenciales del turismo (cfr. Directorio General para la Pastoral del Turismo, *Peregrinans in terra*, nn. 8-12).

Pero no basta. En efecto, lo fundamental en la fenomenología del turismo es reconocer al hombre como su causalidad final: «el hombre contemporáneo en su única e irrepetible realidad humana» (*Redemptor hominis*, 10), en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y de su ser comunitario (cfr. *ib.*, 14); en una palabra, el hombre en la dignidad de su persona. Porque cuando se

quiere valorizar lo «social», conviene tener presente que lo «social» está contenido en lo «humano».

Recordar, como se ha ratificado en la «Reunión Mundial» de Acapulco (1982), que el hombre no debe caer en manipulaciones interesadas, sino ser el «protagonista de sus vacaciones», no es un sueño, ni una utopía. Significa poner en el centro el elemento sin el cual la industria del turismo entraría en contradicción con una humanidad a la que pretendiera ayudar. Por otra parte, si el turismo es un derecho, es también verdad que es practicado por el hombre e implica su acción. Más que un simple descanso o una especie de evasión, es para el hombre una actividad compensadora que debe ayudarlo a «re-crearse» a través de nuevas experiencias, derivadas de opciones rectas y libres.

De ahí la necesidad de una formación adecuada tanto del turista como del operador turístico a cuya honestidad y capacidad se confía, así como del que ofrece la hospitalidad. Como todo desarrollo social, también el del turismo, en sus diversas formas, exige un desarrollo proporcional de la vida moral. Ha sido por ello un acto coherente por parte de vuestra Organización haber discutido y recomendado la exigencia de tal preparación efectiva, apelándose a la responsabilidad de todos los educadores, sin la cual el turismo puede precipitar en una forma moderna de alienación, con derroche de dinero y de tiempo, en vez de ser un medio de perfeccionamiento integral de la persona.

Por lo que se refiere al trabajo, justamente considerado como presupuesto necesario del turismo, no es la única fuente de valores éticos. También el tiempo libre —y por consiguiente el turismo en cuanto su componente principal— es una posibilidad integradora; y si es bien aprovechado, se transforma para la persona en capacidad de autoeducación y de cultura; por lo tanto el turismo, *por sí mismo*, es un valor y no un banal hecho de consumismo.

Frente a un fenómeno social de tanta amplitud y complejidad, no ha de extrañar el interés que pone en él la Santa Sede. La Iglesia, en efecto, no es una sociedad cerrada, sino que posee el sentido del multiplicarse de las formas culturales. Ella se mueve día a día hacia la Parusía, en continuo «espíritu nuevo» (*Rom 7,6*). Por esto quiere servir al hombre tal como se presenta en el contexto de las realidades de la civilización actual. Para acompañarlo en sus rápidos cambios (cfr. *Gaudium et spes*, 2, 3; 54; 55; *Peregrinans in terra*, 1); con amor y esperanza en un mañana mejor, en el que los pueblos se reconozcan más hermanos, gracias a la paz que presupone y favorece un turismo bien vivido.

Señores: según Platón, el universo que vemos es una gran sombra que anuncia el sol que está detrás. Ojalá que vuestra concorde actividad ayude a humanizar cada vez más el turismo. Y también a habilitar a los hombres para saber intuir, más allá de las sombras de nuestro siglo, el verdadero Sol de verdad y de justicia, de amor y de inmortalidad que, proyectándose en el espacio, lo ilumina y espera a todos en su misterio infinito.

AL CUERPO DIPLOMATICO

EL HOMBRE ES EL CRITERIO Y LA MEDIDA DE TODA POLITICA

Excelencias, Señoras, Señores:

1. Es un motivo de satisfacción para mí que la visita pastoral a esta Nación me ofrezca la oportunidad de encontrarme con vosotros, distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático, que estáis investidos de una misión tan importante en este noble País.

Vosotros constituís un Cuerpo especializado que, en su conjunto y en su diversas actividades, presenta la imagen de aquella realidad amplia que es la comunidad de las Naciones. Por eso, al tributaros el homenaje de mi cordial estima, saludo asimismo a cada uno de los Países y de los pueblos de quienes sois los altos representantes.

La vuestra es indudablemente una gran misión.

Si es verdad que la diplomacia es el arte de hacer la paz, es consecuentemente el arte de trabajar por la justicia entre los pueblos y por su bien común. Todo esfuerzo encaminado a la victoria de la justicia, fortalece de por sí la paz, la cual es condición indispensable para el verdadero progreso, es decir, para un uso ordenado de los bienes de la tierra. Vosotros, pues, participáis por profesión en la gran obra de la paz, de la justicia y del bien común.

2. Sabéis bien, por otra parte, que la Iglesia trabaja incesantemente por la consecución de tales objetivos, desde el momento en que su ministerio está orientado a establecer en los corazones no sólo la aspiración, sino la voluntad decidida de colaborar denodadamente en la realización de la justicia, de una fraternidad solidaria y de un bienestar difundido y justamente repartido.

En el gesto de cortesía manifestado con vuestra presencia, creo descubrir un signo de consideración hacia la actividad de la Iglesia y de la Santa Sede en favor de la humanidad. Es ciertamente un servicio de naturaleza trascendente, pero al mismo tiempo sumamente concreto, que se inserta en el contexto vivo de la convivencia humana.

En efecto, en presencia de las actuales crisis sociales, económicas y políticas; ante los dolorosos contrastes entre las Naciones; frente a la soledad del hombre en su búsqueda de valores y significados auténticos y perennes, la Iglesia aporta sus verdades, afirmando la superioridad del espíritu, sosteniendo el sentido ético de la historia y alentando hacia metas trascendentes.

3. Vuestra misión os pone día a día en contacto con la realidad siempre interpeladora de la situación internacional: os incumbe el deber de defender los intereses legítimos de vuestros respectivos Países, pero sois conscientes de que tales intereses están relacionados con los de los otros pueblos; que existe una estrecha interdependencia, que bien podemos llamar planetaria.

En efecto, los problemas que se presentan, las causas que constituyen su base, las soluciones que se imponen, han adquirido una dimensión mundial. Me atrevería a decir incluso que es peligroso para todos y cada uno de los Países, situarse fuera de una tal visión universal articulada.

Esta, a su vez exige necesariamente la solidaridad entre los pueblos, es decir, la cooperación mutua. Como dije en Ginebra, el 15 de junio pasado, dirigiéndome a la Conferencia Internacional del Trabajo: «Para crear un mundo de justicia y de paz, la solidaridad debe destruir los fundamentos

del odio, del egoísmo, de la injusticia, erigidos con demasiada frecuencia en principios ideológicos o en ley esencial de la vida en sociedad» (n. 9).

Como podréis fácilmente comprender, la primera solidaridad requerida es la dirigida a la defensa de los valores morales; a ella habrá de estar unida la solidaridad ordenada a la solución de todos los problemas humanos, entre ellos, obviamente, los de índole económica.

Quisiera añadir: la solidaridad, no sólo por los objetivos que la reclaman, sino en sí misma, es un valor ético, una obligación moral, según la cual cada pueblo, al procurar el bien propio, debe preocuparse por el bien de todos los demás. Es una exigencia del principio de la interdependencia a la que antes me he referido.

4. Por otra parte, la función necesaria de la ética en las relaciones internacionales, no puede extrañar; detrás de cada Estado y Gobierno hay siempre unos pueblos, unos grupos humanos, y más concretamente unas personas revestidas de dignidad espiritual, sujetos siempre de derechos y deberes inalienables. La persona humana, con sus exigencias trascendentes y eternas, es criterio y medida de los esfuerzos de toda política incluso internacional.

A este respecto, me parecen apropiadas las palabras de la Encíclica *Redemptor hominis*, insertas en un contexto análogo: «Los derechos del poder civil no pueden ser entendidos de otro modo más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre» (n. 17). En otras palabras, el poder de los Estados y las relaciones internacionales deben ser ejercidos según normas éticas exigidas por la dignidad de los pueblos y de las personas.

5. Excelencias, Señoras y Señores: si he deseado compartir estas consideraciones con vosotros, que sois especialistas en el acuerdo y maestros en el diálogo, es porque estoy convencido de la insustituible contribución que estáis llamados a dar con el servicio diplomático.

Estos son los votos que formulo para vosotros, llamados a cooperar al bien de vuestros Países, incrementando a la vez el bien de todos los demás: que sepáis desplegar vuestras fuerzas, experiencia y talentos en favor de la construcción de un mundo cada vez más solidario y humano.

Sobre vuestras personas, sobre vuestros nobles propósitos y esfuerzos, sobre vuestras familias, y finalmente sobre quienes confían en vuestro servicio, invoco copiosas bendiciones de Dios Omnipotente.

A LOS REPRESENTANTES DE MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

¡SED INCORRUPTIBLES ANTE LA VERDAD!

Queridos amigos, representantes de Medios de Comunicación Social:

1. Recibid ante todo mi cordial saludo, lleno de estima hacia la importantísima función que desarrolláis en la sociedad moderna.

Mañana encontraré brevemente a los numerosos periodistas y profesionales de la televisión que cubren la información de mi viaje a España.

Ahora quiero entretenerme con vosotros, que representáis los centros programadores, colectores y difusores de esa ingente actividad del complejo mundo de la comunicación en sus varias formas. Un mundo de importancia capital en la vida de nuestro tiempo, por la delicadeza y extensión del fenómeno al que se refiere.

En efecto, a través de los organismos que dependen de vosotros, podéis recoger y ponderar el latido vital de nuestras sociedades. Transmitiendo esa «historia diaria», y haciéndola en parte, a tantos millones de personas. Es un hecho que *se nos hace habitual*, pero no por eso resulta menos espectacular. Hoy el mundo es con frecuencia una inmensa audiencia y un único público unido en torno a los mismos acontecimientos culturales, deportivos, políticos y religiosos.

CON VUESTRO TRABAJO SERVIS Y DEBEIS SERVIR A LA CAUSA DEL HOMBRE EN SU INTEGRIDAD

La información y cultura han creado la necesidad de potenciarlas, y vosotros os dedicáis a esa hermosa tarea. Un servicio de incalculable trascendencia. Por las posibilidades enormes que encierra y la necesidad de no limitarse a informar, sino de promover los bienes de la inteligencia, de la cultura y de la convivencia, creando a la vez una recta opinión pública, tal como solicita el Concilio Vaticano II (cf. *Inter mirifica*, 8).

2. He pronunciado una palabra bien pensada: *servicio*. Porque, en efecto, con vuestro trabajo servís y debéis servir la causa del hombre en su integridad: en su cuerpo, en su espíritu, en su necesidad de honesto esparcimiento, de alimento cultural y religioso, de correcto criterio moral para su vida individual y social.

ESFORZAROS POR HACER UN MUNDO MAS UNIDO, PACIFICO Y HUMANO, DONDE BRILLE LA VERDAD Y LA MORALIDAD

Se trata de una noble misión que enaltece a quien la ejerce dignamente, porque presta una valiosísima contribución al bien de la sociedad, a su equilibrio y enriquecimiento. Por eso la Iglesia atribuye tanta importancia al sector de la comunicación social y de transmisión de la cultura. Por ello no duda en invitar a los cristianos a adquirir la necesaria competencia técnica, y trabajar con buena conciencia en ese sensible campo, donde están en juego tan altos valores.

Al hacer con vosotros estas reflexiones, no puedo menos de pensar en que hay mucho de común entre vuestra misión y la mía, en cuanto servidores que somos de la comunicación entre los hombres. Me corresponde a mí, de manera singular, transmitir a la humanidad *la Buena Noticia* del Evangelio y con ella el mensaje de amor, de justicia y paz de Cristo. Valores que tanto podéis favorecer vosotros, en vuestro esfuerzo por hacer un mundo más unido, pacífico y humano, donde brille la verdad y la moralidad.

3. Un sector que tan de cerca toca la información y formación del hombre y de la opinión pública, es lógico que tenga exigencias muy apremiantes de carácter ético. Entre ellas están la de que quienes se dedican a la comunicación «conozcan y lleven a la práctica fielmente en este

campo las normas de orden moral» (*Inter mirifica*, 4), y que «la información sea siempre verdadera», respetando «escrupulosamente las leyes morales y los legítimos derechos y dignidad del hombre» (*ibid*, 5).

Así, desde una dimensión antropológica no reductiva, se podrá ofrecer un servicio de comunicación que responda a la verdad profunda del hombre. Y en la que las normas de la ética profesional hallen su sentido de convergencia con la Verdad que aporta el cristianismo.

La búsqueda de la verdad indeclinable exige un esfuerzo constante, exige situarse en el adecuado nivel de conocimiento y de selección crítica. No es fácil, lo sabemos bien. Cada hombre lleva consigo sus propias ideas, sus preferencias y hasta sus prejuicios. Pero el responsable de la comunicación no puede escudarse en lo que suele llamarse *la imposible objetividad*. Si es difícil una objetividad completa y total, no lo es la lucha *por dar con la verdad*, la decisión de *proponer la verdad*, la praxis de *no manipular la verdad*, la actitud de *ser incorruptibles* ante la verdad. Con la sola guía de una recta conciencia ética, y sin claudicaciones por motivos de falso prestigio, de interés personal, político, económico o de grupo.

4. Para las personas de vuestra profesión existen numerosos textos deontológicos, la mayoría elaborados con gran sensibilidad ética. Ellos os animan a respetar la verdad, a defender el legítimo secreto profesional, a huir del sensacionalismo, a tener muy en cuenta la formación moral de la infancia y de la juventud, a promover la convivencia en el legítimo pluralismo de personas, grupos y pueblos.

Yo os aliento también a pensar en estos temas, no ya como protagonistas de la comunicación, sino como usuarios, como receptores. Pensad en vuestras familias y en vuestros hijos, receptores asimismo de un gran número de mensajes; algunos de los cuales no edifican, no construyen, sino que transmiten una idea degradada del hombre y de su dignidad, en aras quizá del permisivismo sexual, de la ideología de moda, de una crítica antirreligiosa de viejos resabios o de una cierta condescendencia ante fenómenos como la violencia.

No olvidéis nunca que de vuestra actuación depende a veces, al menos en buena parte, la conducta moral de tantos hombres y mujeres, en vuestra Nación y aun fuera de ella. Según vuestro comportamiento, según el «producto» que aceptáis, pedís a vuestros colaboradores u ofrecéis, será motivo de mérito o de recriminación. Y nun-

ca será algo exento de valoración moral, ante Dios, ante vuestra conciencia y ante la sociedad.

5. No puedo terminar este coloquio sin dirigir una palabra más específica a los sacerdotes, religiosos y laicos católicos aquí presentes, responsables de entes de comunicación de la Iglesia en los diversos campos.

Sabéis que vuestros Pastores siguen con interés y cariño esta preciosa actividad, imprescindible para que se oiga la voz de la Iglesia en la opinión pública, a través de esos medios de comunicación y cultura creados por la propia Jerarquía, alguna familia religiosa, secular o por grupos católicos.

SI ES DIFICIL UNA OBJETIVIDAD COMPLETA Y TOTAL, NO LO ES LA LUCHA POR DAR CON LA VERDAD, LA DECISION DE PROPONER LA VERDAD, LA PRAXIS DE NO MANIPULAR LA VERDAD, LA ACTITUD DE SER INCORRUPTIBLES ANTE LA VERDAD

Muchas veces, por vuestra condición concreta y por el medio en el que trabajáis, los destinatarios de vuestros servicios pueden pensar que sois de un modo o de otro la voz de la Iglesia o de vuestros Prelados. Ello os impone una mayor responsabilidad. De ahí la necesidad de afinar la sensibilidad, para identificarse plenamente, en las cuestiones fundamentales, dogmáticas y morales, con la auténtica voz del Magisterio, desde una acción la auténtica voz del Magisterio, desde una actitud de amor a la Iglesia y de colaboración leal con ella. Sólo así se hace una labor constructiva, sólo así se evita disolver el mensaje cristiano y confundir a los fieles con tomas de posición inaceptables o con críticas destructivas.

6. Queridos amigos: Permitidme que, con profunda estima y respeto por vuestra justa libertad, os aliente en vuestra alta misión humana y cristiana. La de servidores del hombre, hijo de Dios y, cada vez más, ciudadano del mundo de Dios y, cada vez más, ciudadano del mundo. La Iglesia aprecia y respeta vuestra labor. Pide también el respeto del vasto sector de la comunicación.

Que Dios bendiga vuestro trascendental trabajo y vuestra vida. Esta es mi oración por vosotros, por vuestras familias y por todos los que sirven la dignidad del hombre en la noble causa de la verdad.

HOMILIA DURANTE LA MISA PARA LAS FAMILIAS

El proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia

Una multitud inmensa acudió a la Misa para las familias celebrada en el Paseo de la Castellana - Plaza de Lima de Madrid. En la homilía Juan Pablo II explicó el proyecto divino sobre el matrimonio y la familia

Os habéis convertido en cónyuges por la oración al Espíritu Santo en virtud del sacramento

1. ¡Queridos hermanos y hermanas! ¡Esposos y Padres!: Permittedme que, siguiendo la palabra de Dios proclamada en la liturgia de hoy, *os recuerde el momento en que*, mediante el Sacramento de la Iglesia, *os habéis convertido en esposos* ante Dios y ante los hombres. En momento tan importante, la Iglesia sobre todo invitó e invocó solemnemente al Espíritu Santo para que esté con vosotros, conforme a la *promesa* que los Apóstoles recibieron de Cristo: «El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y *os recordará* todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14,26).

El trae consigo el amor y la paz y por esto dice Cristo: «La paz os dejo, *mi paz* os doy. No como la da el mundo, os la doy yo» (Jn. 14,27).

El, el Espíritu Santo, es el Espíritu de fortaleza y por esto mismo dice Cristo: «No se turbe vuestro corazón ni se atemorice» (Jn. 14,27).

Así pues, al mismo tiempo que por la oración al Espíritu Santo, os habéis convertido en cónyuges en virtud del Sacramento de la Iglesia —y en este sacramento permaneceréis durante los días, las semanas y los años de vuestra vida. *En este Sacramento*, en cuanto cónyuges, *os convertís en padres* y formáis la comunidad fundamental, humana y cristiana, compuesta por padres e hijos, comunidad de vida y de amor. Hoy me dirijo ante todo a vosotros, quiero orar con vosotros y también bendeciros, *renovando la gracia* en la que participáis mediante el Sacramento del Matrimonio.

2. Antes de dejar visiblemente este mundo, Cristo nos prometió y nos hizo don de su Espíritu, para que no olvidásemos sus palabras. Hemos sido confiados al Espíritu, para que las palabras del Señor acerca del matrimonio quedasen para siempre en el corazón de todo hombre y de toda mujer unidos en matrimonio.

Hoy más que nunca es necesaria esta presencia del Espíritu: una presencia que siga corroborando entre vosotros el tradicional sentido de familia y que os haga experimentar dichosamente, en lo más profundo de vuestro ser, un impulso constante a orientar el matrimonio y la misma vida de familia según la palabra y el don de Cristo.

Hoy más que nunca se hace también necesario este impulso interior del Espíritu. Para que con él, vosotros, los esposos cristianos, aun viviendo en ambientes donde las normas de vida cristiana no sean tenidas en la justa consideración o puedan no hallar el debido eco en la vida social o en los medios de comunicación más accesibles al hogar, seáis capaces de realizar el proyecto cristiano de la vida familiar. Resistiendo y superando con el dinamismo de vuestra fe cualquier presión contraria que pueda presentarse. Sabiendo discernir entre el bien y el mal: no faltando a la obediencia debida a los preceptos del Señor, continuamente recordados por el Espíritu a través del Magisterio de la Iglesia.

Hablando del matrimonio, Jesús nuestro Señor hizo referencia «al principio», es decir, al proyecto *original* de Dios, a la *verdad* del matrimonio (cfr. *Mt.* 19,8).

Según este proyecto, el matrimonio es una comunión de amor indisoluble. «Esta íntima unión, como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen plena fidelidad conyugal y urgen su indisoluble unidad» (*Gaudium et spes*, 48). Por ello cualquier ataque a la indisolubilidad conyugal, a la par que es contrario al proyecto original de Dios, va también contra la dignidad y la verdad del amor conyugal. Se comprende, pues, que el Señor, proclamando una norma válida para todos, enseñe que *no le es lícito* al hombre separar lo que *Dios* ha unido (cfr. *Mt.* 19).

Confiados como estáis al Espíritu, que os recuerda continuamente todo lo que Cristo nos dejó dicho, vosotros, esposos cristianos, estáis llamados a dar testimonio de estas palabras del Señor: «no separe el hombre lo que Dios ha unido».

Estáis llamados a vivir ante los demás la plenitud interior de vuestra unión fiel y perseverante, aun en presencia de normas legales que puedan ir en otra dirección. Así contribuiréis al bien de la institución familiar; y daréis prueba —contra lo que alguno pueda pensar— de que el hombre y la mujer tienen la *capacidad de donarse para siempre*; sin que el verdadero concepto de libertad impida una donación *voluntaria y perenne*. Por esto mismo os repito lo que ya dije en la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*: «testimoniar el valor inestimable de la indisolubilidad y de la fidelidad matrimonial es uno de los deberes más preciosos y urgentes de las parejas cristianas de nuestro tiempo» (n. 20).

Hoy más que nunca es necesario el impulso del Espíritu para obedecer a los preceptos del Señor

Cualquier ataque a la indisolubilidad es contrario al proyecto de Dios

No separe el hombre lo que Dios ha unido

Dar testimonio de la fidelidad es un deber urgente en nuestro tiempo

Hemos sido confiados al Espíritu, para que las palabras del Señor acerca del matrimonio quedasen para siempre en el corazón de todo hombre y de toda mujer unidos en matrimonio.

Recordando la doctrina de Paulo VI: todo acto conyugal debe permanecer abierto a la transmisión de la vida

Si no se respeta la vida humana en el todavía no nacido se minan los fundamentos de la sociedad y se comete una gravísima violación del orden moral

Deber de los padres como los primeros educadores

Además, según el plan de Dios, el matrimonio es una comunidad de amor indisoluble *ordenado a la vida* como continuación y complemento de los mismos cónyuges. Existe una relación inquebrantable entre el amor conyugal y la transmisión de la vida, en virtud de la cual —como enseñó Pablo VI: «todo acto conyugal debe permanecer abierto a la transmisión de la vida» (*Humanae Vitae*, 11 AAS 60 (1968), 448). Al contrario —como escribí en la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*— «al lenguaje natural que expresa la recíproca donación total de los esposos, el anticoncepcionismo impone un lenguaje objetivamente contradictorio, es decir, el de no darse al otro totalmente: se produce no sólo el rechazo positivo de la apertura a la vida, sino también una falsificación de la verdad interior del amor conyugal» (n. 32).

Pero hay otro aspecto, aún más grave y fundamental, que se refiere al amor conyugal como fuente de la vida: hablo del respecto absoluto a la vida humana, que ninguna persona o institución, privada o pública, puede ignorar. Por ello, quien negara la defensa a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad.

¿Qué sentido tendría hablar de la dignidad del hombre, de sus derechos fundamentales, si no se protege a un inocente, o se llega incluso a facilitar los medios o servicios, privados o públicos, para destruir vidas humanas indefensas? ¡Queridos esposos! Cristo os ha confiado a su Espíritu para que no olvidéis sus palabras. En este sentido sus palabras son muy serias: «¡ay de aquel que escandaliza a uno de estos pequeñuelos:... sus ángeles en el cielo contemplan siempre el rostro del Padre». Él quiso ser reconocido, por primera vez, por un niño que vivía aún en el vientre de su madre, un niño que se alegró y saltó de gozo ante su presencia.

3. Pero vuestro servicio a la vida no se limita a su transmisión física. Vosotros sois los *primeros* educadores de vuestros hijos. Como enseñó el Concilio Vaticano II, «los padres, puesto que han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos son los primeros y obligados educadores. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse» (*Gravissimum educationis*, 3).

Según el proyecto original de Dios, el matrimonio es una comunión de amor indisoluble. Por ello, cualquier ataque a la indisolubilidad conyugal es contrario al plan divino y a la dignidad y verdad del amor conyugal.

Derecho primario de los padres en la educación de sus hijos

Tratándose de un deber fundado sobre la vocación primordial de los cónyuges a cooperar con la obra creadora de Dios, le compete el correspondiente *derecho* de educar a los propios hijos. Dado su origen, es un deber-derecho *primario* en comparación con la incumbencia educativa de otros; *insustituible e inalienable*, esto es, que no puede delegarse totalmente en otros ni otros pueden usurparlo.

No hay lugar a dudas de que, en el ámbito de la educación, a la autoridad pública le competen derechos y deberes, en cuanto debe servir al bien común. Ella, sin embargo, no puede sustituirse a los padres, ya que su cometido es el de ayudarles, para que puedan cumplir su deber-derecho de educar a los propios hijos de acuerdo con sus convicciones morales y religiosas.

Papel subsidiario de la autoridad pública

La autoridad pública tiene en este campo un papel subsidiario y no abdica sus derechos cuando se considera al servicio de los padres; al contrario, esta es precisamente su grandeza: defender y promover el libre ejercicio de los derechos educativos. Por esto vuestra Constitución establece que «los poderes públicos garantizan el derecho de los padres a que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que está en conformidad con sus propias convicciones» (cfr. Art. 27,3).

Derecho a la educación religiosa de sus hijos incluso en la escuela pública

Concretamente, el derecho de los padres a la educación religiosa de sus hijos debe ser particularmente garantizado. En efecto, por una parte la educación religiosa es el cumplimiento y el fundamento de toda educación que tiene por objeto —como dice también vuestra Constitución— «el pleno desarrollo de la personalidad humana» (*Ibid.* 2). Por otra parte, el derecho a la libertad religiosa quedaría desvirtuado en gran medida, si los padres no tuviesen la garantía de que sus hijos, sea cual fuere la escuela que frecuentan, incluso la escuela pública, reciben la enseñanza y la educación religiosa.

La Ley del Señor es el único camino de vida y de paz

4. ¡Queridos hermanos y hermanas! ¡Queridos esposos y padres!: He recordado algunos puntos esenciales del proyecto de Dios sobre el matrimonio, con el fin de facilitaros el que escuchéis en vuestro corazón las palabras dirigidas a vosotros por Cristo y que el Espíritu os recuerda continuamente.

«La ley de Dios es perfecta, corrobora los ánimos... hace sabio al sencillo. Los preceptos del Señor son justos.» La ley del Señor que debe gobernar vuestra vida conyugal y familiar, es el único camino de la vida y de la paz. Es la escuela de la verdadera sabiduría: «el que la observa obtendrá grandes frutos». No obstante, no basta reconocer como justa la ley sobre la que se constituye el matrimonio y la familia. ¿Quién no ve descrita la propia experiencia cristiana, cuando oye decir a San Pablo: «me deleito en la ley de Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente» (*Rom 7, 22-23*).

Quien negara la defensa a la persona humana ya concebida, aunque no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad.

Se necesita la conversión del corazón

Es necesaria una constante *conversión del corazón*, una constante apertura del espíritu humano, para que toda la vida se identifique con el bien custodiado por la autoridad de la ley. Por esto, en la liturgia de hoy, hemos escuchado de labios del profeta Ezequiel estas palabras: «Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu y os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos» (36, 26-27).

El Espíritu Santo escribe en nuestro corazón la Ley de Dios en el matrimonio

El Espíritu escribe en *vuestros corazones* la ley de Dios sobre el matrimonio. No está escrita solamente fuera: en la Sagrada Escritura, en los documentos de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia. Está escrita también *dentro* de vosotros. Es esta la Nueva y Eterna Alianza, de la que habla el profeta, que sustituye a la Antigua y devuelve a su primitivo esplendor a la Alianza original con la Sabiduría creadora, inscrita en la humanidad de todo hombre y de toda mujer. Es la Alianza *en el Espíritu*, de la que dice Santo Tomás que «la ley Nueva es la misma gracia del Espíritu Santo» (*Suma Teológica*, I, II, 9, 108 (o 109) a.1).

Exigencia de una perseverante cooperación con la gracia

La vida de los cónyuges, la vocación de los padres exige una perseverante y permanente *cooperación con la gracia* del Espíritu que os ha sido donada mediante el sacramento del matrimonio; para que esta gracia pueda fructificar en el corazón y en las obras; para que puedan dar frutos sin cesar y no marchitarse a causa de nuestra pusilanimidad, infidelidad o indiferencia.

Movimientos de espiritualidad familiar

En la Iglesia de España son numerosos los movimientos de espiritualidad familiar. Su cometido es precisamente el de ayudar a sus miembros a ser fieles a la gracia del sacramento del matrimonio; para realizar su comunidad conyugal y familiar según el proyecto de Dios, custodiado por su ley, escrita por el Espíritu en los corazones de los esposos. Esta propia finalidad ha de conjugarse en todo momento con la tarea más amplia de colaborar a hacer real y operante la comunión eclesial; en este sentido se hace necesario que toda actividad de apostolado sepa asimilar y poner en práctica los criterios pastorales emanados de la Iglesia, y a los que todo agente de la pastoral debe ser fiel.

El Matrimonio exige unidad de espíritu y comunión en la caridad

5. Cuando los esposos caminan en la verdad del proyecto de Dios sobre su matrimonio, se obtiene la *unidad de espíritu*, de *comunión en la caridad*, de que habla San Pablo a los cristianos de Filipo.

Hago ahora más las palabras del Apóstol: «No hagáis nada por espíritu de rivalidad o por vanagloria, sino que cada uno de vosotros, con toda humildad, considere a los demás superiores a sí mismo. Que no busque cada uno solamente su interés, sino también el de los demás» (*Fil 2,3-4*).

A los cónyuges les compete el derecho de educar a los propios hijos. Y este derecho es primario, insustituible e inalienable, es decir, no puede delegarse totalmente en otros ni otros pueden usurparlo.

La familia es una única comunidad en que todo hombre es amado por sí mismo

Sí, el marido no busque únicamente sus intereses, sino también los de su mujer y ésta los de su marido; los padres busquen los intereses de sus hijos y éstos a su vez busquen los intereses de sus padres. La familia es la única comunidad en la que todo hombre «es amado por sí mismo», por lo que es y no por lo que *tiene*. La norma fundamental de la comunidad conyugal no es la de la *propia utilidad* y del propio *placer*. El otro no es querido por la utilidad o placer que puede procurar: es querido *en sí mismo* y *por sí mismo*. La norma fundamental es pues la norma personalística; toda persona (la persona del marido, de la mujer, de los hijos, de los padres) es afirmada en su dignidad en cuanto tal, es querida por sí misma.

El respeto de esta norma fundamental explica, como enseña el mismo Apóstol, que no se haga nada por espíritu de rivalidad o por vanagloria, sino con humildad, por amor. Y este amor, que se abre a los demás, hace que los miembros de la familia sean auténticos servidores de la Iglesia «doméstica», donde todos desean el bien y la felicidad a cada uno; donde todos y cada uno dan vida a ese amor con la premurosa búsqueda de tal bien y tal felicidad.

Grandeza de la vocación familiar según el modelo de la Sagrada Familia

6. Comprendéis por qué la Iglesia ve ante sí, como un campo a cultivar con todo el empeño posible, la institución del matrimonio y de la familia. ¡Cuán grande es *la verdad* de la vocación y de la vida matrimonial y familiar, según las palabras de Cristo y *según el modelo de la Sagrada Familia*! Que sepamos ser fieles a esta palabra y a este modelo. Se expresa contemporáneamente el verdadero amor a Cristo, el amor de que El nos habla en el evangelio de hoy: «Si alguno me ama *guardará mi palabra* y mi Padre le amará y vendremos a él y *en él haremos morada*... la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me ha enviado» (Jn 14, 23-24).

Familias de la noble España: ¡conservad estas enseñanzas sagradas!

¡Queridos hermanos y hermanas! ¡Maridos y mujeres! ¡Padres y Madres! ¡Familias de la noble España: de la Nación y de la Iglesia! Conservad en vuestra vida las enseñanzas del Padre que os ha proclamado el Hijo; las enseñanzas que *el Hijo ha confirmado con su cruz y con su resurrección*. Conservad estas enseñanzas sagradas con la fuerza del Espíritu Santo que os ha sido dado en el Sacramento del matrimonio.

La gran causa divina: la salvación del hombre sobre la tierra

El Padre que ha venido a vosotros en el Espíritu, habite en vuestras familias mediante este Sacramento, junto con Cristo su Eterno Hijo. Mediante estas familias españolas, siga desarrollándose la gran causa Divina de la salvación del hombre sobre la tierra. Amén.

¡Cuán grande es la verdad de la vocación y de la vida matrimonial y familiar, según las palabras de Cristo y según el modelo de la Sagrada Familia!

A LOS RELIGIOSOS Y MIEMBROS DE INSTITUTOS SECULARES MASCULINOS

Sed portadores de certezas de Fe no de dudas ni de «ideologías»

Queridos hermanos:

1. El encuentro de oración en esta tarde, aquí en Madrid, casi al comienzo de mi peregrinación apostólica por España, es para mí un inmenso gozo. En efecto, se trata de un encuentro con personas muy queridas, cuya existencia, consagrada por los tres votos evangélicos, «pertenece de manera indiscutible a la vida y santidad de la Iglesia» (*Lumen gentium*, 44).

Pertenecéis a esa inmensa corriente vital que ha brotado con tanta generosidad en las tierras de España, y que ha hecho fructificar abundantemente la semilla evangélica en multitud de pueblos de todo el universo. Familias religiosas de antiguo abolengo y de más reciente creación, habéis servido con un corazón grande a todos los hombres, de todas las razas y de todas las lenguas; y, antes y ahora, habéis vivificado el tronco dos veces milenario de la Iglesia.

Os diré con palabras de San Pablo, que «continuamente estoy dando gracia a Dios por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Jesucristo: porque en El habéis sido enriquecidos con toda suerte de bienes..., habiéndose verificado así en vosotros el testimonio de Cristo» (1 Cor 4,6). El Papa agradece también la oportunidad de este encuentro que Santa Teresa de Jesús me ha facilitado, porque ella ha sido la ocasión que tanto esperaba para poder hablaros al corazón.

Sois una gran riqueza de espiritualidad y de iniciativas apostólicas en el seno de la Iglesia. *De vosotros depende en buena parte la suerte de la Iglesia.*

Esto os impone una grave responsabilidad y exige una profunda conciencia de la grandeza de la vocación recibida y de la necesidad de adecuarse cada vez más a ella. Se trata, en efecto, de seguir a Cristo y, respondiendo afirmativamente a la llamada recibida, servir gozosamente a la Iglesia en santidad de vida.

El sí total a la voz de Dios

2. Vuestra vocación es iniciativa divina; un don hecho a vosotros y, al mismo tiempo, un regalo para la Iglesia. Confiados en la fidelidad del que os llamó y en la fuerza del Espíritu, os habéis puesto a disposi-

España sembradora del Evangelio por todo el universo

De vosotros depende en buena parte la suerte de la Iglesia

Grandeza de la vocación de servir a Cristo en santidad de vida

Compromiso libre y definitivo en la fe para todo y para siempre

ción de Dios con los votos de pobreza, castidad consagrada y obediencia; y esto, no por un tiempo, sino para toda la vida, con un «compromiso irrevocable». Habéis pronunciado en la fe un sí *para todo y para siempre*. Así, en una sociedad en la que con frecuencia falta la valentía para aceptar compromisos, y en la que muchos prefieren vanamente una vida sin vínculos, dais el testimonio de vivir con compromisos definitivos, en una decisión por Dios que abarca toda la existencia.

La calidad de una persona es la medida de su amor

Vosotros sabéis amar. La calidad de una persona se puede medir por la categoría de sus vínculos. Por eso cabe decir gozosamente que vuestra libertad *se ha vinculado libremente a Dios* con un voluntario servicio, en amorosa servidumbre. Y, al hacerlo, vuestra humanidad ha alcanzado madurez. «Humanidad madura —escribí en la Encíclica *Redemptor hominis*—, significa pleno uso del don de la libertad, que hemos obtenido del Creador, en el momento en el que El ha llamado a la existencia al hombre hecho a su imagen y semejanza. Este don encuentra su plena realización en la donación sin reservas de toda la persona humana concreta, en espíritu de amor nupcial a Cristo y, a través de Cristo, a todos aquellos a los que El envía, hombres o mujeres, que se han consagrado totalmente a El según los consejos evangélicos. He aquí el ideal de la vida religiosa, aceptado por las Ordenes y Congregaciones, tanto antiguas como recientes, y por los Institutos Seculares» (n. 21).

Revivió en la oración la primera llamada de Dios, que es fiel y no se arrepentirá de haberos elegido

Dad siempre gracias a Dios por la misteriosa llamada que un día resonó en lo íntimo de vuestro corazón: «Sígueme» (cfr. *Mt* 9, 9; *Jn* 1,45). «Vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos; y ven y sígueme» (*Mt* 19,21). Esta llamada y vuestra respuesta —que Dios mismo con su gracia puso en vuestra voluntad y en vuestros labios— se encuentran en la base de vuestro itinerario personal; es —no lo olvidéis nunca— la razón de todos vuestros quehaceres.

No me elegisteis vosotros a mí, yo os elegí a vosotros

Revivid una vez y otra en la oración ese encuentro personal con el Señor, que a lo largo de vuestra vida continúa insistiendo: «Sígueme». Os diré con San Pablo: «los dones y la vocación de Dios son sin arrepentimiento» (*Rom* 11,29). Fiel es Dios, que no se arrepentirá de haberos elegido.

Y cuando en la cotidiana lucha ascética se hagan necesarias la contrición y la conversión, recordad la parábola del hijo pródigo y la alegría del Padre. «Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica además, un bien hallado de nuevo, que en el caso del pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo» (*Dives in misericordia*, 6). Practicad la confesión frecuente, con la periodicidad que aconsejan y señalan vuestras Reglas y Constituciones.

Vuestra vocación forma parte esencial de la verdad más profunda de vosotros mismos y de vuestro destino. «No me habéis elegido vosotros a Mí —dice el Señor con palabras que se aplican a vosotros—, sino que Yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y déis fruto, y vuestro fruto permanezca» (*Jn* 15, 16). ¡Dios os ha elegido!

Por la oración a la fidelidad

3. Vuestro compromiso, adquirido hace decenios o quizá recientemente, ha de fortalecerse siempre en el Señor. Os pido una renovada fidelidad, que haga más encendido el amor a Cristo, más sacrificada y alegre vuestra entrega, más humilde vuestro servicio, sabedores —os lo diré

Lo menos que se puede ofrecer al Señor es la propia vida

con Santa Teresa de Jesús—, de que «quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la propia vida» (*Camino de perfección*, 11, 2).

Para eso se requiere la atenta escucha del misterio de Dios, el diario adentrarse en el amor de Cristo crucificado, cultivando con empeño la oración, bajo la guía segura de las fuentes limpias de la espiritualidad cristiana. Leed asiduamente las obras de los grandes maestros del espíritu. ¡Cuántos tesoros de amor y de fe tenéis al alcance de la mano en vuestro bello idioma! Y, por encima de todo, saboread con fe y humildad la Sagrada Escritura, a fin de alcanzar el «sublime conocimiento de Cristo» (*Fil*, 3, 8). Sólo en El, mediante su Espíritu, podréis encontrar la fortaleza necesaria para superar las debilidades experimentadas una y otra vez.

Superar toda incertidumbre de identidad, en la seguridad de que vuestra oración es divina

Mantened viva la seguridad de que vuestra vocación es divina, con una profunda visión de fe alimentada en la plegaria y en los sacramentos, especialmente en el sacrosanto misterio de la Eucaristía, fuente y cumbre de toda vida cristiana auténtica. Así superaréis fácilmente toda incertidumbre acerca de vuestra identidad, y caminaréis de fidelidad en fidelidad, identificándoos con Cristo desde las bienaventuranzas y siendo testigos, al mismo tiempo, del reino de Dios en el mundo actual.

El yugo de Cristo es el amor, su carga, carga de amores

Esta fidelidad implica, antes que nada y como base de todo, un ansia creciente de trato con Dios, de unión amorosa con El. El consagrado —os digo con San Juan de la Cruz—, «de tal manera quiere Dios que sea religioso, que haya acabado con todo y que todo se haya acabado para él, porque El mismo es el que quiere ser su riqueza, consuelo y gloria deleitable» (Carta 9). Esas ansias de unión con Dios os harán experimentar la verdad de las palabras del Señor: «mi yugo es suave y mi carga ligera» (*Mt* 11, 30). Su yugo es el amor, y su carga es carga de amores. Y ese mismo amor os hará dulce su peso.

Testigos de Cristo ante los hombres

El testigo vive y actúa según la experiencia de lo que cree

4. Esta dimensión de la entrega total y de la fidelidad permanente al Amor constituye la base de vuestro *testimonio ante el mundo*. De hecho, el mundo busca en vosotros un estilo de vida sincero y una forma de trabajo que responda a lo que verdaderamente sois. El testigo no es un simple maestro que enseña lo aprendido, sino que es alguien que *vive y actúa* conforme a una profunda experiencia de lo que cree.

Como personas consagradas sois, ante todo, consagrados precisamente por la profesión y práctica de los consejos evangélicos; y así vuestra vida tiene que ofrecer un testimonio esencialmente evangélico. Continuamente tenéis que volveros a Cristo, Evangelio viviente, y reproducirlo en vuestra vida, en vuestra forma de pensar y trabajar.

El mundo necesita ejemplos vivos de seguimiento radical de Cristo, que atraerá las vocaciones de los jóvenes

Hay que recuperar la confianza en el valor y actualidad de los consejos evangélicos, que tienen su origen en las palabras y en el ejemplo de Jesucristo (cfr. *Perfectae caritatis*, 1). Pobres como Cristo pobre; obedientes, aceptando esa actitud del corazón de Cristo, que vino para redimir al mundo no haciendo su voluntad sino la del Padre que le envió; y viviendo con todas sus consecuencias la continencia perfecta por el Reino de los cielos, como señal y estímulo de la caridad y como manantial de fecundidad apostólica en el mundo. Hoy el mundo necesita ver los ejemplos vivos de aquellos que, dejándolo todo, han abrazado como ideal la vida según los consejos evangélicos. Es la sinceridad real en el segui-

El Evangelio es definitivo y no pasa

miento radical de Cristo la que atraerá vocaciones a vuestros Institutos, ya que los jóvenes buscan precisamente esa radicalidad evangélica.

El Evangelio es definitivo y no pasa. Sus criterios son para siempre. No podéis hacer «relecturas» del Evangelio según los tiempos, conformándoos a todo lo que el mundo pide. Al contrario, es preciso leer los signos de los tiempos y los problemas del mundo de hoy, a la luz indefectible del Evangelio (cfr. Discurso inaugural de la Asamblea de Puebla, I, 4.5.).

Fieles al único Magisterio

Hay que leer los signos de los tiempos a la luz del Evangelio

5. Un factor decisivo en todas las épocas en que la Iglesia ha debido emprender grandes cambios y reformas, ha sido la fidelidad de los religiosos a su doctrina y normas. Hoy vivimos una de esas épocas en que es necesario ofrecer al mundo el testimonio de vuestra fidelidad a la *Iglesia*.

No existe un doble Magisterio: el de la Jerarquía y el de los Teólogos

Los cristianos tienen derecho a exigir al consagrado que ame la Iglesia, la defienda, la fortalezca y enriquezca con su adhesión y obediencia. Esta fidelidad no debe ser meramente externa, sino principalmente interna, profunda, alegre y sacrificada. Tenéis que evitar todo lo que pueda hacer creer a los fieles que existe en la Iglesia un doble magisterio, el auténtico de la Jerarquía y el de los teólogos y pensadores, o que las normas de la Iglesia han perdido hoy su vigor.

Sed portadores de certezas de fe, no de dudas ni de ideologías

No pocos de vosotros estáis dedicados a la formación teológica de los fieles, a la dirección de centros educativos o de asistencia y dirigís publicaciones de información y de formación. A través de todos estos medios, procurad educar integralmente, inculcar un profundo respeto y amor a la Iglesia y animar a una sincera adhesión a su Magisterio. No seáis portadores de dudas o de «ideologías», sino de «certezas» de fe. El verdadero apóstol y evangelizador, declaraba mi Predecesor Pablo VI, «será aquel que, aun a costa de renunciaciones y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar. No rechaza nunca la verdad» (*Evangelii nuntiandi*, 78).

Transmite con fidelidad la doctrina de la Iglesia expresada en el Concilio Vaticano II

Todo esto hay que tenerlo especialmente presente cuando vuestros oyentes son religiosas que siguen vuestros cursos y oyen vuestras conferencias. Ante todo, tenéis que transmitir con fidelidad la *doctrina de la Iglesia*, esa doctrina que ha quedado expresada en documentos tan ricos como los del Concilio Vaticano II. En la renovación de la vida de consagración, que los tiempos nuevos están exigiendo, hay que salvar la fidelidad al pensamiento y a las normas de la Iglesia; más concretamente, en campo doctrinal y en materia litúrgica, evitando ciertas posturas críticas llenas de amargura, que oscurecen la verdad, desconciertan a los fieles y a las mismas personas consagradas. La fidelidad al Magisterio no es freno para una recta investigación, sino condición necesaria de auténtico progreso de la verdadera doctrina.

La fidelidad al Magisterio no es freno, sino requisito del auténtico progreso de la verdadera doctrina

Dimensión comunitaria

La vida de comunidad no se funda en la amistad humana sino en la vocación de Dios

6. La *vida comunitaria* es un elemento esencial, no de la vida consagrada en sí misma, pero sí de la forma religiosa de esa consagración. Dios ha llamado a los religiosos a santificarse y a trabajar en comunidad.

El religioso no ha de trabajar por su cuenta, sino unidad con su comunidad

La vida comunitaria tiene su fundamento no en una amistad humana, sino en la vocación de Dios, que libremente os ha escogido para formar una nueva familia; cuya finalidad es la plenitud de la caridad, y cuya expresión es la observancia de los consejos evangélicos.

Elementos de una verdadera vida comunitaria son el superior, quien goza de una autoridad (cf. *Optatam totius*, 14) que ha de ejercitar en actitud de servicio; las reglas y tradiciones que configuran cada familia religiosa; y, finalmente, la Eucaristía, que es el principio de toda comunidad cristiana; en efecto, cuando participamos en la Eucaristía, todos comemos el mismo Pan, bebemos la misma Sangre y recibimos un mismo Espíritu. Por este motivo, el centro de nuestra vida comunitaria no puede ser otro que Jesús en la Eucaristía.

La dimensión comunitaria debe estar presente en vuestro trabajo apostólico. El religioso no está llamado a trabajar como una persona aislada o por su cuenta. Hoy más que nunca es necesario vivir y trabajar unidos, primero dentro de cada familia religiosa y luego colaborando con otros consagrados y miembros de la Iglesia. La unión hace la fuerza. Por otra parte, la vida comunitaria ofrece un campo extraordinario para el sacrificio propio, para dejarse a sí mismo y pensar en el hermano, abrazando a todos en la caridad de Cristo.

Sólo Dios basta

Renunciando a todo, el Religioso se entrega todo a Dios, y lleno de Dios vuelve al mundo para trabajar por el Reino de Dios, la Iglesia

7. El consagrado es una persona que, renunciando al mundo y a sí mismo se ha entregado por completo a Dios y, lleno de Dios, vuelve al mundo para *trabajar por el Reino de Dios* y por la Iglesia.

La persona del consagrado está marcada profundamente por esta pertenencia exclusiva a Dios, a la vez que tiene por objeto de su servicio los hombres y el mundo. La vida y actividad del consagrado no se pueden reducir a un horizontalismo terreno, olvidando esa consagración a Dios y esa obligación de impregnar el mundo de Dios. En todas vuestras actividades tiene que estar presente este fin teológico.

Dentro de la Iglesia existen diversos carismas, y consecuentemente diversos servicios, que mutuamente se complementan. No sería justo que los religiosos entrasen en el campo propio de los seculares: la consagración del mundo desde dentro (cfr. *Lumen gentium*, 31; *Gaudium et spes*, 43).

Esto no significa que vuestra consagración religiosa y vuestros ministerios eminentemente religiosos no tengan una repercusión profunda en el mundo y en el cambio de sus estructuras. Si el corazón de los hombres no cambia, las estructuras del mundo no podrán cambiar de una forma eficaz (cfr. *Evangelii nuntiandi*, 18). El ministerio de los religiosos se ordena principalmente a obtener la conversión de los corazones a Dios, la creación de hombres nuevos y a señalar esos campos donde los seculares, consagrados o simples cristianos, pueden y deben actuar para cambiar las estructuras del mundo.

A este propósito, quiero expresar mi más profunda estima, acompañada de mi cordial saludo, a todos los miembros de los Institutos Seculares masculinos de España y a los aquí presentes. Vosotros tenéis vuestra forma peculiar de consagración y vuestro puesto propio dentro de la Iglesia. Alimentados con una sólida espiritualidad, sed fieles a la llamada

La misión del Religioso es convertir el corazón de los hombres a Dios, el cambio de las estructuras corresponde a los seculares

de Cristo y de la Iglesia, para ser válidos instrumentos de transformación del mundo desde dentro de él.

Pensando en el tema del próximo Sínodo, quisiera invitaros, religiosos sacerdotes, a valorar como uno de vuestros primeros ministerios el sacramento de la confesión. Oyendo las confesiones y perdonando los pecados, estáis eficazmente edificando la Iglesia, derramando sobre ella el bálsamo que cura las heridas del pecado. Si ha de realizarse en la Iglesia una renovación del sacramento de la Penitencia, será necesario que el sacerdote religioso se dedique con gozo a este ministerio.

Transformar el mundo desde dentro, misión de los miembros de los Institutos seculares

Generosidad misionera

8. Quiero, antes de terminar, recordaros una característica de los religiosos españoles que, tal vez, está padeciendo un pasajero eclipse y que es necesario restaurar en todo su antiguo esplendor: me refiero a la *generosidad misionera* con la que, miles de consagrados españoles, entregaron su vida a la tarea apostólica de establecer la Iglesia en tierras aún por evangelizar. No dejéis que los vínculos de la carne y sangre, ni el afecto que justamente nutris por la patria donde habéis nacido y aprendido a amar a Cristo, se conviertan en lazos que disminuyan vuestra libertad (cfr. *Evangelii nuntiandi*, 69) y pongan en peligro la plenitud de vuestra entrega al Señor y a su Iglesia. Recordad siempre que el espíritu misionero de una determinada porción de la Iglesia es la medida exacta de su vitalidad y autenticidad.

El espíritu misionero ha sido la característica de los Religiosos españoles y la medida de su autenticidad

Con Santa María

9. Mantened siempre, finalmente, una tierna devoción a la Santa Madre de Dios. Vuestra piedad para con Ella debe conservar la sencillez de los primeros momentos. Que la Madre de Jesús, que también es nuestra Madre, modelo de entrega al Señor y a su misión, os acompañe, os haga dulce la cruz y os otorgue, en cualquier circunstancia de vuestra vida, esa alegría y paz inalterables, que sólo el Señor puede dar. En prenda de ella os doy con afecto mi cordial Bendición.

Que la Virgen María os conserve la sencillez de los primeros momentos de vocación

Perteneceís a esa inmensa corriente vital que ha brotado con tanta generosidad en las tierras de España, y que ha hecho fructificar abundantemente la semilla evangélica en multitud de pueblos de todo el universo.

A LA COMUNIDAD JUDIA**TENEMOS UN PATRIMONIO ESPIRITUAL COMUN**

Estimados Señores:

¡Shalom! Paz a vosotros y a todos los miembros de la Comunidad religiosa judía de España. Deseo expresar ante todo mi sincero aprecio por haber querido venir a encontrarme durante mi visita pastoral a esta Nación. Vuestro significativo gesto es prueba de que el diálogo fraterno, orientado a un mejor conocimiento y estima entre hebreos y católicos, que el Concilio Vaticano II ha promovido y recomendado vivamente en la Declaración *Nostra aetate* (n. 4), continúa y se difunde cada vez más, aun en medio de inevitables dificultades.

Tenemos un patrimonio espiritual común; y el Pueblo del Nuevo Testamento, es decir, la Iglesia, se siente y está vinculada espiritualmente a la estirpe de Abraham, «nuestro padre en la fe».

Pido a Dios que la tradición judaica y cristiana, fundada en la Palabra divina, y que tiene una profunda conciencia de la dignidad de la persona humana que es imagen de Dios (cf. *Gen. 1, 26*), nos lleve al culto y amor ferviente al único y verdadero Dios. Y que ello se traduzca en una acción eficaz en favor del hombre, de cada hombre y de todo hombre.

¡Shalom! Y que Dios, Creador y Salvador, bendiga a vosotros y a vuestra Comunidad.

A LOS PERIODISTAS**RESPECTO A LA VERDAD, A VUESTRA ETICA PROFESIONAL Y A LOS LECTORES**

Queridos periodistas:

Me alegro de poder dirigir estas palabras, con mi cordial saludo, a vosotros, los periodistas que cubrís la información de mi viaje a España.

Aunque ya tuve otro encuentro con el mundo de los Medios de Comunicación Social, he aceptado con placer reunirme ahora brevemente con vosotros en este acto.

Con algunos de vosotros me he visto ya en otras ocasiones, durante el viaje en avión o en precedentes visitas a los diversos Países. Por eso nuestro saludo es el de viejos conocidos.

Os expreso toda mi estima por vuestra importante y delicada misión, que exige tanta responsabilidad y respeto a la verdad, por respeto a vuestra ética profesional y a vuestros lectores.

Gracias por vuestro servicio y que no os canséis demasiado en estos días. ¡Hasta luego! Y que Dios bendiga a vosotros, vuestro trabajo y familias.

DISCURSO DURANTE EL ENCUENTRO ECUMENICO

ESFORCEMONOS POR CUMPLIR LOS DESEOS DEL SEÑOR

1. El texto de la carta a los Efesios (4, 1-6) que acabamos de escuchar es, queridos hermanos, una exhortación a vivir la solicitud cristiana por la unidad en el amor.

Os saludo con gran afecto a vosotros, cristianos de otras Confesiones que, en España, os proponéis seguir el Evangelio de Jesucristo. La común profesión de este nombre hace de nosotros verdaderos hermanos. Al comienzo de nuestro encuentro de hoy evoco las palabras del Salmo: «Ved cuán bueno y deleitoso es convivir juntos los hermanos» (Salmo 132, 1).

En mi visita pastoral a España, como acostumbro hacer en mis viajes apostólicos, no he querido dejar de ponerme en contacto con vosotros, para orar juntos y para compartir nuestros afanes por la restauración de la unidad entre todos los cristianos. Desde el comienzo de mi pontificado, la causa del ecumenismo ha sido, y siempre es, uno de mis objetivos primordiales.

2. Tenemos estrechos vínculos comunes fundamentales en la Biblia, Palabra de Dios, en la fe apostólica que profesamos en los grandes Símbolos y que se hace vida en el Bautismo. La profundización en la sacramentalidad bautismal descubre ante nosotros perspectivas extraordinariamente positivas en el camino de la plena unidad (cfr. *Unitatis Redintegratio*, 22). Y la oración por la unidad, hecha en cada una de nuestras comunidades o, también, cuando fuera posible, en fraterna unión de corazones, ¿no es el mejor medio para atraer sobre el compromiso ecuménico el Espíritu de concordia, que transforma nuestras voluntades y las hace dóciles a su inspiración?

Cada área geográfica tiene su propia historia religiosa, y las actividades ecuménicas tienen, en los diversos lugares, características distintas y peculiares. La configuración histórica de vuestro pueblo español hace que la tarea ecuménica tenga aquí matices especiales. Es ostensible el desequilibrio numérico entre los católicos y los cristianos de otras Iglesias y Comunidades. Pero el problema de la división en España, y su eventual solución, no se pueden desconectar de ese mismo problema y los intentos ya realizados para solucionarlo tal como ellos se presentan a nivel universal. Es muy importante para todo el quehacer ecuménico que, en esta nación de mayoría católica, sean fraternas las relaciones entre todos los que llevan el nombre de cristianos.

3. Sé que, por razones históricas bien conocidas, habéis sufrido en el pasado para poder mantener las convicciones de vuestra conciencia. Gracias a Dios, aquella situación ha sido superada, dando lugar a un progresivo acercamiento mutuo, basado en la verdad y en la caridad. Es conveniente seguir purificando la memoria del pasado, para lanzarse hacia un futuro de mutua comprensión y colaboración. Vuestra presencia en este acto, demuestra claramente que estáis actuando en esa dirección.

Conozco —y estoy sumamente complacido de ello— que existen diversas formas de colaboración en España entre la Iglesia católica y las demás Iglesias y Comunidades. El Comité cristiano Interconfesional que, por parte católica, ha sido siempre alentado por la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales, se ha ocupado de cuestiones vivas y actuales que interesan a todos los cristianos: objeción de conciencia, problemática de los matrimonios mixtos, libertad religiosa, derecho a la libertad de enseñanza, organización y promoción de las Semanas de Oración, la edición interconfesional del Nuevo Testamento en castellano —un trabajo admirable— y otras. Es menester continuar esforzándose por el cumplimiento del deseo del Señor, manifestado en la Última Cena: Que todos sean una sola cosa, para que el mundo crea (cfr. *Jn.* 17, 21).

4. Gracias por vuestra presencia, y mi saludo fraterno a todos los hermanos y hermanas a quienes representáis. Pido al Señor ardientemente que todos estemos «firmes en un mismo espíritu, luchando a una por la fe del Evangelio» (*Fil.* 1, 27) para gloria de la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

AL MUNDO UNIVERSITARIO Y DE LA CULTURA

La fe en Cristo, fermento civilizador en la historia

En el Aula Magna de la Facultad de Derecho Juan Pablo II pronunció el siguiente discurso:

Excelentísimos e Ilustrísimos, Señores,
Señoras y Señores:

1. Me es muy grato encontrarme hoy con un grupo tan calificado de hombres y mujeres, que representan a las Reales Academias, al mundo de la universidad, de la investigación, de la ciencia y de la cultura de España. Recibid ante todo mi más cordial agradecimiento por haber venido en gran número a encontrar al Papa.

Quiero expresar con mi visita el profundo respeto y estima que nutro por vuestro trabajo. Lo hago hoy con especial interés, consciente de que vuestra labor —por las vinculaciones existentes y por la comunidad de idioma— puede también prestar una válida colaboración a otros pueblos, sobre todo a las naciones hermanas de Iberoamérica.

Exigencia de síntesis entre cultura y fe

2. La Iglesia, que ha recibido la misión de *enseñar a todas las gentes*, no ha dejado de difundir la fe en Jesucristo y ha actuado como uno de los fermentos civilizadores más activos de la historia. Ha contribuido así al nacimiento de culturas muy ricas y originales en tantas naciones. Porque, como dije ante la UNESCO hace dos años, el vínculo del Evangelio con el hombre es creador de cultura en su mismo fundamento, ya que enseña a amar al hombre en su humanidad y en su dignidad excepcional.

Al crear recientemente el Pontificio Consejo para la Cultura, insistí en que «la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, de junio de 1982).

3. Deseo reflexionar con vosotros sobre algunas de las responsabilidades que nos son comunes en el campo cultural, y a la vez tratar de descubrir los medios para enriquecer el diálogo entre la Iglesia y las nuevas culturas. Este diálogo es particularmente fecundo, si se dan las *condiciones indispensables* de colaboración y respeto mutuo, como lo demuestra la historia cultural de vuestra nación.

Vuestros intelectuales, escritores, humanistas, teólogos y juristas han dejado huellas en la cultura universal y han servido a la Iglesia de manera eminente. ¿Cómo no evocar a este respecto la influencia excepcional de centros universitarios como Alcalá y Salamanca? Pienso sobre todo en esos grupos de investigadores que han contribuido admirablemente a la renovación de la teología y de los estudios bíblicos; que han

El vínculo del Evangelio con el hombre es creador de cultura

Vuestras universidades sirvieron a la Iglesia y ejercieron una influencia universal

fundado sobre bases duraderas los principios del derecho internacional; que han sabido cultivar con tanto esplendor el humanismo, las letras, las lenguas antiguas; que han podido producir sumas, tratados, monumentos literarios, uno de cuyos símbolos más prestigiosos es la Políglota Complutense.

A la luz de esta noble tradición, hemos de pensar en *las condiciones permanentes de la creatividad intelectual*. Me referiré brevemente a la *libertad de la investigación hecha en común*, a la *apertura a lo universal* y al *saber concebido como servicio al hombre integral*.

4. En España, como en otros países de Europa, generaciones enteras de investigadores, profesores y autores han tenido gran fecundidad gracias a la *libertad de investigación*, que les aseguraban comunidades universitarias de régimen autónomo; de ellas, el Rey o la Iglesia se hacían frecuentemente garantes.

Esos centros universitarios, reuniendo a maestros especializados en diversas disciplinas, constituían un medio propicio para la creatividad, la emulación y el diálogo constante con la teología. La universidad aparecía ante todo como un asunto de los mismos universitarios y, en la colaboración entre maestros y discípulos, se realizaban las condiciones favorables para el descubrimiento, la enseñanza y difusión del saber.

Los maestros sabían que, en campo teológico, la investigación implica fidelidad a la Palabra revelada en Jesucristo y confiada a la Iglesia. También el diálogo entre teología y Magisterio se reveló muy fecundo. Obispos y teólogos sabían encontrarse, en beneficio común de pastores y profesores.

Si en momentos como los de la Inquisición se produjeron tensiones, errores y excesos —hechos que la Iglesia de hoy valora a la luz objetiva de la historia— es necesario reconocer que el conjunto de medios intelectuales de España había sabido reconciliar admirablemente las exigencias de una plena libertad de investigación con un profundo sentido de Iglesia. Lo atestiguan las innumerables creaciones de escritos clásicos que los maestros, sabios y autores de España supieron aportar al tesoro cultural de la Iglesia.

5. Se nota también en la tradición intelectual de vuestra nación la *apertura a lo universal*, que ha dado reputación y fama a vuestros maestros.

Vuestros sabios e investigadores han tenido los ojos abiertos a la historia clásica y bíblica, a los demás países de Europa, al mundo antiguo y nuevo. Vuestros autores han sido pioneros geniales en la ciencia de las relaciones internacionales y del derecho entre las naciones.

El rápido establecimiento de universidades de alto prestigio calcadas en la de Salamanca, de las que llegarán a implantarse hasta treinta en las nacientes Américas, es otra prueba del universalismo que durante largo tiempo ha caracterizado a vuestra cultura, enriquecida por tantos descubrimientos y descubridores, y por la influencia profunda de tantos misioneros en el mundo entero.

El papel que vuestro país ha reconocido a la Iglesia, ha dado a vuestra cultura una dimensión especial. La Iglesia ha estado presente en todas las etapas de la gestación y del progreso de la civilización española.

Vuestra nación ha sido el crisol donde tradiciones muy ricas se han fundido en una síntesis cultural única. Los rasgos característicos de las colectividades hispánicas se han enriquecido con aportaciones históricas del mundo árabe —vuestra armoniosa lengua, arte y toponimia dan prue-

La autonomía, un medio propicio para la creatividad

Fecundidad del diálogo entre teología y magisterio

La Iglesia ha estado presente en todas las etapas de la gestación y del progreso de la civilización española

España, crisol de culturas

ba de ello— fusionándose en una civilización cristiana ampliamente abierta a lo universal. Tanto dentro como fuera de sus fronteras, España se ha hecho a sí misma, acogiendo la universalidad del Evangelio y las grandes corrientes culturales de Europa y del mundo.

Responded a las necesidades psíquicas, intelectuales, mirales espirituales del hombre

6. Vuestros maestros y pensadores tenían también el sentimiento de *servir al hombre integral*, de responder a sus necesidades psíquicas, intelectuales, morales y espirituales. Nació así una ciencia del hombre, en la que colaboraban tanto los médicos como los filósofos, teólogos, moralistas y juristas.

Un lugar aparte corresponde a vuestros grandes maestros espirituales. Su obra tuvo una difusión que desbordó rápidamente vuestras fronteras para extenderse a la Iglesia entera. Pensemos en Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, doctores de la Iglesia, Santo Domingo, Fray Luis de Granada, San Ignacio de Loyola, figuras gigantes en el campo de la espiritualidad.

Vuestros sabios y maestros eran testigos de una cultura que concebía al hombre capaz de dominar el mundo, pero llamado a un progreso espiritual cuyo modelo es Cristo

Ellos han prestado grandes servicios también a la cultura del hombre, continuando una larga tradición en la que destacan precursores eminentes como San Isidoro de Sevilla, uno de los primeros enciclopedistas católicos, y San Raimundo de Peñafort, autor de una de las primeras síntesis del derecho en vuestro país. Todos esos hombres y mujeres son maestros en el sentido pleno de la palabra, que han sabido, con una inteligencia excepcional y profética, servir al hombre en sus aspiraciones más altas. ¿Quién puede medir su influencia y el efecto duradero de sus enseñanzas, escritos y creaciones? Son testigos maravillosos de una cultura que concebía al hombre como creado a imagen de Dios, capaz de dominar el mundo, pero llamado sobre todo a un progreso espiritual cuyo modelo perfecto es Jesucristo.

La humanidad entera no sería lo que es sin la herencia hispánica

7. Estas lecciones de la historia de España merecen ser recordadas. En primer lugar para rendir un homenaje a la contribución insigne que vuestros maestros, sabios, investigadores y vuestros santos aportaron a la humanidad entera, la cual no sería lo que es sin la herencia hispánica.

Otra razón nos invita hoy, en contextos históricos muy diversos, a reflexionar sobre las *condiciones* que pueden en nuestros días favorecer la promoción de la cultura y de la ciencia, y estimular las investigaciones sobre el hombre, de las que tanta necesidad tiene nuestra época.

Para los hombres y las mujeres de cultura, es de gran provecho meditar sobre *los presupuestos de la creatividad intelectual y espiritual*. Y que, hoy como ayer, reclaman un clima de *libertad* y de *cooperación* entre investigadores, con una actitud de *apertura a lo universal* y con una *visión integral del hombre*.

8. La primera condición es que se asegure la *libertad de espíritu*. En la investigación, en efecto, es necesario tener libertad para buscar y anunciar los resultados.

La Iglesia apoya la libertad de investigación

La Iglesia apoya la libertad de investigación, que es uno de los atributos más nobles del hombre. A través de la búsqueda, el hombre llega a la Verdad: uno de los nombres más hermosos que Dios se ha dado a sí mismo. Porque la Iglesia está convencida de que no puede haber contradicción real entre la ciencia y la fe, ya que toda realidad procede en última instancia de Dios creador. Así lo afirmó el Concilio Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 36). También yo lo he recordado en varias ocasiones a los hombres y mujeres de ciencia. Es cierto que ciencia y fe representan dos órdenes de conocimiento distintos, autónomos en sus procedimientos, pero convergentes finalmente en el descubrimiento de la rea-

Ciencia y fe, convergentes en el descubrimiento de la realidad

lidad integral que tiene su origen en Dios (cfr. Discurso en la Catedral de Colonia, 15 noviembre 1980).

Por parte de la Iglesia, como por parte de los mejores sabios modernos, tiende a establecerse un amplio acuerdo sobre ese punto. Las relaciones entre el mundo de las ciencias y la Santa Sede se han hecho cada vez más frecuentes, marcadas por una comprensión recíproca. Sobre todo desde los tiempos de mi predecesor Pío XII y luego de Pablo VI, los Papas que han entrado en un diálogo cada vez más frecuente con numerosos grupos de sabios, de especialistas, de investigadores, que han encontrado en la Iglesia un interlocutor deseoso de comprenderles, de animarles en su investigación, manifestándoles a la vez una profunda gratitud por el servicio indispensable que la ciencia presta a la humanidad.

Si en el pasado se produjeron serios desacuerdos o malentendidos entre los representantes de la ciencia y de la Iglesia, esas dificultades han sido hoy prácticamente superadas, gracias al reconocimiento de los errores de interpretación que han podido deformar las relaciones entre fe y ciencia, y sobre todo gracias a una mejor comprensión de los respectivos campos del saber.

En nuestros días, la ciencia plantea problemas a otro nivel. La ciencia, y la técnica derivada de ella, han provocado profundos cambios en la sociedad, en las instituciones y también en el comportamiento de los hombres. Las culturas tradicionales han sido trastornadas por las nuevas formas de comunicación social, de producción, de experimentación, de explotación de la naturaleza y de planificación de las sociedades.

Ante ello, la ciencia ha de sentir en adelante una responsabilidad mucho mayor. El futuro de la humanidad depende de ello. ¡Hombres y mujeres que representáis la ciencia y la cultura: vuestro poder moral es enorme! ¡Vosotros podéis conseguir que el sector científico sirva ante todo a la cultura del hombre y que jamás se pervierta y utilice para su destrucción! Es un escándalo de nuestro tiempo que muchos investigadores estén dedicados a perfeccionar nuevas armas para la guerra, que un día podrían demostrarse fatales.

Hay que despertar las conciencias. Vuestra responsabilidad y posibilidades de influjo en la opinión pública son inmensas. ¡Hacedlas servir para la causa de la paz y del verdadero progreso del hombre! ¡Cuántas maravillas podría llevar a cabo nuestro mundo, si los mejores talentos y los mejores investigadores se dieran la mano para explorar las vías del desarrollo de todos los hombres y de todas las regiones de la tierra!

Para ello, nuestra época tiene necesidad de una ciencia del hombre, de una reflexión e investigación originales. Al lado de las ciencias físicas o biológicas, es necesario que los especialistas de las ciencias humanas den su contribución. Está en juego el servicio del hombre, que hay que defender en su identidad, su dignidad y grandeza moral, porque es una *res sacra*, como bien dijo Séneca.

Cooperación

9. La amplitud de los temas enunciados podría desanimar a los investigadores o pensadores aislados. Por esto, hoy más que nunca, la in-

Hacia un diálogo más fecundo entre la ciencia y la fe

¡Podéis conseguir que el sector científico sirva a la cultura del hombre y no a su destrucción!

Urgencia de una ciencia del hombre que defiende su dignidad y grandeza moral

**En vuestra investigación
partid de las necesidades
del hombre**

**Que los poderes públicos
permitan a las
universidades católicas
dar su servicio original a
la comunidad nacional**

**Preparar a los estudiantes,
no sólo para una
profesión, sino para la
vida**

vestigación debe *realizarse en común*. Es tal hoy día la especialización de las disciplinas, que para la eficacia de la investigación, y más aún para servir al hombre, los investigadores han de trabajar en común. No sólo por exigencia metodológica, sino para evitar la dispersión y dar una respuesta adecuada a los complejos problemas que han de afrontarse.

Partiendo de las necesidades del hombre individual y social, los centros de investigación y las universidades habrán de superar el fraccionamiento de disciplinas, si es necesario metodológicamente, a fin de que los grandes problemas del hombre moderno, que se llaman desarrollo, hambre en el mundo, justicia, paz, dignidad para todos, sean afrontados con competencia y eficacia. Los poderes públicos y la comunidad internacional tienen necesidad de los talentos de todos y deben poder contar con vuestro trabajo común.

La Iglesia y los católicos desean participar activamente en el diálogo común con sabios e investigadores. Numerosos católicos realizan ya una función eminente en los diferentes sectores del mundo universitario y de la investigación. Su fe y su cultura les proporcionan fuertes motivaciones para continuar su tarea científica, humanística o literaria. Son un testimonio elocuente de la validez de la fe católica y del interés de la Iglesia en todo lo que atañe a la cultura y a la ciencia.

La Iglesia sigue con particular interés la vida del mundo universitario, porque es consciente de que en él se forman las generaciones que ocuparán los puestos clave en la sociedad de mañana. Ella desea poder realizar también su tarea propia en el campo universitario, y por esto alienta la constitución y desarrollo de universidades católicas.

En un diálogo entre responsables de la Iglesia y de los poderes públicos, es deseable que se logren acuerdos prácticos que permitan a las universidades católicas dar a las comunidades nacionales el servicio original propio. Reconociendo esta aportación, los poderes públicos sirven en definitiva la causa de las identidades culturales, múltiples y diversas en la sociedad pluralista de hoy.

Apertura a lo universal

10. Una exigencia particularmente importante hoy para la renovación cultura es la *apertura a lo universal*. En efecto, se advierte con frecuencia que la pedagogía queda reducida a la preparación de los estudiantes para una profesión, pero no para la vida, porque, más o menos conscientemente, se ha disociado a veces la educación de la instrucción.

Y sin embargo, la universidad debe desempeñar su función indispensable de educación. Esto supone que los educadores sepan transmitir a los estudiantes, además de la ciencia, el conocimiento del hombre mismo; es decir, de su propia dignidad, de su historia, de sus responsabilidades morales y civiles, de su destino espiritual, de sus lazos con toda la humanidad.

Ello exige que la pedagogía de la enseñanza se base en una imagen coherente del hombre, en una concepción del universo que no parta de concepciones apriorísticas y que sepa también acoger lo trascendente. Para los católicos, el hombre ha sido creado a imagen de Dios y está llamado a trascender el universo.

Las culturas que encontraron sus raíces y vitalidad en el cristianismo, reconocían además la importancia de la fraternidad universal

Exigencia de una pedagogía que acoja lo trascendente

Las culturas de raíz cristiana reconocían la fraternidad universal entre los hombres

La Iglesia asume la defensa del hombre contra reducciones de producción o consumo

El hombre está llamado a la grandeza moral y a la salvación que se realiza en Jesucristo

¡Que encontréis esa Verdad total que da sentido pleno al hombre y la creación!

entre los hombres. El nuevo humanismo, del que tanto necesita nuestro tiempo, ha de potenciar la solidaridad entre todos los seres humanos. Sin ello no pueden resolverse los grandes problemas, como la instauración de la paz, el intercambio pacífico de recursos naturales, la ecología, la búsqueda de empleo para todos, la implantación de la justicia social.

En la familia, en la escuela y en la universidad, las nuevas generaciones aprenderán las exigencias de la comprensión internacional, del respeto mutuo y de la cooperación eficaz en las tareas de desarrollo del mundo. La paz internacional, que es hoy una inspiración tan profunda de la humanidad, será el fruto de esta comprensión universal, capaz de acallar los prejuicios, los rencores y los conflictos. Sí, las raíces de la paz son de orden cultural y moral. Sí, la paz es una conquista espiritual del hombre.

Visión integral del hombre

11. Finalmente, el progreso de la cultura está unido en definitiva al crecimiento moral y espiritual del hombre. Porque es por medio de su espíritu que el hombre se realiza en cuanto tal. Para ello hay que tener una *visión del hombre integral*.

Por eso la Iglesia siente la responsabilidad de defender al hombre contra ideologías teóricas o prácticas que lo reducen a objeto de producción o de consumo; contra las corrientes fatalistas que garantizan los ánimos; contra el permisivismo moral que abandona al hombre al vacío del hedonismo; contra las ideologías agnósticas que tienden a desalojar a Dios de la cultura.

Séame permitido hacer una llamada a los hombres y a las mujeres que desean el progreso real de la cultura, para que mediten las páginas luminosas del Concilio Vaticano II, que ofrecen a nuestro tiempo una antropología capaz de orientar hacia la reconstrucción de una sociedad digna de la grandeza del hombre.

Nuestro Creador y Maestro nos dijo: «Conozco lo que hay dentro del hombre». La Iglesia, después de Él, enseña que el hombre, creatura sublime de Dios, es capaz de la santidad y también de cualquier maldad. La Iglesia «experta en humanidad», según la expresión de mi predecesor Pablo VI, sabe también lo que hay en el hombre.

A partir de todos sus fracasos, él está llamado a la grandeza moral y a la salvación que se realiza en Jesucristo, Hijo de Dios, que amó al hombre hasta asumir su misma condición humana y ofrecerle su ayuda. Esta es la razón de nuestra confianza en la capacidad del hombre de superarse, de amar a sus hermanos, de construir un mundo nuevo, una «civilización del amor».

A los teólogos e intelectuales católicos les exhorto a profundizar en estos datos fundamentales de la antropología cristiana y a ilustrar su significación práctica para la sociedad moderna.

Señoras y Señores: como dije antes la UNESCO, vuestra contribución personal es importante, es vital. Continúad siempre (cf. Discurso del 2 junio 1980). La Iglesia alienta vuestra esfuerzo.

Y ojalá que en vuestro deber bien cumplido, en vuestro servicio a la humanidad, encontréis esa Verdad total, que da sentido pleno al hombre y a la creación. Esa Verdad que es el horizonte último de vuestra búsqueda. He dicho.

A LOS UNIVERSITARIOS

Acoged a Cristo en su Iglesia

Desde el balcón de la Facultad de Derecho el Papa se dirigió a los universitarios bendiciéndolos y rezando el Angelus

Queridos universitarios y universitarias:

Cultivad el «espíritu universitario» que es itinerario de búsqueda

1. Al terminar mi precedente encuentro, que en gran parte era el vuestro, me dais la agradable sorpresa de acudir en tan gran número para saludarme. Os lo agradezco muy de veras. Por parte mía correspondo con un cordial saludo a vosotros y a todos los universitarios de España.

Conozco por experiencia personal vuestra vida, la aprecio profundamente y la comprendo. Y os aliento a seguir cultivando el *espíritu universitario*, ese espíritu que es apertura y, sobre todo, itinerario de búsqueda. Porque decir «universidad» es decir búsqueda, investigación, futuro de la sociedad.

Sé que buscáis «algo» en que fundar vuestras vidas

2. Sé que en vuestra generosidad de jóvenes no os satisfacen tantas cosas de nuestra sociedad actual, que desearíais más justa y solidaria. Sé también que buscáis *algo* que pueda dar razón, de verdad, a lo más profundo de vosotros mismos, a esa hondura del espíritu humano que sentís, o al menos presentís. Sé que no os bastan —para fundar vuestras vidas— los datos secos de la cultura técnica o de la informática. No os basta disponer de noticias y conocimientos dispersos y fragmentarios. Vislumbráis que es preciso dar con una realidad que comunique a las realidades disgregadas un sentido decisivo y final.

Dios existe y es el fundamento de todo, «el que hace nuevas todas las cosas»

Yo siento sobre mí el deber de proclamar ante vosotros que ese *algo*, el «Dios desconocido» que los hombres buscan a tientas «existe y es el fundamento de todo y «*el que hace nuevas todas las cosas*» (cf. *He. 17, 23 s; Ap. 21, 5*). Como Pablo en el areópago de Atenas, os anuncio hoy al Dios vivo y a su Hijo, Jesucristo, el que estuvo muerto y ahora, dueño de la clave de la vida y la muerte, es el Viviente por los siglos de los siglos (cf. *He. 17, 31; Ap. 1, 18*).

Desde la experiencia de nuestra limitación tenemos hoy la vivencia de un don que nos desborda

3. La sociedad actual tiene bastante afinidad con aquella en la que se abrió paso la primera predicación del Evangelio. Nos sentimos, como muchos hombres de aquella época, aprisionados en nuestra impotencia, sumergidos en múltiples ofertas de salvación que vemos como no definitivas y engañosas. Pero, como sucedió a los hombres de aquella antigua generación, desde la experiencia de nuestra limitación tenemos hoy la vivencia de que un don que nos desborda, una misericordia sumamente acogedora, puede salvarnos en plenitud, ofreciéndonos la gratitud de su amor.

Es Cristo quien confiere toda su grandeza a nuestro ser personal

Yo, servidor de Jesucristo, tengo la misión de afirmaros que esa salvación es cierta para quienes creen y confían en el nombre de Jesús. Sí, Cristo —el Hijo de Dios vivo— confiere toda su grandeza a nuestro ser personal, es el garante de lo que pensamos y queremos ser, es quien posibilita vivir la vida con dignidad y ponerla a disposición de los otros, para ayudarles a dignificarse más; quien avala las genuinas aportaciones de las ciencias y los saberes humanos y los proyecta a horizontes más amplios; quien nos hace capaces de enfrentarnos sin temor ante el futuro, empeñados en construir la «utopía» de un mundo nuevo, más justo y humano.

4. Acoged a Cristo con ánimo abierto. Acoged a Cristo en su Iglesia que es su presencia permanente en la historia. Porque «Cristo más la Iglesia no es más que Cristo solo» (Santo Tomás de Aquino, *Comentarium in Ephesios*).

Reconoced y acoged a Cristo en su Iglesia que es su presencia en la historia

La Iglesia es la transparencia de Cristo entre los hombres, oscurecida a veces por la conducta de los cristianos, pecadores «como los demás hombres» (cf. *Lc* 18, 11). La Iglesia, cuando se ve con mirada de fe, no es una pantalla que intercepta la comunión de los hombres con Cristo, el Salvador. Quienes perseveran junto al viajero misterioso, como los discípulos de Emaús, acaban por reconocerlo y dirán quizá como ellos: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino?» (*Lc* 24, 32).

Permitidme terminar estas palabras con las estrofas de uno de los himnos de la liturgia:

«La tarde está cayendo»

*Quédate con nosotros
la tarde está cayendo.*

*¿Cómo te encontraremos
al declinar el día,
si tu camino no es nuestro camino?* (Himno de Vísperas)

Que Cristo acompañe siempre vuestro camino y os bendiga, queridos universitarios y universitarias.

La tradición

**¡Hasta pronto, España, tierra de santos, tierra de Teresa!
Te bendigo con toda mi alma, en el nombre del Padre
y del Hijo y del Espíritu Santo.**

(Roma, 15 octubre)

**Pertenecéis a una tierra que supo defender siempre con la fe,
con la ciencia y la piedad las glorias de María: desde su
concepción inmaculada hasta su gloriosa ascensión en cuerpo
y alma a los cielos, pasando por su perpetua virginidad.
No olvidéis este rasgo vuestro. Mientras sea vuestro distintivo,
estáis en buenas manos. No habéis de temer.**

(Madrid, 31 octubre)

**Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad
a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas
apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron
esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos
difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes.
En efecto, gracias sobre todo a esa simpar actividad
evangelizadora, la porción más numerosa de la Iglesia de Cristo
habla hoy y reza a Dios en español. Tras mis viajes
apostólicos, sobre todo por tierras de Hispanoamérica
y Filipinas, quiero decir en este momento singular:
¡Gracias, España; gracias, Iglesia en España, por tu fidelidad
al Evangelio y a la Esposa de Cristo!**

(Barajas, 31 de octubre)

católica de España

Soy consciente de que vengo a una nación de gran tradición católica, muchos de cuyos hijos contribuyeron a la humanización y evangelización de otros pueblos. Son páginas históricas que hablan muy alto de vuestro pasado.

(Palacio Real, 2 noviembre)

La fe cristiana y católica, constituye la identidad del pueblo español.

(Santiago, 9 noviembre)

Entre todos los pueblos que no rechazaron, sino que hicieron de la fe en Jesús el centro de su historia, está la querida España, profundamente cristiana.

(Orcasitas, 3 noviembre)

Estamos en tierras de España, con razón denominada tierra de María.

(Santiago, 6 noviembre)

España siempre ha querido entrañablemente al Papa.

(Barajas, 31 octubre)



HOMILIA EN LA NUEVA PARROQUIA

CENTRAD VUESTRA ACTIVIDAD PARROQUIAL EN
LA SAGRADA EUCARISTIA

En la tarde este día, Juan Pablo II acudía a la inauguración de una nueva parroquia madrileña. Allí dijo las siguiente palabras:

Señor Cardenal, Hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. «La piedra que los constructores desecharon es ahora la piedra angular...» (Mc. 12,10).

Con estas aleccionadoras palabras tomadas del Salmista (Ps. 118) y que San Marcos pone en labios de Jesús, la primitiva comunidad cristiana celebraba gozosa la gloria del Resucitado, alegría expansiva de quienes se sentían a salvo y felices en la nueva construcción de Dios: la Iglesia.

La *piedra*, dice San Pablo (I Cor. 10, 4b), «era Cristo». Y añade: (ib. 3, 11) «cuanto al fundamento, nadie puede poner otro sino el que está puesto, que es Jesucristo».

Jesucristo es, pues, la piedra fundamental del nuevo templo de Dios (cf. Ef. 2, 20). Rechazado, desechado, dejado a un lado, dado por muerto —entonces como ahora— el Padre lo hizo y hace siempre la base sólida e inmovible de la nueva construcción. Y lo hace tal por su resurrección gloriosa. «Esta es la obra de Yavé, admirable a neustros ojos.»

Sobre Él, por la fe en su resurrección, somos edificados los cristianos. Así nos lo enseña el Apóstol Pedro, en su primera carta: «A él habéis de allegaros, como a piedra viva rechazada por

los hombres, pero por Dios escogida, preciosa. Vosotros, como piedras vivas sois edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo...» (I Pe. 2, 4-5).

El nuevo templo, cuerpo de Cristo (cf. Jn. 2, 21), espiritual, invisible, está construido por todos y cada uno de los bautizados, sobre la viva «piedra angular», Cristo, (Ef. 2, 20), en la medida en que a Él se adhieren y en Él «crecen», hasta «la plenitud de Cristo» (ibid. 13). En este templo y por él, «morada de Dios en el Espíritu» (Ef. 2, 21b), Él es glorificado, en virtud del «sacerdocio santo», que ofrece «sacrificios espirituales» (I Pe. 2,5), y su Reino se establece en el mundo.

La cima de este nuevo templo penetra en el cielo, mientras sobre la tierra, Cristo, la piedra angular, lo sostiene mediante el «fundamento que Él mismo ha elegido y dispuesto: los apóstoles y los profetas» (Ef. 2, 20), y quienes a ellos suceden, es decir, en primer término, el colegio de los obispos, y la «piedra» que es Pedro (Mt. 16. 18).

De esta espléndida realidad eclesial llena de lecciones y significado para cada cristiano, *es símbolo cada templo visible*, como éste ante el que nos hallamos, y que congrega a los miembros de la herencia de Cristo que constituyen una parroquia, en una Iglesia local.

España hizo de la fe en Jesús el centro de su historia

2. Han pasado muchos siglos desde Cristo. La heredad de Dios ha ido creciendo maravillosamente, —no sin que se repitan los rechazos, las incomprensiones y luchas— sobre la piedra angular: Cristo muerto y resucitado. Cada día son más los hombres y pueblos que lo aceptan con fe y con amor, que buscan en él el fundamento sólido para construir un mundo mejor y más unido, donde se sientan a salvo bajo la mirada bondadosa de un solo Dios y Padre. Entre todos esos pueblos que no rechazaron, sino que hicieron de la fe en Jesús el centro de su historia, está la querida España, profundamente cristiana; entre esos hombres, herederos de Dios por el bautismo que asimila al hijo muerto y resucitado, os contáis también vosotros, hermanos y hermanas de esta parroquia madrileña de Orcasitas, reunidos junto al altar del mismo Cristo. A todos os siento muy dentro de mí y os acojo como miembros queridísimos de su Iglesia.

Este encuentro me llena de íntima satisfacción, porque me hace revivir aquí mis visitas periódicas a las parroquias de Roma, diócesis del Sucesor de Pedro; parroquias situadas muchas veces, al igual que la vuestra, en zonas periféricas de la ciudad o de nueva construcción. No sin cierta nostalgia me recuerda también mi trabajo ministerial en las parroquias de mi tierra natal, como sacerdote, y posteriormente mis visitas pastorales como arzobispo de Cracovia.

Dad testimonio de vuestra unión en Cristo en una misma fe

3. Sé que esta parroquia se ha ido formando gradualmente con habitantes venidos de diversos lugares. Conozco asimismo vuestros esfuerzos en cuanto trabajadores. Mi gran deseo es que crezca también vuestra vida de ciudadanos y que se hagan realidad las ilusiones que os han animado a venir, y las mejoras con que soñáis y a las que tenéis pleno derecho. Al mismo tiempo me hago cargo de los numerosos y graves problemas que se plantean en un barrio nuevo, y casi siempre con penosas consecuencias no sólo de orden laboral, sino también familiar, religioso y moral. Son problemas humanos, suscitados en buena parte por la urbanización acelerada y la creación de pobla-

ciones periféricas de aluvión, que al alterar muchas veces el ritmo sosegado de las habituales ocupaciones condicionan notablemente la vida diaria, ofuscando quizá las vivencias religiosas, incluso las más arraigadas.

La Iglesia, esa heredad de Dios solidaria con la suerte del hombre en todo momento histórico, no considera tales condicionamientos como obstáculos insuperables para llevar a cabo su misión; al contrario, ve en ellos un llamamiento a prodigarse con abnegación y entrega, pareja a las dificultades y a las necesidades, para que no sufra mengua alguna la obra redentora de Cristo. Este nuevo templo os invita encarecidamente a dar testimonio, como personas y como comunidad parroquial, de que estáis unidos en Cristo en una misma fe y en una misma esperanza. Este templo va a ser signo de la construcción permanente del Reino de Dios en vosotros y en vuestro país. Es casa de Dios y casa vuestra. Apreciadlo, pues, como lugar de encuentro con el Padre común. Me alegro de saber que bajo el impulso del Señor Cardenal Arzobispo se desarrolla en Madrid un vasto programa de construcción de templos parroquiales. Felicito a cuantos participan en ese empeño eclesial.

Permitid que me detenga ahora en algunos puntos concretos que, en cuanto Pastor y responsable de la Iglesia universal, considero de particular importancia para que siga creciendo, en bien vuestro y de la entera familia eclesial, el edificio espiritual de esta Comunidad.

Centrad vuestras actividades parroquiales en la Sagrada Eucaristía

4. No me encuentro con vosotros simplemente ante un templo, sino en una parroquia y, en cuanto tal, estáis llamados a formar una sola cosa en Cristo, y obligados a testimoniar vuestra vocación comunitaria.

Una parroquia es, en efecto, una comunidad de hombres que, por el Bautismo, están personal y socialmente conectados al *sacerdocio de Cristo*: a la dedicación plena que Cristo hizo de sí mismo al culto y alabanza de Dios, Creador y Padre. Vosotros sois una parroquia, ante todo, gracias al hecho de que Cristo está aquí: en medio de vosotros, con vosotros, en vosotros. Vosotros sois parroquia, porque estáis unidos a Cristo, de modo especial gracias al memorial de su único Sacrifi-

cio ofrecido en el propio Cuerpo y Sangre en la Cruz; que se hace presente y se renueva en la Iglesia como el Sacrificio sacramental del pan y del vino. Este sacrificio eucarístico traza el constante ritmo de la vida de la Iglesia, también de vuestra parroquia. ¡Centrad vuestras actividades parroquiales en la Sagrada Eucaristía, en el encuentro personal con Cristo, perenne Huésped nuestro! Deseo, en especial, recordaros la necesidad de que participéis en la Santa Misa los domingos y días festivos.

La unión con Jesús en la Eucaristía influirá en vuestra vida y enriquecerá vuestra parroquia, pues la comunidad cristiana crece y se consolida gracias al *testimonio* de vida que sus miembros saben ofrecer. A este respecto, es fundamental que los padres den en sus familias un ejemplo de vida coherente, y que los miembros de los varios grupos y asociaciones sepan ser buenos discípulos de Cristo, generosos con todos, incluso con aquellos que se muestran aún refractarios al mensaje cristiano. Particular importancia tiene el *compromiso de caridad* hacia aquellos que, por una u otra razón, se hallan en necesidad. Los pobres, las personas enfermas, los ancianos, los minusválidos, representan otras tantas «llamadas» con las que Dios pulsa a la puerta de vuestro corazón. Pedidle a El la generosidad necesaria para responder con entrega, de la forma adecuada en cada caso.

Sed fieles a la autoridad eclesial del Papa y del obispo

5. «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (cfr. *Ef.* 4, 5), cantáis con frecuencia, gozosos ante el misterio de la unidad de la Iglesia universal.

Papel privilegiado de la parroquia es mantener y hacer visible esta unidad. Ella ha de ser acogedora para todos, colaborando a la «unidad de todo el género humano». Nadie ha de sentirse extraño entre vosotros. Reflejad en todas las manifestaciones de la vida parroquial que, como porción de la Iglesia, sois instrumento de unión con Dios y de unidad entre los hombres.

No hay más que una Iglesia de Jesucristo, la cual es como un gran árbol en el que estamos injertados. Se trata de una unidad profunda, vital, que es don de Dios. No es solamente ni sobre todo unidad exterior; es un misterio y un don.

Sería empeño inútil e injusto pretender la unidad a nivel de pequeña comunidad mientras en ella se descuidase la unidad profunda en la fe, en los sacramentos de la fe, en la caridad. Es en Cristo, Cabeza de la Iglesia, en su doctrina, en sus sacramentos, en sus mandatos, en la unión con Cristo donde se realiza y de donde brota la unidad.

La gracia de Cristo sigue llegando sin cesar, a través de la *Iglesia visible*. Recordáis bien cómo

No hay más que una Iglesia de Jesucristo, la cual es como un gran árbol en el que estamos insertados. Se trata de una unidad profunda, vital, que es don de Dios. No es solamente ni sobre todo unidad exterior; es un misterio y un don.

el Señor indica a sus Apóstoles: «Quien a vosotros oye, a Mí me oye» (Lc. 10, 16), y entrega a Pedro y a los Apóstoles la potestad de atar y desatar (cfr. Mt. 16, 18; 18, 18).

La unidad se manifiesta pues en torno a aquel que, en cada diócesis, ha sido constituido Pastor, el Obispo. Y en el conjunto de la Iglesia se manifiesta en torno al Papa, Sucesor de Pedro, «principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, así de los Obispos como de los fieles» (Const. *Lumen gentium*, n. 23). Otra forma de proceder, bien sea personalmente, bien en grupo, no sería otra cosa que desgajarse de la vida (cfr. Jn. 15, 1-6).

Vivid, pues, con delicada fidelidad lo que prescribe la autoridad eclesiástica, evitando particularismos que separan y pueden romper la comunión con la Iglesia.

Sois una parroquia joven, recién nacida, necesitada aún de muchas cosas. Sin embargo debéis pensar no sólo en vosotros mismos, sino también en los demás. Debéis contribuir con vuestra oración y con vuestro empeño al desarrollo del cristianismo en esta ciudad y en el mundo entero. Pedid fervientemente que entre vuestros jóvenes surjan vocaciones sacerdotales, que puedan llevar la voz de Cristo a otras parroquias y —¿por qué no?— también a otras tierras y naciones.

Debéis construirlos en Cristo tanto personal como socialmente

6. Al terminar nuestro encuentro, quiero bendecir de corazón esta obra y las demás iglesias

que se están construyendo o se construirán en esta zona, en los barrios más poblados de la archidiócesis madrileña y de las otras ciudades de España.

Bastantes de los aquí presentes habéis vivido las dificultades de la construcción de este templo, y participásteis luego de la alegría de su inauguración, de su dedicación al culto de Dios. Y hoy participáis conmigo de la alegría de este encuentro. Así ocurre también con la *construcción de ese templo de Dios que somos cada uno de nosotros*. Cuesta construirlo, porque esa construcción exige superar el egoísmo, la ira, vivir la paciencia, la fidelidad, la castidad, la laboriosidad, la hombría de bien. Pero también al final de ese esfuerzo, nos espera la alegría que acompaña a los que son buenos hijos de Dios.

No lo olvidéis: la parroquia no es solamente un lugar donde se celebran algunas ceremonias y se enseña el catecismo; es además, ambiente vivo en que ese catecismo debe actuarse. Las piedras materiales o la estructura externa del templo deben siempre recordaros que sois «piedras vivas», que debéis construirlos constantemente en Cristo, a la medida y ejemplo de Cristo; en lo personal, familiar y social. Ya está construido este edificio. Edificad ahora vuestras vidas según el querer de Dios.

Para esto, permaneced siempre cerca de la Virgen Santísima. Ella, que engendró en su seno virginal a Nuestro Señor y Salvador, lo engendrará igualmente en vuestras almas, si pedís confiadamente su ayuda. Que interceda también por vosotros San Bartolomé, vuestro Patrono. Así sea.

Sería empeño inútil e injusto pretender la unidad a nivel de pequeña comunidad, mientras en ella se descuidase la unidad profunda en la fé, en los sacramentos de la fé, en la caridad. Es en Cristo, cabecera de la Iglesia, en su doctrina, en sus sacramentos, en sus mandatos, en la unión con Cristo donde se realiza y de donde brota la unidad.

A LOS JOVENES

El camino para la construcción del Reino de Cristo

En un estadio completamente lleno —muchos jóvenes no pudieron entrar— y con un ambiente enfervorizado, el Santo Padre habló a los jóvenes:

Queridos jóvenes:

1. Es este uno de los encuentros que más esperaba en mi visita a España. Y que me permite tener un contacto directo con la juventud española, en el marco del estadio Santiago Bernabeu, testigo de tantos acontecimientos deportivos.

Esperaba encontrarme con los jóvenes de España

En todas mis visitas pastorales, en las diversas partes del mundo, he querido siempre reunirme con los jóvenes. Lo hago por la gran estima que nutro hacia vosotros y porque sois la esperanza de la Iglesia, no menos que de la sociedad. Ellas, en efecto, dentro de no muchos años descansarán en gran parte sobre vosotros. Sobre vosotros y tantos miles de compañeros vuestros que están unidos a vosotros en este momento. Desde todos los lugares de España de los que venís.

Sé que muchos de ellos —la noticia me llegó a Roma antes de mi salida— querían estar también aquí esta tarde. Y que ante la dificultad de encontrar puesto para todos, os mandaron como sus representantes.

Sé también que tantos de ellos os encargaron *expresamente* que trajéis su saludo al Papa y le dijerais que están con nosotros en la oración, ante la radio y la televisión, porque *tienen sed de verdad*, de ideales grandes, de Cristo.

¿Cómo será la juventud actual de un país rico de fe como España?

Queridos jóvenes: ésto me emocionó; os lo digo como una confianza que se hace al amigo. Los jóvenes sois *capaces de ganar el corazón* con tantos de vuestros gestos, con vuestra generosidad y espontaneidad.

Era vuestra primera respuesta, antes de vernos, a un interrogante mío.

En efecto, alguna vez me había preguntado: los jóvenes españoles ¿serán capaces de mirar con valentía y constancia hacia el bien; ofrecerán un ejemplo de madurez en el uso de su libertad, o se replegarán desencantados sobre sí mismos? La juventud de un país rico de fe, de inteligencia, de heroísmo, de arte, de valores humanos, de grandes empresas humanas y religiosas, ¿querrá vivir el presente abierta a la esperanza cristiana y con responsable visión de futuro?

La respuesta me la dieron *las noticias que me llegaban de vosotros*. Me la ha dado sobre todo *lo que he visto* en tantos de vosotros en estos días, y *vuestra presencia* y actitud esta tarde.

Quiero deciroslo: *No me habéis desilusionado, sigo creyendo en los jóvenes*, en vosotros. Y creo, no para halagaros, sino porque cuento con vosotros para difundir un sistema nuevo de vida. Ese que nace de Jesús, hijo de Dios y de María, cuyo mensaje os traigo.

¿Por qué existe el mal en el mundo?

2. Hace unos momentos se nos invitaba a reflexionar sobre el texto de las bienaventuranzas. En la base de ellas se halla una pregunta que vosotros os ponéis con inquietud: *¿por qué existe el mal en el mundo?*

Las palabras de Cristo hablan de persecución, de llanto, de falta de paz y de injusticia, de mentira y de insultos. E indirectamente hablan del sufrimiento del hombre en su vida temporal.

Pero no se detienen ahí. Indican también un programa para *superar el mal con el bien*. Efectivamente, los que lloran, serán consolados; los que sienten la ausencia de la justicia y tienen hambre y sed de ella, serán saciados; los operados de paz, serán llamados hijos de Dios; los misericordiosos, alcanzarán misericordia; los perseguidos por causa de la justicia, poseerán el reino de los cielos.

¿Es esta solamente *una promesa de futuro*? Las certezas admirables que Jesús da a sus discípulos ¿se refieren sólo a la vida eterna, a un reino de los cielos situado más allá de la muerte?

Sabemos bien, queridos jóvenes, que ese «reino de los cielos» es el «reino de Dios», y que «está cerca» (Mt. 3, 2). Porque ha sido inaugurado con la muerte y resurrección de Cristo. Sí, está cerca, porque en buena parte depende de nosotros, cristianos y «discípulos» de Jesús.

Somos nosotros, bautizados y confirmados en Cristo, los llamados a *acercar ese reino*, a hacerlo visible y actual *en este mundo*, como preparación a su establecimiento definitivo.

Y esto se logra con nuestro empeño personal, con nuestro esfuerzo y conducta concorde con los preceptos del Señor, con nuestra fidelidad a su persona, con nuestra imitación de su ejemplo, con nuestra dignidad moral.

Así, el cristiano vence el mal; y vosotros, jóvenes españoles, vencéis el mal con el bien cada vez que, por amor y a ejemplo de Cristo, os libráis de la esclavitud de quienes miran a *tener más* y no a *ser más*.

Cuando sabéis ser dignamente sencillos en un mundo que paga cualquier precio al poder; cuando sois limpios de corazón entre quien juzga sólo en términos de sexo, de apariencia o hipocresía; cuando construís la paz, en un mundo de violencia y de guerra; cuando lucháis por la justicia ante la explotación del hombre por el hombre o de una nación por la otra; cuando con la misericordia generosa no buscáis la venganza, sino que llegáis a amar al enemigo; cuando en medio del dolor y las dificultades, no perdéis la esperanza y la constancia en el bien, apoyados en el consuelo y ejemplo de Cristo y en el amor al hombre hermano. Entonces os convertís en *transformadores eficaces y radicales del mundo* y en constructores de la nueva civilización del amor, de la verdad, de la justicia, que Cristo trae como mensaje.

No me habéis desilusionado, sigo creyendo en los jóvenes

En las palabras de Cristo hay un programa para superar el mal con el bien

El Reino está cerca. Nosotros podemos hacerlo visible y actual en este mundo

Convertíos en transformadores radicales y eficaces del mundo

Reaccionar ante el mundo de apariencias, de injusticia y materialismo

**¡Jóvenes!, ¡amigos!,
habéis de ser vosotros
mismos**

**Es Jesús quien nos da la
victoria**

¿Qué hacer para vencer el mal con el bien?

3. De esta forma, el hombre —y sobre todo el joven— que se acerca a la lectura de la palabra de Cristo con la pregunta de «por qué existe el mal en el mundo», cuando acepta la verdad de las bienaventuranzas, termina poniéndose otra pregunta: *¿qué hacer para vencer al mal con el bien?* Más aún: acaba ya con *una respuesta* a esa pregunta, que es fundamental en la existencia humana. Y bien podemos decir que quien halla esta respuesta y sabe orientar coherentemente su conducta, ha logrado *hacer penetrar el Evangelio en su vida*. Entonces es verdaderamente cristiano.

Con los criterios sólidos que saca de su convicción cristiana, el joven sabe reaccionar debidamente ante un mundo de apariencias, de injusticia y materialismo que le rodea.

Ante la manipulación de la que puede sentirse objeto mediante la droga, el sexo exasperado, la violencia, el joven cristiano no buscará métodos de acción que le llevan a la espiral del terrorismo; éste le hundiría en el mismo o mayor mal que critica y deprecia. No caerá en la inseguridad y la desmoralización, ni se refugiará en vacíos paraísos de evasión o de indiferentismo. Ni la droga, ni el alcohol, ni el sexo, ni un resignado pasivismo acrítico —eso que vosotros llamáis «pasotismo»— son una respuesta frente al mal. La respuesta vuestra ha de venir desde una postura sanamente crítica; desde la *lucha contra una masificación* en el pensar y en el vivir que a veces se os trata de imponer; que se ofrece en tantas lecturas y medios de comunicación social.

¡Jóvenes! ¡Amigos! *Habéis de ser vosotros mismos*, sin dejaros manipular; teniendo criterios sólidos de conducta. En una palabra: *con modelos de vida en los que se pueda confiar*, en los que podáis reflejar toda vuestra generosa capacidad creativa, toda vuestra sed de sinceridad y mejora social, sed de valores permanentes dignos de elecciones sabias. Es el programa de lucha, para superar con el bien el mal. *El programa de las bienaventuranzas que Cristo os propone*.

La victoria sobre el maligno

4. Unamos ahora la reflexión sobre las bienaventuranzas con las palabras antes escuchadas de San Juan.

El Apóstol indica que quien ama a su hermano está en la luz, y el que le aborrece está en las tinieblas; él escribe a las dos generaciones: a los padres, que han conocido a Aquel que existe desde siempre; y a los hijos, a vosotros los jóvenes, «que sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno» (1 Jn. 2, 13s.).

¿Qué sentido tienen estas palabras? San Juan habla dos veces de *victoria sobre el maligno*; es decir, de la victoria sobre el instigador del mal en el mundo. Es idéntico tema al encontrado en las bienaventuranzas.

Ahora bien, sabemos que es Jesús quien nos da esa «victoria que vence el mundo» y el mal que hay en él (cf. 1 Jn. 5, 4 s.), que lo caracteriza, porque «el mundo todo está bajo el maligno» (*ibi*, v. 19).

Pero notemos bien las dos condiciones o dimensiones esenciales que el Evangelio pone para esa victoria: la primera es *el amor*; la segunda, *el conocimiento de Dios* como Padre.

El amor a Dios y al prójimo es el distintivo del cristiano; es el precepto «antiguo» y «nuevo» que caracteriza la revelación de Dios en el Antiguo y el Nuevo Testamento (cf. *Dt.* 6, 5; *Lev.* 19, 8; *Jn.* 13, 34s.). Es la «fuerza» que vigoriza nuestra capacidad humana de amar, elevándola, por amor a Dios, en el amor al «hermano» (1 *Jn.* 2, 9-11). El amor tiene una enorme capacidad transformadora: cambia las tinieblas del odio en luz.

Imaginaos por un momento este magnífico estadio sin luz. No nos veríamos ni oiríamos. ¡Que triste espectáculo sería! ¡Que cambio por el contrario, estando bien iluminado! Con razón puede decirnos San Juan que «el que ama a su hermano está en la luz», mientras que el que le aborrece «está en las tinieblas». Con esa transformación interior se vence el mal, el egoísmo, las envidias, la hipocresía, y se hace prevalecer el bien.

Lo hace prevalecer nuestro *conocimiento de Dios* como Padre (cf. *Jn.* 2, 14). Y por lo tanto, la visión del hombre como objeto del amor divino, como imagen de Dios, con destino eterno, como ser redimido por Cristo, como hijo del mismo Padre del cielo.

Por ello, no como antagonista, no como adversario, sino como «hermano». ¡Cuántas fuerzas del mal, de desunión, de muerte e insolidaridad se vencerían, si esa visión del hombre, no lobo para el hombre, sino *hermano*, se implantara eficazmente en las relaciones entre personas, grupos sociales, razas, religiones y naciones.

Carácter del Reino de Cristo

5. Para ello hace falta que, frente a la *pregunta existencial* del «por qué el mal en el mundo» descubramos en nosotros *el amor como deseo de bien*; más aún: como *exigencia de bien*; como exigencia «antigua» y «nueva», *actual*, orientada hacia los coeficientes únicos e irrepetibles de nuestra vida, de nuestro momento histórico, de nuestros compañeros de camino hacia el Padre. Así entraremos en el ámbito de quienes dan una respuesta evangélica al problema del mal y su superación en el bien. Así contribuiremos, desde la fidelidad a nuestra relación con Dios-Padre y al «nuevo mandamiento» de Cristo, que «es verdadero en El y en nosotros» (cf. 1 *Jn.* 2, 8), a que pasen las tinieblas y aparezca la luz (*ibi*).

Ese es el camino para la construcción del reino de Cristo; donde tienen cabida prevalente los pobres, los enfermos, los perseguidos, porque el hombre es visto en su capacidad y tendencia hacia la plenitud de Dios.

Sabemos que es Jesús quien nos da la «victoria que vence al mundo» y el mal que hay en él, que lo caracteriza, porque «el mundo todo está bajo el maligno».

Cuento con vosotros —jóvenes— para difundir un sistema nuevo de vida.

El amor es la fuerza transformadora

Hay que ver al hombre como hermano

El camino para la construcción de un Reino de Verdad y de Amor

Un reino donde impere la verdad, la dignidad del hombre, la responsabilidad, la certeza de ser imagen de Dios. Un reino en el que se realice el proyecto divino sobre el hombre, basado en el amor, la libertad auténtica, el servicio mutuo, la reconciliación de los hombres con Dios y entre sí. Un reino al que todos sois llamados, para construirlo no sólo aisladamente, sino también asociados en grupos o movimientos que hagan presente el Evangelio y sean luz y fermento para los demás

La amistad con Cristo por María

Buscad la amistad con Jesús a través de María

6. Mis queridos jóvenes: la lucha contra el mal se plantea en el propio corazón y en la vida social. Cristo, Jesús de Nazaret, nos enseña cómo superarlo en el bien. Nos lo enseña y nos invita a hacerlo con acento de amigo; *de amigo que no defrauda*, que ofrece una experiencia de amistad de la que tanto necesita la juventud de hoy, tan ansiosa de amistades sinceras y fieles. *Haced la experiencia de esta amistad con Jesús*. Vividla en la oración con El, en su doctrina, en la enseñanza de la Iglesia que os la propone.

María Santísima, su Madre y nuestra, os introduzca en ese camino. Y os dé valentía el ejemplo de Santa Teresa, esa extraordinaria mujer y santa; de San Francisco Javier, el del gran corazón para el bien, y de tantos otros compatriotas vuestros que consumieron su vida en hacer el bien, a costa de todo, aun de sí mismos.

Con la gracia de Cristo y sus Sacramentos se supera el mal

Jóvenes españoles: El mal es una realidad. Superarlo en el bien es una gran empresa. Brotará de nuevo con la debilidad del hombre. Pero no hay que asustarse. La gracia de Cristo y sus sacramentos están a nuestra disposición. Mientras marchemos por el sendero transformador de las bienaventuranzas, estamos venciendo el mal; estamos convirtiendo las tenebras en luz.

Sea este vuestro camino; con Cristo, nuestra esperanza, nuestra Pascua. Y acompañados siempre por la Madre común, la Virgen María. Así sea.

Las certezas admirables que Jesús da a sus discípulos, ¿se refieren sólo a la vida eterna, a un reino de los cielos situado más allá de la muerte?

Sabemos bien, queridos jóvenes, que ese «reino de los cielos» es el «reino de Dios» y que «está cerca».

Somos nosotros, bautizados y confirmados en Cristo, los llamados a acercar ese reino, a hacerlo visible y actual en este mundo, como preparación a su establecimiento definitivo.

HOMILIA EN EL SANTUARIO DE GUADALUPE

La emigración, derecho y drama del hombre

Junto a la Virgen María, el Papa dirigió la palabra recordando a todos aquellos hombres que han tenido que buscar trabajo lejos de su tierra

Queridos hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. Acabamos de escuchar la palabra de Yavé dirigida a Abraham: «Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre para la tierra que yo te indicaré. Yo te haré un gran pueblo» (Gen. 12, 1s). Abraham respondió a esta llamada divina y enfrentó las incertidumbres de un largo viaje que iba a convertirse en signo característico del pueblo de Dios.

La comunidad cristiana: reunión de hombres en torno a Cristo en peregrinación hacia el reino del Padre

La *promesa mesiánica* hecha a Abraham va unida al mandato de abandonar su país natal. En su camino hacia la *tierra prometida* comienza también el inmeso cortejo histórico de la humanidad entera hacia la meta mesiánica. La promesa se cumplirá precisamente entre los descendientes de Abraham, y por eso a ellos correspondió la misión de preparar dentro del género humano el lugar para el Ungido de Dios, Jesucristo. Haciéndose eco de estas imágenes bíblicas, el Concilio Vaticano II explica que «la comunidad cristiana se compone de hombres que, reunidos en torno a Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en peregrinación hacia el reino del Padre» (*Gaudium et spes*, 1).

Escuchada aquí junto al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, esta lectura del Antiguo Testamento evoca la imagen de tantos hijos de Extremadura y de España entera salidos como emigrantes desde su lugar de origen hacia otras regiones y países.

Procurar que el capital busque al trabajador y no a la inversa

2. En la encíclica *Laborem exercens* he subrayado que «este fenómeno antiguo» de los movimientos migratorios ha continuado a lo largo de los siglos y ha adquirido en los últimos tiempos mayores dimensiones a causa de las «grandes implicaciones en la vida contemporánea» (n. 23).

Derecho a abandonar el propio país y a volver a él

El trabajador tiene derecho a abandonar el propio país en búsqueda de mejores condiciones de vida, como también a volver a él (*Ibidem*). Pero la emigración comporta aspectos dolorosos. Por eso la he llamado «un mal necesario» (*Ibidem*), pues constituye una pérdida para el país que ve marchar hombres y mujeres en la plenitud de su vida.

Ellos abandonan su comunidad cultural y se ven trasplantados a un ambiente nuevo, con tradiciones diferentes y a veces lengua distinta. Y a sus espaldas dejan quizá lugares condenados a un envejecimiento rápido de la población, como sucede en algunas de las provincias españolas.

Sería tantas veces más humano que los responsables del orden eco-

nómico, como indicaba mi predecesor el Papa Juan XXIII, procuraran que el capital buscara al trabajador, y no viceversa, «para ofrecer a muchas personas la posibilidad concreta de crearse un porvenir mejor, sin verse obligadas a pasar de un ambiente propio a otro distinto mediante un trasplante que es casi imposible se realice sin rupturas dolorosas y sin períodos difíciles de acoplamiento humano y de integración social» (*Pacem in terris*, 46).

Tal objetivo representa un verdadero desafío a la inteligencia y eficacia de los gobernantes, para tratar de evitar graves sacrificios a tantas familias, obligadas «a una separación forzosa que pone a veces en peligro la estabilidad y cohesión de la familia, y con frecuencia las coloca frente a situaciones de injusticia» (a los obispos de Galicia en su visita «ad limina», 14 diciembre 1981). Un desafío para los responsables del orden nacional o internacional, que han de acometer programas de equilibrio entre regiones ricas y pobres.

3. Hay que tener en cuenta que el sacrificio de los emigrantes representa también una contribución positiva para los lugares receptores y aun para la pacífica convivencia internacional, pues abren posibilidades económicas a grupos sociales deprimidos y descarga la presión social que el paro produce cuando alcanza cotas elevadas.

Desgraciadamente, los reajustes de mano de obra no se ven muchas veces impulsados por propósitos noblemente humanos ni buscan el bien de la comunidad nacional e internacional: sólo responde con frecuencia a movimientos incontrolados según la ley de la oferta y la demanda.

Las regiones o países receptores olvidan con demasiada frecuencia que los trabajadores inmigrantes son seres que vienen arrancados, por las necesidades, de su tierra natal. No les ha movido el mero derecho a emigrar, sino el juego de unos factores económicos ajenos al propio emigrante. En muchos casos se trata de personas culturalmente desvalidas, que han de pasar graves dificultades antes de acomodarse al nuevo ambiente, donde quizás ignoran hasta el idioma. Si se les somete a discriminaciones o vejaciones caerán víctimas de peligrosas situaciones morales.

Por otra parte, las autoridades políticas y los mismos empresarios tienen la obligación de no colocar a los emigrantes en un nivel humano y laboral inferior a los trabajadores del lugar o país receptor. Y la población general ha de evitar muestras de hostilidad o rechazo, respetando las peculiaridades culturales y religiosas del emigrante. A veces éste es forzado a ocupar viviendas indignas, a recibir retribuciones salariales discriminatorias o a soportar una segregación social y afectiva penosa, que le hace sentirse ciudadano de segunda categoría. De modo que pasan meses, incluso años, antes de que la nueva sociedad le muestre un rostro verdaderamente humano. Esta crisis existencial incide fuertemente sobre la religiosidad de los emigrantes, cuya fe cristiana disponía quizá de apoyos sólo sentimentales, que fácilmente se desmoronan en un clima adverso.

Asistencia de la Iglesia a los emigrantes

4. Ante estos peligros y amenazas, la Iglesia debe tratar de ofrecer su colaboración para que se halle una respuesta eficaz.

Las soluciones no dependen principalmente de ella. Pero puede y

Los emigrantes, una contribución positiva para los lugares receptores

Falta de una moral plenamente humana que regule la emigración

Ayudar a la inserción religiosa y social del emigrado

debe ayudar mediante el trabajo coordinado de la comunidad eclesial del lugar de destino. Yo mismo, en años anteriores, tuve la oportunidad de encontrarme con muchos connacionales míos emigrados a varios países del mundo y pude comprobar cuánto les ayuda y consuela una asistencia religiosa venida con el calor de la patria lejana.

Considero por ello fundamental que los emigrantes se vean acompañados por capellanes, a ser posible de su propio lugar o país, sobre todo en los sitios donde existe la barrera lingüística: el sacerdote constituye para los emigrantes, sobre todo los recién llegados, una referencia confortante y además puede prestarles orientaciones valiosas en los inevitables conflictos iniciales. A este propósito quiero alentar asimismo el esfuerzo que la Iglesia en España realiza, por medio de los secretariados de pastoral especializada, para integrar la comunidad gitana y eliminar cualquier huella de discriminación.

A las autoridades de la nación o lugar de origen corresponde prestar el apoyo posible a los ciudadanos emigrados, especialmente si han ido a países extranjeros. Un porcentaje grande de los emigrados al extranjero, tarde o temprano, regresarán a la patria y nunca deben sentirse desamparados por la nación a la que pertenecen y a la cual proyectan volver. Entre los medios imprescindibles para el cultivo de este contacto patrio destacan las remesas de material informativo, el sistema de enseñanza bilingüe para los niños, la facilidad en el ejercicio del voto, las visitas bien organizadas de grupos culturales o artísticos y otras iniciativas semejantes.

Pero más que nadie, los responsables del país receptor han de volcar generosamente sus iniciativas en favor de los emigrantes, con auxilios laborales, económicos y culturales, evitando que se conviertan en simples ruedas del engranaje industrial, sin referencia a valores humanos. Apenas hay una señal más eficaz para medir la verdadera estatura democrática de una nación moderna que ver su comportamiento con los inmigrantes.

Voluntad de inserción y voluntad de acogida

5. Desde luego, también al emigrante le toca poner por su parte un esfuerzo leal para la convivencia en el nuevo ambiente, en el que se le ofrezca la posibilidad de trabajo estable y justamente retribuido. Muchas veces de su comportamiento depende disipar recelos y tender puentes de diálogo y simpatía.

Con un cuidado particular deben coordinar su conducta el emigrante y las autoridades locales, en el caso de familias que, llegadas de otra región española, tengan el propósito de quedar definitivamente asentadas en su territorio. Las dificultades pueden aparecer cuando entre el lugar de origen y el receptor existe diferencia de lengua.

Al emigrante corresponde aceptar con lealtad su situación real, exponer su voluntad de permanencia y procurar insertarse en los modos culturales del lugar o región que le acoge. Por su parte, a las autoridades incumbe no forzar el ritmo de inserción de estas familias, ofrecer la posibilidad de una entrada gradual y serena en la nueva atmósfera, mostrar voluntad pública de no discriminar por motivos de idioma, prestar facilidades escolares precisas para que los niños no se sientan desamparados o humillados en la escuela, ofreciéndoles enseñanza bilingüe, sin imposiciones, y respaldar iniciativas que permitan a los emigra-

El consuelo de una asistencia religiosa

Nunca deben sentirse desamparados por la nación a la que pertenecen

El país receptor evite que los emigrantes se conviertan en simples ruedas de un engranaje

El emigrante ponga esfuerzo leal en su propia inserción

El respeto a la tradición cultural de los emigrados ayudará al enriquecimiento de la propia tradición del país o región receptor

dos conservar la savia cultural de su región de origen. De este modo, en vez de enfrentamientos penosos e inútiles, el acervo cultural de zona receptora, a la vez que da, se enriquecerá silenciosamente con matices aportados desde otros ambientes.

Una especial palabra merece el nuevo drama que plantea a los emigrantes la crisis económica mundial, forzándoles a regresar despedidos antes de tiempo. Las naciones poderosas deben un justo trato a estos trabajadores, que con gran sacrificio han contribuido al desarrollo común. Han sido especialmente útiles, más allá de lo que puede pagarse con un simple salario. Ellos, que son los más débiles, merecen una atención particular que evite cerrar un capítulo de su vida con un fracaso.

Al pensar en tantas personas lejanas de su hogar me viene al recuerdo la situación de los detenidos en centros penitenciarios. Muchos de ellos me escribieron antes de mi viaje a España. Deseo enviarles mi cordial saludo y asegurarles mi oración por ellos, sus intenciones y necesidades.

María también se puso en camino

Junto con los hombres de esta tierra extremeña y de España caminaba también María

6. La liturgia de la palabra —como hemos escuchado antes— nos coloca delante de la figura de Abraham, nuestro padre en la fe. Y también a María, que se pone en camino desde Nazaret a Galilea, a «una ciudad de Judá» llamada Ain Karin, según la tradición. Allí, entrada «en casa de Zacarías, saludó a Isabel», que pronunció las palabras de la conocida bendición.

Junto con los hombres, junto con las generaciones de esta tierra extremeña y de España, caminaba también María, la Madre de Cristo. En los nuevos lugares de habitación ella saludaba, en el poder del Espíritu Santo, a los nuevos pueblos, que respondían con la fe y la veneración a la Madre de Dios.

El santuario guadalupano de México

De esta manera, la promesa *mesiánica hecha* a Abraham se difundía en el Nuevo Mundo y en Filipinas. ¿No es significativo que hoy nos encontremos en el santuario mariano de *Guadalupe de la tierra española* y que contemporáneamente el santuario homónimo de México se haya convertido en el lugar de peregrinación para toda Hispanoamérica? *También yo* he tenido la dicha de ir como peregrino al Guadalupe mexicano al principio de mi servicio en la sede de Pedro.

Sobre todo en español resuenan constantemente las palabras de la Anunciación

Y he aquí que, como en otras lenguas, pero sobre todo en español —ya que esta lengua se expresa la gran familia de los pueblos hispánicos—, resuenan constantemente *las palabras* con las que un día Isabel saludó a María:

«¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos exultó el niño en mi seno. Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor.» (Lc., 1, 42045).

¡Bendita tú! Este saludo une a millones de corazones de estas tierras de España, de otros continentes, acunados en torno a María, a Guadalupe, en tantas partes del mundo.

Y así María no es sólo la Madre solícita de los hombres, de los pueblos, de los emigrantes. Es también el modelo en la fe y en las virtudes que hemos de imitar *durante nuestra peregrinación terrena*. Que así sea, con mi bendición apostólica para todos.

Toledo4 Noviembre

A LOS DIRIGENTES DEL APOSTOLADO SEGLAR

Anunciar y realizar el Reino de Cristo hasta que El vuelva

*En Toledo Juan Pablo II, que celebraba su onomástica,
se dirigió a los miembros del apostolado seglar
en la homilía de la misa*

Señor Cardenal,
Queridos hermanos y hermanas:

**La vocación cristiana es,
por su naturaleza misma,
vocación al apostolado**

1. En las palabras del Evangelio que hemos proclamado, Cristo mismo pone en evidencia a la vez *la dignidad y la responsabilidad* del cristiano. Cuando el Señor exclama: «Vosotros sois la sal de la tierra» (Mt. 5,13), subraya al mismo tiempo que la sal no debe perder su sabor si tiene que ser útil para el hombre. Y cuando afirma: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt. 5,14), plantea como consecuencia la necesidad de que esta luz «alumbre a todos los de casa» (Mt. 5,15). Y todavía insiste a continuación: «así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt. 5,16).

Es difícil encontrar una metáfora evangélica más adecuada y bella para expresar la dignidad del discípulo de Cristo y su consecuente responsabilidad. El mismo Concilio Vaticano II se ha inspirado en este texto evangélico, al hablar del apostolado de los seglares; es decir, de su misión con la que participan en la vida de la Iglesia y en el servicio a la sociedad (cf. *Apostolicam actuositatem*, 6).

¡Vosotros sois la sal de la tierra!

¡Vosotros sois la luz del mundo!

«La vocación cristiana es, por su naturaleza misma vocación al apostolado» (*Ib.*, 2).

**Saludo a todos los
representantes del laicado
de España**

2. A la luz de esta dignidad y responsabilidad, proclamada por el Evangelio y el Magisterio de la Iglesia, *deseo saludar a todos los representantes del laicado de España* y dirigirles desde esta histórica sede primada de Toledo un mensaje que ilumine los caminos del apostolado seglar en esta hora de gracia.

Saludo, ante todo, al Señor Cardenal Arzobispo de esta diócesis, así como a los Pastores y a todo el Pueblo de Dios de Toledo y de su Provincia Eclesiástica aquí presentes.

La Sede de Toledo es lugar propicio para este encuentro, por estar íntimamente vinculada a momentos importantes de la fe y de la cultura de la Iglesia en España. No podemos olvidar los Concilios Toledanos que supieron encontrar fórmulas adecuadas para la profesión de la fe cristiana en sus fundamentales contenidos trinitarios y cristológicos.

Toledo, ciudad de gran tradición cristiana y centro de irradiación apostólica

Toledo fue un centro de diálogo y de convivencia entre gentes de raza y religión distintas. Fue también encrucijada de culturas que desbordaron las fronteras de España, para influir poderosamente en la cultura del Occidente europeo. Es ciudad de gran tradición cristiana, reflejada en sus monumentos artísticos y en la expresión pictórica de artistas de talla universal como el Greco.

Estos valores tradicionales siguen influyendo positivamente en la vida del pueblo toledano que mantiene el recuerdo de sus grandes pastores medievales como San Eugenio y San Ildefonso. Es la memoria de una tradición que se alarga a través de muchas generaciones de cristianos que se han extendido por todo el país, y han participado en generosos movimientos misioneros en otros continentes.

3. Desde esa viva tradición que alimenta vuestra fe e impulsa vuestra responsabilidad de cristianos, volvemos a las fuentes de la Palabra, proclamada en esta celebración. Es el mismo Apóstol de las gentes quien *nos habla* para enseñarnos lo que significa ser apóstoles de Cristo; *nos interpela* para indicarnos lo que exige la participación en la misión de la Iglesia.

Pablo enseña con un vigor especial que somos testigos de Dios en Jesucristo, y éste «crucificado» (1 *Cor.* 2, 1-3). Quien lo reconoce y confiesa como Señor está bajo la manifestación y el poder del Espíritu (cf. *Ib.*, v.4).

Todos los cristianos están llamados a renovar constantemente su profesión de fe, con la palabra y con la vida, como una adhesión plena a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, crucificado para nuestra salvación y resucitado por el poder de Dios.

Tal es la «sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria» (*Ib.*, v.7). Este es el núcleo fundamental del Evangelio que Cristo ha confiado a su Iglesia y que ésta transmite en la viva tradición y enseña en el magisterio de la sucesión apostólica, enriqueciendo así el patrimonio del Pueblo de Dios que posee el «sentido de la fe», bajo la asistencia solícita del Espíritu Santo.

Aquí radica el centro del anuncio y testimonio de la fe cristiana. Por eso, *la primera actitud del testigo de la fe es profesar esa misma fe que predica*, dejándose convertir dócilmente por el Espíritu de Dios y conformando su vida a esa Sabiduría divina.

4. En cuanto testigos de Dios, no somos propietarios discretos del anuncio que recibimos; somos responsables de un don que hay que transmitir con fidelidad. Con el temor y temblor de la propia fragilidad, el apóstol confía en «la manifestación del Espíritu», en la fuerza persuasiva del «poder de Dios» (1 *Cor.* 2, 4-5).

No se trata de amoldar el Evangelio a *la sabiduría del mundo*. Con palabras que podrían traducir la experiencia de Pablo, hoy se podría afirmar: No son los análisis de la realidad, o el uso de las ciencias sociales, o el manejo de la estadística, o la perfección de métodos y técnicas organizativas —medios útiles e instrumentos valiosos a veces— los que determinarán los contenidos del Evangelio recibido y profesado. Y tanto menos será la connivencia con ideologías seculares la que abra los corazones al anuncio de la salvación. Como tampoco deberá dejarse seducir el apóstol por la pretendida sabiduría de «los príncipes de este siglo» (*Ib.*, v.6), cifrada en el poder, en la riqueza y en el placer, que al

La primera actitud del testigo de la fe es profesar esa fe que predica

No se trata de amoldar el Evangelio a la sabiduría del mundo, ni hay que dejarse seducir por la pretendida sabiduría del mundo de «los príncipes de este siglo»

proponer el espejismo de una felicidad humana, de hecho aboca, a los que sucumben a su culto, a una total destrucción.

¡Solo Cristo! Lo proclamamos agradecidos y maravillados. En El está ya la plenitud de lo que «Dios ha preparado para los que le aman» (*Ib.*, v.9). Es el anuncio que la Iglesia confía a todos los que están llamados a proclamar, celebrar, comunicar y vivir el Amor infinito de la Sabiduría divina. Es ésta la *ciencia sublime* que preserva el sabor de la sal para que no se vuelva insípida, que alimenta la luz de la lámpara para que alumbre lo más profundo del corazón humano y guíe sus secretas aspiraciones, sus búsquedas y esperanzas.

¡Solo Cristo! Esta es nuestra ciencia sublime

En el servicio al Evangelio el cristiano encontrará la plenitud de su dignidad y responsabilidad

5. El Papa exhorta a todos los seglares a asumir con coherencia y vigor su dignidad y responsabilidad. ¡*El Papa confía en los seglares españoles* y espera grandes cosas de todos ellos para gloria de Dios y para el servicio del hombre! Sí, como he recordado ya, la vocación cristiana es esencialmente apostólica; sólo en esta dimensión de servicio al Evangelio el cristiano encontrará *la plenitud de su dignidad y responsabilidad*.

En efecto, los laicos «incorporados a Cristo por el bautismo, integrados en el Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo» (*Lumen gentium*, 31) están llamados a la santidad y son enviados a anunciar y realizar el Reino de Cristo hasta que El vuelva.

Si queréis ser fieles a esa dignidad, no es suficiente acoger pasivamente las riquezas de fe que os han legado vuestra tradición y vuestra cultura. *Se os confía un tesoro, se os otorgan talentos* que han de ser asumidos con responsabilidad *para que fructifiquen* con abundancia.

Los seglares son enviados a anunciar y realizar el Reino de Cristo hasta que El vuelva

La gracia del bautismo y de la confirmación que la Eucaristía renueva y la penitencia restaura, posee vivas energías para revitalizar la fe y para orientar, con el dinamismo creador del Espíritu Santo, la actividad de los miembros del Cuerpo místico. También los seglares están llamados a ese crecimiento espiritual interior que conduce a la santidad, y a esa entrega apostólica creadora, que los hace *colaboradores del Espíritu Santo*, el cual con sus dones renueva, rejuvenece y lleva a perfección la obra de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 4).

No se trata de amoldar el Evangelio a la sabiduría del mundo. Y menos será la convivencia con ideologías seculares la que abra los corazones al anuncio de la salvación. Como tampoco deberá dejarse seducir el apóstol por la pretendida sabiduría de «los príncipes de este siglo».

Impregnar todo el tejido de la convivencia humana con los valores del Evangelio

6. ¿Será necesario confirmar, una vez más, que el crecimiento en la afirmación de la identidad cristiana del seglar no menoscaba o limita sus posibilidades; antes bien define, alimenta y potencia esa presencia y esa actividad específica y original que la Iglesia confía a sus hijos en los diversos campos de la actividad personal, profesional, social?

El mismo Evangelio nos apremia a *compartir toda situación y condición del hombre*, con un amor apasionado por todo lo que concierne a su dignidad y sus derechos, fundados en su condición de criatura de Dios, «hecho a su imagen y semejanza» (*Gen 1, 26*), participe por la gracia de Cristo de la filiación divina.

El Concilio Vaticano II subrayó justamente que la tarea primordial de los seglares católicos es la de impregnar y transformar todo el tejido de la convivencia humana con los valores del Evangelio (cf. *Lumen gentium*, A6), con el anuncio de una *antropología cristiana* que de estos valores deriva.

Pablo VI, en su Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (n. 70) especifica así los campos del apostolado seglar: «El camino propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, pero también de la cultura, de las ciencias, de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación social, así como otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento...» No hay actividad humana alguna que sea ajena a la solidaria tarea evangelizadora de los laicos.

7. De entre los cometidos más apremiantes del apostolado de los seglares quiero resaltar algunas de mayor importancia.

Pienso concretamente en el testimonio de vida y en el esfuerzo evangelizador que requiere la *familia cristiana*; que los cónyuges cristianos vivan el sacramento del matrimonio como una participación de la *unión fecunda e indisoluble* entre Cristo y la Iglesia; que sean los fundadores y animadores de la iglesia doméstica, la familia, con el compromiso de una educación integral ética y religiosa de sus hijos; que abran a los jóvenes los horizontes de las diversas vocaciones cristianas, como un desafío de plenitud a las alternativas del consumismo hedonista o del materialismo ateo.

La familia, uno de los cometidos más apremiantes del apostolado de los seglares

En cuanto testigos de Dios, no somos propietarios discrecionales del anuncio que recibimos; somos responsables de un don que hay que transmitir con fidelidad. Con el temor y temblor de la propia fragilidad, el apóstol confía en «la manifestación del Espíritu», en la fuerza persuasiva del «poder de Dios».

Dirijo mi mirada al vasto campo del apostolado laical en *el mundo del trabajo*, sacudido por fuertes crisis y movido noblemente por aspiraciones de dignidad, de solidaridad, de fraternidad, que están llamadas, desde sus innegables y tal vez inconscientes raíces cristianas, a dar frutos de justicia y de desarrollo auténticamente humanos.

Veo también abierto al laico católico *el campo de la política*, en el que con frecuencia se toman las decisiones más delicadas que afectan a los problemas de la vida, de la educación, de la economía; y por lo tanto, de la dignidad y de los derechos del hombre, de la justicia y de la convivencia pacífica en la sociedad. El cristiano sabe que desde las enseñanzas luminosas de la Iglesia, y sin necesidad de seguir una fórmula política unívoca o partidista, debe contribuir a la formación de una sociedad más digna y respetuosa de los derechos humanos, asentada en los principios de justicia y de paz.

Pienso, finalmente, en *el mundo de la cultura*. Los laicos católicos, en sus tareas de intelectuales y de científicos, de educadores y de artistas, están llamados a crear de nuevo, desde la inmensa riqueza cultural de los pueblos de España, una auténtica cultura de la verdad y del bien, de la belleza y del progreso, que pueda contribuir al diálogo fecundo entre ciencia y fe, cultura cristiana y civilización universal.

8. Ningún cristiano está exento de su responsabilidad evangelizadora. Ninguno puede ser sustituido en las exigencias de su *apostolado personal*. Cada laico tiene un campo de apostolado en su experiencia personal.

El Concilio Vaticano II ha recomendado vivamente las *formas asociadas* del apostolado seglar (cf. *Apostolican actuositatem*, 18-20).

El apostolado asociado resulta fundamental para coagular y desplegar todas las energías ínsitas en la vocación cristiana, para despertar y fortalecer la presencia y el testimonio de la vida cristiana en los diversos *espacios y ambientes de la sociedad*. A este apostolado asociado le incumbe la sensibilización y educación de todas esas energías vitales, ricas de fe y religiosidad, que están en el alma y en la cultura de vuestro pueblo.

Sé que se han ido superando entre vosotros situaciones críticas de identidad asociativa. Ha llegado la hora de superar definitivamente esas situaciones con un análisis lúcido que permita conocer las causas, y sobre todo rechazar los errores que se hayan podido infiltrar entre vosotros. Pienso, sin embargo, que son mucho más fuertes las fidelidades y renovados entusiasmos cristianos de vuestras asociaciones, que el Papa quiere alentar hoy con su presencia, con su afecto y con su oración.

9. Numerosos y varios son los grupos que hoy estáis aquí presentes, signo de la vitalidad y fecundidad de la fe de esta tierra de España. Está presente la *Acción Católica* en sus varias expresiones; están representados los movimientos de espiritualidad, las agrupaciones familiares, los grupos juveniles... Un vasto panorama que enriquece la vitalidad del Cuerpo de Cristo. Saludo a todos y a cada uno de los movimientos y asociaciones aquí representados. Y ante la imposibilidad de decir una palabra específica para cada uno, quiero ofrecer unas reflexiones centradas sobre lo que os caracteriza y a la vez os une: *vuestra eclesialidad*.

¡Sois Iglesia! De esa nota fundamental brotan las características de una vida, de un amor, de un servicio y de una presencia que tienen que

El mundo del trabajo, de la política y de la cultura, objetivos preferentes del apostolado

Al apostolado asociado le incumbe sensibilizar y educar las energías religiosas que están en el alma y en la cultura de España

La eclesialidad es lo que caracteriza y une a los diversos grupos apostólicos

Sois Iglesia y necesitáis de una comunión sin fisuras con la fe de la Iglesia

ser auténticamente eclesiales. De ahí la necesidad de una comunión sin fisuras con la fe de la Iglesia, de una vida nutrida en las fuentes de los sacramentos, de una obediencia impregnada de amor y responsabilidad hacia los pastores de la Iglesia.

¡*Sois Iglesia!* Debéis demostrarlo también en una *abierto comunión y colaboración* entre vuestros diversos carismas, apostolados y servicios, promoviendo vuestra integración *en las Iglesias particulares y en las comunidades parroquiales*, donde se reúne y congrega visiblemente la familia de Dios.

Los sacerdotes a quienes se encomienda la tarea de animación espiritual de los grupos y movimientos, deben ser en medio de vosotros esa garantía de eclesialidad y de comunión. A vosotros, consiliarios y asistentes del apostolado laical, queridísimos sacerdotes que trabajáis en fraterna comunión con los seculares, os digo: Sentíos plenamente identificados con la asociación o grupo que se os ha encomendado; participad en sus afanes y preocupaciones; sed signo de unidad y de comunión eclesial, educadores de la fe, animadores del auténtico espíritu apostólico y misionero de la Iglesia.

10. Quiero terminar con una recomendación especial que confío al corazón cristiano de todos los seculares de España.

Sin vida interior, sin oración y sin una aspiración perseverante a la santidad no puede existir apostolado alguno

No existe, no puede existir apostolado alguno (tanto para los sacerdotes como para los seculares) *sin la vida interior, sin la oración*, sin una perseverante aspiración *a la santidad*. Esta santidad, en las palabras que hemos proclamado en esta celebración, es el don de la Sabiduría, que para el cristiano es una particular actuación del Espíritu Santo recibido en el bautismo y en la confirmación: «*Concédame Dios hablar juiciosamente y pensar dignamente de los dones recibidos, porque El es el guía de la sabiduría y el que corrige a los sabios. Porque en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras y toda la prudencia y la pericia de nuestras obras*» (Sab. 7, 15-16).

¡El Papa confía en los seculares españoles... y espera grandes cosas de todos ellos para gloria de Dios y para el servicio del hombre!

MIRAD ADELANTE.

NO QUERAI NADA SIN DIOS.

MANTENED LA ESPERANZA.

(Loyola - 6 de noviembre)

¡Estáis llamados todos a la santidad! Así como florecieron magníficos testimonios de santidad en la España del Siglo de Oro por la reforma católica y el Concilio de Trento, florezcan ahora, en la época de la renovación eclesial del Vaticano II, nuevos testimonios de santidad, especialmente entre los seglares de España.

¡Necesitáis la abundancia del Espíritu Santo para realizar con su sabiduría la tarea nueva y original del apostolado laical! Por eso, debéis estar unidos a Cristo, para participar de su función sacerdotal, profética y real, en las difíciles y maravillosas circunstancias de la Iglesia y del mundo de hoy.

11. Sí. ¡Debemos estar en sus manos, para poder realizar la propia vocación cristiana!

¡En sus manos para llevar a todos a Dios!

¡En manos de la Sabiduría eterna *para participar fructuosamente* de la misión del mismo Cristo!

¡En las manos de Dios para *construir su reino* en las realidades temporales de este mundo!

¡Queridos hermanos y hermanas! :

Pido hoy al Señor, para todos vosotros, para todos los seglares, una santidad que florezca en un apostolado original y creador, *impregnado de sabiduría divina*.

Lo imploro por la intercesión de la Virgen, Nuestra Señora, que aquí en Toledo tiene, entre otras advocaciones, el hermoso título evangélico *de la Paz*, para que seáis en el mundo *constructores de la paz de Cristo*.

Con El os recuerdo *vuestra dignidad y responsabilidad*:

¡Vosotros sois la sal de la tierra!

¡Vosotros sois la luz del mundo!

Amén.

Necesitáis la abundancia del Espíritu Santo para realizar la tarea nueva y original del apostolado laical

Que Nuestra Señora de la Paz os ayude a ser constructores de la paz de Cristo

¡Estáis llamados todos a la santidad! Así como florecieron magníficos testimonios de santidad en la España del Siglo de Oro por la reforma Católica y el Concilio de Trento, florezcan ahora, en la época de la renovación eclesial del Vaticano II, nuevos testimonios de santidad, especialmente entre los seglares de España.

ACTO EN HONOR DE SAN JUAN DE LA CRUZ

El Gran Maestro de los senderos que conducen a la unión con Dios

*Al pie del Acueducto romano de Segovia, Juan Pablo II
rinde homenaje al que es maestro de su formación espiritual,
San Juan de la Cruz*

1. «En la grandeza y hermosura de las criaturas, proporcionalmente se puede contemplar a su Hacedor original... Y si se admiraron del poder y de la fuerza, debieran deducir de aquí cuánto más poderoso es su plasmador; si fueron seducidos por su hermosura, debieron conocer cuánto mejor es el Señor de Ellos, pues es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas» (*Sab.*, 13, 5.4.3).

Hemos proclamado estas palabras del libro de la Sabiduría, queridos hermanos y hermanas, en el curso de esta celebración en honor de San Juan de la Cruz junto a su sepulcro. El libro de la Sabiduría habla del conocimiento de Dios por medio de las criaturas; del conocimiento de los bienes visibles que muestran a su Artífice; de la noticia que lleva hasta el Creador a partir de sus obras.

Bien podemos poner estas palabras en labios de Juan de la Cruz y comprender el sentido profundo que les ha dado el autor sagrado. Son palabras de sabio y de poeta que ha conocido, amado y cantado la hermosura de las obras de Dios; pero sobre todo palabras de teólogo y de místico que ha conocido a su Hacedor y que apunta con sorprendente radicalidad a la fuente de la bondad y de la hermosura, dolido por el espectáculo del pecado, que rompe el equilibrio primitivo, ofusca la razón, paraliza la voluntad, impide la contemplación y el amor al Artífice de la creación.

2. Doy gracias a la Providencia que me ha concedido venir a venerar las reliquias y a evocar la figura y doctrina de San Juan de la Cruz, *a quien tanto debo* en mi formación espiritual. Aprendí a conocerlo en mi juventud y pude entrar en un diálogo íntimo con este *maestro de la fe*, con su lenguaje y su pensamiento, hasta culminar con la elaboración de mi tesis doctoral sobre *La fe en San Juan de la Cruz*. Desde entonces he encontrado en él un amigo y maestro, que me ha indicado la luz que brilla en la oscuridad para caminar siempre hacia Dios, «sin otra luz ni guía / que la que en el corazón ardía. / Aquesta me guiaba / más cierto que la luz del mediodía» (*De la poesía «Noche oscura»*, 3-4).

En esta ocasión saludo cordialmente a los miembros de la provincia y diócesis de Segovia, a su Pastor, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a las autoridades y a todo el pueblo de Dios que vive aquí, bajo el cielo limpio de Castilla, así como a los venidos de las zonas cercanas y de otras partes de España.

3. El santo de Fontiveros es el *gran maestro de los senderos que conducen a la unión con Dios*. Sus escritos siguen siendo actuales, y en cierto modo explican y complementan los libros de Santa Teresa de Jesús. El indica los caminos del conocimiento mediante la fe, porque sólo tal cono-

cimiento en la fe dispone el entendimiento a la unión con el Dios vivo.

¡Cuántas veces, con una convicción que brota de la experiencia, nos dice que la fe es el medio propio y acomodado para la unión con Dios! Es suficiente citar un célebre texto del libro segundo de la *Subida del Monte Carmelo*: «La fe es solo el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios... Porque así como Dios es infinito, así ella nos lo propone infinito, y así como es Trino y Uno, nos le propone Trino y Uno... Y así, por este solo medio, se manifiesta Dios al alma en divina luz, que excede todo entendimiento. Y, por tanto, cuanto más fe tiene el alma, más unida está con Dios» (II, 9, 1).

Con esta insistencia en la pureza de la fe, Juan de la Cruz no quiere negar que el conocimiento de Dios se alcance gradualmente desde el de las criaturas; como enseña el libro de la Sabiduría y repite San Pablo en la Carta a los Romanos (1, 18-21; cfr. *Cántico espiritual*, 4, 1). El doctor místico enseña que *en la fe es también necesario* desasirse de las criaturas, tanto de las que se perciben por los sentidos como de las que se alcanzan con el entendimiento, para unirse de una manera cognoscitiva con el mismo Dios. Ese camino que conduce a la unión pasa a través de la «noche oscura» de la fe.

4. El acto de fe se concentra, según el Santo, en *Jesucristo*; el cual, como ha afirmado el Vaticano II, «es a la vez el mediador y la plenitud de toda la revelación» (cfr. *Del Verbum*, n. 2). *Todos conocen la maravillosa página del doctor místico acerca de Cristo como palabra definitiva del Padre y totalidad de la revelación, en ese diálogo entre Dios y los hombres: «El es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación. Lo cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándoosle por hermano, compañero y maestro, precio y premio»* (*Subida del monte Carmelo*, II, 22, 5).

Y así, recogiendo conocidos textos bíblicos (cfr. Mt., 17, 5; Heb., 1, 1), resume: «*Porque en darnos como nos dio a su Hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra, y no tiene más que hablar*» (*ib.*, 3). Por eso la fe es la búsqueda amorosa del *Dios escondido*, que se revela en Cristo, el Amado (cfr. *Cántico espiritual*, 1, 1-3.11).

Sin embargo, el doctor de la fe no se olvida de puntualizar que a *Cristo lo encontramos en la Iglesia*, esposa y madre; y que en su magisterio

encontramos la norma próxima y segura de la fe, la medicina de nuestras heridas, la fuente de la gracia: «Y así, escribe el santo, en todo nos habemos de guiar por la ley de Cristo hombre y de la Iglesia y sus ministros, humana y visiblemente, y por esa vía remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales; que para todo hallaremos abundante medicina por esta vía» (*Subida del monte Carmelo*, 11, 22, 7).

5. En estas palabras del doctor místico encontramos una doctrina de absoluta coherencia y modernidad.

Al hombre de hoy, angustiado por el sentido de la existencia, indiferente a veces ante la predicación de la Iglesia, excéptico quizás ante las mediaciones de la revelación de Dios, Juan de la Cruz invita a una búsqueda honesta, que lo conduzca *hasta la fuente misma de la revelación que es Cristo*, la palabra y el don del Padre. Lo persuade a prescindir de todo aquello que podría ser un obstáculo para la fe y lo coloca ante Cristo. Ante El que revela y ofrece la verdad y la vida divinas en la Iglesia, que en su visibilidad y en su humanidad es siempre esposa de Cristo, su cuerpo místico, garantía absoluta de la verdad de la fe (cfr. *Llama de amor viva*, prólogo, 1).

Por eso exhorta a emprender una búsqueda de Dios en la oración, para que el hombre *caiga en la cuenta* de su finitud temporal y de su vocación de eternidad (cfr. *Cántico espiritual*, 1, 1). En el silencio de la oración se realiza el encuentro con Dios y se escucha, esa palabra que Dios dice en eterno silencio y en silencio tiene que ser oída (cfr. *Dichos de luz y amor*, 104). Un grande recogimiento y un desasimiento interior, unidos al fervor de la oración, abren las profundidades del alma *al poder purificador del amor divino*.

6. Juan de la Cruz siguió las huellas del Maestro, que se retiraba a orar en parajes solitarios (cfr. *Subida al monte Carmelo*, III, 44, 4). Amó la *soledad sonora* donde se escucha la *música callada*, el rumor de la *fuentes que mana y corre aunque es de noche*. Lo hizo en largas vigiliadas de oración al pie de la Eucaristía, ese «vivo pan» que da la vida, y que lleva hasta el manantial primero del amor trinitario.

No se pueden olvidar las inmensas soledades de Duruelo, la oscuridad y desnudez de la cárcel de Toledo, los paisajes andaluces de la Peñuela, del Calvario, de los Mártires, en Granada. Hermosa y sonora soledad segoviana la de la ermita-cueva, en las peñas grajeras de este convento fundado por el santo. Aquí se han consumado diálo-

gos de amor y de fe; hasta ese último, conmovedor, que el santo confiaba con estas palabras dichas al Señor que le ofrecía el premio de sus trabajos: «Señor, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos, y que sea yo menospreciado y tenido en poco.» Así hasta la consumación de su identificación con Cristo Crucificado y su pascua gozosa en Ubeda, cuando anunció que iba a cantar maitines al cielo.

7. Una de las cosas que más llaman la atención en los escritos de San Juan de la Cruz es la luz con que ha descrito el sufrimiento humano, cuando el alma es embestida por la tiniebla luminosa y purificadora de la fe.

Sus análisis asombran al filósofo, al teólogo y hasta al psicólogo. El doctor místico nos enseña la necesidad de una purificación pasiva, de una noche oscura que Dios provoca en el creyente, para que más pura sea su adhesión en fe, esperanza y amor. Sí, así es. *La fuerza purificadora del alma humana* viene de *Dios mismo*. Y Juan de la Cruz fue consciente, como pocos, de esta fuerza purificadora. Dios mismo purifica el alma hasta en los más profundos abismos de su ser, encendiendo en el hombre la *llama de amor viva*: su Espíritu.

El ha contemplado con una admirable hondura de fe, y desde su propia experiencia de la purificación de la fe, el misterio de Cristo Crucificado, hasta el *vértice de su desamparo en la cruz*, donde se nos ofrece, como él dice, como ejemplo y luz del hombre espiritual. Allí, el Hijo Amado del Padre «fue necesitado de clamar diciendo: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado? (Mt 27, 46). Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida. Y así en él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios» (Subida del Monte Carmelo, II, 7, 11).

8. El hombre moderno, no obstante sus conquistas, roza también en su experiencia personal y colectiva el abismo del abandono, la tentación del nihilismo, lo absurdo de tantos sufrimientos físicos, morales y espirituales. *La noche oscura*, la prueba que hace tocar el misterio del mal y exige la apertura de la fe, adquiere a veces dimensiones de época y proporciones colectivas.

También el cristiano y la misma Iglesia pueden sentirse identificados con el Cristo de San Juan de la Cruz, en el culmen de su dolor y de su abandono. Todos estos sufrimientos han sido asumidos por Cristo en su grito de dolor y en su confiada entrega al Padre. En la fe, la esperanza y el amor la noche se convierte en día, el sufrimiento en gozo, la muerte en vida.

Juan de la Cruz, con su propia experiencia, nos invita a la confianza, a dejarnos purificar por Dios; en la fe esperanzada y amorosa la noche empieza a conocer «los levantes de la aurora»; se hace luminosa como una noche de Pascua —«O vere beata nox!», ¡Oh noche amable más que la alborada!»— y anuncia la resurrección y la victoria, la venida del Esposo que junta consigo y transforma al cristiano: «amada en el Amado transformada».

¡Ojalá las noches oscuras que se ciernen sobre las conciencias individuales y sobre las colectividades de nuestro tiempo sean vividas en fe pura; en esperanza, «que tanto alcanza cuanto espera»; en amor llameante de la fuerza del Espíritu, para que se conviertan en jornadas luminosas para nuestra humanidad dolorida, en victoria del Resucitado que libera con el poder de su cruz!

9. Hemos recordado en la lectura del Evangelio las palabras del profeta Isaías, asumidas por Cristo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en liber-

El doctor místico enseña que en la fe es también necesario desasirse de las criaturas, tanto de las que se perciben por los sentidos como de las que se alcanzan con el entendimiento, para unirse de una manera cognoscitiva con el mismo Dios. Ese camino que conduce a la unión pasa a través de la «noche oscura» de la fe.

tad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor» (Lc. 4, 18).

También el «santico de fray Juan» —como decía la madre Teresa— fue, como Cristo, un pobre que evangelizó con inmenso gozo y amor a los pobres, y su doctrina es como una explicación de ese evangelio de la liberación de esclavitudes y opresiones del pecado, de la luminosidad de la fe que cura toda ceguera. Si la Iglesia lo venera como doctor místico desde el año 1926 es porque reconoce en él al gran maestro de la verdad viva acerca de Dios y del hombre.

La Subida del Monte y la Noche *oscura* culminan en la gozosa libertad de los hijos de Dios, en la participación en la vida de Dios y en la comunión con la vida trinitaria (cfr. *Cántico espiritual*, 39, 3-6). Sólo Dios puede liberar al hombre; éste sólo adquiere totalmente su dignidad y libertad cuando experimenta en profundidad, como Juan de la Cruz indica, la gracia redentora y transformante de Cristo. La verdadera libertad del hombre es la comunión con Dios.

10. El texto del libro de la Sabiduría nos advertía: «Si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?» (Sab., 13, 9). He aquí un noble desafío para el hombre contemporáneo que ha explorado los caminos del universo. Y he aquí la respuesta del místico, que desde la altura de Dios descubre la huella amorosa del Creador en sus criaturas y contempla anticipada la liberación de la creación (cfr. Rom. 8, 19-21).

Toda la creación, dice San Juan de la Cruz, está como bañada por la luz de la encarnación y de la resurrección: «En este levantamiento de la Encarnación de su Hijo y de la gloria de su resurrección según la carne no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podremos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad» (Ib., 5, 4). El Dios que es «Hermosura» se refleja en sus criaturas.

En un abrazo cósmico que en Cristo une el cielo y la tierra, Juan de la Cruz ha podido expresar la plenitud de la vida cristiana: «No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu

único Hijo Jesucristo, en quien me diste todo lo que quiero... Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes; los justos son míos, y míos, los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí» (*Dichos de luz y amor*, 29-31).

11. Hermanos y hermanas: He querido rendir con mis palabras un homenaje de gratitud a San Juan de la Cruz, teólogo y místico, poeta y artista, «hombre celestial y divino» —como lo llamó Santa Teresa de Jesús—, amigo de los pobres y sabio director espiritual de las almas. El es el Padre y Maestro espiritual de todo el Carmelo Teresiano, el forjador de esa fe viva que brilla en los hijos más eximios del Carmelo: Teresa de Lisieux, Isabel de la Trinidad, Rafael Kalonowski, Edith Stein.

Pido a las hijas de Juan de la Cruz, las Carmelitas Descalzas, que sepan vivir las esencias contemplativas de ese amor puro que es eminentemente fecundo para la Iglesia (cfr. *Cántico espiritual*, 29, 2-3). Recomiendo a sus hijos los Carmelitas Descalzos fieles custodios de este convento y animadores del centro de espiritualidad dedicado al santo, la fidelidad a su doctrina y la dedicación a la dirección espiritual de las almas, así como al estudio y profundización de la teología espiritual.

Para todos los hijos de España y de esta noble tierra segoviana, como garantía de revitalización eclesial, dejo estas hermosas consignas de San Juan de la Cruz que tienen alcance universal, clarividencia en la inteligencia para vivir la fe: «Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él» (*Dichos de luz y amor*, 39). Valentía en la voluntad para ejercitar la caridad: «Donde no hay amor ponga amor y sacará amor» (*Carta*, 26; a María de la Encarnación). Una fe sólida e ilusionada, que mueva constantemente a amor de veras a Dios y al hombre; porque al final de la vida, «a la tarde te examinarán en el amor» (*Dichos de luz y amor*, 64). Con mi bendición apostólica para todos.

«Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él.»

(S. Juan de la Cruz citado por Juan Pablo II)

BEATIFICACION DE SOR ANGELA DE LA CRUZ

Confirmando en nombre de la Iglesia la respuesta de amor fiel que Sor Angela dió a Cristo

En la homilía pronunciada por el Papa en el acto de beatificación de la fundadora de las Hermanitas de la Cruz, hizo referencia a los problemas actuales del campo

Queridos hermanos y hermanas:

1. Hoy tengo la dicha de encontrarme por vez primera bajo el cielo de Andalucía; esta región hermosa, la más extensa y poblada de España, centro de una de las más antiguas culturas de Europa. Aquí se dieron cita múltiples civilizaciones que configuraron las peculiares notas características del hombre andaluz.

Vosotros dísteis al Imperio romano emperadores, filósofos y poetas; ocho siglos de presencia árabe os afinaron la sensibilidad poética y artística; aquí se forjó la unidad nacional; de las costas cercanas a este «Guadalquivir sonoro» partió la formidable hazaña del descubrimiento del Nuevo Mundo y la expedición de Magallanes y El Cano hasta Filipinas.

Conozco el origen apostólico del cristianismo de la Bética, fecundado por vuestros mártires y sostenido por vuestros Santos: Isidoro y Leandro, Fernando y Juan de Ribera, Juan de Dios y el beato Juan Grande, Juan de Avila y Diego José de Cádiz, Francisco Solano, Rafaela María, el venerable Miguel de Mañara y otras muchas figuras insignes.

El recuerdo cariñoso de tanta riqueza histórica y espiritual, es mi mejor saludo a vuestro pueblo, a vuestro nuevo Arzobispo, a los Pastores presentes y a todos los españoles, especialmente a los venidos de Canarias; pero, son sobre todo la voz prestada a quien tanto ha dado a vuestras

gentes: a mi queridísimo Hermano y vuestro amado Cardenal que nos acompaña.

Comprender la sabiduría de la cruz

2. En este marco sevillano, envuelto como vuestros patios por la «fragancia rural» de Andalucía, vengo a encontrar a las gentes del campo de España. Y lo hago poniendo ante su vista una humilde hija del pueblo, tan cercana a este ambiente por su origen y su obra. Por eso he querido dejaros un regalo precioso, glorificando aquí a Sor Angela de la Cruz.

Hemos oído las palabras del profeta Isaías que invita a partir el pan con el hambriento, albergar al pobre, vestir al desnudo, y no volver el rostro ante el hermano (cf. *Is* 58, 7); porque «cuando des tu pan al hambriento y sacies el alma indigente, brillará tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán cual mediodía» (*Is*. 58, 10).

Parecería que las palabras del profeta se refieren directamente a Sor Angela de la Cruz: cuando ejercita heroicamente la caridad con los necesitados de pan, de vestido, de amor; y cuando, como sucede hoy, ese ejercicio heroico de la caridad hace brillar su luz en los altares, como ejemplo para todos los cristianos.

Sé que la nueva Beata es considerada un tesoro común de todos los andaluces, por encima de cualquier división social, económica, política. Su

secreto, la raíz de donde nacen sus ejemplares actos de amor, está expresado en las palabras del Evangelio que acabamos de escuchar: «El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará» (Mt. 16, 25).

Ella se llamaba *Angela de la Cruz*. Como si quisiera decir que, según las palabras de Cristo, *ha tomado su cruz* para seguirlo (cf. Mt. 16, 24). La nueva Beata entendió perfectamente esta ciencia de la cruz, y la expuso a sus hijas con una imagen de gran fuerza plástica. Imagina que sobre el monte Calvario existe, junto al Señor clavado en la cruz, otra cruz «a la misma altura, no a la mano derecha ni a la izquierda, sino en frente y muy cerca». Esta cruz vacía la quieren ocupar Sor Angela y sus Hermanas, que desean «verse crucificadas frente al Señor», con «pobreza, desprendimiento y santa humildad» (*Escritos íntimos*, Primeros escritos, fol. 1, p. 176). Unidas al sacrificio de Cristo, Sor Angela y sus Hermanas podrán realizar el testimonio del amor a los necesitados.

En efecto, la renuncia de los bienes terrenos y la distancia de cualquier interés personal, colocó a Sor Angela en aquella actitud ideal de servicio, que gráficamente define llamándose «expropiada para utilidad pública». De algún modo pertenece ya a los demás, como Cristo nuestro Hermano.

La existencia austera, crucificada, de las Hermanas de la Cruz, nace también de su misión al misterio redentor de Jesucristo. No pretenden dejarse morir vaciamente de hambre o de frío; son testigos del Señor, por nosotros muerto y resucitado. Así el misterio cristiano se cumple perfectamente en Sor Angela de la Cruz, que aparece «inmersa en alegría pascual». Esa alegría dejada como testamento a sus hijas y que todos admiráis en ellas. Porque la penitencia es ejercida como renuncia del propio placer, para estar disponibles al servicio del prójimo; ello supone una gran reserva de fe, para inmolarse sonriendo, sin pasar factura, quitando importancia al sacrificio propio.

**SU SECRETO ESTA EXPRESADO EN LAS PALABRAS DEL EVANGELIO:
«EL QUE QUIERA SALVAR SU VIDA,
LA PERDERA; Y EL QUE LA PIERDA POR MI,
LA HALLARA»**

Caridad de urgencia

3. Sor Angela de la Cruz, fiel al ejemplo de pobreza de Cristo, puso su Instituto al *servicio de los pobres más pobres*, los desheredados, los marginados. Quiso que la compañía de la Cruz estuviera instalada «dentro de la pobreza», no ayudando desde fuera, sino viviendo las condiciones existenciales propias de los pobres. Sor Angela piensa que ella y sus hijas *pertenecen a la clase de los trabajadores*, de los humildes, de los necesitados, «son mendigas que todo lo reciben de limosna».

La pobreza de la Compañía de la Cruz no es puramente contemplativa, les sirve a las Hermanas de plataforma dinámica para un trabajo asistencial con trabajadores, familias sin techo, enfermos, pobres de solemnidad, pobres vergonzantes, niñas huérfanas o sin escuela, adultas analfabetas. A cada persona intentan proporcionarle lo que necesite: Dinero, casa, instrucción, vestidos, medicinas; *y todo, siempre, servido con amor*. Los medios que utilizan son su trabajo personal, y pedir limosna a quienes puedan darla.

De este modo, Sor Angela estableció un vínculo, un puente desde los necesitados a los poderosos, de los pobres a los ricos. Evidentemente, ella no puede resolver los conflictos políticos ni los desequilibrios económicos. Su tarea significa una «caridad de urgencia», por encima de toda división, llevando ayuda a quien la necesite. *Pide en nombre de Cristo, y da en nombre de Cristo*. La suya es aquella caridad cantada por el apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios: «Paciente, benigna... no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal... todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (I Cor. 13, 4.5.7).

La compañía de la cruz

4. Esta acción testimonial y caritativa de Sor Angela, ejerció una influencia benéfica más allá de la periferia de las grandes capitales, y se difundió inmediatamente por el ámbito rural. No podía ser menos, ya que a lo largo del último tercio del siglo XIX, cuando Sor Angela funda su Instituto, la región andaluza ha visto fracasar sus conatos de industrialización y queda sujeta a modos de vida mayoritariamente rurales.

Muchos hombres y mujeres del campo acuden sin éxito a la ciudad, buscando un puesto de trabajo estable y bien remunerado. La misma Sor

Angela es hija de padre y madre venidos a Sevilla desde pueblos pequeños, para establecerse en la ciudad. Aquí trabajará durante unos años en un taller de zapatería.

También la Compañía de la Cruz se nutre mayoritariamente de mujeres vinculadas a familias campesinas, en sintonía perfecta con la sencilla gente del pueblo, y conserva los rasgos característicos de origen. Sus conventos son pobrecitos, pero muy limpios; y están amueblados con los útiles característicos de las viviendas humildes de los labriegos.

En vida de la Fundadora, las Hermanas abren casa en nueve pueblos de la provincia de Sevilla, cuatro en la de Huelva, tres en Japón, dos en Málaga y una en Cádiz. Y su acción en la periferia de las capitales se despliega entre familias campesinas frecuentemente recién venidas del campo y asentadas en habitaciones miserables, sin los imprescindibles medios para afrontar una enfermedad, el paro, o la escasez de alimentos y de ropa.

El campo, un problema permanente

5. Hoy, el mundo rural de Sor Angela de la Cruz ha presenciado la transformación de las sociedades agrarias en sociedades industriales, a veces con un éxito impresionante. Pero este atractivo del horizonte industrial, ha provocado de rechazo un cierto desprecio hacia el campo, «hasta el punto de crear entre los hombres de la agricultura el sentimiento de ser socialmente unos marginados, y acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad, desgraciadamente hacia condiciones de vida todavía más deshumanizadoras» (*Laborem exercens*, 21).

Tal menosprecio parte de presupuestos falsos, ya que tantos engranajes de la economía mundial continúan pendientes del sector agrario, «que ofrece a la sociedad los bienes necesarios para el sustento diario» (*ibid.*).

En esa línea de defensa del hombre del campo, la Iglesia contemporánea anuncia a los hombres de hoy *las exigencias de la doctrina sobre la justicia social*, tanto en lo referente a los problemas del campo como al trabajo de la tierra; el mensaje de justicia del Evangelio que arranca de los profetas del Antiguo Testamento. El profeta Isaías nos lo recordaba hace algunos momentos: si partes tu pan con el hambriento, «entonces brotará tu luz como la aurora ... e irá delante de ti tu justicia» (*Is.* 51, 8). Llamada *actual* entonces y hoy,

porque *la justicia y el amor al prójimo son siempre actuales*.

A lo largo del siglo xx, el campo ha cambiado, por fortuna, algunas condiciones que lo hacían inhumano: salarios bajísimos, viviendas míseras, niños sin escuela, propiedad consolidada en pocas manos, extensiones poco o mal explotadas, falta de seguros que ofrecieran un mínimo de serenidad frente al futuro.

La evolución social y laboral ha mejorado sin duda este panorama tristísimo, en el mundo entero y en España. Pero el campo continúa siendo la cenicienta del desarrollo económico. Por eso los poderes públicos deben afrontar los urgentes problemas del sector agrario. Reajustando debidamente cosotos y precios que lo haga rentable; dotándolo de industrias subsidiarias y de transformación que lo liberen de la angustiada plaga del paro y de la forzosa emigración que afecta a tantos queridos hijos de esta y de otras tierras de España; racionalizando la comercialización de los productos agrarios, y procurando a las familias campesinas, sobre todo a los jóvenes, condiciones de vida que los estimulen a considerarse trabajadores tan dignos como los integrados en la industria.

Ojalá las próximas etapas de vuestra vida pública logren avanzar en esa dirección, alejándose de fáciles demagogias que aturden al pueblo sin resolver sus problemas, y convocando a todos los hombres de buena voluntad, para coordinar esfuerzos en programas técnicos y eficaces.

**LA IGLESIA CONTEMPORANEA ANUNCIA
A LOS HOMBRES DE HOY LAS EXIGENCIAS
DE LA DOCTRINA SOBRE LA JUSTICIA
SOCIAL... EL MENSAJE DE JUSTICIA
DEL EVANGELIO QUE ARRANCA
DE LOS PROFETAS DEL ANTIGUO
TESTAMENTO...
LLAMADA ACTUAL ENTONCES Y HOY,
PORQUE LA JUSTICIA Y EL AMOR
AL PROJIMO SON SIEMPRE ACTUALES**

Respetar y cultivar la religiosidad popular

6. Para progresar en ese camino es necesario que la fuerza espiritual y amor al hombre que animó a Sor Angela de la Cruz; que esa caridad que nunca tendrá fin (cf. 1 *Cor.* 13, 8), informe la vida humana y religiosa de todo cristiano.

Sé que Andalucía nutre las raíces culturales y religiosas de su pueblo, gracias a un depósito tradicional pasado de padres a hijos. Todo el mundo admira las hermosas expresiones piadosas o festivas que el pueblo andaluz ha creado para vestir plásticamente sus sentimientos religiosos. Por otra parte, las cofradías y hermandades creadas a lo largo de siglos, han obtenido influencia en el cuerpo social.

Esa religiosidad popular debe ser respetada y cultivada, como una forma de compromiso cristiano con las exigencias fundamentales del mensaje evangélico; integrando la acción de las hermandades en la pastoral renovada del Concilio Vaticano II, purificándolas de reservas ante el ministerio sacerdotal y alejándolas de cualquier tensión interesada o partidista. De este modo, esa religiosidad purificada podrá ser un válido camino hacia la plenitud de salvación en Cristo, como dije a vuestros Pastores (cf. Discurso en

la visita *ad limina* de los Obispos de las provincias eclesiásticas de Sevilla y Granada, 1982).

El ejemplo de Sor Angela

7. Queridos andaluces y españoles todos: La figura de la nueva Beata se alza ante nosotros con toda su ejemplaridad y cercanía al hombre, sobre todo al humilde y del mundo rural. Su ejemplo es una prueba permanente de esa caridad que no pasa (cf. I *Cor.* 13, 8).

Ella sigue presente entre sus gentes con el testimonio de su amor. De ese amor que es su tesoro en la eterna comunión de los Santos, que se realiza *por el amor y en el amor*.

El Papa que ha beatificado hoy a Sor Angela de la Cruz, *confirma en nombre de la Iglesia* la respuesta de amor fiel que ella dio a Cristo. Y a la vez se hace eco de la respuesta que *Cristo* mismo da a la vida de su sierva: «el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras» (*Mt.* 16, 27).

Hoy veneramos este misterio de la venida de Cristo, que premia a Sor Angela «según sus obras».

Ojalá las próximas etapas de vuestra vida pública logren avanzar en la dirección de la justicia y el amor al prójimo, alejándose de fáciles demagogias... Para ello es necesario que la fuerza espiritual y amor al hombre que animó a sor Angela de la Cruz, informe la vida humana y religiosa de todo cristiano.

A LOS EDUCADORES CRISTIANOS

Educad en la verdad del amor de Dios

La revelación, fruto de la complacencia de Dios en el hombre

«Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelastes a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo» (Mt., 11, 25-26).

1. Deseo, queridos hermanos y hermanas, pronunciar con vosotros estas palabras de bendición que Cristo Jesús dirige al Padre.

Lo bendice porque el Padre es «Señor del cielo y de la tierra». Y lo bendice *por el don de la revelación*. En cierto sentido, la revelación es el primer fruto de la complacencia de Dios sobre los hombres. Dios se ha complacido *desde la eternidad* en el hombre, y por eso se ha revelado *en el tiempo* a sí mismo y los planes misericordiosos de su voluntad: «Dispuso Dios en su sabiduría —dicen las palabras del Concilio Vaticano II— revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef., 1, 9), mediante el cual los hombres por medio de Cristo, Verbo Encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef., 2, 18; 2 Pe., 1, 4)» (*Dei verbum*, 2).

Vosotros, «educadores en la fe», cumplís un servicio especial a la *revelación divina*, sacando inspiración de esa eterna complacencia que reside en Dios mismo.

Sois a un tiempo discípulos y apóstoles de Cristo

Sois a un tiempo *discípulos y apóstoles de Cristo*. A El, precisamente «ha sido entregado todo» por el Padre (Mt., 11, 17). En El ha manifestado el Padre todo cuanto debía ser revelado a la humanidad desde el tesoro de su divina complacencia: «Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt., 11, 27).

Queridos hermanos y hermanas: *el Hijo desea revelaros* toda la verdad del amor de Dios, para que vosotros la anunciéis a los demás hombres, puesto que sois educadores en la fe.

Antiquísima tradición de fe y ejemplares educadores cristianos

2. Unidos en ese amor del Padre, me encuentro hoy con los pastores de esta región, con todos los que tenéis en España la misión importantísima de educar en la fe, y con vosotros los aquí presentes, que venís sobre todo de las diócesis de Andalucía oriental y de Murcia.

Un marco estupendo para este encuentro nos lo ofrece la bella ciudad de Granada, una de las joyas artísticas de España, que evoca acontecimientos trascendentales en la historia de la nación y de su unidad.

Conozco la antiquísima tradición de la fe cristiana de estas Iglesias, el testimonio admirable de vuestros mártires, la vitalidad reflejada ya en el Concilio de Elvira, en los albores del siglo iv. Aquella fe recibida en os primeros tiempos del cristianismo, sigue arraigada en la vida personal y familiar y en la religiosidad popular de vuestras gentes, expresada sobre todo en la devoción a los misterios de la Pasión del Señor, de la Eucaristía y en el amor filial a la Virgen María.

Para ayudar a mantener y fortificar esa fe, estas tierras han tenido la fortuna de disponer de ejemplares educadores cristianos. Entre ellos, fray Hernando de Talavera, el célebre arzobispo catequista que tan bien supo exponer los misterios cristianos a judíos y musulmanes. Y en tiempos recientes habéis dado a la educación en la fe maestros de gran talla, como el obispo de Málaga, don Manuel González; el estupendo pedagogo don Andrés Manjón, fundador de las escuelas y Seminario de Maestros del Ave María, y el insigne padre Poveda, fundador de la benemérita Institución Teresiana.

Ellos se unieron a otros admirables educadores cristianos procedentes de otras partes de España, entre ellos San Antonio María Claret y don Daniel Llorente. Figuras, todas ellas, luminosas y señeras, que se adelantaron a la renovación catequética de tiempos posteriores culminados en el último Concilio Ecuménico. Figuras que siguen siendo un ejemplo elocuente para todos los que hoy han de continuar la misión de educar en la fe a las nuevas generaciones.

Todo cristiano ha de participar en la tarea de evangelizar

3. Esa misión que es un deber eclesial: «Ay de mí si no evangelizare» (1 Cor., 9, 16), sigue teniendo en nuestros días una importancia trascendental, para poder conducir a los fieles —niños, jóvenes y adultos—, a través de las diversas formas de catequesis y educación cristiana, al centro de revelación: Cristo. Por eso escribí en mi primera encíclica: «El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con el hecho profundo de la redención cumplida en Cristo Jesús.» (*Redemptor hominis*, 10).

Tal misión no es privativa de los ministros sagrados o del mundo religioso, sino que debe abarcar los ámbitos de los seculares, de la familia, de la escuela. Todo cristiano ha de participar en la tarea de formación cristiana. Ha de sentir la urgencia de evangelizar, «que no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone» (1 Cor., 9, 16).

Hoy, sobre todo, es necesaria y urgente dicha tarea, que ayude a cada cristiano a mantener y desarrollar su fe en la coyuntura de rápidas transformaciones sociales y culturales que la sociedad española está experimentando.

Para ello hay que potenciar la educación en la fe, impartiendo una formación religiosa a fondo, estableciendo la *orgánica concatenación* entre la catequesis infantil, juvenil y de adultos y acompañando y pro-

Mantener y fortificar la fe requiere educadores cristianos ejemplares

Educar es un deber eclesial

¡Sentir la urgencia de evangelizar!

Son necesarias convicciones profundas y personales!

Dar las respuestas válidas sobre el sentido del hombre, de la historia y del mundo

moviendo el crecimiento en la fe del cristiano durante toda la vida. Porque una «minoría de edad» cristiana y eclesial no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada.

Por estas razones, la catequesis de jóvenes y adultos debe ayudar a convertir en *convicciones profundas y personales* los sentimientos y vivencias quizá no suficientemente arraigados en la niñez. Así halla la tarea educadora toda su panorámica y amplitud para llevar a todos a la novedad de la vida en Cristo. La fe cristiana, en efecto, comporta para el creyente una búsqueda y aceptación personal de la verdad, superando la tentación de vivir en la duda sistemática y sabiendo que su fe, «lejos de partir de la nada, de meras ilusiones, de opiniones falibles y de incertidumbre, se funda en la palabra de Dios, que ni engaña ni se engaña» (*Catechesi tradendae*, 60). Por ello, la catequesis debe dar también «aquellas certezas, sencillas pero sólidas, que ayudan a buscar cada vez más y mejor el conocimiento del Señor» (*Ibid.*).

Desde ahí ha de abrirse al cristiano la perspectiva nueva que abarque y oriente toda su existencia, ofreciéndole con el programa cristiano «razones para vivir y razones para esperar» (*Gaudium et spes*, 31). En esta línea puede encontrar su puesto de honor, en el momento presente, el educador católico, orientando su esfuerzo hacia una formación integral que dé las respuestas válidas que ofrece la revelación sobre el sentido del hombre, de la historia y del mundo (cf. *El laico católico, testigo de la fe*, 38; *S.C. para la Educación Católica*, 28).

Momentos de la vida que requieren particular atención

4. Aunque la educación en la fe es una tarea que abarca toda la vida, hay momentos del proceso cristiano que necesitan una particular atención, como los de la iniciación cristiana, la adolescencia, elección de estado y otras circunstancias de mayor relieve en la vida personal, tras una crisis religiosa o cuando se han vivido experiencias dolorosas. Son momentos que deberán seguirse con mayor cuidado para hacer oír oportunamente a cada uno la llamada de Dios (cf. Mt., 11, 28).

Para poder ofrecer esa ayuda eficaz en la educación en la fe es necesario e imprescindible que se forme sólidamente a los catequistas y educadores, dándoles una adecuada preparación bíblica, teológica, antropológica, y que se les enseñe a *vivir ante todo ellos mismos* esa fe para catequizar a los demás con la palabra, y sobre todo, con la profesión íntegra de la fe, asumida como estilo de vida.

Esta actitud exige, de una parte, la entrega total a la vivencia de la fe, y de otras, al servicio de la misma y de los demás. El Apóstol así lo subraya en la lectura que hemos escuchado: «Siendo del todo libre, me hago siervo de todos para ganarlos a todos» (1 Cor., 9, 19). Utilizando la palabra «siervo», San Pablo destaca la entrega total al servicio de la fe y de aquellos a quienes sirve.

Aún son más elocuentes sus palabras: «Me hago flaco con los flacos para ganar a los flacos», «todo para todos para salvarlos a todos» (*ibíd.*, v. 22). El Apóstol *es un hombre realista*; comprende que su fatiga sólo produce frutos parciales. Sin embargo, se da enteramente: «Todo lo hago por el Evangelio, para participar en él» (*ibíd.*, v. 23).

Sí, el Evangelio no sólo se transmite, sino que se participa en él. Quien más participa transmite de manera más madura, y quien más ge-

Exigencia de catequistas con sólida formación y que viven lo que creen

No sólo transmitir, sino participar en el Evangelio

Acercar a Cristo a los hombres y los hombres a Cristo

nerosamente transmite más profundamente participa. En definitiva, el anuncio del Evangelio, el servicio a la fe, es acercar a Cristo a los hombres y acercar los hombres a Cristo. Entonces se cumplen sus palabras: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt., 11, 28).

Importancia de la educación religiosa escolar

5. Dentro del vasto campo de la educación en la fe, los obispos españoles en su última Asamblea plenaria han elegido como tarea prioritaria el servicio a la fe y han llamado la atención sobre la importancia de la transmisión del mensaje cristiano a través de la catequesis y de la educación religiosa escolar.

Es un campo que merece mucha solicitud pastoral. No cabe duda de que la parroquia debe continuar su misión privilegiada de formadora en la fe; no cabe duda de que los padres deben ser los primeros catequistas de sus hijos. Sin embargo, no puede dejar de tenerse en cuenta la transmisión del mensaje de salvación con la enseñanza religiosa en la escuela, privada y pública. Sobre todo en un país en el que la gran mayoría de los padres pide la enseñanza religiosa para sus hijos en el período escolar. Habrá de impartirse esa enseñanza con la debida discreción, con pleno respeto a la justa libertad de conciencia, pero respetando a la vez el derecho primordial de los padres, primeros responsables de la educación de sus hijos (cf. Juan Pablo II a los obispos de la provincia eclesiástica de Zaragoza en su visita *ad limina*, 2 febrero 1982).

Por su parte, los maestros y educadores católicos pueden tener, también en el campo religioso, un papel de primera importancia. En ellos confían tantos padres y confía la Iglesia para lograr esa formación integral de la niñez y juventud, de los que en definitiva depende que el mundo futuro esté más cerca o más lejos de Jesucristo (cf., *El laico católico testigo de la fe*, 81).

Los niños, vasto e importante sector

6. «Yo te alabo, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y las revelastes a los pequeñuelos.» Estas palabras han abierto nuestro encuentro. A lo largo de él estaba siempre presente en nuestra mente la figura de un vasto e importantísimo sector de los educandos en la fe: los niños. A ellos quiero referirme ahora de modo directo.

Vosotros, queridos niños y niñas de España, sois los primeros en conocer tantas cosas de la Revelación que se ocultan a los mayores. Sois por ello los predilectos de Jesús. En vosotros, los pequeños, alabó El al Padre, porque os ha hecho partícipes de verdades y vivencias que están ocultas a los sabios. Ante vuestra bondad, sencillez, sinceridad y amor a todos, proclamaba El: «Dejad a los niños y no les impidáis acercarse a mí, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt., 19, 14). Vuestra inocencia y ausencia de mal hizo también decir a Jesús que «si no os hicieréis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt., 18, 3).

Atender a una formación integral

Los niños, los predilectos de Jesús

Llevar a los más pequeños el amor de Jesús y de María

Al hablaros desde Granada, dentro de este acto dedicado a la educación en la fe, el Papa quiere deciros que os tiene muy presentes en su mente y en su corazón, y desea recomendaros que toméis con mucho empeño vuestra formación en la catequesis, tanto en la parroquia como en la escuela o colegio y en la instrucción religiosa recibida de vuestros padres. Así, poco a poco, aprenderéis a conocer y amar a Jesús, a dirigiros cada día a El con las oraciones, a invocar a nuestra Madre del cielo la Virgen María, a comportaros bien en cada momento y agradecer a Dios, que nos contempla siempre con mirada de Padre.

Yo rezo por vosotros, os mando un abrazo y bendición como amigo de los niños y os pido que recéis también por mí. ¿Verdad que lo haréis?

Los educadores son dispensadores de la revelación divina

¡Un mundo a catequizar para acercarlo a Cristo!

7. Queridos educadores en la fe: Ante este estupendo panorama de un mundo a catequizar para acercarlo a Cristo. Ante tantos adultos, jóvenes y niños, que reclaman una entrega fiel a la causa del Evangelio, con qué vigor y convicción resuenan en este encuentro las palabras del Apóstol: «Si evangelizo no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizare!» (1 Cor., 9, 6). Ojalá estas palabras se graben profundamente en vuestros corazones, queridos hermanos y hermanas.

El Apóstol continúa: «Si de mi voluntad lo hiciera, tendría recompensa; pero si lo hago por fuerza; *es como si ejerciera una administración que me ha sido confiada*» (1 Cor., 9, 17).

Acudamos a la oración para que los educandos acepten la palabra y el Amor del que nace la revelación

Sí, se trata de un encargo, confiado a administradores. Recordad esta expresión: «Dispensadores de la Revelación divina.» Y dado que esa Revelación arranca de la complacencia de Dios hacia los hombres, entonces, indirectamente, sois también *dispensadores* de aquella complacencia, de aquel *amor eterno*. Habréis de orar y esforzaros para que vuestros educandos en la fe acepten de vosotros *no sólo la palabra* de la verdad revelada, sino también ese amor del cual nace la Revelación y que en ella se expresa y realiza.

Nuestra recompensa: anunciar el Evangelio

Por eso el Apóstol escribe luego a quienes cumplen el servicio de dispensadores: «¿En qué está, pues, mi mérito? En que al evangelizar lo hago gratuitamente, sin hacer valer mis derechos por la evangelización» (1 Cor., 9, 18). Porque el Evangelio les atribuye el derecho al sustento, si el servicio espiritual ocupa todo su tiempo y absorbe todas sus fuerzas. Sin embargo, *la recompensa mayor*, según el Apóstol, reside en *poder anunciar el Evangelio*. Poder ser dispensadores de las Palabras y del Amor de Dios, ser colaboradores y apóstoles de Jesucristo.

« ¡Ay de mí si no evangelizare! »

Queridos educadores en la fe: Sea Cristo *la recompensa* por vuestras fatigas, cumplidas con desinterés y magnanimidad en todas las Iglesias de España. Que esta fatiga produzca cosechas de ciento por uno. Así lo pido a la Virgen de las Angustias, Patrona de Granada.

A LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS

LLAMADA A LA FIDELIDAD

En la explanada del santuario de Loyola, el Papa celebró la santa misa y pronunció una homilía llena de amor y exigencia dirigida a las Congregaciones y Ordenes religiosas fundadas en España, haciendo también referencia al terrorismo

Queridos hermanos en el Episcopado,
Queridos hermanos y hermanas: ¡Alabado sea Jesucristo!
Euskal Herriko kristau maiteok: Pakea zuei, eta zoriana!

1. Siento una gran alegría de haber podido venir hasta Loyola, en el corazón de la entrañable tierra vasca, para manifestar el amor del Padre por todos y cada uno de los hijos de esta Iglesia de Cristo. Saludo ante todo al pastor de la diócesis y demás obispos presentes. Dentro del conjunto de mi viaje apostólico por España, los obispos han querido colocar aquí este significativo encuentro con los superiores generales y superiores mayores de las órdenes y congregaciones religiosas de origen español.

Era una manera de rendir también homenaje a un gran hijo de esta tierra, de proyección universal por sus anhelos y realizaciones: San Ignacio de Loyola. La figura que más ha hecho conocer este lugar en todo el mundo. La que más gloria le ha traído. Un hijo de la Iglesia que bien puede ser mirado con gozo y legítimo orgullo.

En este encuentro-homenaje al fundador de la mayor orden religiosa eclesial están asociados los otros fundadores de las demás familias religiosas nacidas en tierras españolas, y aquí representadas por sus respectivos superiores generales. Llegue a todos los miembros de las mismas el cordial saludo del Papa.

¡Qué amplio horizonte se abre ante nosotros, más allá de estas hermosas montañas verdes, con sus cruces y santuarios, al pensar en la panorámica eclesial que nos ofrecen! No podemos hacer una lista interminable. Pero ¿cómo no nombrar a la familia de los hijos e hijas de Santo Domingo, a la carmelitana Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, a la franciscana descalza reformada por San Pedro de Alcántara, la trinitaria, mercedaria, hospitalaria, escolapia, claretiana?

Y ellas hay que añadir las de las Adoratrices del Santísimo Sacramento, de Santa Ana, Compañía de Santa Teresa, Esclavas del Sagrado Corazón, Hermanitas de los Ancianos, Hijas de Jesús, Siervas de María, Hijas de María Inmaculada y tantas otras congregaciones no menos beneméritas. Todas ellas representan una buena parte de los alrededor de noventa y cinco mil miembros del mundo religioso español, a los que se unen los de diversos institutos seculares de raíz hispana.

Con la Compañía de Jesús y las demás familias religiosas nacidas en tierras españolas

Los ejercicios espirituales de S. Ignacio, un método eficaz de acercamiento a Dios

San Ignacio comprendió las soluciones que requerían los males de su tiempo

El carisma de los fundadores debe permanecer en las comunidades a las que han dado origen

Loyola es una llamada a la fidelidad

Superiores: No abdiquéis de vuestro deber y del ejercicio de la autoridad

¡Cuántos hijos e hijas de esta cristiana tierra vasca, noble y generosa, se cuentan entre ellos! ¡Y cuánto han aportado al bien de la Iglesia en tantos campos! A ellos envió mi afectuoso recuerdo, sobre todo a los que trabajan en países de Hispanoamérica, unidos a nosotros mediante la televisión.

Un fruto silencioso y de especial ejemplaridad es el admirable hermano Gárate, que esperamos ver pronto en la gloria de los altares, y cuya tumba está aquí en Loyola, junto con la de Dolores Sopena.

2. Al hablar de San Ignacio en Loyola, cuna y lugar de su conversión, vienen espontáneamente a la memoria los ejercicios espirituales, un método tan probado de eficaz acercamiento a Dios, y la Compañía de Jesús, extendida por todo el mundo, y que tantos frutos ha cosechado y sigue haciéndolo, en la causa del Evangelio.

El supo obedecer cuando, recuperándose de sus heridas, la voz de Dios golpeó con fuerza en su corazón. Fue sensible a las inspiraciones del Espíritu Santo, y por ello comprendió qué soluciones requerían los males de su tiempo. Fue obediente en todo instante a la Sede de Pedro, en cuyas manos quiso dejar un instrumento apto para la evangelización. Hasta tal punto que esta obediencia la dejó como uno de los rasgos característicos del carisma de su Compañía.

Acabamos de escuchar en San Pablo: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo... Como procuro yo agradar a todos en todo, no buscando mi conveniencia, sino la de todos para que se salven» (1 Cor., 11, 1; 10,33).

Estas palabras del apóstol podemos ponerlas en boca de San Ignacio *hoy también*, a distancia de siglos. En efecto, el carisma de los fundadores debe permanecer en las comunidades a las que han dado origen. Debe constituir en todo tiempo el principio de vida de cada familia religiosa. Por ello, justamente ha indicado el último Concilio: «Reconózcanse y manténganse fielmente el espíritu y propósitos propios de los fundadores, así como las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto» (*Perfectae caritatis*, 2).

Desde esa fidelidad a la propia vocación peculiar dentro de la Iglesia, vivida en el espíritu de adaptación al momento presente según las pautas que establece el mismo Concilio, cada Instituto podrá desplegar las múltiples actividades que son más congeniales a sus miembros. Y podrá ofrecer a la Iglesia su riqueza específica, armónicamente conjuntada en el amor de Cristo, para un servicio más eficaz al mundo de hoy.

3. Loyola es una llamada a la fidelidad. No sólo para la Compañía de Jesús, sino indirectamente también para los otros Institutos. Me encuentro aquí con los superiores mayores que hoy gobiernan tantas órdenes y congregaciones religiosas. Y quiero exhortaros a ejercer con generosa entrega vuestras funciones de servicio evangélico de comunión, de animación espiritual y apostólica, de discernimiento en la fidelidad y de coordinación.

Sé que no es fácil en nuestros días cumplir vuestra misión como superiores. Por eso os aliento a no abdicar de vuestro deber y del ejercicio de la autoridad; a ejercerla con profundo sentido de la responsabilidad que os incumbe ante Dios y ante vuestros hermanos. Con toda comprensión y fraternidad, no renunciéis a practicar, cuando fuere necesario, la paciente corrección; para que la vida de vuestros hermanos cumpla con la finalidad de la consagración religiosa.

Esas dificultades irrenunciables de vuestra misión son parte de la

propia entrega vocacional. Cristo, a quien un día elegisteis como la mejor parte, sigue haciendo resonar en vuestros oídos las palabras del Evangelio que hemos escuchado antes: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, *tome cada día su cruz y sígame*» (Lc., 9,23).

Estas palabras se refieren a cada cristiano. Y de manera particular a quien sigue la vocación religiosa. De ella habla Cristo en particular cuando dice: «Quien quiere salvar su vida, la perderá; pero quien perdiera su vida por amor de mí, la salvará» (Lc., 9,24).

No podemos olvidar que la vocación religiosa proviene, en su raíz más profunda, *de la jerarquía evangélica de las prioridades*: ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si él se pierde y se condena?» (Lc., 9,25).

Ni podemos tampoco perder de vista que la vida religiosa es también *una vocación a un testimonio particular*. Precisamente en referencia a ese testimonio hemos de entender las palabras de Cristo: «Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre» (Lc., 9,26). Queridos hermanos y hermanas: Cristo quiere confesar delante del Padre (cfr. Mt., 10,32) a cada uno de vosotros. Tratad de merecerlo, dando «delante de los hombres» *un testimonio digno de vuestra vocación*.

4. Este testimonio vuestro ha de ser personal y también como institutos, capaz de ofrecer modelos válidos de vida a la comunidad fiel que os contempla.

Esta necesita la fidelidad de vuestros institutos para calcar en ella su propia fidelidad. Necesita vuestra mirada de universalidad eclesial,

**Dad un testimonio digno
de vuestra vocación**



San Ignacio supo obedecer cuando la voz de Dios golpeó su corazón. Fue sensible a las inspiraciones del Espíritu Santo, y por ello comprendió qué soluciones requerían los males de su tiempo. Fue obediente en todo instante a la Sede de Pedro, en cuyas manos quiso dejar un instrumento apto para la evangelización hasta tal punto que esta obediencia la dejó como uno de los rasgos característicos del carisma de su compañía.



Los fieles necesitan vuestra fidelidad

para mantenerse abierta, resistiendo a la tentación de repliegues sobre sí misma que empobrecen. Necesita vuestra amplia fraternidad y capacidad de acogida para aprender a ser fraterna y acogedora con todos. Necesita vuestro modelo de amor, hacia dentro y fuera del Instituto, para vencer barreras de incomprensión o de odios. Necesita vuestro ejemplo y palabra de paz para superar tensiones y violencias. Necesita vuestro modelo de entrega a los valores del Reino de Dios, para evitar los peligros del materialismo práctico y teórico que la acechan.

Una eficaz muestra de esa apertura y disponibilidad podréis darla con vuestra inserción en las comunidades de las iglesias locales. Cuidando bien que vuestra exención religiosa no sea nunca una excusa para desatenderos de los planes pastorales diocesanos y nacionales. No olvidéis que vuestra aportación en este campo puede ser decisivo para la revitalización de las diócesis y comunidades cristianas.

La imitación de Cristo, coordinada de vuestro instituto religioso

Lo será si esta comunidad cristiana del País Vasco, de España y fuera de ella, puede encontrar en vosotros una respuesta de vida. Si a la pregunta de Cristo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», podéis contestar como un eco de los Apóstoles: Somos *la prolongación en el mundo actual de tu presencia*, del ungido de Dios (cf. *Lc.* 9,20).

5. Esa doble vertiente de imitación de Cristo y de ejemplaridad en el mundo de hoy han de ser las coordenadas de vuestros institutos religiosos. Para lograrlo han de inculcar en sus miembros actitudes bien definidas.

El Evangelio ha de penetrar cada pueblo y cultura

En efecto, el mundo religioso vive inmerso en sociedades y ambientes, cuyos valores humanos y religiosos debe apreciar y promover. Porque el hombre y su dignidad son el camino de la Iglesia, y porque el Evangelio ha de penetrar en cada pueblo y cultura.

Sin confusión de planes o valores

Pero sin confusión *de planos o valores*. Los consagrados —como nos amaestra la liturgia de hoy— saben que su actividad no se centra en la realidad temporal. Ni en lo que es campo de los seculares y que deben dejar a éstos. Han de sentirse, ante todo, al servicio de Dios y de su causa: «Yo bendeciré a Yavé en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca» (*Sal.*, 33,2).

Los caminos del mundo religioso no siguen los cálculos de los hombres. No usan como parámetro el culto al poder, a la riqueza, al placer. Saben, por el contrario, que su fuerza es la gracia de la aceptación divina de la propia entrega: «Clamó este pobre y Yavé escuchó» (*Sal.*, 33, 7). Esa misma pobreza se hace así apertura a lo divino, libertad de espíritu, disponibilidad sin fronteras.

Los religiosos marcan la dirección a Dios

Signos indicadores en los caminos del mundo, los religiosos *marcan la dirección hacia Dios*. Por eso hacen necesidad imperiosa la oración implorante: «Clamaron (los justos) y Yavé los oyó» (*Sal.*, 33, 18). En un mundo en el que pelagra la aspiración a la trascendencia, hacen falta quienes se detienen a orar, quienes acogen a los orantes, quienes dan un complemento de espíritu a ese mundo, quienes se ponen cada día *a la hora de Dios*.

Aspiración perseverante a la perfección

Por encima de todo, el mundo religioso ha de mantener la aspiración perseverante a la perfección. Con una renovada conversión de cada día, para confirmarse en su propósito. ¡Qué capacidad elevadora y humanizante la de las palabras —auténtico programa— del salmo responsorial: «Aléjate del mal y haz el bien, busca y persigue la paz» (*Sa.*, 33, 15). Programa para cada cristiano, mucho más para quien hace profesión de entrega al bien, al Dios del amor, de la paz, de la concordia.

Vosotros, queridos superiores y superiores, queridos religiosos y religiosas todos, estáis llamados a vivir esta realidad espléndida. *Es la gran lección a aprender* en Iñigo de Loyola. Para sus hijos, para cada instituto, para cada religioso y religiosa.

La de *la fidelidad absoluta a Dios, a un ideal sin fronteras, al hombre sin distinción. Sin renegar*; más aún, amando entrañablemente la propia tierra y sus valores genuinos, con pleno respeto a los ajenos.

6. No puedo concluir esta homilía sin dirigir una palabra particular a los hijos de la Iglesia en el País Vasco, a los que también hablo desde los otros encuentros con el pueblo fiel de España.

Sois un pueblo rico en valores cristianos, humanos y culturales; vuestra lengua milenaria, las tradiciones e instituciones, el tesón y carácter sobrio de vuestras gentes, los sentimientos nobles y dulces plasmados en bellísimas canciones, la dimensión humana y cristiana de la familia, el ejemplar dinamismo de tantos misioneros, la fe profunda de estas gentes.

Sé que vivís momentos difíciles en lo social y en lo religioso. Conozco el esfuerzo de vuestras Iglesias locales, de los obispos, sacerdotes, almas de especial consagración y seglares por dar una orientación cristiana a vuestra vida, desde la evangelización y catequesis. *Os aliento de corazón en ese esfuerzo* y en el que realizáis en favor de la reconciliación de los espíritus. *Es una dimensión esencial del vivir cristiano*, del primer mandato de Cristo, que es el amor. Un amor que une, que hermana y que por tanto no admite barreras o distinciones. Porque la Iglesia, como único Pueblo de Dios (cfr. *Lumen gentium*, 9), es y debe ser siempre *signo y sacramento de reconciliación en Cristo*. En El «no hay ya judío o griego, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal., 3, 28).

No puedo menos de pensar especialmente *en vuestros jóvenes*. Tantos han vivido ideales grandes y han realizado obras admirables en el pasado y en el presente. *Son la gran mayoría*. Quiero alabarlos y rendirles este homenaje ante posibles generalizaciones o acusaciones injustas. Pero hay también, desgraciadamente, quienes se dejan tentar por ideologías materialistas y de violencia.

Querría decirles con afecto y firmeza —*y mi voz es la de quien ha sufrido personalmente la violencia*— que reflexionen en su camino. Que no dejen instrumentalizar su eventual generosidad y altruismo. La violencia no es un medio de construcción. Ofende a Dios, a quien la sufre y a quien la practica.

Una vez más repito que el cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia a todos los niveles, pero prohíbe buscar soluciones por caminos de odio y de muerte (cfr. *Homilía en Drogheda*, 29 septiembre 1979).

Queridos cristianos todos del País Vasco: Deseo aseguraros que tenéis un puesto en mis oraciones y afecto. Que hago más vuestras alegrías y penas. *Mirad adelante, no queráis nada sin Dios, y mantened la esperanza*.

Desearía quedara en vuestras ciudades, en vuestros hermosos valles y montañas el eco afectuoso y amigable de mi voz, que os repitiera: ¡Guztioi nere agurrik beroena! ¡Pakea zuei! Sí, *¡mi más cordial saludo a todos vosotros! ¡Paz a vosotros!*

Que la Virgen María, en sus tantas advocaciones de esta tierra, os acompañe a todos siempre. Así sea.

La gran lección a aprender de S. Ignacio: Fidelidad absoluta a Dios y al hombre

País Vasco: sois un pueblo rico en valores cristianos

El amor de Cristo no admite barreras ni distinciones

Mi voz es la de quien ha sufrido personalmente la violencia

Mirad adelante, no queráis nada sin Dios y mantened la esperanza.

Que la Virgen María os acompañe siempre.

JUAN PABLO II

Invoco la protección de la
Virgen Santísima del Pilar,
Patrona de la Hispanidad,
para que Ella bendiga este viaje.

(Barajas - Madrid, 31 octubre)

El amor a María es lo que impulsó a
trasplantar la devoción mariana al Nuevo Mundo
descubierto por España, que de ella debe haberla recibido
y que tan viva la mantiene.
Este hecho suscita aquí, en el Pilar,
ecos de comunión profunda
ante la patrona de la Hispanidad.

(Zaragoza, 6 de noviembre)

Quiero encomendarte, Virgen Santísima del Pilar, España entera,
todos y cada uno de sus hijos y pueblos, la Iglesia en España,
así como también los hijos de todas las naciones hispánicas.
Protege a España entera y a sus pueblos,
a sus hombres y mujeres.
Y asiste maternalmente, ¡oh María!,
a cuantos te invocan como Patrona de la Hispanidad.
Así sea.

(Zaragoza, 6 de noviembre)

Junto con los hombres, junto con las generaciones
de esta tierra extremeña y de España,
caminaba también María, la Madre de Cristo.
En los nuevos lugares de habitación ella saludaba,
en el poder del Espíritu Santo,
a los nuevos pueblos, que respondían con la fe
y la veneración a la Madre de Dios.
De esta manera, la promesa mesiánica hecha a Abraham
se difundía en el nuevo mundo y en Filipinas.

(Guadalupe - Cáceres, 4 de noviembre)

HABLA DE LA HISPANIDAD

Rindo un homenaje a la contribución insigne
que vuestros maestros, sabios, investigadores
y vuestros santos, aportaron a la humanidad entera,
la cual no sería lo que es sin la herencia hispánica.

(C. Universitaria - Madrid, 3 noviembre)

He aquí que, como en otras lenguas,
pero sobre todo en español —ya que en esta
lengua se expresa la gran familia de los pueblos
hispanos— resuenan constantemente las palabras
con las que un día Isabel saludó a María:
¡ Bendita tú eres entre todas las mujeres
y bendito el fruto de tu vientre!
¡ Bendita tú! Este saludo une a millones de corazones
de estas tierras de España, de otros continentes,
acomunados en torno a María, a Guadalupe,
en tantas partes del mundo.

(Guadalupe - Cáceres, 4 noviembre)

¿No es significativo que hoy nos encontremos
en el santuario mariano de Guadalupe
de la tierra española y que contemporáneamente
el santuario, homónimo de México se haya convertido
en el lugar de peregrinación para toda Hispanoamérica?

(Guadalupe - Cáceres, 4 noviembre)

A LOS MISIONEROS Y MISIONERAS

El Espiritu de Dios quiere hacer de todos los pueblos una familia: La Iglesia

En el castillo de Javier, cuna del patrono de las misiones, el Papa dirige sus palabras a los misioneros y misioneras

Venerables hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. En este lugar, donde todo nos habla de San Francisco Javier, ese gran santo navarro y español universal, saludo ante todo al pastor de la diócesis, a los obispos venidos de otras zonas de España, a los sacerdotes, misioneros y misioneras, junto con sus familias, y a la comunidad y escuela apostólica de la Compañía de Jesús, que tan celosamente cuida este solar y santuario.

Gratitud a la Iglesia de España por su magna obra de evangelización en la que han sobresalido los hijos de Navarra

En este encuentro popular y misionero con vosotros, hijos todos de Navarra y de España, quiero rendir homenaje al patrimonio de ricos valores humanos y sólidas virtudes cristianas de las gentes de esta tierra. Y expresar la profunda gratitud de la Santa Sede a la Iglesia de España por su magna obra de evangelización, obra a la que los hijos de Navarra han dado tan sobresaliente contribución.

Pionera en tantos campos de primera evangelización —no sólo los abiertos por Javier, sino sobre todo los de Hispanoamérica, Filipinas y Guinea Ecuatorial—, la Iglesia española continúa dando una destacada aportación a esa evangelización con sus actuales 23.000 misioneros y misioneras operantes en todas las latitudes.

Aún hoy 23.000 hijos de España anuncian a Cristo en todas las latitudes

La Iglesia española se ha hecho también acreedora de la gratitud de la Sede Apostólica por ser una de las que más apoya, con personal y ayuda material, la estrategia de la cooperación a la misión universal, y por su esfuerzo de animación misionera, en el que es iniciativa de alto significado y proyección el Centro Misional Javier, aquí existente. Artífices principales de esa cooperación y animación han sido las Obras Misionales Pontificias, expresión de la conciencia misionera de la Iglesia, con la colaboración de los institutos religiosos y misioneros. Por su parte, la Conferencia Episcopal, con el documento sobre la «Responsabilidad misionera de la Iglesia española», de hace tres años, ha dado nuevo impulso a la animación misionera de la pastoral.

2. Sé que la campaña del reciente Domund tuvo como consigna «El Papa, primer misionero». Sí; en la Iglesia, esencialmente misionera, el Papa se siente el primer misionero y responsable de la acción misionera, como manifesté en mi mensaje desde Manaus, en Brasil.

Vengo a implorar el Patrocinio de Javier sobre los planes misioneros de mi pontificado

Javier, nuncio del Papa en el Oriente

Cooducir a todos los hombres a confesar que Jesús es el Señor

La fe depende de la predicación y la predicación se opera por la palabra de Cristo

Amor Evangélico a Dios y al hombre con atención primordial a su alma donde se juega su destino eterno

Por eso, porque siento esa singular responsabilidad personal y eclesial, he querido venir a Javier, cuna y santuario del «apóstol de las nuevas gentes» y «celestial Patrono de todos los misioneros y misioneras y de todas las misiones» (cf. ASS, 1928, 147 s.; ASS, 1903-1904, 580 ss.) y Patrono también de la Obra de la Propagación de la Fe. Vengo a recoger su espíritu misionero y a implorar misioneros de mi pontificado. Javier tiene, además, una particular relación con el pastor y responsable de la Iglesia, pues si todo misionero, en cuanto enviado por la Iglesia, es en cierto modo enviado del Papa, Javier lo fue con título especial como nuncio o delegado papal para el Oriente.

3. La liturgia de la Palabra que estamos celebrando para dar el crucifijo a los nuevos misioneros y misioneras, en presencia también de sus padres y familiares, *renueva el encuentro y llamada de Jesús* a sus apóstoles —a Pedro y Andrés, Santiago y Juan— junto al mar de Galilea. Eran pescadores, y Jesús les dijo: «Seguidme, os haré pescadores de hombres.»

Cristo no les dio entonces la cruz misionera, como vamos a hacer ahora con estos nuevos misioneros. Oyeron sólo la llamada: «Seguidme.» Al término de su peregrinación terrena con Jesús, *recibirían su cruz*, como signo de salvación. Como testimonio del camino, de la verdad y de la vida; testimonio que habían de *confirmar* con su predicación, con su vida de servicio y con el holocausto de la propia muerte.

Los apóstoles debían dar testimonio, y lo dieron, de que «Jesús es el Señor», como recuerda San Pablo en la carta a los romanos (Rom., 10, 10); y *a esta fe* debían *conducir* a todos los hombres, porque Jesús es el Señor de todos. ¿Cómo se actúa esta obra de salvación? Responde el apóstol: «Con el corazón se cree para *la justicia*, y con la boca se confiesa para *la salvación*» (Rom., 10, 10).

Como los apóstoles llamados en los orígenes, también vosotros, queridos misioneros, que, siguiendo las huellas del gran *Francisco Javier*, recibís hoy el crucifijo misionero, debéis asumir con él, plena y cordialmente, *el servicio de la fe y de la salvación*.

San Pablo pone unas preguntas *de plena actualidad*, refiriéndose a la obra de salvación: «¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? Y ¿cómo creerán, sin haber oído de Él? Y ¿cómo oirán si nadie les predica? ... «la fe —añade más adelante— depende de la predicación y la predicación se opera por la palabra de Cristo» (Rom., 10, 14.17).

¡Con qué disponibilidad y empeño respondiste a estas palabras tú, *San Francisco Javier*, hijo de esta tierra! ¡Y *cuántos imitadores* has tenido, a través de los siglos, entre tus compatriotas y entre los hijos de la Iglesia en otros pueblos! Verdaderamente «por toda la tierra se difundió su voz, y hasta los confines del orbe sus palabras» (Rom., 10, 18).

4. Queridos misioneros y misioneras que vais a recibir el crucifijo en el espíritu apostólico de Javier: ¡Hacedos sus imitadores, como él lo fue de Cristo!

Javier es prototipo de misioneros en la línea de la misión universal de la Iglesia. Su motivación es el amor evangélico a Dios y al hombre, con atención primordial a lo que en él tiene valor prioritario: su alma, donde se juega el destino eterno del hombre: «¿Y qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo y perder su alma?» (Mc., 8, 36). Este principio evangélico estimula su vida interior. El celo por las almas es en él una apasionada impaciencia. Siente, como otro Pablo, el apremio incontenible de una conciencia plenamente responsable del mandato mi-

El misionero es el mensajero obediente y fiel de la Iglesia

sionero y del amor de Cristo (cf. 2 Cor., 5, 14), pronto a dar la vida temporal por la salud espiritual de sus hermanos (cf. *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, F. Zubillaga, doc. 54, 4): «Quien quiere salvar su vida la perderá, y quien pierda la vida por mí y el Evangelio, ése la salvará» (Mc., 8, 35). Este es el resorte incontenible que anima al asombroso dinamismo misionero de Francisco Javier.

Tiene clara conciencia de que la fe es don de Dios, y funda su confianza en la acción, que practica con asiduidad, acompañándola con sacrificios y penitencias; y pide también a los destinatarios de sus cartas la ayuda de sus porciones. Modela su identidad en la aceptación plena de la voluntad de Dios y en la comunión con la Iglesia y sus representantes, traducida en obediencia y fidelidad de mensajero, previo un exquisito discernimiento, y actúa siempre con visión y horizontes universales, en sintonía con la misión de la Iglesia, sacramento universal de salvación. Antepone al anuncio y la catequesis, que practica como labor fundamental, una vida santa con relieve pronunciado de humildad y de total confianza en Jesucristo y en la Santa Madre Iglesia.

Su caridad y métodos de evangelización, y concretamente su sentido de adaptación local e inculturación, fueron propuestos por la Congregación «de Propaganda Fide», al recomendar, en la instrucción a los primeros vicarios apostólicos de Siam, Tonkin y Cochinchina, la vida y sobre todo las cartas de Francisco Javier como segura orientación para la actividad misionera (cfr. *Instructio*, 1659, in: S. C. de P. F. memoria renum (1976) III/2, 704).



5. Vuestra confortadora presencia, padres y familiares de misioneros y misioneras, representa aquí a la familia católica que, coherente con su fe, ha de hacerse misionera. Al expresaros la entrañable gratitud de la Iglesia, quiero hacerla llegar también a las familias de todos los misioneros y misioneras que trabajan en la viña del Señor.

La familia cristiana, que actúa ya como misionera al presentar sus hijos a la Iglesia para el bautismo, debe continuar el misterio de evangelización y de catequesis educándolos desde su más tierna edad en la conciencia misionera y el espíritu de cooperación eclesial. El cultivo de la vocación misionera en los hijos e hijas será por parte de los padres la mejor colaboración a la llamada divina. Y cuántas veces esa toma de conciencia misionera de la familia cristiana la conduce a hacerse directamente misionera mediante servicios temporales, según sus posibilidades.

Familias cristianas: confrontaos con el modelo de la Sagrada Familia, que favoreció con delicado esmero la gradual manifestación de la misión redentora, misionera podemos decir, de Jesús. Y miraos también en la acción edificante de los padres de Javier, especialmente su madre, que hicieron de su hogar una «Iglesia doméstica» ejemplar. Las constituciones de aquel hogar reflejan atención profunda a la vida de fe, con devoción acentuada a la Santísima Trinidad, a la pasión de Cristo y a la Madre de Dios.

Siguiendo el ejemplo de la familia de Javier, las familias de esta Iglesia de San Fermín han sido hasta hace poco tiempo fecundo semillero de vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras. ¡Queridos familiares de Navarra: debéis recobrar y conservar celosamente tan excelso patrimonio de virtud y servicio a la Iglesia y a la humanidad!

6. El Papa debe hacerse portavoz permanente del mandato misionero de Cristo. Pero siento el deber de recordarlo especialmente hoy, al constatar, junto al consolador desarrollo de la Iglesia en tantos pueblos de reciente tradición católica —ya, a su vez, misioneros—, el horizonte de tres cuartas partes de la humanidad —en su mayoría jóvenes— que no conocen a Jesús ni su programa de vida y salvación para el hombre; y el espectáculo inquietante de muchos que han renunciado al mensaje cristiano o se han hecho insensible a él. Este panorama y el ritmo de aumento de los no-cristianos, casi al final del segundo milenario de vida de la Iglesia, interpelan a ésta con clamor creciente.

La reflexión conciliar del Vaticano II sobre la situación del hombre en el mundo actual, reavivó en la Iglesia la conciencia de su deber misionero; un deber que afecta a todos sus miembros y comunidades, respecto de todos los hombres y pueblos.

Al cumplirse el vigésimo aniversario del Concilio, toda la Iglesia —el Papa, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los laicos, todo el pueblo de Dios— debe interrogarse sobre su respuesta al vigoroso reclamo misionero del Espíritu Santo a través de aquél. Nunca, por otra parte, han tenido los heraldos del Evangelio más posibilidades y medios para evangelizar a la humanidad, aun en medio de no pequeñas dificultades.

7. La interpretación evangélica de Jesús «la mies es mucha, pero los obreros pocos» (Mt., 9, 37) preocupa hoy también a la Iglesia. La acentuada flexión de las vocaciones estas últimas décadas en tantas Iglesias particulares de rica tradición misionera también en esta archidiócesis y en otras diócesis e institutos religiosos y misioneros de España y de

La familia católica, desde que presenta sus hijos a la Iglesia para el bautismo, inicia su colaboración a la llamada divina

Imitar a los padres de Javier que hicieron de su hogar una Iglesia doméstica ejemplar

Las familias navarras han de recobrar su gloria de fecundo semillero de vocaciones

A fines del segundo milenio, tres cuartas partes de la humanidad no conocen a Jesús

Este panorama de ateísmo y apostasia interpelan a la Iglesia con clamor creciente

Dar respuesta al reclamo misionero del Espíritu Santo a través del Concilio

Que los jóvenes acojan la llamada de Jesús como gracia de predilección

El joven que toma conciencia de su fe no se siente indiferente ante la salvación de los hombres y se hace misionero

Amar a Cristo es amar a los que El ama y como El los ama

Fuera de Cristo no hay otro nombre en el que los hombres y pueblos se puedan salvar

Ser misionero es ayudar al hombre a ser artífice libre de su propia promoción y salvación

Dios quiere hacer de todos los pueblos una familia: La Iglesia

Cristo llama a los jóvenes a ayudar a millones de sus hermanos, a ser plenamente hombres, a salvarse

otros países debe mover a todos los pastores y agentes de pastoral, así como a las familias cristianas, a sensibilizar a los jóvenes sobre su disponibilidad a colaborar al anuncio del Evangelio, ayudándoles a discernir la llamada de Jesús y a acogerla con gracia de predilección.

Porque vosotros, queridos jóvenes, sois la esperanza de la Iglesia. ¿Amáis la coherencia encarnada y actualizada de vuestra fe? Cuando un católico toma conciencia de su fe se hace misionero. Insertados como estáis en el Cuerpo Místico de Cristo, no os podéis sentir indiferentes ante la salvación de los hombres. Creer en Cristo es creer en su programa de vida para nosotros. Amar a Cristo es amar a los que El ama y como El los ama. Sólo Cristo tiene palabras de vida eterna. Y no hay otro hombre en el que los hombres y pueblos se puedan salvar.

¿Buscáis la motivación para la obra de mayor solidaridad humana hacia vuestros hermanos? No hay servicio al hombre que pueda equipararse al servicio misionero. Ser misionero es ayudar al hombre a ser artífice libre de su propia promoción y salvación.

¿Queréis un programa de vida que dé a ésta sentido pleno y llene vuestras más nobles aspiraciones? Aquí, joven como tantos de vosotros, Javier se abrió a los valores y encantos de la vida temporal, hasta que descubrió el misterio del supremo valor de la vida cristiana y se hizo mensajero del amor y de la vida de Cristo entre sus hermanos de los grandes pueblos de Asia.

8. Jóvenes de Navarra: Vuestra javierada anual y la cita también anual de los nuevos misioneros de España para recibir el crucifijo han hecho el «Camino de Javier», donde vuestro encuentro con el santo misionero universal es abrazo de reconciliación, renovación pascual y compromiso de vida y de colaboración —también misionera— con Jesucristo.

Jóvenes estudiantes y trabajadores, hijos e hijas de la entera familia católica: Los vastos horizontes del mundo no cristiano son un reto a la fe y al humanismo de vuestra generación. El Espíritu de Dios llama hoy a todos a un esfuerzo misionero generoso y coordinado, de signo eclesial, para hacer de todos los pueblos una familia, la Iglesia. Francisco Javier escribió también para vosotros el reclamo insistente de sus cartas a las universidades de su tiempo, pidiendo a profesores y estudiantes conciencia y colaboración misionera: «Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona...: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos!» (*Cartas y escritos*, ib., doc., 20, 8).

Jóvenes: Cristo necesita de vosotros y os llama para ayudar a millones de hermanos vuestros a ser plenamente hombres y a salvarse. Vivid con esos nobles ideales en vuestra alma y no cedáis a la tentación de ideologías de hedonismo, de odio y de violencia que degradan al hombre. Abrid vuestro corazón a Cristo y a su ley de amor, sin condicionar vuestra disponibilidad, sin miedos a respuestas definitivas, porque el amor la amistad no tiene ocaso.

9. Al dar vuestra respuesta a la llamada del Espíritu a través de la Iglesia no olvidéis lo que en el orden de valores y medios ocupa el primer puesto: la oración y la ofrenda de vuestros sacrificios. La fe y salvación son un don de Dios y hay que pedirlo. Unido a la oración, al es-

La oración ocupa el primer puesto. La fe y la salvación son don de Dios y hay que pedirselas

Teresa de Lisieux sigue derramando desde el cielo una lluvia de rosas sobre la tierra

Difundid hasta los confines del mundo la buena nueva de que Jesús es el Señor y sólo en El está la salvación

fuerzo y sacrificio para vivir diariamente las maravillas del amor cristiano.

En San Francisco Javier y Santa Teresa de Lisieux tenemos dos grandes intercesores. Si Santa Teresa, como ella misma confió a sus hermanas, consiguió mediante San Francisco Javier la gracia de seguir derramando desde el cielo una lluvia de rosas sobre la tierra y ha ayudado tanto a la Iglesia en su actividad misionera, ¿cómo no hemos de esperar otro tanto del santo misionero?

Francisco Javier ofreció sin duda sus últimas plegarias en el mundo y el holocausto de su vida, en tierra china de Sancián, por el gran pueblo de China, al que tanto amó y se disponía a evangelizar con intrépida esperanza. Unamos nuestras oraciones a su intercesión por la Iglesia en China, objeto de especial solidaridad y esperanza de la entera familia católica.

10. A la potente intercesión de los dos Patronos de las Misiones encomendamos hoy: el propósito de un vigoroso impulso evangelizador de toda la Iglesia, el brote fecundo de vocaciones misioneras y la noble disposición de todos los pueblos a experimentar el valor y esperanza supremos que Cristo y su Iglesia representan para todos los hombres.

A los misioneros émulos de Javier, prontos a partir, y a cuantos sienten la llamada de Cristo para trabajar en su misión *repito las palabras de San Pablo* que han inspirado esta liturgia: «Cuán hermosos, los pies de los que anuncian el bien» (Rom., 10, 15). Con estas palabras os envío al trabajo misionero.

El esfuerzo de anunciar la Buena Nueva es el esfuerzo cotidiano de la Iglesia, que la embellece como esposa fiel, sin límites, a su Esposo. Aceptad, pues, una parte de ese esfuerzo que embellece a la Iglesia.

¡Id! ¡Difundid la Buena Nueva hasta los confines del mundo! Id y anunciad: «Jesús es el Señor.» «Dios lo resucito de entre los muertos.» ¡En El está la salvación! Que la Madre de Jesús y de la Iglesia acompañe siempre vuestros pasos. Y os acompañe también mi cordial bendición.

Desde la experiencia de nuestra limitación tenemos hoy la vivencia de que un don que nos desborda, una misericordia sumamente acogedora, puede salvarnos en plenitud, ofreciéndonos la gratitud de su amor.

(Ciudad Universitaria - Madrid - 3 noviembre)

El Espíritu Santo haga que España, siguiendo su herencia católica, afronte valientemente los retos del futuro

Desde el lugar en que la Virgen impulsó la evangelización de España, Juan Pablo II reza a la Madre de Dios y de los hombres y nos habla de Ella

Queridos hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

Vengo a Zaragoza, la ciudad mariana de España, a postrarme ante el Pilar sagrado de María

El Pilar es el símbolo de los Santuarios de España, con razón llamada Tierra de María

Vengo al Pilar como primer Papa peregrino a depositar en el Corazón de María el presente y el futuro de España

1. Los caminos marianos me traen esta tarde a Zaragoza. En su viaje apostólico por tierras españolas, el Papa se hace hoy peregrino a las riberas del Ebro. A la ciudad mariana de España. Al santuario de Nuestra Señora del Pilar.

Veo así cumplirse un anhelo, que ya antes deseaba poder realizar, de postrarme como hijo devoto de María ante el Pilar sagrado. Para rendir a esta buena Madre mi homenaje de filial devoción y para rendírselo unido al Pastor de esta diócesis a los otros obispos y a vosotros, queridos aragoneses, riojanos, sorianos y españoles todos, en este acto mariano nacional.

Peregrino hasta este santuario, como en mis precedentes viajes apostólicos que me llevaron a Guadalupe, Jasna Gora, Nock, Nuestra Señora de Africa, Notre Dame, Altotting, La Aparecida, Fátima, Luján y otros santuarios, recintos de encuentro con Dios y de amor a la Madre del Señor y nuestra.

Estamos en tierras de España, con razón denominada *tierra de María*. Sé que, en muchos lugares de este país, la devoción mariana de los fieles halla expresión concreta en tantos y tan venerados santuarios. No podemos mencionarlos todos. ¿Pero cómo no postrarnos espiritualmente, con afecto reverente, ante la Madre de Covadonga, de Begoña, de Aránzazu, de Ujué, de Montserrat, de Valvanera, de la Almudena, de Guadalupe, de los Desamparados, del Lluch, del Rocío, del Pino?

De estos santuarios y de todos los otros no menos venerables, donde os unís con frecuencia en el amor a la única Madre de Jesús y nuestra, es hoy un símbolo el Pilar. Un símbolo que nos congrega en aquella a quien, desde cualquier rincón de España, todos llamáis con el mismo nombre: *Madre y Señora nuestra*.

2. Siguiendo a tantos millones de fleles que me han precedido, vengo como primer Papa peregrino al Pilar, como signo de la Iglesia peregrina

de todo el mundo, a ponerme bajo la protección de nuestra Madre, a alentarnos en vuestro arraigado amor mariano, a dar gracias a Dios por la presencia singular de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia en tierras españolas y a depositar en sus manos y en su corazón el presente y futuro de vuestra nación y de la Iglesia en España.

El Pilar y su tradición evocan para nosotros los primeros pasos de la evangelización de España.

Aquel templo de Nuestra Señora, que, al momento de la reconquista de Zaragoza, es indicado por su obispo como muy estimado por su antigua fama de santidad y dignidad; que ya varios siglos antes recibe muestras de veneración, halla continuidad en la actual basílica mariana. Por ella siguen pasando muchedumbres de hijos de la Virgen, que llegan a orar ante su imagen y a venerar el Pilar bendito.

Esa herencia de fe mariana de tantas generaciones ha de convertirse no sólo en recuerdo de un pasado, sino en punto de partida hacia Dios. Las oraciones y sacrificios ofrecidos, el latir vital de un pueblo, que expresa ante María sus seculares gozos, tristezas y esperanzas, son piedras nuevas que elevan la dimensión sagrada de una fe mariana.

Porque en esa continuidad religiosa la virtud engendra nueva virtud. La gracia atrae gracia. Y la presencia secular de Santa María va arraigándose a través de los siglos, inspirando y alentando a las generaciones sucesivas. Así se consolida el difícil ascenso de un pueblo hacia lo alto.

3. Un aspecto característico de la evangelización en España es su profunda vinculación a la figura de María. Por medio de ella, a través de muy diversas formas de piedad, ha llegado a muchos cristianos la luz de la fe en Cristo, Hijo de Dios y de María. ¡Y cuántos cristianos viven hoy también su comunión de fe eclesial sostenidos por la devoción a María, hecha así columna de esa fe y guía segura hacia la salvación!

Recordando esa presencia de María no puedo menos de mencionar la importante obra de San Ildefonso de Toledo «Sobre la virginidad perpetua, de Santa María», en la que expresa la fe de la Iglesia sobre este misterio. Con fórmula precisa indica: «Virgen antes de la venida del Hijo, virgen después de la generación del Hijo, virgen con el nacimiento del Hijo, virgen después de nacido el Hijo» (C. 1: PL 96,60).

El hecho de que la primera gran afirmación mariana española haya consistido en una defensa de la virginidad de María ha sido decisivo para la imagen que los españoles tienen de Ella, a quien llaman «la Virgen», es decir, la Virgen por antonomasia.

Para iluminar la fe de los católicos españoles de hoy, obispos de esta nación y la misma Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe recordaban el sentido realístico de esta verdad de fe (cf. Nota del 1 de abril de 1978). De modo virginal, «sin intervención de varón y por obra del Espíritu Santo» (*Lumen gentium*, 63), María ha dado la naturaleza humana al Hijo eterno del Padre. De modo virginal ha nacido de María un cuerpo santo, animado de un alma racional, al que el Verbo se ha unido hipostáticamente.

Es la fe que el credo amplio de San Epifanio expresaba con el término «siempre Virgen» (DS 44) y que el Papa Paulo IV articulaba en la fórmula ternaria de virgen «antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto» (DS 1880). La misma que enseña Pablo VI: «Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo Encarnado»

La herencia de fe mariana, latir vital del pueblo español, punto de partida de su vuelta hacia Dios

La devoción a María, columna de fe segura de salvación

La virginidad de María, primera gran afirmación mariana del pueblo de España

Las gentes de España han porfiado en la defensa intrépida de las glorias de María, en especial de su Inmaculada Concepción

San Ildefonso de Toledo el más antiguo testigo de la esclavitud mariana

¡Dios de salve María... muéstranos a Jesús!

(«Credo» del Pueblo de Dios, 30 junio 1968). La que habéis de mantener siempre en toda su amplitud.

El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción. En ello porfiaban el pueblo, los gremios, cofradías y claustros universitarios, como los de esta ciudad, de Barcelona, Alcalá, Salamanca, Granada, Baeza, Toledo, Santiago y otros. Y es lo que impulsó además a trasplantar la devoción mariana al Nuevo Mundo descubierto por España, que de ella sabe haberla recibido y que tan viva la mantiene.

Tal hecho suscita aquí, en el Pilar, ecos de comunión profunda ante la Patrona de la Hispanidad. Me complace recordarlo hoy, a diez años de distancia del V centenario del descubrimiento y evangelización de América. Una cita a la que la Iglesia no puede faltar.

4. El Papa Pablo VI escribió que «en la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de El» (*Marialis cultus*, 25). Ello tiene una especial aplicación en el culto mariano. Todos los motivos que encontramos en María para tributarle culto son don de Cristo, privilegios depositados en ella por Dios, para que fuera la Madre del Verbo. Y todo el culto que le ofrecemos redundará en gloria de Cristo, a la vez que el culto mismo a María nos conduce a Cristo.

San Ildefonso de Toledo, el más antiguo testigo de esa forma de devoción que se llama esclavitud mariana, justifica nuestra actitud de esclavos de María por la singular relación que Ella tiene con respecto a Cristo: «Por eso soy yo tu esclavo, porque mi Señor es tu hijo. Por eso tú eres mi Señora, porque tú eres la esclava de mi Señor. Por eso soy yo el esclavo de la esclava de mi Señor, porque tu has sido hecha la madre de tu Señor. Por eso he sido yo hecho esclavo, porque tú has sido hecha la madre de mi Hacedor» (*De virginitate perpetua Sanctae Mariae*, 12; PL 96, 10).

Como es obvio, estas relaciones reales existentes entre Cristo y María hacen que el culto mariano tenga a Cristo como objeto último. Con toda claridad lo vio el mismo San Ildefonso: «Pues así se refiere al Señor lo que sirve a la esclava; así redundará al Hijo lo que se entrega a la Madre; así pasa al rey el honor que se rinde en servicio de la reina» (cf. 12; PL 9, 108). Se comprende entonces el doble destinatario del deseo que el mismo Santo formula, hablando con la Santísima Virgen: «Que me concedas entregarme a Dios y a ti, ser esclavo de tu Hijo y tuyo, servir a tu Señor y a ti» (cf. 12; PL 96, 105).

No faltan investigadores que creen poder sostener que la más popular de las oraciones a María —después del «Ave María»— se compuso en España y que su autor sería el obispo de Compostela San Pedro de Mezonzo, a finales del siglo X; me refiero a la «Salve».

Esta oración culmina en la petición «muéstranos a Jesús». Es lo que María realiza constantemente, como queda plasmado en el gesto de tantas imágenes de la Virgen esparcidas por las ciudades y pueblos de España. Ella, con su Hijo en brazos, como aquí en el Pilar, nos lo muestra sin cesar como «el camino, la verdad y la vida» (Jn., 14, 6). A veces, con el Hijo muerto sobre sus rodillas, nos recuerda el valor infinito de la sangre del Cordero que ha sido derramada por nuestra salvación (cf. 1 Pe., 18 s; Ef., 1,7). *En otras ocasiones, su imagen hacia los hombres acerca a su Hijo a nosotros y nos hace sentir la cercanía*

de quien es revelación radical de la misericordia (cf. *Dives in misericordia*, 8), manifestándose así, Ella misma, como Madre de la misericordia (*ibid.*, 9).

Las imágenes de María recogen así una enseñanza evangélica de primordial importancia. En la escena de las bodas de Caná, María dijo a los criados: «Haced lo que El os diga» (Jn., 2,5). La frase podría parecer limitada a una situación transitoria. Sin embargo, como subraya Pablo VI (cf. *Marialis cultus*, 57), su alcance es muy superior: es una exhortación permanente a que nos abramos a la enseñanza de Jesús. Se da así una plena consonancia con la voz del Padre en el Tabor: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle» (Mt., 17,5).

Ello amplía nuestra horizonte hacia unas perspectivas insondables. El plan de Dios en Cristo era hacernos conformes a la imagen de su Hijo, para que El fuera «el primogénito entre muchos hermanos» (Rom., 8, 28). Cristo vino al mundo «para que recibiéramos la adopción» (Gál., 4, 5), para otorgarnos el «poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn., 1, 12). Por la gracia somos hijos de Dios y, apoyados en el testimonio del Espíritu, podemos clamar: «Abba!», ¡Padre! (cf. Rom., 8, 15 s; Gál., 4, 6 s.). Jesús ha hecho, por su muerte y resurrección, que su Padre sea nuestro Padre (cf. Jn., 20, 17).

Y para que nuestra fraternidad con El fuera completa quiso ulteriormente que su Madre Santísima fuera nuestra Madre espiritual. Esta maternidad, para que no quedara reducida a un mero título jurídico, se realizó, por voluntad de Cristo, a través de una colaboración de María en la obra salvadora de Jesús; es decir, «en la restauración de la vida sobrenatural de las almas» (*Lumen gentium*, 61).

5. Un padre y una madre acompañan a sus hijos con solicitud. Se esfuerzan en una constante acción educativa. A esta luz cobran su pleno sentido las voces concordes del Padre y de María: escuchad a Jesús haced lo que El os diga. Es el consejo que cada uno de nosotros debe tratar de asimilar y del que desde el comienzo de mi pontificado quise hacerme eco. «No temáis; abrid de par en par las puertas a Cristo» (cf. AAS 70 1978, 947).

María, por su parte, es ejemplo supremo de esta actitud. Al anuncio del ángel responde con un sí incondicionado: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc., 1, 38). Ella se abre a la palabra eterna y personal de Dios, que en sus entrañas tomará carne humana. Precisamente esta acogida la hace fecunda Madre de Dios y Madre nuestra, porque es entonces cuando comienza su cooperación a la obra salvadora.

El hecho de que la primera gran afirmación Mariana española haya consistido en una defensa de la virginidad de María ha sido decisivo para la imagen que los españoles tienen de Ella, a quien llaman «la Virgen», es decir, la Virgen por antonomasia.

«Haced lo que El os diga»

Jesús por su muerte y resurrección ha hecho que su Padre sea nuestro Padre, y su Madre nuestra Madre

**El Pilar de Zaragoza,
símbolo de la firmeza
de fe de los españoles**

**Que el Espíritu Santo
haga que España
siguiendo su herencia
católica, afronte
valientemente los retos
del futuro**

**Encomiendo a la Virgen
del Pilar a la Iglesia de
España y las naciones
hispánicas**

Esa fecundidad de María es signo de la fecundidad de la Iglesia (*Lumen gentium*, 63 s.). Abriéndonos a la palabra de Cristo, acogiéndole a El y a su Evangelio, cada miembro de la Iglesia será también fecundo en su vida cristiana.

6. El Pilar de Zaragoza ha sido siempre considerado como el símbolo de la firmeza de fe de los españoles. No olvidemos que la fe sin obras está muerta (cf. Sant., 2, 26). Aspiremos a «la fe que actúa por la caridad» (Gál., 5, 6). Que la fe de los españoles, a imagen de la fe de María, sea fecunda y operante. Que se haga solicitud hacia todos, especialmente hacia los más necesitados, marginados, minusválidos, enfermos y los que sufren en el cuerpo y en el alma.

Como sucesor de Pedro he querido visitaros, amados hijos de España, para alentaros en vuestra fe e infundiros esperanza. Mi deber pastoral me obliga a exhortaros a una coherencia entre vuestra fe y vuestras vidas. María, que envísperas de Pentecostés intercedió para que el Espíritu Santo descendiera sobre la Iglesia naciente (cf. Act., 1, 14), interceda también ahora. Para que ese mismo Espíritu produzca un profundo rejuvenecimiento cristiano en España. Para que ésta sepa recoger los grandes valores de su herencia católica y afrontar valientemente los retos del futuro.

7. Doy fervientes gracias a Dios por la presencia singular de María en esta tierra española, donde tantos frutos ha producido. Y quiero, finalmente, encomendarte, Virgen Santísima del Pilar, España entera, todos y cada uno de sus hijos y pueblos, la Iglesia en España, así como también los hijos de todas las naciones hispánicas.

Un aspecto característico de la evangelización en España es su profunda vinculación a la figura de María. Por medio de ella, a través de muy diversas formas de piedad, ha llegado a muchos cristianos la voz de la fe en Cristo, Hijo de Dios y de María. ¡Y cuántos cristianos viven hoy también su comunión de fe eclesial sostenidos por la devoción a María, hecha así columna de esa fe y guía segura hacia la salvación!

MARIA, Protege maternalmente a cuantos te invocan como patrona de la HISPANIDAD



¡Dios te salve, María, Madre de Cristo y de la Iglesia! ¡Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra!

A tus cuidados confío esta tarde las necesidades de todas las familias de España, las alegrías de los niños, la ilusión de los jóvenes, los desvelos de los adultos, el dolor de los enfermos y el sereno atardecer de los ancianos.

Te encomiendo la fidelidad y abnegación de los ministros de tu Hijo, la esperanza de quienes se preparan para ese ministerio, la gozosa entrega de las vírgenes del claustro, la oración y solicitud de los religiosos y religiosas, la vida y empeño de cuantos trabajan por el reino de Cristo en estas tierras.

En tus manos pongo la fatiga y el sudor de quienes trabajan con las tuyas; la noble dedicación de los que transmiten su saber y el esfuerzo de los que aprenden; la hermosa vocación de quienes con su ciencia y servicio alivian el dolor ajeno; la tarea de quienes con su inteligencia buscan la verdad.

En tu corazón dejo los anhelos de quienes, mediante los quehaceres económicos, procuran honradamente la prosperidad de sus hermanos; de quienes, al servicio de la verdad, informan y forman rectamente la opinión pública; de cuantos, en la política, en la milicia, en las labores sindicales o en el servicio del orden ciudadano, prestan su colaboración honesta en favor de una justa, pacífica y segura convivencia.

Virgen Santa del Pilar, aumenta nuestra fe, consolida nuestra esperanza, aviva nuestra caridad.

Socorre a los que padecen desgracias, a los que sufren soledad, ignorancia, hambre o falta de trabajo.

Fortalece a los débiles en la fe.

Fomenta en los jóvenes la disponibilidad para una entrega plena a Dios.

Protege a España entera y a sus pueblos, a sus hombres y mujeres. Y asiste maternalmente, oh María, a cuantos te invocan como Patrona de la Hispanidad. Así sea.

A LOS ENFERMOS

En vosotros me encuentro con Cristo que sufre

Queridos enfermos:

1. En el marco de mi visita al Pilar de Zaragoza, para el acto mariano nacional, tiene lugar este encuentro del Papa con los enfermos. Es para mí *uno de los más importantes de mi viaje apostólico*. Porque en vosotros me encuentro de manera especial con Cristo que sufre, con Cristo que pasó curando a los enfermos, que se identifica de tal modo con vosotros que considera hecho a El mismo lo que a vosotros se hace. Volved a leer en un momento de paz alguna de las páginas del Evangelio que se refieren a vosotros (cf. Mt., 8-9; 15; 25, 32-40).

Sois pocos los aquí presentes, pero representáis a todos los enfermos de España. Tanto a los que yacen en un instituto sanitario público o privado como a los que están en sus casas, en la cama, en la silla de ruedas, en su inmóvil asiento o que caminan bajo el peso de la enfermedad.

Quisiera en este momento tener miles de manos que se alargaran a estrechar cada una de las vuestras, preguntaros cómo estáis, compartir al menos por un momento vuestras ansias y sufrimientos y dejaros una palabra de aliento y un abrazo de hermano. Cada uno de los que me veis a través de la televisión o me oís por la radio, *sentidme intencionalmente a vuestro lado*.

2. Vosotros que vivís bajo la prueba, que os enfrentáis con el problema de la limitación, del dolor y de la soledad interior frente a él, *no dejéis de dar un sentido a esa situación*. En la cruz de Cristo, en la unión redentora con El, en el aparente fracaso del Hombre justo que

No dejéis de dar un sentido

a vuestra situación.

En la cruz de Cristo, en el valor

de eternidad de ese sufrimiento

está la respuesta.

sufre y que con su sacrificio salva a la humanidad, en el valor de eternidad de ese sufrimiento está la respuesta. Mirad hacia El, hacia la Iglesia y el mundo y elevad vuestro dolor, completando con él, hoy, el misterio salvador de su cruz.

Tiene un gran valor sobrenatural vuestro sufrimiento. Y sois además para nosotros *una constante lección*, que nos invita a relativizar tantos valores y formas de vida. Para vivir mejor los valores del Evangelio y desarrollar la solidaridad, la bondad, la ayuda, el amor.

Por eso no consideréis inútil vuestro estado, que tiene para la Iglesia y para el mundo de hoy un gran sentido humanizante, evangelizador, expiatorio e impetratorio. Sobre todo si vosotros mismos adoptáis una actitud abierta, creadora dentro de lo posible y positiva, ante la acción de la gracia que actúa en vuestro espíritu.

3. Pero no puedo detenerme sólo en vosotros. Al pensar en vuestra condición pienso espontáneamente en vuestras fami-

lias, en los profesionales y trabajadores sanitarios, en las religiosas, religiosos y sacerdotes del mundo de la sanidad. En todos los que, en el complejo ámbito de la sociedad actual, se dedican a la atención del enfermo.

Es una misión de extraordinario valor, que hay que vivir como verdadera opción vocacional, con gran sentido ético de solidaridad y respeto al hombre enfermo, sin olvidar la dimensión trascendente y religiosa del ser humano.

Vaya mi palabra de ánimo a cuantos trabajan en este campo que requiere tanta sensibilidad humana y espiritual para estar en sintonía con las exigencias y expectativas del enfermo. Con mi gozo y aplauso a las casi 13.000 religiosas y 2.000 sacerdotes y religiosos que prestan su labor en el campo de asistencia sanitaria, sobre todo en los sectores más desatendidos de enfermos mentales, crónicos, desahuciados, minusválidos y ancianos.

4. Para dar una eficacia ma-

yor a la pastoral entre los enfermos es necesario que toda la comunidad cristiana se sienta llamada a colaborar en esa tarea.

Ahí tienen su puesto los miembros de los organismos eclesiales o religiosos, asociaciones y movimientos seculares católicos; ahí tienen su lugar las parroquias, llamadas a impulsar grupos específicos de apostolado y de voluntariado de ayuda a los enfermos. Así la comunidad cristiana hará presente en nuestra sociedad crecientemente secularizada el amor cristiano.

5. A la Virgen Santísima del Pilar encomiendo las intenciones y necesidades de cada enfermo —hombre o mujer, niño o adulto— de España, así como las de cuantos se dedican al cuidado de los enfermos y a la asistencia sanitaria. Sobre todos invoco la serenidad, la esperanza de las bienaventuranzas, la mejoría en su salud y a todos bendigo de corazón, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

MIRAD HACIA EL, HACIA LA IGLESIA Y EL MUNDO Y ELEVAD VUESTRO DOLOR, COMPLETANDO CON EL, HOY, EL MISTERIO SALVADOR DE SU CRUZ.

A EUROPA: UN GRITO

La historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización.

(Acto europeísta. Santiago, 9 de noviembre)

Si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los castos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo, su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor; antes bien, se abrirá a un nuevo período de vida, tanto inferior como exterior, benéfico y determinante para el mundo, amenazado constantemente por las nubes de la guerra y por su posible ciclón de holocausto atómico.

(Acto europeísta. Santiago, 9 de noviembre)

La ayuda de Dios está con nosotros, la oración de todos los creyentes nos acompaña. La buena voluntad de muchas personas desconocidas, artífices de paz y de progreso, está presente en medio de nosotros como una garantía de que este mensaje, dirigido a los pueblos de Europa, va a caer en terreno fértil.

(Acto europeísta. Santiago, 9 de noviembre)

L L E N O D E A M O R

**Yo, obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal te lanzo,
vieja Europa, un grito lleno de amor. Vuelve a encontrarte.
Sé tu misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces.**

(Acto europeísta. Santiago, 9 de noviembre)

La identidad europea es incomprensible sin el cristianismo.

(Acto europeísta. Santiago, 9 de noviembre)

En este lugar de Compostela, meta a la que han peregrinado durante siglos tantos hombres y pueblos, deseo junto con vosotros, hijos e hijas de la España católica, invitar a todas las naciones de Europa y del mundo —a los pueblos y hombres de toda la tierra— a la adoración y alabanza del Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

(Misa del peregrino.
Santiago, 9 de noviembre)





HOMILIA EN EL SANTUARIO DE
NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

MARIA, depositaria de la esperanza que alienta a los peregrinos

El domingo 7 de noviembre Juan Pablo II estuvo en Cataluña. Por la mañana visitó Montserrat; rezó el Angelus y habló desde la Sagrada Familia, y visitó la catedral

Benvolguts germans en el episcopat: Us saludo amb afecte.

Estimats germans i germanes: ¡Alabat sia Jesucrist!

1. Resuenan con plena actualidad en la liturgia las palabras del profeta: «Y vendrán muchedumbres de pueblos diciendo: «Venid, subamos al monte de Yavé, a la casa del Dios de Jacob y El nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra de Yavé» (Is., 2, 3).

En consonancia con la invitación bíblica, la visita a Montserrat asocia en unidad muy estrecha los valores de la peregrinación religiosa con los encantos de la meta mariana en la cumbre del monte, donde los cielos se funden con la tierra. La subida al santuario, en un marco orográfico sugestivo, invita a la evocación de una historia varias veces secular.

Impresiona saber que estamos en un lugar sagrado; que por estos mismos senderos, abiertos desde hace siglos, *discurrieron multitud de peregrinos*, ilustres muchos de ellos por su cuna o por su ciencia. Es un gozo, sobre todo, saber que seguimos las huellas de Juan de Mata, Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort, Vicente Ferrer, Luis de Gonzaga, Francisco de Borja, José de Calasanz, Antonio María Claret y muchos otros santos eminentes; sin olvidar aquel soldado que, depuestas sus armas a los pies de la Moreneta, bajó del monte para acaudillar la Compañía de Jesús.

2. Aflora aquí espontáneo el cántico de júbilo del peregrino al llegar a la meta. El Salmista evoca, ante todo, el gozo inicial de la marcha: «Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor» (Sal., 121 122. 1). Una alegría intensa, contagiosa, impaciente, en el sentir de San Agustín: Corramos, corramos, porque iremos a la casa

del Señor. Corramos y no nos consemos, porque llegaremos adonde no nos fatigaremos... Iremos a la casa del Señor. Me regocijé con los profetas, me regocijé con los apóstoles. Todos éstos nos dijeron: «Iremos a la casa del Señor» (Enarr., Sal., 121. 2).

A renglón seguido describe el salmista la experiencia incomparable de los peregrinos, una vez en la meta largamente suspirada: «Ya están pisando nuestros pies tus umbrales. Jerusalén. Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta. Allá suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor» (Sal. 121 122. 2-4).

El primer sentimiento es de admiración ante la solidez de un edificio bien fundado. Montserrat figura felizmente en la serie de aquellos santuarios que el año pasado tuve el gusto de calificar como «signos de Dios, de su irrupción en la historia humana», en cuanto representan «un memorial del misterio de la Encarnación y de la redención», en consonancia maravillosa con esa «vocación tradicional y siempre actualísima de todos los santuarios de ser una antena permanente de la buena nueva de nuestra salvación.» (A los rectores de los santuarios, 22 enero 1981.)

Gloria de los beneméritos hijos de San Benito es haber convertido en realidad el sueño de San Agustín: «Ve cuál es la casa del Señor. En aquella es alabado el que edificó la casa. El es delicia de todos los que habitan en ella. El sólo es la esperanza aquí y la realidad allí» (Enarr., Sal., 121, 3). Fieles a su carisma fundacional, los monjes de Montserrat viven a fondo su empeño de hacer de la basílica un dechado de oración litúrgica, embelleciendo la celebración con los encantos de su famosa escolanía y proyectando su plegaria en dirección pastoral en favor de los innumerables que se apiñan en torno a la «Mare de Déu».

El ambiente *invita irresistiblemente a la plegaria*, que es una necesidad para peregrinos que ascendieron al monte, «según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor». Es un gozo glorificar aquí sus grandezas, donde el cántico al Creador flota espontáneo en nuestros labios; es un deber agradecer con amor filial sus dones generosos, también en nombre de nuestros hermanos: es, en fin, una medida de prudencia solicitar provisión de energías en vista de ulteriores etapas. Porque la peregrinación prosigue. No cabe pensar aquí en la tierra en «morada permanente», y hemos de «aspirar a la futura».

3. A ello invita la actitud ejemplar de la Señora, que es Madre y, por lo mismo, Maestra. Sentada en su trono de gloria en actitud hierática, cual corresponde a la Reina de cielos y tierra, con el Niño Dios en sus rodillas, la Virgen Morena desvela ante nuestros ojos la visión exacta del último misterio glorioso del Santo Rosario.

Es providencial, con todo, que la celebración litúrgica de la fiesta gravite en torno al misterio gozoso de la Visitación, que constituye la primera iniciativa de la Virgen Madre. Montserrat encierra, por consiguiente, lecciones valiosísimas para nuestro caminar de peregrinos.

No hay que olvidar nunca la meta definitiva del último misterio de gloria. «Piensa —dirá San Agustín— cómo has de estar allí el día de mañana, y aun cuando todavía estés en el camino, piensa como si ya permanecieses allí, como si ya gozases indefinidamente entre los ángeles, y como si ya acontezca en ti lo que se dijo: «Bienaventurados los que moran en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán» (Enarr., Sal., 121, 3).

En la marcha *hay que imitar el estilo de la Madre* en la visita que hiciera a su prima: «En aquellos días se puso María en camino y con presteza fue a la montaña, a una ciudad de Judá» (Lc., 1, 39). Su ritmo es rotundamente ejemplar

La paz resume en síntesis el acervo de bienes que puede un hombre desear. Una paz asentada firmemente en la alianza del Señor, que es fiel para con los escogidos. Desde esta montaña santa deseo la auténtica paz mesiánica para todos los hombres a los que la Moreneta mira con amor de Madre.

en sentir de San Ambrosio: «Alegre en el deseo, religiosamente pronta al deber, presurosa en el gozo, fue a la montaña» (Exp., Ev., Lc., 2, 19).

Fuerza es observar que *su itinerario no se ciñe a ese ascenso físico* a la montaña. El Espíritu irrumpe en un momento fuerte: hizo saltar de gozo a Juan en el seno materno, inundó de luz divina la mente de Isabel; arrebató a la Reina de los profetas, impulsándola en marcha ascensional hasta la cumbre *del monte invisible del Señor*. Lo hizo al compás de la ley maravillosa que derriba a los potentados y ensalza a los humildes» (Lc., 1, 52). El «Magnificat» representa el eco de aquella experiencia sublime en su peregrinación paradigmática: «Mi alma magnífica al Señor, y salta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador: porque ha mirado la humildad de su sierva: por esto todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc. 1, 47-48). El cántico de María resuena indefectible a lo largo de los siglos. Aquí en Montserrat parece haberse cristalizado hasta el punto de constituir «un Magnificat de roca». No es tan sólo signo fehaciente de la ascensión realizada: es, además, una flecha indicadora de ulteriores escaladas.

**LA VIRGEN DE MONTSERRAT,
SENTADA EN SU TRONO,
CON EL HIJO EN LAS RODILLAS,
PARECE ESTAR ESPERANDO PODER
ABRAZAR CON EL A TODOS SUS HIJOS**

La virtud del peregrino es la esperanza. Aquí es posible hacer provisión, porque María la estrecha entre sus brazos y la pone maternalmente a nuestro alcance. Incluso sin darnos cuenta, como hiciera con los esposos de Caná de Galilea. Interviene siempre con solicitud y delicadeza de madre. Lo hizo en forma ejemplar en el misterio de la Visitación, subrayando con trazo litúrgico indeleble en Montserrat. Se explica, por tanto, que resuene a diario en esta montaña el acento melodioso del saludo a la Señora, a la Reina, a la Madre, a la Depositaria de la esperanza que alienta a los peregrinos: «Déu vos salve, vida dolcesa i esperança nostra».

4. El Salmista alude a una Jerusalén celestial, que se vislumbra a través de la Jerusalén terrena. ¿Será forzado trasponer la imagen? La Virgen de Montserrat, sentada en su trono, con el Hijo en las rodillas, parece estar esperando poder abrazar con El a todos sus hijos. Nuestra peregrinación espiritual se cifra, en definitiva, en alcanzar en plenitud la filiación divina. Nuestra vocación es un hecho: por predilección incomprendible del Padre, nos hizo hijos en el Hijo: «Bendito sea Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos: por cuanto que en él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuesemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia. Por eso nos hizo gratos en su Amado» (Ef. 1. 3-6).

El Salmista describe la meta como una «Jerusalén que se edifica como ciudad». Lo cual da pie a San Agustín para modular la filiación en otro registro: «Ahora se está edificando, y a ella concurren en su edificación piedras vivas, de las que dice San Pablo: «también vosotros, como piedras vivas, sois edificados en casa espiritual». (Enarr. Sal. 121,4). Ese monte aserrado en forma curiosa, que es Montserrat, aparece como una cantera incomparable. «Ahora se edifica la ciudad, ahora se cortan las piedras de los montes por mano de los que predicán la verdad y se escuadran para que se acoplen en construcción eterna» (Ib.). De aquí, de Montserrat, de la región catalana, de España entera hay que sacar los sillares señeros de la nueva construcción.

Sin olvidar que el fundamento es Cristo (cf. 1 Cor. 10, 4). Con las consecuencias que ello lleva consigo en arquitectura. Diríase que San Agustín, al comentar el salmo, tenía una basílica como la de Montserrat ante sus ojos: «Cuando se pone el cimientto en la tierra, se edifican las paredes hacia arriba, y el peso de ella gravita hacia abajo, porque abajo está colocado el cimientto. Pero si nuestro cimientto o fundamento está en el cielo, edificamos hacia el cielo. Los constructores edificaron la fábrica de esta basílica que veis se levanta majestuosa: mas como la edificaron hombres, colocaron los cimienttos abajo; pero cuando espiritualmente somos edificados, se coloca el fundamento en la altura. Luego corramos hacia allí para que seamos edificados, pues de esta misma Jerusalén se dijo: «Ya están pisando nuestros

pies tus umbrales, Jerusalén» (Enarr. Sal. 121, 4). El templo que pisan nuestros pies es umbral de ese otro en construcción, del cual nos sentimos piedras vivas.

5. No es lícito ignorar la sugerencia ofrecida a los peregrinos: «Desead la paz a Jerusalén: «Vivan seguros los que te aman. Haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios». Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: «La paz contigo». Por la casa del Señor nuestro Dios, te deseo todo bien» (Sal. 121-122, 6-9).

La paz resume en síntesis el acervo de bienes que puede un hombre desear. Una paz asentada firmemente en la alianza del Señor, que es fiel para con los escogidos. Desde esta montaña santa, oasis de serenidad y de paz, deseo la auténtica paz mesiánica para todos los hombres, que son hermanos y que la Moreneta mira con igual amor de Madre. Y que encomienda a su Hijo divino. «El juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, que de sus espadas harán rejas de arado y de sus lanzas hoces. No alzará la espada gente contra gente, ni se ejercitarán para la guerra. Venid, oh casa de Jacob, y caminemos a la luz de Yavé» (Is. 2-45).

Que la montaña santa, Señor, sea bosque de olivos, sea «sacramento de paz». Un signo de lo que son los hijos amantes a la vera de la madre común, y un impulso eficaz a realizar de verdad lo que suena hoy a utopía. Y será realidad en la medida en que los hombres se plieguen dócilmente al único imperativo que los evangelios recogieron de la boca de María: «haced lo que El os diga». Y El se llama «príncipe de la paz».

6. Te damos gracias, Señor, por el gozo que nos ha procurado asentar nuestros pies aquí, en el santuario consagrado a la Madre, en donde nos hemos sentido confortados con impulso renovado para nuestro itinerario futuro.

Us preguem, oh Pare, que en aquesta basílica, a on demora el teu Fill Jesucrist, Fill de Maria, atorguis abundantament la pau, la concòrdia i el goig a totes les tribus peregrines del nou Israel. Feu, Senyor, que tots els homes encertin a descobrir el profund sentit de la llur existencia peregrina a la terra; que no confonguin les etapes i la meta; que modulin la marxa segons l'exemple de Maria. Ella serà la llur Auxiliadora; perquè aquí, a tot arreu i sempre, Maria es Reina poderosa i Mare piadosíssima. Amén.

Barcelona

7 Noviembre

ALOCUCION A LA HORA DEL ANGELUS ANTE EL TEMPLO
DE LA SAGRADA FAMILIA

Que la familia sea siempre auténtica «IGLESIA DOMESTICA»

Queridos barceloneses y españoles todos:
¡Virgen de Montserrat! ¡Templo de la Sagrada Familia!

Visitando hoy estos dos lugares tan queridos por vosotros, tengo la grata impresión de respirar la genuina religiosidad cristiana, tan antigua como sus raíces y siempre fresca en sus manifestaciones, que da robustez al espíritu propio de esta ciudad condal y de toda Cataluña.

1. Allá arriba en Montserrat, María sigue aceptando, en el silencio confidente de cuantos acuden a Ella, el riesgo providencial de ofrecer su seno virginal, en acatamiento de la voluntad de Dios Padre, para que los hombres renueven sin cesar

los corazones a imagen de su Hijo Jesús y bajo el aliento creador del Espíritu. María, Virgen y Madre, presente en tantos santuarios, da cuna y morada de salvación a la nueva humanidad restaurada en Cristo, la Iglesia cuyos hijos «no nacen de linaje humano, ni por impulso de la carne ni por deseo de varón, sino que nacen de Dios» (cfr. Jn. 1, 13). También vosotros, que me escucháis, sois nacidos de Dios. ¡Sois hijos de María! Sí, porque la Iglesia es el hogar universal de la familia de Dios, es vuestro hogar.

2. De esta realidad misteriosa quiere ser expresión visible este magnífico templo de la Sagrada Familia de Barcelona, debido a la inspiración de

un alma particularmente sensible a todo lo eclesial como el padre José Mañanet y Vives y obra de arte del genial maestro Antonio Gaudí. Realidad misteriosa, pero verdadera, porque Barcelona ha sabido dar vigencia a esta vocación familiar, mediante la unidad de fe y la comunión de vida que animan el quehacer cotidiano de sus habitantes.

«Cap i Casal» de Cataluña, Barcelona es admirada en el mundo por el conocido dinamismo, laborioso y emprendedor de sus hombres; pero no menos encomiable y meritorio, sobre todo para la Iglesia, es el tradicional ánimo acogedor que a lo largo de la historia ha llevado a barceloneses y catalanes, a vosotros, a compartir ciudadanía humana y cristiana con innumerables gentes, originarias de otras regiones de España.

Entre vosotros han formado un hogar; a vuestro lado ha quizá recobrado sentido y respiro su propia vida; con vosotros han emprendido ilusionados esa andadura de dolores y gozos que se va abriendo paso día a día en la existencia, como recuerdan los misterios del rosario, representados en este templo.

Es, pues, sumamente aleccionador que todos unidos podáis proclamar ante la Iglesia que esta ciudad y esta región son un hogar amplio y abierto a la fraternidad cristiana, donde ya «no hay extranjeros ni advenedizos, sino conciudada-

nos de los consagrados y familia de Dios, pues edificados... sobre el Mesías como piedra angular» (cfr. Ef. 2, 1ss.).

3. Este templo de Sagrada Familia es una obra que no está aún terminada, pero tiene solidez desde un principio, recuerda y compendia otra construcción hecha con piedras vivas: la familia cristiana, célula humana esencial, donde la fe y el amor nacen y se cultivan sin cesar. Que la familia sea siempre entre vosotros auténtica «Iglesia doméstica», lugar consagrado al diálogo con Dios Padre, escuela de seguimiento a Cristo por los caminos indicados en el Evangelio, fermento de convivencia y de virtudes sociales en estrecha comunión con el Espíritu que habita en nuestras almas.

Al recitar ahora el ángelus, quisiera que en el corazón de todos haya una intención especialmente afectuosa y suplicante para las madres de familia, cuya misión tiene su modelo en María, Madre de Jesucristo y Madre de la Iglesia. «La Virgen —nos dice el Concilio Vaticano II— fue en su vida ejemplo de aquel afecto materno, con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan a regenerar a los hombres» (*Lumen gentium*, 65).

Que Deu beneeixi les vostres famílies.

Quisiera que en el corazón de todos haya una intención especialmente afectuosa y suplicante para las madres de familia, cuya misión tiene su modelo en María, Madre de Jesucristo y Madre de la Iglesia.

Barcelona7 Noviembre

AL MUNDO DEL TRABAJO

Vengo a anunciaros el “Evangelio del Trabajo”

*En Montjuich, Su Santidad dirigía
las siguientes palabras a los obreros y empresarios:*

Queridos trabajadores y empresarios:

1. Me alegro de encontrarme hoy con vosotros en esta hermosa ciudad de Barcelona. Os saludo con particular afecto y os agradezco vuestra cariñosa acogida, que me hace sentir tan a gusto entre vosotros, como un amigo y hermano. Os pido desde el primer momento que llevéis mi saludo a vuestros hijos y familias.

A vosotros, queridísimos *trabajadores y trabajadoras*, a los presentes y a los ausentes, a los nativos de esta tierra o provenientes de otras regiones, así como a los de toda España, vengo a anunciaros el «evangelio del trabajo».

2. La Iglesia considera un deber suyo imprescindible, en el campo social, ayudar «a consolidar la comunidad humana según la ley divina» (*Gaudium et spes*, 42), recordando la dignidad y los derechos de los trabajadores, estigmatizando las situaciones en las que estos derechos son violados y favoreciendo los cambios que conducen al auténtico progreso del hombre y de la sociedad.

El trabajo responde *al designio y a la voluntad de Dios*. Las primeras páginas del Génesis nos presentan la creación como obra de Dios, *el trabajo de Dios*. Por esto, Dios *llama al hombre a trabajar*, para que se asemeje a El. El trabajo no constituye, pues, un hecho accesorio ni menos una maldición del cielo. Es, por el contrario, una bendición primordial del Creador, una actividad que permite al individuo realizarse y ofrecer un servicio a la sociedad. Y que además tendrá un premio superior, porque «no es vano en el Señor» (1 Cor., 15, 58).

Pero la proclamación más exhaustiva del «evangelio del trabajo» la hizo Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre —y hombre del trabajo manual—, sometido al duro esfuerzo. El dedicó gran parte de su vida terrena al trabajo de artesano e incorporó el mismo trabajo a su obra de salvación.

3. Por parte mía, en estos cuatro años de pontificado, no he dejado de proclamar, en mis encíclicas y catequesis, la centralidad del hombre, su primado sobre las cosas y la importancia de la dimensión subjetiva del trabajo, fundada sobre la dignidad de la persona humana. En efecto, el hombre es, en cuanto persona, el centro de la creación; porque sólo él ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Llamado a «dominar» la tierra (Gén., 1, 28) con la perspicacia de su inteligencia y con la actividad de sus manos, él se convierte en artífice del trabajo —tanto manual como intelectual—, comunicando a su quehacer la misma dignidad que él tiene.

**Consolidad la comunidad
humana según la
ley divina**

**No he dejado de
proclamar la
centralidad del hombre
en el trabajo, porque ha
sido creado a imagen y
semejanza de Dios**

EL CONCEPTO CRISTIANO DEL TRABAJO

El trabajo es un deber moral

El concepto cristiano del trabajo, amigos y hermanos trabajadores, ve en éste una llamada a colaborar con el poder y amor de Dios para mantener la vida del hombre y hacerla más correspondiente a su designio. Así entendido, el trabajo no es una necesidad biológica de subsistencia, sino un deber moral; es un acto de amor y se convierte en alegría: la alegría profunda de darse, por medio del trabajo, a la propia familia y a los demás, la alegría íntima de entregarse a Dios y de servirlo en los hermanos, aunque tal donación conlleva sacrificios. Por eso el trabajo cristiano tiene un sentido pascual.

Determinadas actitudes se encuentran muy lejos de un concepto cristiano del trabajo.

La consecuencia lógica es que todos tenemos el deber de hacer bien nuestro trabajo. Si queremos realizarnos debidamente, no podemos rehuir nuestro deber ni conformarnos con trabajar mediocrementemente, sin interés, sólo por cumplir.

4. Vuestra laboriosidad tenaz y vuestro sentido de responsabilidad os hacen comprender, queridos hermanos y hermanas, qué lejos están del concepto cristiano del trabajo —y hasta de una recta visión del orden social— determinadas actitudes de desinterés, de derroche de tiempo y de recursos que se están difundiendo en nuestros días, tanto en el sector público como en el privado. Por no hablar del fenómeno del absentismo, un mal social que no sólo toca la productividad, sino que ofende las esperanzas y sufrimientos de quien busca y reclama desesperadamente una ocupación.

Dentro del esfuerzo que empuja a creyentes y hombres de buena voluntad hacia el logro de una sociedad verdaderamente humana, la Iglesia quiere estar presente por fidelidad al Evangelio —«buena nueva» de salvación para todos, pero especialmente para los pobres y los oprimidos—, recordando las enseñanzas que provienen de la palabra del Señor:

El trabajo, un bien del hombre y para el hombre

— El trabajo es ciertamente un bien *del* hombre y *para* el hombre. A este respecto, en la encíclica *Laborem exercens* he subrayado que «el trabajo *es para el hombre* y no el hombre *para el trabajo*» (núm. 6). El meollo de la doctrina social cristiana sobre el trabajo se centra aquí: no se llega al recto concepto del trabajo si no se está en estrecha dependencia con el recto concepto del hombre.

La familia es factor fundamental, determinante de la política del trabajo

— El trabajo y la laboriosidad constituyen *un deber* y *un servicio* a la *célula familiar*, a su vida, unidad, desarrollo y perfeccionamiento. Por esto, «la razón de ser de la familia —decía hace tres años a los obreros polacos— es uno de los factores fundamentales que determinan la economía y la política del trabajo».

El bien común, regulador de la actividad laboral

— La naturaleza rectamente entendida del trabajo no sólo respeta las exigencias del *bien común*, sino que dirige y transforma toda actividad laboral en cooperación eficaz al bien de todos, enriqueciendo así el patrimonio de la familia humana.

5. Lo dicho anteriormente me lleva a tocar brevemente un problema que no es exclusivo de España, pero que la afecta en buen grado: me refiero *al paro*.

La falta de trabajo va contra el «derecho al trabajo», entendido —en el contexto global de los demás derechos fundamentales— como una necesidad primaria, y no un privilegio de satisfacer las necesidades vitales de la existencia humana a través de la actividad laboral.

**La falta de trabajo,
un problema ético
síntoma de un
desorden moral**

Es un problema urgente y que debe empujar a cada cristiano a asumir sus responsabilidades en nombre del Evangelio y de su mensaje de justicia, de solidaridad y de amor.

De un paro prolongado nace la inseguridad, la falta de iniciativa, la frustración, la irresponsabilidad, la desconfianza en la sociedad y en sí mismos; se atrofian así las capacidades de desarrollo personal; se pierde el entusiasmo, el amor al bien; surgen las crisis familiares, las situaciones personales desesperadas, y se cae entonces fácilmente —sobre todo los jóvenes— en la droga, el alcoholismo y la criminalidad.

Sería falaz y engañoso considerar este angustioso fenómeno, que se ha hecho ya endémico en el mundo, como producto de circunstancias pasajeras o como un problema meramente económico o sociopolítico. En realidad constituye un *problema ético*, espiritual, porque es síntoma de la presencia de un *desorden moral* existente en la sociedad, cuando se infringe la jerarquía de los valores.

**La resolución justa exige
una revisión del orden
económico**

6. La Iglesia, a través de su magisterio social, recuerda que las vías de solución justa de este grave problema exigen hoy *una revisión del orden económico en su conjunto*. Es necesaria una planificación global y no simplemente sectorial de la producción económica: es necesaria una correcta y racional organización del trabajo, no sólo a nivel nacional, sino también internacional: es necesaria la solidaridad de todos los hombres del trabajo.

El Estado no puede resignarse a tener que soportar crónicamente un fuerte desempleo: la creación de nuevos puestos de trabajo debe constituir para él *una prioridad* tanto económica como política. Pero también los empresarios y los trabajadores deben favorecer la superación de la falta de puestos de trabajo: manteniendo unos el ritmo de producción en sus empresas, y rindiendo otros con la debida eficiencia en su trabajo, dispuestos a renunciar, por solidaridad, al «doble» empleo y al recurso sistemático al trabajo «extraordinario», que reducen de hecho las posibilidades de admisión para los desocupados.

**Se impone una
conversión de corazones,
de mentes y de
voluntades**

Hay que crear con todos los medios posibles una economía que esté al servicio del hombre. Para superar los contrastes de intereses privados y colectivos; para vencer los egoísmos en la lucha por la subsistencia, se impone en todos un verdadero *cambio de actitudes*, de estilo de vida, de valores; se impone una *auténtica conversión de corazones*, de mentes y de voluntades: la conversión al hombre, a la verdad por el hombre.

Me he detenido especialmente en este argumento tan actual. Sé que os preocupan otros muchos problemas referentes al salario, condiciones higiénico-sanitarias en el trabajo, protección contra accidentes laborales, el papel del sindicato, la participación en la gestión y beneficios de la empresa, y la adecuada protección a los trabajadores venidos de otras partes.

**Iluminad vuestros
ambientes de caridad
y esperanza para
encontrar soluciones
justas**

Se trata de una problemática compleja y vital para vosotros; pero quiero repetirlos una vez más: no olvidéis que el trabajo tiene como característica primordial la de *unir a los hombres*: «en esto consiste su fuerza social: la fuerza de construir una comunidad» (*Laboral exercens*, 20). Haced hincapié en ella y en los grandes valores cristianos que os animan. Llevad vuestra serenidad y confianza al lugar de trabajo. Iluminad vuestros ambientes de caridad y esperanza: así os resultará más fácil encontrar soluciones justas.

OTRA CLASE DE TRABAJADORES: LOS EMPRESARIOS

**Saludo a los creadores
de puestos de trabajo**

7. Permitidme ahora, queridos trabajadores y trabajadoras, que dirija mi palabra a otra clase de trabajadores de España: los *empresarios*, industriales, altos dirigentes, consejeros calificados de la vida socioeconómica y promotores de complejos industriales.

Saludo y rindo honor en vosotros a los creadores de puestos de trabajo, empleo, servicios y enseñanza profesional; a todos los que en esta querida España dan trabajo y sustento a una gran muchedumbre de trabajadores y trabajadoras. El Papa os expresa su estima y gratitud por la alta función que cumplís al servicio del hombre y de la sociedad. También a vosotros anuncio el «Evangelio del trabajo».

**Por encima de lo técnico
y de lo económico
está la dimensión moral
de la empresa**

Y al invitaros a reflexionar sobre la *concepción cristiana de la empresa*, quisiera ante todo recordaros que, por encima de sus aspectos técnicos y económicos —en lo que sois maestros— hay uno más profundo: el de su *dimensión moral*. Economía y técnica, en efecto no tiene sentido si no son referidas al hombre, al que deben servir.

De hecho, el trabajo es para el hombre, y no el hombre para el trabajo; por consiguiente, *también la empresa es para el hombre, y no el hombre para la empresa*.

**El hombre es sujeto
del trabajo y es persona.
El capital un conjunto
de cosas**

Superar la innatural e ilógica *antinomia entre capital y trabajo* —exasperada a menudo artificialmente por una lucha de clases programada— es, para una sociedad que quiere ser justa, una exigencia indispensable, fundada sobre la primacía del hombre sobre las cosas. Solamente el hombre —empresario u obrero— es sujeto del trabajo y es persona; el capital no es más que «un conjunto de cosas» (*Laborem exercens*, 12).

8. El mundo económico —lo sabéis bien— está sufriendo desde hace tiempo una gran *crisis*. La cuestión social, de un problema «de clases» se ha transformado en un problema «mundial». La evolución de las fuentes de energía y la incidencia de fuertes intereses políticos en este campo han creado nuevos problemas, provocando la puesta en duda de ciertas estructuras económicas hasta ahora consideradas indispensables e intocables y haciendo cada vez más difícil su dirección.

Ante tales dificultades no vaciléis; no dudéis de vosotros mismos; no caigáis en la tentación de abandonar la empresa, para dedicaros a actividades profesionales egoísticamente más tranquilas y menos comprometedoras. Superad estas tentaciones de evasión y seguid valientemente en vuestro puesto; esforzándoos en dar cada vez un rostro más humano a la empresa, pensando en la gran aportación que ofrecéis al bien común cuando abris nuevas posibilidades de trabajo.

En el desarrollo de la revolución industrial se cometieron en el pasado, también por parte de los empresarios, errores no pequeños. No por ello hay que dejar de reconocer y alabar públicamente, queridos industriales vuestro dinamismo, espíritu de iniciativa, férrea voluntad, capacidad de creatividad y de riesgo, que han hecho de vosotros una figura clave en la historia económica y frente al futuro.

**La empresa está
llamada a realizar una
función social**

9. Por su misma dinámica intrínseca, *la empresa* está llamada a realizar, bajo vuestro impulso, una *función social* —que es profundamente *ética*—: la de contribuir al perfeccionamiento del hombre, de cada hombre, sin ninguna discriminación; creando las condiciones que hacen posible un trabajo en el que, a la vez que se desarrollan las capacidades personales, se consiga una producción eficaz y razonable de bienes y

servicio y se haga al obrero consciente de trabajar realmente «en algo propio».

La empresa es, por tanto, no solamente un organismo, una estructura de producción, sino que debe transformarse en *comunidad de vida*, en lugar donde el hombre convive y se relaciona con sus semejantes, y donde el desarrollo personal no sólo es permitido, sino fomentado. El enemigo principal de la concepción cristiana de la empresa, ¿no es quizá *un cierto funcionalismo* que hace de la eficacia el postulado único e inmediato de la producción y del trabajo?

Las relaciones de trabajo son, ante todo, *relaciones entre seres humanos* y no pueden medirse con el único método de la eficacia. Vosotros mismos, queridos empresarios presentes, si queréis que vuestra actividad profesional sea coherente con vuestra fe, no os conforméis con que «las cosas marchen», que sean eficaces, productivas y eficientes, sino buscad más bien que los frutos de la empresa redunden en beneficio de todos por medio de la promoción humana global y el perfeccionamiento personal de aquellos que trabajan con vosotros.

Sé que la realidad socioeconómica es por su misma naturaleza bastante compleja, hasta el punto de parecer difícilmente gobernable en los momentos de crisis agudas, sobre todo cuando adquiere proporciones planetarias. Sin embargo, es precisamente en tales situaciones cuando conviene dejarse guiar por un *gran sentido de justicia* y por una *total confianza en Dios*. En los tiempos difíciles y duros para todos —como son los de las crisis económicas— *no se puede abandonar a su suerte a los obreros*, sobre todo a los que —como *los pobres, los inmigrantes*— sólo tienen sus brazos para mantenerse. Conviene recordar siempre un principio importante de la doctrina social cristiana: «la jerarquía de valores, el sentido profundo del trabajo mismo exigen que el capital esté en función del trabajo, y no el trabajo en función del capital» (*Laborem exercen*, 23).

¡SED SOLIDARIOS!

10. Y ahora, al final de nuestro encuentro, quiero deciros una última palabra, queridos hermanos obreros y queridos empresarios de España:

Sed solidarios

El tiempo en que vivimos exige con urgencia que en la convivencia humana, nacional e internacional, cada persona y grupo superen sus posiciones inamovibles y los puntos de vista unilaterales que tienden a hacer más difícil el diálogo e ineficaz el esfuerzo de colaboración.

La Iglesia no ignora la presencia de tensiones e incluso con conflictos en el mundo del trabajo. ¡Pero no es con los antagonismos o con la violencia como se resuelven las dificultades! ¿Por qué no buscar vías de solución entre las partes? ¿Por qué rechazar el diálogo paciente y sincero? ¿Por qué no recurrir a la buena voluntad de escucha, al mutuo respeto, al esfuerzo de búsqueda leal y perseverante, aceptando acuerdos incluso parciales, pero portadores siempre de nuevas esperanzas?

El trabajo tiene en sí *una fuerza que puede dar vida a una comunidad: la solidaridad. La solidaridad del trabajo*, que espontáneamente se desarrolla entre los que comparten el mismo tipo de actividad o profesión, para abrazar con los intereses de los individuos y de los grupos el bien común de toda la sociedad. *La solidaridad con el trabajo*, es decir, con cada hombre que trabaja, la cual —superando todo egoísmo

El enemigo principal de la concepción cristiana de la empresa: el funcionalismo

Guiaros por un gran sentido de justicia y por una total confianza en Dios

No se puede abandonar a su suerte a los obreros

La solidaridad, vía de solución

de clase o intereses políticos unilaterales— se hace cargo del drama de quien está desocupado o se encuentra en difícil situación de trabajo. Finalmente, *la solidaridad en el trabajo*; una solidaridad sin fronteras, porque está basada en la naturaleza del trabajo humano, es decir, sobre la prioridad de la persona humana por encima de las cosas.

Tal solidaridad, abierta, dinámica, universal por naturaleza, nunca será negativa; una «solidaridad *contra*», sino positiva y constructiva, una «solidaridad *para*», para el trabajo, para la justicia, para la paz, para el bienestar y para la verdad en la vida social.

11. ¡Amadísimos hermanos y hermanas!

Vuestra sensibilidad de creyentes, vuestra fe de cristianos os ayude a vivir la Buena Nueva, el «Evangelio del trabajo». Sed conscientes de vuestra dignidad de trabajadores manuales o intelectuales. Colaborad con espíritu de solidaridad en los problemas sociales que os acosan. Sed levadura y presencia cristiana en cualquier parte de España.

La Iglesia confía en vosotros, os sigue, os apoya, os quiere: sed siempre dignos de vuestras tradiciones religiosas y familiares.

Permitidme que os recuerde, particularmente, que por causa del trabajo no descuidéis vuestra familia y vuestros hijos. Y emplead el descanso festivo para el encuentro renovado con Dios y la sana diversión.

Confío a la Madre de Montserrat vuestras personas, hijos y familias.

Estimats treballadors i empresaris: que Déu us ajudi a interessar-vos al bé de tot home, vostre germa.

Sed dignos de vuestras tradiciones religiosas y familiares



Lo primero que el Papa y la Iglesia esperan de vosotros es que adopteis actitudes verdaderamente cristianas

Queridos hermanos y hermanas:

1. Ens trovem reunits en aquest estadi per celebrar el dia del Senyor. Units al vostre Pastor i a tants germans de Barcelona i de molts altres indrets.

La segunda lectura de esta misa, tomada de la carta a los hebreos, presenta la importancia del acto interno de ofrecimiento de Jesús al Padre. Lo realizó, por primera vez, al entrar en el mundo por la Encarnación (cf. Heb., 10, 5); su ofrecimiento se refiere entonces a su futuro sacrificio redentor.

Manteniendo siempre ese ofrecimiento interno, da unidad de sentido a toda su vida terrena. El ofrecimiento acompañó los dolores y sufrimientos de la cruz y les dio el valor redentor que sin ese acto de oblación no habrían tenido. Pero aun después de la resurrección y ascensión, la vida de Cristo sigue teniendo unidad de sentido, ya que también ahora Jesús sigue ofreciendo al Padre los dolores ya pretéritos de la Pasión.

La epístola utiliza la liturgia veterotestamentaria del día de la expiación, como esquema explicativo del misterio redentor. En ella las víctimas inmoladas se quemaban fuera del campamento. También Cristo fue inmolado en el Calvario, entonces fuera de la ciudad (cf. Heb., 13, 11ss). El Sumo Sacerdote entraba en el Sancta Sanctorum para ofrecer a Yavé el sacrificio. También Cristo, Sacerdote de la Nueva Alianza, resucitó y subió a los cielos, para entrar así en el santuario celeste y presentar al Padre perennemente la sangre que un día derramó sobre la cruz.

Es el mismo Cristo que viene al altar, repitiendo su ofrecimiento al Padre por nosotros. La pequeñez de nuestros deseos de entrega a Cristo y de llevar una vida cristiana, tienen que ser puestos sobre el altar, para que queden unidos al ofrecimiento de Jesús. Nuestra humilde entrega —insignificante en sí, como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda— se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la oblación de Jesús.

¿Y en qué ha de consistir nuestra entrega a Cristo? De inmediato os digo que lo primero que el Papa y la Iglesia esperan de vosotros es que, frente a vuestra propia existencia, frente a la misma Iglesia, frente a la problemática humana actual, adoptéis *actitudes verdaderamente cristianas*.

Jesús sigue ofreciendo al Padre los dolores ya pretéritos de la Pasión

La pequeñez de nuestras intenciones, puesta sobre el altar, queda unida al ofrecimiento de Jesús

Frente a los problemas hay que adoptar actitudes verdaderamente cristianas

Abirse a la novedad que Cristo nos trajo al enseñarnos que cada hombre es hijo de Dios

La mayor mutilación es privar al hombre de su dimensión trascendente

El misterio de poder venir a ser hijos d Dios

Estima de todo lo humano que sea bueno, informa eficazmente por la fe

La misión de la Iglesia es formar en la fe la conciencia de sus fieles

2. Vuestra vida como seres humanos tiene ya en sí una grandeza y dignidad únicas. Ellas imponen una recta valoración, para vivirla en coherente respeto de las exigencias de verdad, de honestidad, de uso correcto del magnífico don divino de la libertad en todas sus dimensiones.

Pero esta realidad espléndida no puede encerrarse en esos solos horizontes, por más que no pueda prescindir de ellos. Ha de abrirse a la *novedad* que Cristo vino a traer al mundo, enseñando a cada hombre que es hijo de Dios (cf. Mt., , 9-15), redimido con la sangre del mismo Cristo (Ef., 1, 7) coheredero con El (cf. Rom., 8, 17) destinado a una meta trascendente (cf. Rom., 8, 20-23; Ef., 2, 6s).

Sería la mayor mutilación privar al hombre de esa perspectiva, que lo eleva a la dimensión más alta que puede tener. Y que, en consecuencia, le ofrece el cauce más apto para desplegar sus mejores energías y entusiasmo.

Como escribí en la encíclica *Redemptor hominis*: «Esta unión de Cristo en el hombre es en sí misma un misterio, del que nace “el hombre nuevo”, llamado a participar en la vida de Dios, creado nuevamente en Cristo, en la plenitud de la gracia y la verdad. La unión de Cristo con el hombre es la fuerza y la fuente de la fuerza, según la incisiva expresión de San Juan en el prólogo de su Evangelio: “Dioles Dios poder de venir a ser hijos”» (n. 18).

Aquí se halla el fundamento del conocimiento en profundidad del valor de la propia existencia. El fundamento de nuestra identidad como cristianos. De ahí ha de derivar una actitud práctica coherente, hecha de estima hacia todo lo humano que sea bueno e informada eficazmente por la fe.

3. Para un cristiano es parte muy importante la relación que establece con la Iglesia. Relación que puede ir de un polémico rechazo, a la aceptación parcial; de una crítica sistemática, a la fidelidad madura y responsable.

Un primer planteamiento que se impone, para evitar confusiones o perspectivas falsas, es considerar a la Iglesia en su naturaleza verdadera: una sociedad de tipo espiritual y con fines espirituales, encarnada en los hombres de cada tiempo (cf. *Lumen gentium*, 2). Sin afán alguno de entrar en competencia con los poderes civiles, para ocuparse de los asuntos meramente materiales o políticos, que ella reconoce gustosamente no ser de su incumbencia. Sin renunciar tampoco a su misión, que es mandato recibido de Cristo, de formar en la fe la conciencia de sus fieles. Para que ellos, en su doble, faceta de ciudadanos y fieles, contribuyan al bien en todas las esferas de la vida, de acuerdo con sus propias convicciones y con el debido respeto a las ajenas.

La Iglesia fundada por Cristo *sobre Pedro y los Apóstoles*, misión continuada hoy en sus Sucesores (cf. *Lumen gentium*, 18), es sacramento universal de salvación, signo e instrumento de la gracia de Cristo en la que renacemos a vida nueva (cf. *Lumen gentium*, 1, 2). Lo es por su figura visible, que recuerda a los hombres la presencia y acción divinas. Lo es por la predicación de la Palabra de Dios y la administración de los Sacramentos, fuentes de salvación. Lo es a través de la vida de sus fieles, llamados a contribuir, cada uno según su condición, a extender el mensaje evangélico y hacer presente a Cristo en todos los ambientes de la sociedad.

Fidelidad al Magisterio de la Iglesia sin pretender hacerla según nuestros criterios personales

La Iglesia es Madre, y una madre debe ser amada

La Iglesia no depende de criterios de número o de moda

La Iglesia que ama todo lo humano, tiene una misión propia: procurarle al hombre su salvación

Instaurar en Cristo el orden de las realidades temporales

De estas premisas deriva una actitud bien concreta para el cristiano. La Iglesia *ha sido constituida por Cristo*, y no podemos pretender hacerla según nuestros criterios personales. Tiene por voluntad de su Fundador una guía formada por el Sucesor de Pedro y de los Apóstoles: ello implica, por fidelidad a Cristo, *fidelidad al Magisterio* de la Iglesia.

Ella es Madre, en la que renacemos a la vida nueva en Dios; *una madre debe ser amada*. Ella es santa en su Fundador, medios y doctrina, pero formada por hombres pecadores; hay que *contribuir positivamente a mejorarla*, a ayudarla hacia una fidelidad siempre renovada, que no se logra con críticas corrosivas.

La Iglesia ofrece cada día la palabra de salvación y los sacramentos instituidos por Cristo y no depende de criterios de número o de moda; ello obliga al *respeto a la voz de la Jerarquía*, criterio y guía inmediatos en la fe. Ella está formada por todos nosotros, Pueblo de Dios (cf. *Lumen gentium*, 9); ello impone la *colaboración responsable de cada cristiano o grupo*, sus fuerzas, su capacidad vivencial, *pero en leal escucha de los legítimos Pastores*. Ella ama al hombre en su integridad, nada de lo humano de verdad le es indiferente; pero luchando por elevar al hombre, no olvida que su misión esencial propia es *procurarle la salvación*.

4. Frente a la problemática del mundo actual en el que vive inmerso, el cristiano no puede menos de adoptar una actitud que refleje el concepto que tiene de sí mismo, a la luz de su relación con la Iglesia.

Consciente de su deber de «dar un sentido más humano al hombre y a su historia» (*Gaudium et spes*, 40), el cristiano deberá estar en primera línea como testigo de la verdad, honestidad y justicia. Es la primera consecuencia del valor humanizador de la fe y del dinamismo creador de la misma.

Bien radicado en esa fe y desde una clara y valiente convicción evangélica, no dudará en asumir su parte de responsabilidad, para «instaurar en Cristo el orden de las realidades temporales» (*Apostolicam actuositatem*, 7). Nunca podrán olvidar los cristianos que deben ser «fermento y alma de la sociedad» (*Gaudium et spes*, 40) y que en las tareas temporales «la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimento de todas ellas según la vocación personal de cada uno» (ibíd., 43).

El hijo de la Iglesia ha de vivir la convicción de que ha de ser *cristiano de la fidelidad a Cristo*, para ser *cristiano de la coherencia en el amor al hombre*, en la defensa de sus derechos, en el compromiso por la justicia, en la solidaridad con cuantos buscan la verdad y elevación del hombre (ibíd., 43).

¿Queréis un criterio seguro, concreto, sistemático, que os guíe en el momento presente?

Seguid la voz del Magisterio y sed fieles al concilio de nuestro tiempo: el Vaticano II.

5. Estas actitudes comportan un profundo empeño y una gran capacidad de esfuerzo y valentía.

Se abre ante los ojos del cristiano la necesidad de cambiar tantas cosas que son inadecuadas o injustas y que requieren la transformación desde dentro y desde fuera.

Pero hay un espejismo al que se puede sucumbir: querer cambiar la sociedad cambiando sólo las estructuras externas o buscando únicamente la satisfacción de las necesidades materiales del hombre. Y, en cambio, hay que *empezar por cambiarse a sí mismo*; por renovarse moralmente; por transformarse desde dentro, imitando a Cristo; por destruir las raíces del egoísmo y del pecado que anida en cada corazón. Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad.

6. Para vivir en esa actitud cristiana, el hijo de la Iglesia, que siente la propia debilidad y pecado, necesita un *constante empeño de conversión* y de retorno a las fuentes ideales que inspiran su conducta. Necesita un constante retorno a su conciencia y a Cristo.

En su fe ha de hallar la fuerza y dinamismo para corregirse y confirmarse cada día en el bien. Sin abandonarse a esa pasividad resignada que serpea en tantos espíritus.

Un empeño de conversión que ha de ser personal y también comunitario. Capaz de orientar siempre hacia una mayor fidelidad a la propia condición cristiana y a superar, en metas más altas, los fallos o errores del pasado. *Sin dejarse paralizar por ellos*, en un inútil inmovilismo o sentimiento de culpabilidad.

El fallo y el pecado *anidan por desgracia en cada hombre*, en cada sector humano u organismo compuesto por hombres, en la Iglesia y fuera de ella.

Pero Dios nos ayuda a renovarnos constantemente en su gracia y amor. La palabra revelada, el ejemplo de Cristo, la gracia de los sacramentos son nuestros caminos de superación a través de la conversión.

7. Estas actitudes cristianas necesitan *criterios y guías concretos* que las orienten de modo seguro, evitando posibles desviaciones.

¿Queréis un criterio seguro, concreto, sistemático que os guíe en el momento presente? *Seguid la voz del magisterio y sed fieles al concilio de nuestro tiempo: el Vaticano II.*

Empezar por cambiarse a sí mismo, destruyendo el egoísmo y el pecado que anida en el corazón

Sin abandonarse a esa pasividad resignada que serpea en tantos espíritus

Criterio segura para el momento presente: seguir la voz del Magisterio y el Concilio Vaticano II

Esforzaos porque las leyes y costumbres no vuelvan la espalda al sentido trascendente del hombre, ni a los aspectos morales de la vida.

Sin reticencias, temores o resistencias, por una parte. Sin interpretaciones arbitrarias o confusiones de la enseñanza objetiva con las propias ideas, por otra. Arranque de ahí el camino de la necesaria unidad querida por Cristo.

Esa correcta aplicación de las enseñanzas conciliares constituye, como he dicho en repetidas ocasiones, uno de los objetivos principales de mi pontificado.

8. Así, queridos hermanos y hermanas, vivid vosotros e infundid en las realidades temporales la savia de la fe de Cristo, conscientes de que esa fe no destruye nada auténticamente humano, sino que lo refuerza, lo purifica, lo eleva.

Demostrad ese espíritu en la atención prestada a los problemas cruciales. En el ámbito de la familia, viviendo y defendiendo la indisolubilidad y los demás valores del matrimonio, promoviendo el respeto a toda vida desde el momento de la concepción. En el mundo de la cultura, de la educación y de la enseñanza, eligiendo para vuestros hijos una enseñanza en la que esté presente el pan de la fe cristiana.

Sed también fuertes y generosos a la hora de contribuir a que desaparezcan las injusticias y las discriminaciones sociales y económicas; a la hora de participar en una tarea positiva de incremento y justa distribución de los bienes. Esforzaos porque las leyes y costumbres no vuelvan la espalda al sentido trascendente del hombre ni a los aspectos morales de la vida.

9. En el momento culminante de la misa se hace presente en el altar el misterio del Calvario. Jesús mismo renueva la oblación de aquel día, la oblación que nos salva.

Junto a la cruz estuvo la Madre de Jesús (cf. Jn. 19,25), participando de su dolor. Que Ella, la Madre de la Merced, os ayude con su intercesión a renovar en esta santa misa vuestro compromiso de cristianos. Confiados en su patrocinio, desechad pasivismos y titubeos. Y sed fieles a vosotros mismos, a la Iglesia y a vuestro tiempo, con coherentes actitudes cristianas. Así sea.

¡Que Deu us beneeixi!

Infundid en las realidades temporales la savia de la fe en Cristo que eleva todo lo auténticamente humano

Defended la indisolubilidad del matrimonio y el respeto a la vida desde su concepción

Elegid para vuestros hijos una enseñanza en que esté presente el pan de la fe cristiana

Esforzaos por que las leyes y costumbres no vuelvan la espalda a Dios

Que el Patrocinio de la Madre de la Merced os inspire actitudes cristianas coherentes

Viviendo y defendiendo la indisolubilidad y demás valores del matrimonio; promoviendo el respeto a la vida desde el momento de la concepción..., eligiendo para vuestros hijos una enseñanza en la que esté presente el pan de la fé cristiana.

A LOS ANCIANOS

El mandamiento del Sinaí, «Honra a tu padre y a tu madre» sigue en plena vigencia

Queridos ancianos:

1. Ante este santuario de la Madre común de los Desamparados os saludo con especial afecto, personas de la tercera edad. Y me alegra que este encuentro tenga lugar aquí en Valencia, tan ligada a una figura muy querida en esta ciudad y en España: Santa Teresa Jornet Ibars, fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, que, junto con otros institutos y personas, tanto se han prodigado y se prodigan en favor de la tercera edad.

La ancianidad es algo venerable para la Iglesia y para la sociedad y merece el máximo respeto y estima. Ya el Antiguo Testamento nos enseña: «Alzate ante una cabeza blanca y honra la persona del anciano» (Lev., 19, 32). «En los ancianos está el saber y en la longevidad el asensatez» (Job., 12, 12). Por ello me inclino ante vosotros e invito a todos a manifestar siempre la reverencia afectuosa que merecen quienes nos han dado la vida y nos han precedido en la organización de la so-

iedad y en la edificación del presente. El severo mandamiento del Sinaí, «honra a tu padre y a tu madre», sigue en plena vigencia.

2. Sé que un mundo materialista y hedonista como el nuestro trata muchas veces de aislaros, queridos ancianos, y os encontráis con problemas de soledad, de falta de cariño y comprensión. Un sufrimiento tanto mayor cuanto son los propios hijos o familiares los que se comportan de esa manera.

Muchos no comprenden que no se pueden valorar la vida y las cosas con un solo criterio económico o de eficiencia. Por ese camino se deshumaniza la convivencia y se empobrece la familia y la sociedad. Es verdad que en tantos casos la persona en edad adulta, sobre todo si no goza de buena salud, no podrá ejercer las mismas funciones de una más joven. Pero no por ello su misión es, a veces, menos preciosa, pues puede desarrollar muchas labores complementarias y muy útiles, que la vida moderna no permite fácilmente a quien tiene un traba-

jo regular. Esa inserción en la vida familiar y social, según las posibilidades de los ancianos, será para ellos fuente de serenidad personal y de aliento —al sentir la propia—, así como de enriquecimiento social.

Ante una perspectiva demográfica de fuerte crecimiento de los ancianos respecto de los jóvenes, la sociedad ha de plantearse con criterios humanitarios y morales este problema, evitando una dolorosa e injusta marginación.

3. La Iglesia, por su parte, ha de estimular a todos a descubrir y estimar la colaboración que el anciano puede ofrecer a la sociedad, a la familia y a la misma Iglesia. Empezando por alentar a las personas mayores a no automarginarse, cediendo a la falsa convicción de que su vida no tiene ya objetivos dignos.

Para ello hay que ayudarles a mantener el interés por cosas útiles a sí mismos y a los demás, a cultivar su inteligencia, a apreciar la amistad con otras personas y a valorar su puesto en la gran familia de hijos de

Dios que es la Iglesia, en la que cada persona tiene dignidad y valor idénticos. ¡Cuántas parroquias podrían también recibir la ayuda preciosa de personas de la tercera edad en tantas misiones de apostolado, catequesis y de otro tipo!

Es necesario que se desarrolle en la Iglesia una pastoral para la tercera edad, en la que se insista en el papel creativo de la misma, de la enfermedad y limitación parcial, en la reconciliación de las generaciones, en el valor de cada vida, que no termina aquí, sino que está abierta a la resurrección y a la vida permanente. Con ello se hará una labor eclesial y se prestará un gran servicio a la sociedad, clarificando la escala de tantos valores humanos.

Será sobre todo la familia la gran beneficiaria. No resisto a leeros unas hermosas palabras de mi predecesor Pablo VI que recogí en mi exhortación apostólica *Familiaris consortio*: «Los ancianos tienen además el carisma de romper las barreras entre las generaciones antes de que se consoliden: ¡Cuántos niños han hallado comprensión y amor en los ojos, palabras y caricias de los ancianos! y ¡cuánta gente mayor no ha suscrito con agrado las palabras inspiradas «la corona de los ancianos son los hijos de sus hijos!»» (Prov., 17, 6 n. 28).

4. A todos los miembros de la comunidad y especialmente a las religiosas y seglares que trabajan en la pastoral de la ter-

cera edad les expreso mi profundo aprecio y agradecimiento en nombre de la Iglesia. Les pido sigan prestando con abnegación y talante de fe su meritoria obra para inspirar en las personas, familias y comunidades el espíritu de amor del Evangelio hacia los ancianos.

Que la Virgen Santísima de los Desamparados proteja a todas las personas de la tercera edad de España, sobre todo a las que más necesidad tienen de amparo. E inspire sentimientos de solidaridad y comprensión en los corazones para que ningún anciano carezca del respeto, afecto y ayuda que necesita. A los ancianos todos, y a cuantos les atienden y trabajan por ellos, doy de corazón la Bendición Apostólica.

ALOCUCION EN LA ZONA DE LAS INUNDACIONES

SOLIDARIDAD CON VOSOTROS

Amadísimos hermanos y hermanas:

He sentido como un deber y un impulso del corazón, antes de concluir mi estancia en Valencia, hacer una visita particular a vosotros, habitantes de la ribera del Júcar. He venido aquí para estar más cerca de los que sufrís por la pérdida de seres queridos y también por los ingentes daños materiales provocados por las inundaciones de los días pasados, sobre todo en las poblaciones de Alcira, Carcagente y otros centros de población.

Esta visita quiere ser un signo de mi cercanía y solidaridad con vosotros en momentos de dolor. Y deseo que las palabras que pronuncie en este lugar y a las personas aquí presentes lleguen igualmente a las demás zonas afectadas y a cada uno de sus habitantes, porque he venido para todos.

Mi presencia quiere ser también una muestra de aprecio por la solidaridad que hasta ahora se os ha demostrado y que confío continuará en cuanto sea necesario, pues sobre todo para el hombre necesitado los demás deben ser hermanos. Junto al hombre que sufre, debe haber otro que lo asiste y acompaña. La caridad y el sentido humanitario no pueden permanecer indiferentes ante la muerte y la destrucción. Por eso son de alentar todas las iniciativas encaminadas a reconstruir lo antes posible vuestros hogares y a recuperar vuestros puestos de trabajo, rehaciendo así el ambiente para que vuestra vida recobre pronto la serenidad y esperanza.

Os aliento a elevar vuestra mirada hacia Dios, a la vez que a los presentes, así como a todos los habitantes de las otras zonas afectadas —especialmente a los heridos, enfermos y familias en luto— os dejo con afecto mi cordial bendición.

A LOS SACERDOTES

La Eucaristia es la raíz y razón de ser de vuestro sacerdocio

Con ocasión de la ordenación sacerdotal de 141 diáconos, el Papa tuvo la siguiente homilía:

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Testigos de un gran acontecimiento: la ordenación sacerdotal

Queridos hermanos y hermanas:

1. Somos hoy testigos de un gran acontecimiento. Más de un centenar de diáconos, procedentes de toda España, van a recibir la *ordenación sacerdotal*. A esta celebración eucarística se asocian *numerosos sacerdotes* de las diversas diócesis de vuestra patria. Han sido invitados a esta ciudad para *vivir de nuevo* la jornada de su ordenación.

Permitidme que salude ante todo al pastor de esta Iglesia particular, a los obispos presentes, a los sacerdotes y seminaristas, a los que se han dedicado a Dios con una especial consagración, a todo el noble pueblo de Valencia, de su región y de toda España y a cuantos os habéis reunido en este paseo de la Alameda. Saludo con afecto particular, junto con sus familiares, a todos los ordenandos. Pero permitidme sobre todo que renueve desde aquí mi más afectuoso recuerdo a las personas y familias que en los días pasados han sufrido las consecuencias de devastadoras inundaciones y han perdido seres queridos. Confío en que la necesaria solidaridad y ayuda cristiana llegará eficazmente en su ayuda.

Este día sacerdotal tiene como marco la ciudad de Valencia, de arraigadas tradiciones eucarísticas y sacerdotales, con su belleza y colorido, su personalidad y rica historia romana, árabe y cristiana; sobre todo en sus grandes figuras sacerdotales: San Vicente Ferrer, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Ribera. A ellos habría que añadir numerosos santos sacerdotes, entre ellos San Juan de Avila, Patrono del clero español. Todos ellos nos acompañan con su intercesión.

2. ¿En qué consiste la gracia del sacerdocio que hoy van a recibir estos ordenandos?

Lo sabéis bien vosotros, queridos diáconos, que os habéis preparado con esmero para este momento sacramental. Lo conocéis vosotros, queridos sacerdotes, que lleváis el peso gozoso y la carga ligera (Mt., 11, 30) del sacerdocio. También lo sabéis vosotros, cristianos de Valencia y de España, que acompañáis a vuestros sacerdotes y con ellos vivís el gozo de vuestro sacerdocio común distinto, pero no separado del sacerdocio ministerial.

La gracia del sacerdocio ministerial

¡Revivid la gracia que tenéis por la ordenación, sacerdotes de España!

En este acto hablaré ante todo a los ordenados. Pero en ellos veo la ordenación, reciente o lejana, de cada uno de vosotros, sacerdotes de España, y os exhorto a revivir la gracia que tenéis por la imposición de las manos (2 Tim., 1, 6).

El sacramento del orden está profundamente radicado en el misterio de la *llamada* que Dios hace al hombre. En el elegido se realiza el misterio de la *vocación divina*. Nos lo revela la primera lectura tomada del profeta Jeremías.

La llamada radica en Dios

Dios manifiesta al hombre *su voluntad*: «*Antes que te formara en el vientre te conocí; antes de que tú salieses del seno materno, te consagré y te designé para profeta de los gentiles*» (Jer., 1, 5).

La llamada del hombre *está primero en Dios*: en su mente y en la elección que Dios mismo realiza y que el hombre tiene que leer dentro de su corazón. Al percibir con claridad esta vocación que viene de Dios, el hombre experimenta la sensación de su propia *insuficiencia*. El trata de defenderse ante la responsabilidad de la llamada. Dice, como el profeta: «¡Ah, Señor Yavé! He aquí que no sé hablar, pues soy un niño» (Jer., 1, 6). Así la llamada se convierte en el fruto de un diálogo interior con Dios y es a veces como el resultado de una contienda con El.

Dios no abandona al elegido; le ofrece su gracia

Ante las reservas y dificultades que con razón el hombre opone, Dios indica *el poder de su gracia*. Y con el poder de esta gracia consigue el hombre la realización de su llamada: «*Irás a donde te envíe yo y dirás lo que yo te mande. No tengas temor ante ellos, que yo estaré contigo para salvarte... He aquí que yo pongo en tu boca mis palabras*» (Jer., 1, 7-9).

Es necesario, mis queridos hermanos y amados hijos, *meditar con el corazón* este diálogo entre Dios y el hombre para encontrar constantemente el entramado de vuestra vocación. Este diálogo ya se ha realizado en vosotros, que vais a recibir la ordenación sacerdotal. Y tendrá que continuar ininterrumpido durante toda vuestra existencia a través de la oración, sello distintivo de vuestra piedad sacerdotal.

El sacerdote es un llamado, un consagrado y un enviado

3. En la conciencia de vuestra llamada por parte de Dios radica a la vez el secreto de vuestra *identidad sacerdotal*. Las palabras del profeta Jeremías sugieren esa identidad del sacerdote como *llamado* por una elección *consagrado* con una unción, *enviado* para una misión. Llamado por Dios en *Jesucristo*, consagrado por El con la unción de su *Espíritu*, enviado para realizar su misión *en la Iglesia*.

Las enseñanzas del magisterio de la Iglesia acerca del sacerdocio, inspiradas en la revelación, recogidas, por así decir, de los labios de Dios, pueden disipar cualquier duda acerca de la identidad sacerdotal.

Jesucristo, sumo y eterno sacerdote, punto central de referencia

Ante todo, *Jesucristo, nuestro Señor*, sumo y eterno sacerdote, es el punto central de referencia. Hay un solo *supremo sacerdote*, Cristo Jesús (*Lumen gentium*, 28; Heb., 7, 24; 8, 1) *ungido* y *enviado* al mundo por el Padre (*Presbyterorum ordinis*, 2; Jn., 10, 36). De este único sacerdocio participan los obispos y los presbíteros, cada cual en su orden y grado, para continuar en el mundo la consagración y la misión de Cristo. Partícipes de la unción sacerdotal de Cristo y de su misión, los presbíteros actúan «*in persona Christi*» (*Lumen gentium*, 28).

Para ello reciben la unción del *Espíritu Santo*. Sí, vais a recibir el *Espíritu de santidad*, como dice la fórmula de la ordenación, para que un especial carácter sagrado os configure a Cristo sacerdote, para poder actuar en su nombre (*Presbyterorum ordinis*, 2).

Participes de la salvación de la Iglesia, en unión al obispo

Consagrados por medio del *ministerio de la Iglesia*, participaréis de su *misión salvadora* como «cooperadores del orden episcopal», y deberéis estar unidos a los obispos, según la hermosa expresión de San Ignacio Antioquía, «como las cuerdas a la lira» (Ad. ephesios, 4). Enviados a una *comunidad particular*, congregaréis la familia de Dios, instruyéndola con la palabra, para hacerla «crecer en la unidad» (*Presbyterorum ordinis*, 2) y «llevarla por Cristo en el Espíritu al Padre» (Ib., 4).

Sois segregados, pero no separados, para dedicaros totalmente a la acción de Cristo en el mundo

4. *Llamados, consagrados, enviados*. Esta triple dimensión explica y determina vuestra conducta y vuestro estilo de vida. Estáis «puestos aparte»; «segregados», pero «no separados» (*Presbyterorum ordinis*, 3). Así os podéis dedicar plenamente a la obra que se os va a confiar: el servicio de vuestros hermanos. Comprended, pues, que la consagración que recibís os absorbe totalmente, os *dedica* radicalmente, hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de Cristo en el mundo, prolongación de su misión para gloria del Padre.

Tenéis un compromiso de santidad: imitad lo que tratáis

A ello responde vuestro *don total* al Señor. El don total que es compromiso de santidad. Es la tarea interior de «imitar lo que tratáis», como dice la exhortación del pontifical romano de las ordenaciones. Es la gracia y el compromiso de la imitación de Cristo, para reproducir en vuestro ministerio y conducta esa imagen grabada por el fuego del espíritu. Imagen de Cristo sacerdote y víctima, de redentor crucificado.

El celibato es la expresión de una donación plena

En este contexto de entrega total, de unión a Cristo y de comunión con su dedicación exclusiva y definitiva a la obra del Padre, se comprende la obligación del celibato. No es una limitación, *ni una* frustración. Es la expresión de una donación plena, de una consagración peculiar, de una disponibilidad absoluta. Al *don que Dios otorga* en el sacerdocio, responde *la entrega del elegido* con todo su ser, con su corazón y con su cuerpo, con el significado sponsal que tiene, referido al amor de Cristo y a la entrega total a la comunidad de la Iglesia, el celibato sacerdotal.

El amor, alma de vuestra entrega

El alma de esta entrega es el *amor*. Por el celibato no se renuncia al amor, a la facultad de vivir y significar el amor en la vida; el corazón y facultades del sacerdote quedan impregnados con el amor de Cristo, para ser en medio de los hermanos *el testigo de una caridad pastoral sin fronteras*.

5. El secreto de esta *caridad pastoral* se encuentra en el diálogo que Cristo mantiene con cada uno de sus elegidos, como lo mantuvo con Pedro, según las palabras del Evangelio que hemos proclamado. Es la pregunta acerca del amor especial y exclusivo hacia Cristo, hecha a quien ha recibido una misión particular y ha podido experimentar el desencanto en su propia debilidad humana.

Haced de vuestra total disponibilidad a Dios una disponibilidad para vuestros fieles. Dadles el verdadero pan de la palabra, en la fidelidad a la verdad de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia.

El amor es más grande que la debilidad y el pecado

El Señor Resucitado no se dirige a Pedro para amonestarle o castigarle por su debilidad o por el pecado que ha cometido al regenerar de él. *Viene para preguntarle por su amor.* Y esto es de una enorme, elocuente importancia para cada uno de vosotros: «¿Me amas?» (Jn., 21, 17). ¿Me amas todavía? ¿Me amas cada vez más? Sí. *Porque el amor es siempre más grande que la debilidad y que el pecado.* Y sólo él, el amor, descubre siempre nuevas perspectivas de renovación interior y de unión con Dios, incluso mediante la experiencia de la debilidad del pecado.

Que vuestro sacerdocio radique en el amor indiviso de Cristo

Cristo, pues, pregunta, examina acerca del amor. Y Pedro responde: «Sí, Señor; tú lo sabes todo, tú sabes que te amo» (Jn., 21, 17). No responde: «Sí, te quiero»; más bien se confía al corazón del Maestro y a su conocimiento y le dice: «*Tú sabes que te amo.*»

Así, por medio de este amor, confesado por tres veces, Jesús Resucitado *confía a Pedro sus ovejas.* Y del mismo modo os las confía a vosotros. Es necesario que vuestro ministerio sacerdotal *se enraíce con vigor en el amor de Jesucristo.*

6. El amor indiviso a Cristo y al rebaño que El os va a confiar *unifica* la vida del sacerdote y las diversas expresiones de su ministerio (*Presbyterorum ordinis*, 14).

Ante todo, configurados con el Señor, debéis *celebrar la Eucaristía*, que no es un acto más de vuestro ministerio; es la *raíz y la razón de ser* de vuestro sacerdocio. Seréis sacerdotes, ante todo, para celebrar y actualizar el sacrificio de Cristo, «siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb., 7, 25). Ese sacrificio, único e irrepetible, se renueva y hace presente en la Iglesia de manera sacramental por el ministerio de los sacerdotes.

La eucaristía, raíz y razón de ser de vuestro sacerdocio

La Eucaristía se convierte así en *el misterio que debe plasmar interiormente vuestra existencia.* Por una parte, ofreceréis sacramentalmente el cuerpo y la sangre del Señor. Por otra, unidos a El —«In persona Chisti»— ofreceréis vuestras personas y vuestras vidas para que, asumidas y como transformadas por la celebración del sacrificio eucarístico, sean exteriormente también transfiguradas con El, participando de las energías renovadoras de su Resurrección.

Será la Eucaristía culmen de vuestro ministerio de *evangelización* (*Presbyterorum ordinis*, 4), ápice de vuestra *vocación orante*, de glorificación de Dios y de intercesión por el mundo. Y por la comunicación eucarística se irá consumando día tras día vuestro sacerdocio.

Llamados a la contemplación

San Vicente Ferrer, el apóstol y taumaturgo valenciano, decía que «la misa es el mayor acto de contemplación que pueda darse». Sí, así es en verdad. Por ello, todos vosotros estáis invitados a alimentar y vivificar la propia actividad con la *abundancia de la contemplación* (*Lumen gentium*, 41), que encontrará un manantial inagotable en la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, en la liturgia de las horas, en la oración mental y cotidiana, y en la meditación amorosa de los misterios de Cristo y de la Virgen con el rezo del Rosario.

7. La consagración que vais a recibir os habilita *al servicio*, al *ministerio de salvación*, para ser como Cristo los «consagrados del Padre» y los «enviados al mundo» (Jn., 10, 30).

Os debéis a los fieles para consagrarlos en la verdad

Os debéis a los fieles del Pueblo de Dios, para que también ellos sean «consagrados en la verdad» (Jn., 17, 17). El servicio a los hombres no es una dimensión distinta de vuestro sacerdocio: es la consecuencia de vuestra consagración.

Dedicaros a la catequesis, la confesión, visitar los enfermos, ayudar a los pobres.

Ejerced vuestras tareas ministeriales como otros tantos actos de vuestra consagración, convencido de que todas ellas se resumen en una: reunir la comunidad que os será confiada en la alabanza de Dios Padre, por Jesucristo y en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo sacramentado de salvación. Para eso evangelizaréis y os dedicaréis a la catequesis de niños y adultos; para eso estaréis disponibles en la celebración del sacramento de la reconciliación; para eso visitaréis a los enfermos y ayudaréis a los pobres, haciéndoos todo a todos para ganarlos a todos (1 Cor., 9, 22).

No temáis así ser separados de vuestros fieles y de aquellos a quienes vuestra misión os destina. Más bien os separaría de ellos el olvidar o descuidar el sentido de la consagración que distingue vuestro sacerdocio. Ser uno más en la profesión, en el estilo de vida, en el modo de vestir, en el compromiso político, no os ayudaría a realizar plenamente vuestra misión; defraudaríais a vuestros propios fieles que os quieren sacerdotes de cuerpo entero: *liturgos, maestros, pastores*, sin dejar por ello de ser, como Cristo, *hermanos y amigos*.

Los fieles os quieren sacerdotes de cuerpo entero

Por eso haced de vuestra total disponibilidad a Dios una disponibilidad para vuestros fieles. Dadles el verdadero pan de la palabra, en la fidelidad a la verdad de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia. Facilitadles todo lo posible el acceso a los sacramentos y en primer lugar al sacramento de la penitencia, signo e instrumento de la misericordia de Dios y de la reconciliación obrada por Cristo (*Redemptor hominis*, 20), siendo vosotros mismos asiduos en su recepción. Amad a los enfermos, a los pobres, a los marginados; comprometeos en todas las justas causas de los trabajadores; consolad a los afligidos; dad esperanza a los jóvenes. Mostraos en todo «como ministros de Cristo» (2 Cor., 6, 8).

8. En la liturgia de la Palabra han sido proclamadas esas conocidas expresiones de la Primera Carta de San Pedro, dirigidas a los *más ancianos sacerdotes aquí presentes*.

Precisamente vosotros aquí reunidos sois los «presbíteros», los «ancianos». Y los jóvenes que hoy recibirán esta ordenación se convierten también en «ancianos» responsables de la comunidad.

Meditad bien qué es lo que os *pide a vosotros Pedro*, el anciano, «testigo de los sufrimientos de Cristo y participante de gloria que ha de revelarse» (1 Pe., 5, 1). ¿Qué es lo que os pide?

Os ruega que cumpláis el *ministerio pastoral* que se os ha confiado: «no por fuerza, sino espontáneamente, según Dios; no por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo». Sí con una *entrega generosa*. Y como vivos modelos del rebaño (1 Pe., 5, 3).

He aquí el programa apostólico de la vida sacerdotal y del ministerio sacerdotal que un día Dios os confió. Nada ha perdido de su actualidad sustancial. Es un programa vivo, de hoy. Y habéis de ponerlo con frecuencia ante vuestros ojos, en vuestra alma, para ver reflejado en él, como en un espejo, vuestra *propia vida y vuestro ministerio*.

Si así lo hacéis, como os lo enseña la multitud de sacerdotes santos que en vuestra patria han sido *testigos de Cristo*, recibiréis, cuando aparezca «el supremo Pastor», esa «corona inmarcesible de la gloria» (Ib., 4).

9. Mis queridos hermanos en el sacerdocio: el sucesor de Pedro que os habla *os repite este mensaje* y quisiera que, en el día de esta gran ordenación sacerdotal y en esta *celebración de la gracia del sacerdocio para toda España*, se grave en vuestros ánimos, en el corazón de cada

Cumplid el ministerio pastoral como vivos modelos del rebaño

sacerdote. ¡Sed fieles a este mensaje que viene de Cristo!

Que esta celebración traiga a toda la Iglesia en España una renovación de la gracia inagotable del sacerdocio católico, *una mayor unidad entre todos los que han recibido la misma gracia del presbiterado, un aumento considerable de vocaciones sacerdotales entre los jóvenes, atraídos por el ejemplo gozoso de vuestra entrega y la de tantos seminaristas aquí presentes, a quienes saludo uno a uno para confirmarlos y animarlos en su vocación. A la vez que les anuncio que dejo para ellos un particular mensaje mío escrito.*

¡Sed fieles a este mensaje que viene de Cristo!

Moncada-Valencia

8 Noviembre

A los sacerdotes y seminaristas

Sois portadores del don de la salvación

Amadísimos sacerdotes y seminaristas:

1. Hemos vivido esta mañana una jornada verdaderamente sacerdotal. Con la ordenación de un numeroso grupo de jóvenes, que han recibido el sello de Cristo, para dedicarse al servicio de la Iglesia.

Este nuevo encuentro, aquí en el recinto del seminario de Moncada, viene a prolongar las vivencias sacerdotales que hemos compartido en la misa de La Alameda, en *el día sacerdotal de mi viaje a España*.

Los nuevos presbíteros ordenados, los sacerdotes y seminaristas presentes, me han hecho levantar el pensamiento a los casi 23.000 sacerdotes diocesanos y 1.700 seminaristas mayores de España. Son los que representáis aquí en este momento. A ellos habría que añadir los 10.500 sacerdotes religiosos y 1.300 seminaristas.

2. ¡Qué fuerza numerosa la vuestra, por número y capacidad, si sabéis *renovar cada día* la gracia que está en vosotros

—o que estará— por la imposición de las manos! La fuerza de Cristo, que os ha elegido, que os acompaña, que quiere seguir alegrando vuestra juventud, que es vuestro mejor amigo, que percibe en vuestra alma el amor de una consagración a El.

Sois los preferidos, los íntimos del Señor. En la sociedad del siglo xx sois *los primeros amigos de Jesús en tierra española*. No olvidéis esta realidad, cuando el humano cansancio, el dolor, la soledad o la incompreensión de los otros pueda rebajar vuestro entusiasmo o poner una duda en vuestro espíritu.

Sé bien que la mayor tentación y peligro en vuestra vida puede ser la del desaliento. Porque en el mundo secularizado de hoy la figura del sacerdote no es a veces comprendida ni debidamente valorizada.

Hasta un cierto punto, no os extrañe esto. ¿Cómo puede comprender vuestro valor quien parte de ópticas distintas?

Pero no son mayoría, ni mucho menos, los que no aprecian lo que sois. Hay tantísimas personas, familias y grupos que esperan lo que vosotros podéis dar: la palabra de salvación, los sacramentos, el amor de Cristo, la orientación hacia una vida más normal y humana. Si sois portadores auténticos de ese don, veréis que vuestra vida se realiza plenamente en tal misión.

Por eso os animo a continuarla con entusiasmo y espíritu de fe. Con una visión llena de esperanza y optimismo. La que brota de saber que en medio de las dificultades está con nosotros Aquel que nos comprende, ayuda y recoge el valor de cada esfuerzo hecho por El.

Al levantar mis brazos para bendeciros, quiero alargarlos para abrazaros a todos, como padre y hermano. Para pedir a nuestra Madre común, la Madre de Jesús y nuestra, que Ella os haga *los amigos fieles del amigo fiel*. Así sea.

A LOS SEMINARISTAS DE ESPAÑA

Sed fieles a Cristo, a la Iglesia, a la vocación

En Valencia, Juan Pablo II entregó un mensaje escrito para los seminaristas

Queridos hijos que os preparáis al sacerdocio:

Urgente necesidad de sacerdotes en una época hambrienta de espíritu

1. Cada día presento al Señor la *urgente necesidad* que la Iglesia de nuestro tiempo, también en España, tiene de encontrar jóvenes como vosotros, generosos y dispuestos a asumir la gozosa tarea de hacer ministerialmente presente a Cristo ante la generación que prepara o que verá el tercer milenio de la era cristiana, y en una «época particularmente hambrienta de espíritu» (*Redemptor hominis*, 18).

Os toca vivir una época especial e irrepetible de la vida de la Iglesia

A vosotros os toca vivir un momento especial e irrepetible de la vida de la Iglesia. ¿Os dais cuenta de la gracia que el Señor os ha concedido ya? Ha hecho resonar en vosotros la llamada para dejarlo todo y seguirle (Mt., 4, 19-20); para estar con El y para ser enviados a predicar (Mc., 3, 14); a la espera de comunicaros su espíritu con la imposición de las manos, que hará de vosotros sus sacerdotes, su signo personal en un mundo que necesita ver huellas claras del Evangelio. De modo especial sois para los obispos de esta querida tierra y para las comunidades eclesiales que ellos presiden la esperanza del porvenir de la Iglesia en España. El Papa comparte esa esperanza, os manifiesta su confianza y afecto y reza por vosotros a diario.

Son muchos los santos, hijos de esta bendita tierra, que han sentido en el corazón la llamada a colaborar en la formación integral de los sacerdotes, o futuros sacerdotes, según el modelo del Buen Pastor y de los Apóstoles. Santa Teresa de Jesús quiso dar a la renovación del Carmelo esta dimensión también, aportando la oración y el sacrificio, especialmente para la santificación de los sacerdotes. San Juan de Ribera dedicó sus mejores esfuerzos a la formación y renovación sacerdotal. San Juan de Avila, gran promotor de seminarios en su tiempo y patrono del clero secular español, afirmaba: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de promover que haya educación» (*Memorial*, 1.º, n. 10).

Vuestro camino requiere tiempo y larga maduración

2. Esta tarea de preparación es la que ahora nos ocupa, con la solícita ayuda de vuestros obispos, superiores y formadores. Se trata de un camino que requiere tiempo y una larga maduración, para transformarse en hombres nuevos, que sepan responder a las exigencias de una nueva etapa de evangelización.

La formación sacerdotal

No voy a recordar ahora todos los aspectos de esta preparación, perfilada desde hace siglos también en vuestra tradición eclesial, y de modo más reciente en el Concilio Vaticano II; sobre todo en el decreto *Optatam totius* y los diversos documentos que le han seguido, trazando las líneas a las que debe ajustarse la formación sacerdotal. Me limitaré a recordar que os prepararéis para ser «ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor., 4, 1). Y es bien sabido que en los administradores lo primero que «se busca es que sean fieles» (Ibíd., 2). ¡Sedlo vosotros, de veras y con todo el corazón!

Ya desde ahora sois invitados a preparar y a asumir *una opción libre e irrevocable de fidelidad* total a Cristo, a su Iglesia y a vuestra propia vocación y misión.

La fidelidad tiene un carácter dialogal, interpersonal, esponsalicio y comprometido. Significa una mutua donación, una amistad profunda, una confianza plena, un compromiso permanente. Para entender lo que significa ser fieles, hemos de mirar a Cristo, el Hijo de Dios hecho nuestro hermano, que afirma: «No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Jn., 5, 30). Hemos de dirigir nuestra mirada a Jesús, «a quien el Padre consagró y envió al mundo» (Jn., 10, 35) como «Buen Pastor que da la vida por sus ovejas» (Jn., 10, 11), como Redentor que «aprendió de sus padecimientos la obediencia» (Heb., 5, 8). La fidelidad no es, pues, una actitud estática, sino un seguimiento amoroso, que se concreta en donación personal a Cristo, para prolongarlo en su Iglesia y en el mundo.

Al contemplar a Cristo, advertiréis su obediencia de caridad pastoral, su fidelidad a los designios salvíficos del Padre, como signo o expresión de la fidelidad del Dios-amor a sus promesas de salvación.

Vuestra entrega debe ir marcada por este compromiso total. El «sí» del sacerdote se da de una vez por todas, aunque se renueva todos los días, y tiene su modelo en el «sí» pronunciado por Cristo mismo (2 Cor., 1, 18-19; Heb., 10, 7). El seminario debe ser escuela de esta fidelidad. Os pido que meditéis conmigo estos tres aspectos que ya he mencionado: *fidelidad a Cristo, a la Iglesia y a la propia vocación y misión.*

Fidelidad a Cristo

3. *Fidelidad, en primer lugar, a Cristo.* Su llamada es una declaración de amor. Vuestra respuesta es entrega, amistad, amor manifestado en la donación de la propia vida, como seguimiento definitivo y como participación permanente en su misión y en su consagración. Ser fiel a Cristo es proclamarlo como Señor resucitado presente en la Iglesia y en el mundo, centro de la creación y de la historia, razón de ser de nuestra propia existencia.

Ser fiel a Cristo es amarlo con toda el alma y con todo el corazón, de forma que ese amor sea la norma y el motor de todas nuestras acciones. Esta fidelidad a Cristo reclama, por tanto, que seamos hombres de una caridad pastoral aprendida en la oración o diálogo con el Señor. Entonces aceptaremos vivencialmente su persona, su doctrina, su acción santificadora y su misión.

Es en la oración, especialmente litúrgica, donde se aprende el misterio de la fidelidad de Cristo y a Cristo. Por eso, en el seminario se

¡Sed fieles con todo el corazón!

Mirar a Cristo: confianza plena y compromiso permanente

El sí del sacerdote se da de una vez por todas

La llamada de Cristo es una declaración de amor

En la oración se aprende el misterio de la fidelidad de Cristo y a Cristo

ha de cultivar, ante todo, la amistad con Cristo, centrada en la Eucaristía y alimentada en la contemplación y en el estudio de la palabra de Dios. No se puede ejercer bien el ministerio, si no se vive en unión con Cristo. Sin El no podemos nada (Jn., 15, 5). Al trabajar por El (*per ipsum*) es preciso hacerlo con El (*cum ipso*); más aún, en El (*et in ipso*). La unión y amistad con Cristo será la clave del equilibrio necesario entre la vida interior y la acción apostólica (*Presbyterorum ordinis*, 13).

La Iglesia espera hallar en los sacerdotes personas espirituales, es decir, que con su vida y conducta testimonien, de modo creíble y convincente, la presencia de Dios y de los valores del espíritu en nuestra sociedad; que en gran parte se caracteriza por el materialismo teórico o práctico, pero también por una inextinguible sed de Dios y de valores espirituales. Esto ha de vivirse ya desde los años del seminario. Se necesitan testigos de la experiencia de Dios.

Que el culmen de vuestra vida sea la Santa Misa y la adoración eucarística

Permitidme, pues, que os repita a vosotros lo que hace unos meses decía a un grupo de seminaristas croatas: «Vivid desde ahora plenamente la Eucaristía; sed personas para quienes el centro y culmen de toda la vida es la santa misa, la comunión y la adoración eucarística. Sin una profunda fe y amor por la Eucaristía no se puede ser verdadero sacerdote... Ofreced a Cristo vuestro corazón joven en la meditación y en la oración personal. La oración es el fundamento de la vida espiritual... Orad con alegría y plena convicción, no sólo por deber y costumbre. Que vuestra oración sea la expresión concreta de vuestro amor a Cristo. Esforzaos en llegar a ser buenos maestros de oración, para que mañana podáis guiar dignamente a las comunidades cristianas en el servicio divino» (discurso del 27 de abril de 1982).

Sin una ascética que nazca del corazón no seréis transparencia de Cristo

La fidelidad de Cristo a los designios salvíficos del Padre en bien de toda la humanidad alcanza en la cruz su máxima y culminante expresión. De ahí que para llegar a ser testigo personal del Buen Pastor sea imprescindible la renuncia y la mortificación; sin una saludable ascética y disponibilidad de servicio, profundamente enraizada en vuestros corazones, ya desde los años de preparación no llegaréis a ser transparencia de Cristo ni buenos sacerdotes. El hábito del olvido de sí es condición indispensable para amar de veras y preocuparse sólo por los intereses de Cristo. Este esfuerzo por renunciar al hombre viejo, de que habla el Apóstol, os convertirá en «el máximo testimonio del amor. (*Presbyterorum ordinis*, 11).

En vuestra futura vida sacerdotal encontraréis momentos difíciles, contradicciones y soledad. «No es el discípulo más que el maestro», nos advirtió el Señor (Mt., 10, 24). Son ocasiones privilegiadas para crecer en el amor, en la donación a los demás y para transformar la soledad sensible en una soledad llena de Dios.

No podréis llegar a ser verdaderos sacerdotes según el Corazón de Jesús si no tomáis como madre a María, que al pie de la cruz corrobora su fidelidad virginal y materna.

**¡Tomad a María
como Madre!**

No olvidéis, además, que fue desde la cruz desde donde Jesús entregó como Madre al discípulo amado su propia Madre, y en él especialmente a todos los futuros sacerdotes y apóstoles. No podréis llegar a ser verdaderos sacerdotes según el Corazón de Jesús si no tomáis como Madre a María, que precisamente al pie de la cruz corrobora definitivamente su fidelidad virginal y materna.

Fidelidad a la Iglesia

**Que el misterio
de la Iglesia empape
vuestro corazón**

4. *Fidelidad, en segundo lugar, a la Iglesia.* «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella» (Ef., 5, 25). Toda vuestra formación debe estar impregnada del «misterio de la Iglesia» (*Optatam totius*, 9). En la Iglesia habéis nacido como cristianos; ella os ha seguido después al despuntar vuestra vocación sacerdotal y os prepara amorosamente al sacramento del orden.

Todo eso os invita a ser fieles a la Iglesia, penetrando y amando su «misterio». La Iglesia no es en realidad meramente humana, sino el pueblo de Dios, el cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu Santo, el «sacramento universal de salvación» (*Ad Gentes*, 1). La fidelidad a Cristo se prolonga así en fidelidad a la Iglesia, en la que Cristo vive, se hace presente, se acerca a todos los hermanos y se comunica al mundo.

**Ser fiel a la Iglesia
significa aceptarla
en su dimensión
carismática
e institucional**

La fidelidad a la Iglesia equivale a aceptarla en toda su integridad carismática e institucional, como «misterio» o expresión del amor de Dios, que cautiva el corazón de los amigos de Cristo. La Iglesia peregrina está constituida por signos pobres que pueden producir escándalo en los hombres de poca fe; pero para todo buen cristiano y más para vosotros, lo importante es descubrir en ella a Cristo resucitado, que está presente y actúa a través de estos signos eclesiales.

Muchas son las facetas de la fidelidad a la Iglesia amor filial, responsabilidad misionera, obediencia, sentido de Iglesia, espíritu de comunidad, servido a la Iglesia particular como miembro del presbiterio, uni-



Una sólida formación teológica y filosófica es fundamental

dad con el propio obispo y con la totalidad del orden episcopal. De entre todas ellas voy a detenerme ahora en una que toca un aspecto muy importante en vuestra formación.

La Iglesia escucha la palabra en toda su integridad y es fiel al entregarla a los hombres en cada circunstancia concreta. También el sacerdote debe ser con fidelidad la palabra divina que él ha recibido y asimilado previamente. No se trata de una ideología o de una opinión personal, sino de la palabra revelada por Dios, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, asimilada en la contemplación, vivida por los santos, profundizada por los doctores. El futuro sacerdote necesita, pues, una sólida formación doctrinal en las diferentes ramas del saber teológico y filosófico. No insisto, porque estáis convencidos y sé que os empeñáis en adquirirla.

El servicio del magisterio se descubre en el misterio de Cristo

En algunas ocasiones tal vez no advertiréis en seguida la relación directa entre esos estudios y el futuro ministerio. Hay que tener paciencia. Es éste el momento de enriquecer vuestra mente con unos conocimientos y con unos métodos indispensables para saber orientar vosotros mismos y para ser capaces de guiar a otros. A la luz del misterio de Cristo descubriréis la importancia de todo el saber filosófico y científico, y apreciaréis el servicio del magisterio de la Iglesia, descubriendo su significado y adhiriéndose a él con fidelidad (*Optatum totius*, 13-18).

Como ministros de la palabra, en vuestra futura vida sacerdotal, deberéis saber transmitir el Evangelio de forma que penetre a fondo en la inteligencia y en el corazón de vuestros creyentes, y que se encarne en toda cultura y situación humana personal y social.

La fidelidad a la Iglesia entrena para una apertura a toda la verdad. Para ello hay que poner la palabra de Dios, que la Iglesia «escucha religiosamente» (*Dei Verbum*, 1), en la base misma del estudio. De este modo os abris armoniosamente a las nuevas luces y gracias que Dios concede a su Iglesia en cada época histórica, para responder a situaciones humanas nuevas (*Gaudium et spes*, exposición preliminar).

Los estudios en profundidad requieren dedicación y sacrificios

Cuando recibáis la ordenación sacerdotal seréis llamados a ministerios muy diversos, que vosotros ahora no podéis prever detalladamente. Dedicad, por eso, con empeño a la tarea de adquirir una preparación doctrinal sólida. Los estudios realizados con profundidad exigen, claro está, sacrificios y dedicación; no se podría profundizar en el misterio de Cristo, especialmente durante los cursos teológicos, si ese estudio fuera simplemente complementario de otros trabajos o de otros estudios que requieren tiempo y atención.

El arriesgarlo todo para seguir a Cristo incluye también esta dedicación plena a la formación sacerdotal, especialmente en los años inmediatamente anteriores a la ordenación. Hay que prepararse para poder iluminar cristianamente las situaciones humanas de hoy, sobre todo en el campo de los derechos humanos fundamentales, de la familia, de la juventud, de los sectores sociológicos y culturales, etc., hasta llegar a impregnar con el Evangelio los centros neurálgicos de nuestra sociedad.

Absoluta necesidad de los clásicos de la espiritualidad y de consejo en las lecturas

Es indispensable procurar que vuestra vida intelectual, vuestra vida litúrgica y espiritual, vayan unidas también con cierta práctica de vida pastoral (*Optatum totius*, 4 y 19-21). Por esto, junto a los buenos y seguros tratados de teología, habéis de estudiar también los autores clásicos de espiritualidad. Y se hace imprescindible un asesoramiento en las lecturas, para garantizar simultáneamente a la información y forma-

ción adecuadas, una coherencia con la fe y con la piedad.

Estas y otras facetas de la fidelidad a la Iglesia os llevarán a hacer os disponibles para una evangelización que no tiene fronteras. Vuestra fidelidad misionera se demostrará en el servicio incondicional y generoso, ya desde ahora, en la vida comunitaria del seminario y, más tarde, en cualquier cargo que la Iglesia os confíe dentro de la diócesis o al servicio de la misión universal.

Fidelidad al carisma de la vocación y misión

5. *Fidelidad, en tercer lugar, al carisma de la vocación y misión.* Habéis recibido una gracia o carisma (el de la vocación) que os conduce hacia la participación, por el sacramento del orden, en el ser, en el obrar y estilo de vida de Cristo Sacerdote Buen Pastor, para prolongarlo en la Iglesia y en el mundo. Es una participación de su unción y misión sacerdotal y pastoral.

La coherencia vivencial con las exigencias de la propia vocación es faceta imprescindible de la fidelidad. Se trata de ajustar la propia vida al objeto de la opción fundamental asumida. Esto implica llevar un estilo de vida coherente y concorde, que tiene en cuenta las necesidades de nuestros hermanos y de nuestra sociedad, según la misión que cada uno está llamado a desempeñar.

De hecho, toda la educación del seminario «debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas» (*Optatam totius*, 4). Es, pues, una formación que tiene dimensión litúrgica, espiritual, intelectual, comunitaria, disciplinar y de servicios pastorales en la comunidad eclesial.

La fidelidad a la propia vocación es fidelidad a la misión, que debe desempeñarse como participación de la misión de Cristo, recibida por medio de la Iglesia. Por ello, esta fidelidad se funda en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, llevando al candidato al sacerdocio a emprender su itinerario espiritual con un espíritu de gozosa entrega de sí, hecha de optimismo y amor.

Vuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, según el propio carisma y la propia misión, se convierte en la mayor fidelidad al hombre y a la sociedad de nuestros tiempos. Es fidelidad de amistad profunda con Cristo, que se manifiesta por una total disponibilidad pastoral. Signo permanente y estímulo de esta entrega incondicional a Cristo y a la misión pastoral es el celibato asumido libremente antes de la ordenación. La «sequela Christi» para la «vida apostólica» supone dejarlo todo para seguirle a El y participar de este modo, en su misión, que no tiene fronteras ni en el corazón ni en la acción apostólica. El Buen Pastor fue obediente, casto y pobre (*Presbyterorum ordinis*, 15-17).

Con el Concilio, os recuerdo que habéis de aprender a poner los medios sobrenaturales y naturales para vivir esta entrega, cuidando especialmente las normas espirituales y ascéticas que están aprobadas por la experiencia de la Iglesia y que no son menos necesarias en el mundo actual (*Optatam totius*, 8, 11; *Presbyterorum ordinis*, 18). Así seréis capaces, entre otras cosas, de aceptar cualquier ministerio que se os encomiende, sin subordinar vuestra aceptación a la conformidad con las conveniencias o proyectos personales. En efecto, hay que llegar a hacerse disponible para «colaborar en el trabajo pastoral de toda la diócesis e incluso de toda la Iglesia» (*Lumen gentium*, 28).

Sin coherencia en la vida con las exigencias de la vocación no hay fidelidad

El seminario debe formar sacerdotes

La fidelidad al hombre radica en la fidelidad a Cristo ya su Iglesia

Aprender a poner los medios para vivir plenamente la entrega

No dejar la dirección espiritual

Amad la confesión sacramental frecuente

Esta fidelidad, que es coherencia personal, se entiende también como sinceridad y autenticidad. En la propia vida no faltan las oscuridades e incluso debilidades. Es el momento de la dirección espiritual personal. Si se habla confiadamente, si se exponen con sencillez las propias luchas interiores, se sale siempre adelante, y no habrá obstáculo ni tentación que logre apartaros de Cristo.

Puesto que tampoco faltarán pequeñas sombras que enturbien esa imagen de Cristo que habéis de ofrecer con vuestras vidas, sed amantes de la confesión sacramental frecuente, donde se purifican vuestras almas y recibís la gracia necesaria para seguir siendo fieles a Cristo, a la Iglesia y a la vocación sacerdotal.

Una sana amistad y vida comunitaria, ya desde el seminario, os prepararán para la «íntima fraternidad» o «fraternidad sacramental» que debe reinar en todo presbiterio diocesano (*Lumen gentium*, 28; *Presbyterorum ordinis*, 8), como garantía de perseverancia en la entrega y de fecundidad apostólica.

También vuestros hermanos seculares han de hacer presente a Cristo en el mundo. Pero de un modo diverso al de vuestro futuro e insustituible ministerio sacerdotal. Lo que Dios ha puesto en vuestros corazones con su llamada corresponde a una vocación específica, que es la de «obrar como en persona de Cristo Cabeza» (*Presbyterorum ordinis*, 2) y la de ser, en la Iglesia particular o diócesis, el lazo de unión entre todos los carismas y vocaciones (*Presbyterorum ordinis*, 9).

Vuestra vocación es insustituible

Tratad de dar testimonio de vuestra fe y de vuestra alegría. Vosotros, con vuestro «gozo pascual» (*Presbyterorum ordinis*, 10), sois los testigos y promotores de las vocaciones sacerdotales entre los adolescentes y los jóvenes de vuestra edad. Os animo con todas mis fuerzas a que seáis los primeros apóstoles de las vocaciones sacerdotales. Rezad y ayudad a otros para que vengan a vuestro lado. Que vuestro seminario ofrezca el ejemplo atrayente de una comunidad familiar que vive con gozo la presencia, la palabra y el amor de Cristo resucitado.

Elevemos juntos nuestra confiada oración al «Señor de la mies» para que, en esta querida tierra de España, siempre tan fecunda en sacerdotes, muchos jóvenes tengan el alma abierta para percibir la llamada amiga de Cristo y para que tengan la disponibilidad de saber decir «sí» con entusiasmo.

Que esta petición y estos deseos lleguen al cielo por la mediación de Nuestra Señora, cuya tierna devoción estoy seguro que alimentáis cada día. Que la Madre de Jesús, Madre sacerdotal y Reina de los Apóstoles, esté siempre con vosotros, ya desde ahora, en vuestros años de preparación para el ministerio, y os ayude a convertirlos en testigos de Cristo para todas las gentes, «como aquellos que salieron del Cenáculo de Jerusalén el día de Pentecostés» (*Redemptor hominis*, 22). No temáis; Ella os acompañará en vuestro futuro ministerio, como acompañó a los primeros apóstoles con su afecto materno y con su intercesión.

Que la *Virgen fiel* os ayude a confirmar vuestros compromisos y a cumplirlos hasta el final, en esta «nueva etapa de la vida de la Iglesia» que «exige de nosotros una fe particularmente consciente, profunda y responsable» (*Redemptor hominis*, 6).

En prenda de la constante ayuda divina imparto con profundo afecto a vosotros, los seminaristas de España, a vuestros superiores, profesores y familiares, mi cordial bendición apostólica.

A LAS RELIGIOSAS Y MIEMBROS DE INSTITUTOS SECULARES FEMENINOS

Conservad en vuestro corazón un amor inquebrantable a vuestra vocación

Queridas hermanas, religiosas y miembros de institutos seculares:

1. Doy gracias a la Divina Providencia que me procura esta ocasión de encontrarme con vosotras, consagradas españolas, en vuestra misma Patria, y precisamente en medio de estas celebraciones del IV Centenario de la grande Santa Teresa, en quien la Iglesia reconoce no solamente la religiosa incomparable, sino también uno de sus más eximios doctores.

Aunque os hablo hoy por vez primera en territorio español, no es la primera vez que el Papa encuentra a consagradas españolas. Lo he hecho frecuentemente en Roma y en mis viajes apostólicos a través del mundo, en tantos lugares donde oráis y trabajáis con generosidad y eficacia. Os agradezco de corazón vuestro empeño misionero y espero que, siendo fieles a vuestra tradición de fe, España siga siendo lugar privilegiado de vocaciones, por su abundancia y calidad.

Vuestro fervor vitaliza la Iglesia

2. Quiero ante todo manifestaros mi aprecio y afecto por lo que sois y por lo que significáis en vuestro país y en la Iglesia entera. Conservad en vuestro corazón un amor inquebrantable a vuestra hermosa vocación, la voluntad de responder sin vacilar cada día a esa vocación y de conformaros cada vez más perfectamente con vuestro modelo y Señor, Jesucristo. Tened siempre presente vuestra responsabilidad frente a la vida cristiana de vuestros conciudadanos: vuestro fervor acrecienta la vitalidad de vuestra Iglesia, mientras que, por el contrario, vuestra tibieza provocaría bien pronto en el pueblo cristiano un proceso de decadencia.

Las contemplativas, estrella de las demás religiosas

3. Deseo, en primer lugar, dirigirme a las *religiosas contemplativas*, cuyas comunidades son tan numerosas y vivas en la Tierra de Santa Teresa. *Casi una tercera parte de los monasterios contemplativos del*

Que España sea fiel a su tradición misionera

Conformaros cada vez más con vuestro modelo: Cristo

Casi una tercera parte de los monasterios contemplativos de todo el mundo son españoles

Vuestras actividades son medios privilegiados de evangelización y promoción humana.

La primera obligación: permanecer con Cristo

La eucaristía, la santa misa y la oración junto al sagrario ejes de vuestras comunidades

mundo están en vuestro país. Se puede afirmar que el ardor de la Santa Reformadora del Carmelo, su amor a Dios y a la Iglesia, se manifiestan aún en su Patria, donde, más que en otros lugares, las religiosas contemplativas realizan la expresión más alta de la vida consagrada.

Ellas son en verdad para las demás religiosas la estrella que marca sin cesar la ruta; su vida de oración, su holocausto cotidiano son apoyo potente para la labor apostólica de las demás religiosas, como lo son para la Iglesia visible, que sabe poder contar con su intercesión poderosa ante el Señor.

La vida religiosa apostólica

4. A vosotras, religiosas dedicadas al apostolado, expreso igualmente el profundo agradecimiento de la Iglesia por vuestra labor apostólica: el cuidado incansable de los enfermos y necesitados en hospitales, clínicas y residencias o en sus mismas casas; la actividad educativa en escuelas y colegios, las obras asistenciales que completan la obra pastoral de los sacerdotes; la catequesis y tantos otros medios, a través de los cuales dais realmente testimonio de la caridad de Cristo. Estad seguras de que esas actividades no sólo conservan su actualidad, sino que, debidamente adaptadas, demuestran ser, cada vez más, medios privilegiados de evangelización de testimonio y de promoción humana auténtica (*Religiosos y promoción humana*, 5).

No os desaniméis, pues, ante las dificultades. Procurad en vuestro empeño responder cada vez mejor a las exigencias de los tiempos, que vuestra aportación brote armónicamente de la misma finalidad de vuestros institutos y que vaya marcada con el sello distintivo de la obediencia, de la pobreza y de la castidad religiosa.

No permitáis que disminuya vuestra generosidad cuando se trate de responder a las llamadas apremiantes de los países que esperan misioneras; estad seguras de que el Señor os recompensará con nuevas vocaciones.

La vida interior, alma de todo apostolado

5. Al entregaros generosamente a vuestras labores, no olvidéis nunca que vuestra primera obligación es *permanecer con Cristo*. Es preciso que sepáis siempre encontrar tiempo para acercaros a El en la oración; sólo así podréis luego llevarle a aquellos con quienes os encontréis.

La vida interior sigue siendo el alma de todo apostolado. Es el espíritu de oración el que guía hacia la donación de sí mismo; de ahí que sería un grave error oponer oración y apostolado. Quienes, como vosotras han aprendido en la escuela de Santa Teresa de Jesús, pueden comprender fácilmente, sabiendo que cualquier actividad apostólica que no se funda en la oración está condenada a la esterilidad.

Es necesario, por tanto, que sepáis siempre *reservar a la oración personal y comunitaria espacios diarios y semanales suficientemente amplios*. Que vuestras comunidades tengan como centro la eucaristía y que vuestra participación diaria en el sacrificio de la misa, así como vuestro orar en presencia de Jesús Sacramentado, sean expresión evidente de que habéis comprendido qué es lo único necesario (Lc., 10, 42).

La vida fraterna en comunidad

6. Deseo recordaros también un elemento muy importante de vuestra vida religiosa y apostólica: me refiero a *la vida fraterna en comunidad*.

Al hablar de los primeros cristianos la Sagrada Escritura pone de relieve que, «teniendo todos ellos un corazón y una sola alma», esa misma caridad fraterna les llevaba a poner sus bienes en común, renunciando a considerar cosa alguna como propia (cf. He., 4, 32). Sabéis, perfectamente, que esta y no otra es la definición exacta de vuestra pobreza religiosa, que constituye la base de vuestra vida fraterna en comunidad.

Vuestra opción por la castidad perfecta y vuestra obediencia religiosa han venido a completar vuestra donación de amor y a convertir vuestra vida comunitaria en una realidad teocéntrica y cultural; así toda vuestra vida queda consagrada y resulta un testimonio vivo del Evangelio. *La Iglesia y el mundo necesitan poder ver el Evangelio vivo en vosotros.*

Cultivad, pues, en vuestras casas una vida verdaderamente fraterna, edificada sobre la caridad mutua, la humildad y la solicitud por las demás hermanas. Amad vuestra vida de familia y los diversos encuentros que constituyen la trama de vuestra vida diaria. Podéis estar seguras de que esa vida de comunidad, vivida en caridad y abnegación, es la mejor ayuda que podéis prestaros mutuamente y el mejor antídoto contra las tentaciones que insidian vuestra vocación.

Además de vuestra vida en común, vuestro modo de comportaros y aún vuestro modo de vestir —que os distinga siempre como religiosas— son en medio del mundo una predicación constante e inteligente, aun sin palabras, del mensaje evangélico: os convierten no en meros signos de los tiempos, sino en signos de vida eterna en el mundo de hoy. Procurad, por lo mismo, que cuando las necesidades del apostolado o la naturaleza de determinadas obras os exijan formar pequeños grupos, permanezca siempre en ellos la realidad de la vida fraterna en común, fundada en el Evangelio, edificada sobre los tres votos religiosos y no sobre ideologías mudables o aspiraciones personales.

Insertadas en la Iglesia

7. Finalmente, recordad que la comunidad religiosa está insertada en la *Iglesia* y no tiene sentido sino en la Iglesia, participando de su misión salvadora en fidelidad filial a su magisterio. Vuestro carisma habéis de entenderlo a la luz del Evangelio, de vuestra propia historia y del magisterio de la Iglesia.

Y cuando se trate de comunicar a los otros vuestro mensaje procurad transmitir siempre las certidumbres de la fe y no ideologías humanas que pasan.

La enseñanza de la juventud

8. He mencionado antes las múltiples tareas que lleváis a cabo en servicios de la Iglesia y por amor a vuestros hermanos, los hombres: hospitales, labores de asistencia o de enseñanza, etc. Desearía daros una palabra específica de aliento e impulso, pues todos los servicios que realizáis son necesarios y debéis continuar haciéndolos.

**La pobreza religiosa
constituye la base
de vuestra vida fraterna**

**A través de vuestra
obediencia y castidad
vividas plenamente,
el mundo ve el Evangelio
vivo**

**Vuestro modo
de comportaros
y de vestir son una
predicación constante
del Evangelio**

**Comunicar las verdades
de la fe
y no ideologías humanas**

Especial importancia de la educación cristiana de la juventud en la España actual

Por la especial importancia que en el momento presente tiene en España, quiero dirigirme ahora, con una referencia particular, a tantas de vosotras que tenéis como misión especial la enseñanza de la juventud en el ámbito escolar. Hermosa y exigente tarea, delicada y apasionante a la vez, que implica una grave responsabilidad. Continúa poniendo todos los medios para realizarla con gran espíritu de entrega. *Hacéis algo muy grato a los ojos de Dios*, y por lo que merecéis también el aplauso de los hombres, aunque vosotras no busquéis ese reconocimiento humano.

Enseñadles a observar cuanto el Señor ha mandado

Os aliento de todo corazón y os recuerdo la necesidad de que estimuléis a los hombres y mujeres del mañana a apreciar con recta conciencia los valores morales, prestándoles su adhesión personal, y que los incitéis a conocer y amar a Dios cada día más (cf. *Gravissimum educationis*, 1). Enseñadles a observar cuanto el Señor ha mandado y, a través de vuestras palabras y de vuestro comportamiento irreprochable, *llevadlos a la plenitud de Cristo*) (Ef., 4, 13).

Impartid la doctrina íntegra, sólida y segura

Impartid la doctrina íntegra, sólida y segura; utilizad textos que presenten con fidelidad al magisterio de la Iglesia. Los jóvenes *tienen derecho a no ser inquietados* por hipótesis o tomas de posición aventuradas, ya que aún no tienen la capacidad de juzgar (Pablo VI, AAS 1977, 589, y discurso en la Pontificia Universidad Salesiana, 31 enero 1981).

Estad seguras de que si actuáis con entera fidelidad a la Iglesia, Dios bendecirá vuestra vida con una generosa floración de vocaciones. Esforzaos por ser buenas educadoras y recordad que quienes a lo largo de los siglos más han enseñado a los otros han sido los santos. Por ello, vuestro primer deber apostólico como maestras, educadoras y religiosas es vuestra propia santificación.

9. Unas palabras de particular saludo y aprecio a vosotras, consagradas de *institutos seculares*, que habéis asumido los compromisos de la vida de consagración reconocidos por la Iglesia, en forma peculiar, diversa de la que caracteriza a las religiosas.

Los institutos seculares

Los institutos seculares constituyen ya en España una realidad muy significativa. La Iglesia los necesita para poder realizar un apostolado de hondo testimonio cristiano en los ambientes más diversos, «para contribuir a cambiar el mundo desde dentro, convirtiéndose en fermento vivificante» (Discurso de 28 agosto 1980).

Pido al Señor que sean muchas las que escuchen su voz y le sigan por este camino. Y os exhorto a permanecer fieles a vuestra vocación, específica caracterizada y unificada por la consagración, el apostolado y la vida secular» (Ibid.).

Unidas a María

Perseverad en la Iglesia, edificándola en torno a María

10. Desde el primer momento, la Iglesia puso en su propio centro a la Madre de Jesús, alrededor y en compañía de la cual los apóstoles, perseveraron en la oración, esperaron y recibieron el Espíritu Santo. Sabed también vosotros perseverar así, unidas íntimamente a María la Madre de Jesús y nuestra; recibiendo y transmitiendo a los hermanos el Espíritu Santo y edificando de ese modo la Iglesia. Que ella os acompañe, consuele y aliente siempre con sus cuidados maternos. Y os anime en el camino su afectuosa bendición. Así sea.

HOMILIA EN LA MISA DEL PEREGRINO

Para realizar la misión de la Iglesia hay que estar dispuesto al martirio

*Palabras de Juan Pablo II en la homilía de la misa celebrada
en el aeropuerto de Labacolla*

Queridos hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. Llego hoy a la última etapa de mi viaje por tierras de España, precisamente en el lugar que los antiguos llamaban «Finis terrae» y que ahora es una ventana abierta hacia las nuevas tierras, también cristianas, que están más allá del Atlántico.

He pasado ya por diversas iglesias locales, diseminadas por la espléndida geografía de este querido país. He visitado también algunos santuarios, y en este momento me encuentro cerca de uno de los lugares sagrados más célebres en la historia; famoso en el mundo entero: la catedral basílica que encierra la tumba de Santiago, el apóstol que —según la tradición— fue el evangelizador de España.

**Soy peregrino-mensajero
que quiere recorrer
el mundo para cumplir el
mandato de Cristo
de evangelizar a todos
los hombres y a todos los
pueblos**

Esta hermosa ciudad, Compostela, ha sido durante siglos la meta de un camino, trazado sobre la tierra de Europa por las pisadas de los peregrinos que, para no extraviarse, miraban los signos estelares del firmamento. Peregrino soy yo también. Peregrino-mensajero que quiere recorrer el mundo, para cumplir el mandato que Cristo dio a sus apóstoles, cuando los envió *a evangelizar a todos los hombres y a todos los pueblos*. Peregrino traído a España por Teresa de Jesús, he admirado los frutos de la tarea evangelizadora que tantos miles de discípulos de Cristo han realizado a lo largo de veinte siglos de historia cristiana. Peregrino que ha recorrido las benditas tierras hispanas, sembrando a manos llenas la *palabra del Evangelio*, la fe y la esperanza.

Ahora estoy con vosotros, queridos hermanos y hermanas, venidos de todas las diócesis de Galicia y de tantas partes de España. En esta *misa de peregrino*, el Obispo de Roma os saluda a todos con afecto eclesial: a vuestros prelados y a todos los participantes. Me alegra veros aquí tan numerosos y saber que durante todo el Año Santo Compostelano, diversos millones de peregrinos —más que en los precedentes Años Santos— han venido a Santiago en busca de perdón y de encuentro con Dios.

**Santiago el Mayor
dio testimonio
del Evangelio
con su sangre**

Vamos a celebrar la eucaristía: el culmen y centro de nuestra vida cristiana, la meta a la que nos lleva la ruta de la penitencia, de la conversión, de la búsqueda incesante del Señor, *actitud propia del cristiano*, que siempre debe estar en camino hacia El.

2. Depositada en el mausoleo de vuestra catedral, guardáis la memoria de un amigo de Jesús, de uno de los discípulos predilectos del Señor, el primero de los apóstoles que con su sangre *dio testimonio* del Evangelio: Santiago el Mayor, el hijo de Zebedeo.

Los representantes del Sinedrio pretendieron imponer la ley del silencio a Pedro y a los apóstoles que «atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús, y gozaban todos ellos de gran favor» (He. 4, 33); «os hemos ordenado —les dijeron— *que no enseñéis sobre este nombre*, y habéis llenado Jerusalén de vuestra doctrina y queréis traer sobre nosotros la sangre de ese hombre» (He. 5, 28).

Pero Pedro y los apóstoles respondieron: «*Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros habéis dado muerte suspendiéndole de un madero. Pues a ese le ha levantado Dios a su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel penitencia y la remisión de los pecados. Nosotros somos testigos de esto, y lo es también el Espíritu Santo, que Dios otorgó a los que le obedecen» (He. 5, 29-32).

La misión de la Iglesia comenzó a realizarse precisamente *gracias al hecho* de que los apóstoles, llenos del Espíritu Santo recibido en el Cenáculo el día de Pentecostés, obedecieron a Dios antes que a los hombres.

Esta obediencia *la pagaron* con el sufrimiento, con la sangre, con la muerte. La furia de los jefes del Sinedrio de Jerusalén se estrelló con una decisión inquebrantable, la decisión que a Santiago el Mayor le llevó al martirio, cuando Herodes —como nos dicen los Hechos de los Apóstoles— «echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos. Y dio muerte a Santiago, hermano de Juan, por la espada» (He., 12,1).

El fue el primero de los apóstoles que sufrió el martirio. El apóstol que desde hace siglos es venerado por toda España, Europa y la Iglesia entera, aquí en Compostela.

3. Santiago era hermano de Juan Evangelista. Y éstos fueron los dos discípulos a quienes —en uno de los diálogos más impresionantes que registra el Evangelio— Jesús hizo aquella famosa pregunta: «¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber?» Y ellos respondieron: «Podemos.»

Era la palabra de la disponibilidad, de la valentía; una actitud muy propia de los jóvenes, pero no sólo de ellos, sino de todos los cristianos, y en particular de quienes aceptan ser apóstoles del Evangelio. La generosa respuesta de los dos discípulos fue aceptada por Jesús. El les dijo: «Mi cáliz lo beberéis» (Mt., 20,30).

Estas palabras se cumplieron en Santiago, hijo del Zebedeo, que con su sangre dio testimonio de la resurrección de Cristo en Jerusalén. Jesús había hecho la pregunta sobre el cáliz que habían de beber los dos hermanos, cuando *la madre* de ellos, según hemos leído en el Evangelio, se acercó al Maestro, para pedirle un puesto *de especial categoría* para ambos en el Reino. Pero Cristo, tras constatar su disponibilidad a beber el cáliz, les dijo: «Beberéis mi cáliz; pero el sentarse a mi

**Para realizar la misión
de la Iglesia
hay que obedecer a Dios
antes que a los hombres**

**La disponibilidad
al martirio,
actitud propia
de los apóstoles
del Evangelio**

diestra o a mi siniestra no me toca a Mí otorgarlo; es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre» (Mt. 20,23).

La disputa para conseguir el primer puesto en el futuro Reino de Cristo, que su comitiva se imaginaba de un modo demasiado humano, suscitó la indignación de los demás apóstoles. Fue entonces cuando Jesús aprovechó la ocasión para explicar a todos que la vocación a su Reino no es una vocación al poder, sino al servicio, «así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mt., 20,28).

En la Iglesia, la evangelización, el apostolado, el ministerio, el sacerdocio, el episcopado, el papado, son servicio. El Concilio Vaticano II, bajo cuya luz camina el Pueblo de Dios en esta recta final del siglo xx, nos ha explicado magníficamente, en *varios de sus documentos*, cómo se sirve, cómo se trabaja y cómo se sufre por la causa del Evangelio (cf. *Lumen gentium*, 18,20; *Christus Dominus*, 15). Se trata de servir al hombre de nuestro tiempo como le sirvió Cristo, como le sirvieron los apóstoles. Santiago el Mayor cumplió su *vocación de servicio* en el Reino instaurado por el Señor, dando, como el Divino Maestro, «la vida en rescate por muchos».

4. Aquí, en Compostela, tenemos el testimonio de ello. Un testimonio de fe que, a lo largo de los siglos, enteras generaciones de peregrinos han querido como «tocar» con sus propias manos o «besar» con sus labios, viniendo para ello hasta la catedral de Santiago desde los países europeos y desde Oriente. Los papas impulsaron, por su parte, este peregrinaje, que también tenía como metas Roma y Jerusalén.

El sentido, el estilo peregrinante es algo profundamente enraizado en la visión cristiana de la vida y de la Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 9). El camino de Santiago creó una vigorosa corriente espiritual y cultural de fecundo intercambio entre los pueblos de Europa. Pero lo que realmente buscaban los peregrinos, con su actitud humilde y penitente, era ese *testimonio de fe* al que me he referido antes: la fe cristiana que parecen rezumar las piedras compostelanas con que está construida la basílica del Santo. Esa fe cristiana y católica que constituye la identidad del pueblo español.

Al final de mi visita pastoral a España, aquí, cerca del santuario del Apóstol Santiago, os invito a reflexionar sobre nuestra fe, en un esfuerzo para conectar de nuevo con los orígenes apostólicos de vuestra tradición cristiana. En efecto, la Iglesia de Cristo, nacida en El, *crece y madura hacia Cristo* a través de la fe transmitida por los apóstoles y sus sucesores. Y desde esa fe ha de afrontar las nuevas situaciones, problemas y objetivos de hoy. Viviendo la *contemporaneidad eclesial* en actitud de conversión, en servicio a la evangelización, ofreciendo a todos el diálogo de la salvación, para consolidarse cada vez más *en la verdad y en el amor*.

La misión de la Iglesia comenzó a realizarse gracias al hecho de que los apóstoles, llenos del Espíritu Santo recibido en el Cenáculo el día de Pentecostés, obedecieron a Dios antes que a los hombres.

Reinar con Cristo es servir, como El sirvió

Santiago cumplió su vocación de servicio dando su propia vida

Los peregrinos buscan en Santiago ese testimonio de fe

**Los problemas de hoy
hay que abordarlos
desde la fe**

**La fe se refleja
en un estilo de vida;
en el amor**

5. La fe es un tesoro que «llevamos en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra» (2 Cor., 4,7).

La fe de la Iglesia tiene su origen y fundamento en el mensaje de Jesús que los apóstoles extendieron por todo el mundo. Por la fe, que se manifiesta como anuncio, testimonio y doctrina, se transmite sin interrupción histórica la revelación de Dios en Jesucristo a los hombres.

Los apóstoles, predicando el Evangelio, entablaron con los hombres de todos los pueblos un diálogo incesante que parece resonar con especiales acentos aquí, junto al «testimonio» del Apóstol Santiago y de su martirio. De este incesante diálogo nos habla la carta a los corintios en el pasaje que hemos leído hoy durante la proclamación de la Palabra.

Dice San Pablo y parece decirlo aquí Santiago: «Llevamos siempre en el cuerpo el suplicio mortal de Cristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro tiempo. Mientras vivimos, estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal» (2 Cor., 4, 10-12).

Los peregrinos parecen responder: «Creí, por eso hablé... sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros... para que la gracia difundida en muchos, acreciente la acción de gracias para gloria de Dios» (2 Cor., 4,13-15).

Así perdura en Compostela el testimonio apostólico y se realiza el diálogo de las generaciones a través del cual crece la fe, la fe auténtica de la Iglesia, la fe en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para ofrecernos la salvación. El, rico en misericordia, es el Redentor del hombre.

Una fe que se traduce en un estilo de vida según el Evangelio, es decir, un estilo de vida que refleje las bienaventuranzas, que se manifieste en el amor como clave de la existencia humana y que potencie los valores de la persona, para comprometerla en la solución de los problemas humanos de nuestro tiempo.

6. Es la fe de los peregrinos que venían y siguen viniendo aquí de toda España y desde más allá de sus fronteras. La fe de las generaciones pasadas que «ayer» vinieron a Compostela, y de la generación actual que continúa viniendo también «hoy». Con esta fe se construye la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.

Así pues, junto al Apóstol Santiago se construye en nosotros la Iglesia del Dios, viviente. Esta Iglesia profesa su fe en Dios, anuncia a Dios, adora a Dios. Así lo proclamamos en el salmo responsorial de la liturgia que estamos celebrando:

*«El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos
todos los pueblos tu salvación.
¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.»*

(Sal., 66/67, 2-4)

**Predicando a Cristo
crucificado y resucitado
actúo como
«testigo de esperanza»**

Mi peregrinación por tierras de España acaba aquí, en Santiago de Compostela. He pasado por vuestra patria predicando a Cristo crucificado y resucitado, difundiendo su Evangelio, actuando como «testigo de esperanza», y he encontrado por todas partes apertura generosa, correspondencia entusiasta, afecto sincero, hospitalidad afable, capacidad creadora y afanes de renovación cristiana.

Por eso, en este momento deseo proclamar y celebrar con las palabras del Salmista *la gloria y alabanza* del Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Sea para la «mayor gloria de Dios» —*ad maiorem Dei gloriam*— todo este servicio del Obispo de Roma peregrino. Con tal espíritu lo comencé y os ruego que así lo recibáis.

En este lugar de Compostela, meta a la que han peregrinado durante siglos tantos hombres y pueblos, *deseo*, junto con vosotros, hijos e hijas de la España católica, *invitar a todas las naciones de Europa y del mundo* —a los pueblos y hombres de toda la tierra— *a la adoración y alabanza del Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo*.

«¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben» (Sal., 6/67, 6). Amén.

**Junto con los hijos
de la España católica
invito a todos a adorar
y alabar a Dios**

Santiago de Compostela

9 Noviembre

A LAS GENTES DEL MAR

LOS PRIMEROS AMIGOS DE JESUS ERAN DE VUESTRA FAMILIA

Discurso en la Plaza del Obradoiro

Queridos hermanos y hermanas:

1. Sean mis primeras palabras de afectuoso saludo en el Señor. Quiero deciros enseguida que me siento muy a gusto entre vosotros; es una sensación de íntimo agrado, de gozo correspondido, porque sé que también vosotros deseábais ardentemente ver y escuchar al Papa y estar junto a él.

Que este sentimiento común que ahora estamos viviendo se eleve, hoy y siempre, como un canto de alabanza perenne a la gloria de Dios Padre: a ello nos invita, con su encanto particular, este lugar donde nos encontramos: la esplén-

dida plaza del Obradoiro y la basílica compostelana.

2. «¡Ved, qué dulzura y qué delicia convivir los hermanos unidos!» (Sal. 132, 1). Unidos no sólo como peregrinos en busca de la «perdonanza», sino también porque, aún perteneciendo a distintas regiones españolas —Galicia, Asturias, Cantabria y otras— sois conscientes de formar parte de una gran *familia*. Y cuando digo *familia*, pienso en una clase de hombres, los hombres del mar, vosotros fuertemente unidos por esos lazos entrañables de solidaridad fraterna que distingue a cuantos habéis hecho del mar el escenario habitual de vuestra existencia.

De esta fraternidad tenéis experiencia directa en vuestra brega continua por el ancho mar, que surcáis como heredad común dando prueba de vuestro valor y habilidad profesional. Y compartiendo, con ánimo siempre dispuesto a «dar una mano», horas de resistencia a la fatiga e interminables momentos de peligro y de lucha, cuando se vuelven rebeldes los vientos y las aguas del océano.

Son éstos, entre otros muchos acontecimientos que acentúan en vosotros la nostalgia de la propia tierra y la lejanía del hogar; pero al mismo tiempo son momentos únicos que sacuden lo hondo del alma y hacen experimentar la fuerza indispensable e invencible de la fe y de la confianza en Dios, que ama y protege a sus hijos.

3. Estas breves consideraciones alusivas a vuestra condición de hombres del mar me llevan a revivir espontáneamente tantas escenas del Evangelio, junto al mar de Tiberíades, y que nos son familiares. Bien podéis decir que en aquellas páginas se habla ya de vosotros y que los primeros amigos de Jesús, sus predilectos, eran de vuestra familia. Entre ellos estaba San Pedro, de quien por designio divino soy humilde sucesor; de aquel primer grupo formaba también parte el querido apóstol de España, Santiago; estaban a su vez otros que, al igual que ellos, eran pescadores de profesión.

La convivencia y larga amistad con el Maestro, a quien, escuchando su llamada, fueron siguiendo primeramente por los alrededores del lago y después a través de Galilea y de Judea; por los altos, por los campos y pueblos, les fue abriendo poco a poco los horizontes insospechados: en las palabras y en los milagros obrados ante ellos, se revelaba la voluntad de Dios Padre de salvar a todos los hombres por medio de la muerte y resurrección de su Hijo.

A partir de entonces, aquel primer grupo de pescadores (aumentado hasta constituir el grupo escogido de los Doce) iban a ser los continuadores de la obra de Jesús a través del inmenso mar del mundo. Impulsados por el viento del Espíritu, recibieron la misión de transmitir a todas las gentes su propia experiencia —desde los días de Tiberíades hasta el acontecimiento renovador de Pentecostés—, sin otro objetivo que el de llenar de hombres la barca de la Iglesia.

4. Así comenzó su navegación la nueva barca de Pedro. Y continuando su misión, tenéis entre vosotros al Sucesor de aquel pescador de Galilea. Ha venido para animar vuestra fe y confianza en

el Señor, que os ha agregado a El desde el día del bautismo.

No se me oculta que, en medio de vuestras afanosas tareas, pueda a veces la neblina que cubre la fe. Es entonces cuando habéis de saber recurrir a la oración y recordar que el Señor no os abandona, que habéis sido llamados por Jesús para estar con El en su barca, donde El vela por vosotros; aunque a los ojos humanos pudiera dar la impresión de haberse rendido al sueño: «¡Hombres de poca fe! ¿Por qué teméis?» (Mt. 8,26). La fe incondicionada y sin temores en la presencia cercana del Señor ha de ser la brújula que oriente vuestra vida de trabajo y de familia hacia Dios, de donde viene la luz y la felicidad.

El mundo en que vivimos necesita —como vosotros— esta fe, este faro de luz. Olvidarse de Dios, como pretenden las tendencias materialistas, significaría hundirse en la soledad y en la tiniebla, quedarse sin rumbo y sin guía. Por eso, queridos hermanos, os animo encarecidamente a que cultivéis la fe recibida. Conocéis ya cómo acercaros a Cristo, cómo estar con El, siendo discípulos de su persona y de su mensaje; y de esta experiencia propia han de beneficiarse vuestras familias y cuantos, en vuestros viajes por el mar, se acerquen a vosotros; aun los que quizá no han oído el mensaje evangélico.

5. Mi presencia aquí quiere ser, además, un signo vivo y fehaciente de la preocupación de la Iglesia por los hombres del mar. Todo lo que he dicho en mi Magisterio, especialmente en la Encíclica «*Laborem exercens*», acerca de la dignidad del trabajo humano, de su primacía sobre las cosas que produce, tiene su aplicación a vuestros problemas profesionales y laborales. «No hay *duda de que el trabajo humano* tiene un valor ético, que está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo...: es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo; pero, ante todo, el trabajo *está en función del hombre* y no el hombre *en función del trabajo*» (*Laborem exercens*, 6).

No ignoro las dificultades que encontráis para el desarrollo de vuestras personas en lo humano y para la vivencia de vuestra fe cristiana: la prolongada permanencia en el mar, el aislamiento, los obstáculos para la defensa de vuestros derechos en campo profesional y laboral, la peligrosidad de las faenas que realizáis, el choque con ambientes de otras culturas.

Es necesario que estas condiciones de vuestra profesión sean asumidas por vosotros y por cuantos influyen en las condiciones de vida y trabajo de vuestro sector, para que haya siempre una mayor valoración de la persona humana. Ello implica más amplias facilidades para vuestra elevación cultural y profesional; mejores condiciones de trabajo y de vida a bordo; mejores garantías de seguridad e higiene en los barcos, más equitativa distribución de las ganancias; adecuadas vacaciones que faciliten el contacto con la familia, la sociedad y la comunidad eclesial; mayores posibilidades para el ejercicio de vuestros derechos laborales y cívicos.

6. Quiero dirigir ahora mi pensamiento a aquellos componentes del núcleo familiar que ven cómo una parte suya —el marido, los hijos mayores— deben apartarse del hogar, quizá por largas temporadas. Si la madre es siempre una figura insustituible, aquí se manifiesta de una manera particular su incomparable dignidad, su inmenso valor social. El corazón de la madre es siempre el corazón del hogar. En situaciones como las que ahora comento es, por así decir, casi el hogar entero. Gracias a la madre, que hace entonces de madre y de padre, se mantiene la continuidad del hogar, se garantiza la educación de los hijos, se hace más llevadera para toda la familia la espera hasta que el padre vuelva.

Mujeres que me escucháis y que os encontráis en una situación como la que describo: Sentid el orgullo de vuestra maternidad. Sed leales a vuestra misión. Buscad en Dios la fuerza para la gran entrega que se exige a vosotras. Y cuando el marido regrese, o cuando os reunáis de nuevo con él, volcad el cariño de vuestro corazón. Superad las dificultades que nunca faltan, y tened como única meta el servicio a Dios y a los demás.

Y vosotros, hijos, hijos mayores sobre todo, ayudad a vuestras madres en esa tarea, con amor filial, con sentido de familia, con espíritu cristiano.

7. Sensible a las inquietudes de las gentes del mar, la Iglesia ha instituido, entre sus actividades más esperanzadoras, el Apostolado del Mar.

Ya desde mucho antes, la Iglesia en España se ha preocupado de su asistencia espiritual. Esta hermosa iniciativa continúa aún hoy mediante la obra de tantos sacerdotes españoles que prestan su ministerio desde los mares fríos del Norte hasta las aguas de Africa del Sur.

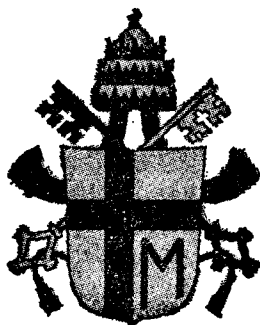
Vaya a todos ellos el agradecimiento de la Iglesia, el afecto del Papa por su inapreciable servicio y el aliento a proseguirlo con generosidad.

8. Hemos llegado al final de estas palabras mías, de este momento que desearía prolongar. Hay muchas cosas de las que no hemos podido hablar, pero quedan en vuestros corazones. Una vez más nos acordamos de los miembros de vuestras familias que no están con nosotros. Nos acordamos de tantas personas que, aunque no naveguen, viven del mar y para el mar.

Todos están hoy aquí y a todos querría dirigirlos al Señor. Deseo hacerlo por el mejor camino para llegar a Dios, siguiendo el impulso de la brisa favorable que hace avanzar la barca. Me refiero al amor a María Santísima, la Virgen Madre de Dios.

Que la Virgen del Carmen, cuyas imágenes se asoman a las rías que hacen la belleza de esta tierra gallega, os acompañe siempre. Sea Ella la estrella que os guíe, la que nunca desaparezca de vuestro horizonte. La que os conduzca a Dios, al puerto seguro.

A todas as queridas xentes de Galicia, a todos vos que tedes a grande fortuna de custodiare nesta vosa terra o tesouro mais precioso entrañado na memoria do Santo Apostolo Santiago, que El sexa sempre a vosa guia, nunha firme e fervente fe en Cristo, e sempre na vosa vida exemplarmente cristiana.
Asi sexa.



DISCURSO EN EL ACTO EUROPEISTA

Que Cristo mantenga a Europa unida siempre a Dios

*Desde la Catedral de Santiago de Compostela
Juan Pablo II dirigió a Europa un mensaje de aviso y esperanza*

Majestad, excelentísimos e ilustrísimos señores, señoras,
hermanos:

1. Al final de mi peregrinación por tierras españolas, me detengo en esta espléndida catedral, tan estrechamente vinculada al Apóstol Santiago y a la fe de España. Permitidme que ante todo agradezca vivamente a Su Majestad el Rey las significativas palabras que me ha dirigido al principio de este acto.

Este lugar, tan querido para los gallegos y españoles todos, ha sido en el pasado un punto de atracción y de convergencia para Europa y para toda la cristiandad. Por eso he querido encontrar aquí a distinguidos representantes de organismos europeos, de los obispos y organizaciones del continente. A todos dirijo mi deferente y cordial saludo, y con vosotros quiero reflexionar esta tarde sobre Europa.

Mi mirada se extiende en estos instantes sobre el continente europeo, sobre la inmensa red de vías de comunicación, que unen entre sí a las ciudades y naciones que lo componen, y vuelvo a ver aquellos caminos que, ya en la Edad Media, han conducido y conducen a Santiago de Compostela —como lo demuestra el Año Santo que se celebra este año— innumerables masas de peregrinos, atraídas por la devoción al Apóstol.

Desde los siglos XI y XII, bajo el impulso de los monjes de Cluny, los fieles de todos los rincones de Europa acuden cada vez con mayor frecuencia hacia el sepulcro de Santiago, alargando hasta el considerado «Fines terrae» de entonces aquel célebre «camino de Santiago», por el que los españoles ya habían peregrinado. Y hallando asistencia y cobijo en figuras ejemplares de caridad, como Santo Domingo de la Calzada y San Juan Ortega, o en lugares como el santuario de la Virgen del Camino.

**El sepulcro de Santiago,
convergencia para toda
la cristiandad**

Aquí llegaban de Francia, Italia, Centroeuropa, los Países Nórdicos y las Naciones Eslavas, cristianos de toda condición social, desde los reyes a los más humildes habitantes de las aldeas; cristianos de todos los niveles espirituales, desde santos, como Francisco de Asís y Brígida de Suecia (por no citar tantos otros españoles), a los pecadores públicos en busca de penitencia.

Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la «memoria» de Santiago, en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. Por ello el mismo Goethe insinuará que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando.

2. La peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes, como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba, relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidas por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio y contemporáneamente, se puede afirmar, surgían como pueblos y naciones.

La historia de la formación de las naciones europeas van a la par con su evangelización; hasta el punto de que las fronteras europeas coinciden con las de la penetración del Evangelio. Después de veinte siglos de historia, no obstante, los conflictos sangrientos que han enfrentado a los pueblos de Europa, y a pesar de las crisis espirituales que han marcado la vida del continente —hasta poner a la conciencia de nuestro tiempo graves interrogantes sobre su suerte futura— se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo, y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes, de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes; en una palabra, todo lo que constituye su gloria.

Y todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan.

3. Dirijo mi mirada a Europa como al continente que más ha contribuido al desarrollo del mundo, tanto en el terreno de las ideas como en el del trabajo, en el de las ciencias y las artes. Y mientras bendigo al Señor por haberlo iluminado con su luz evangélica desde los orígenes de la predicación apostólica, no puedo silenciar el estado de crisis en el que se encuentra, al asomarse al tercer milenio de la era cristiana.

Hablo a representantes de organizaciones nacidas para la cooperación europea, y a hermanos en el Episcopado de las distintas Iglesias locales de Europa. La crisis alcanza la vida civil como la religiosa. En el plano civil, Europa se encuentra dividida. Unas fracturas innaturales privan a sus pueblos del derecho de encontrarse todos recíprocamente en un clima de amistad; y de aunar libremente sus esfuerzos y creatividad al servicio de una convivencia pacífica, o de una contribución solidaria a la solución de problemas que afectan a otros continentes. La vida civil se encuentra marcada por la consecuencia de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito econó-

Europa se encontró a sí misma peregrinando a Santiago

Las naciones europeas surgen con la evangelización, y sus fronteras coinciden con las de la penetración del Evangelio

La identidad europea incomprensible sin el cristianismo

Si todavía hoy Europa permanece unida lo es por sus valores cristianos

Al allegarse el tercer milenio Europa se halla en crisis

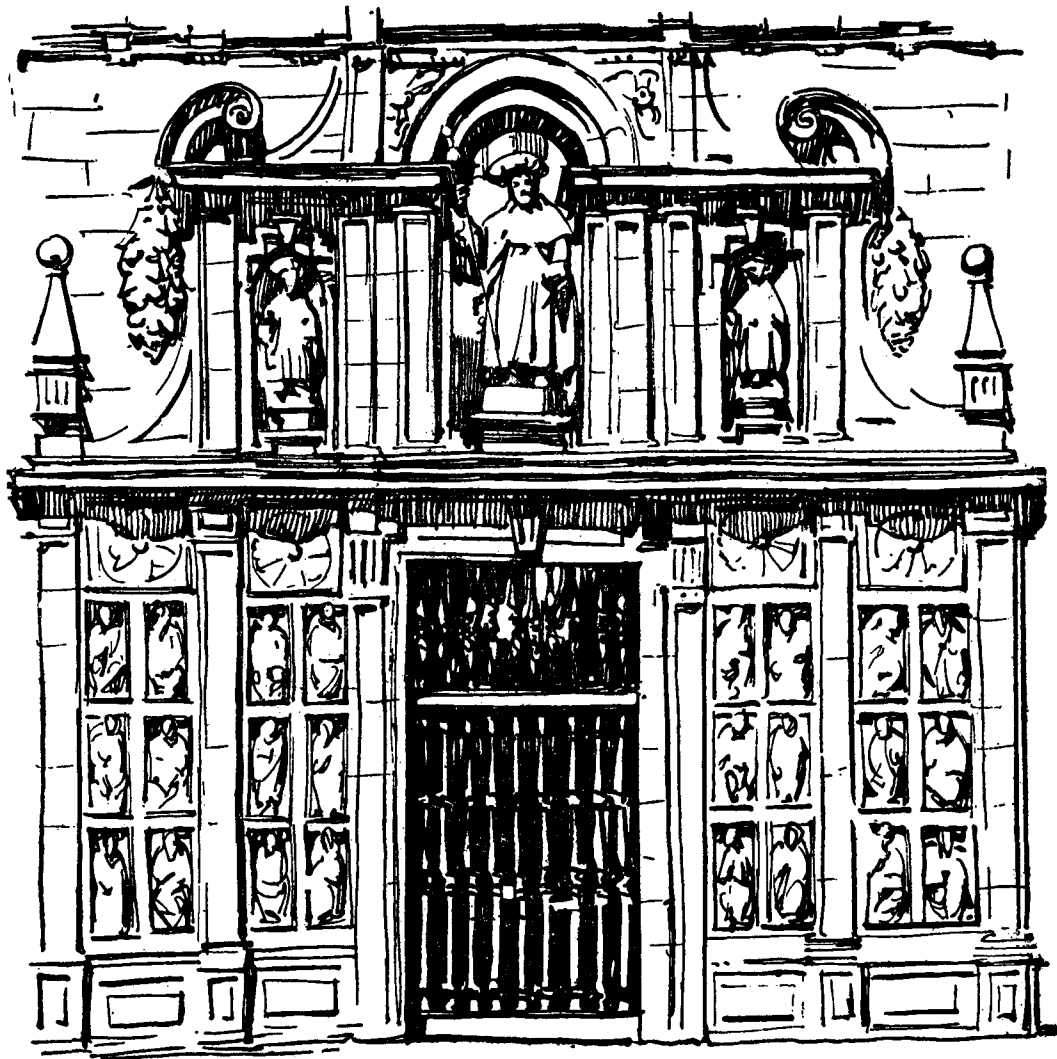
La vida civil está marcada por ideologías ateas y materialistas

mico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un «nihilismo» que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo.

**Creciente defección
de bautizados y creyentes**

Europa está, además, dividida en el aspecto religioso: No tanto ni principalmente por razón de las divisiones sucedidas a través de los siglos, cuanto por la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y comunidades.

4. Por esto yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca, que se ha considerado siempre europea, por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales; eslava entre los latinos y latina entre los eslavos. Yo, sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso



SERRA GODAY

¡Europa, vuelve a encontrarte, sé tu misma!

colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo. Yo, obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a encontrarte. Sé tu misma*. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: «Lo puedo.»

El conocimiento y respeto de Dios base del derecho y la justicia

¡No tengas miedo Europa, abre de nuevo tus puertas a Cristo!

5. Si Europa es una, y puede serlo con el debido respeto a todas sus diferencias, incluidas las de los diversos sistemas políticos, si Europa vuelve a pensar, en la vida social, con el vigor que tienen algunas afirmaciones de principio, como las contenidas en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, en la Declaración Europea de los Derechos del Hombre, en el acta final de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa; si Europa vuelve a actuar, en la vida específicamente religiosa, con el debido conocimiento y respeto a Dios, en el que se basa todo el derecho y toda la justicia; si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo y no tiene miedo a abrir a su poder salvífico los confines de los estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo (cfr. *Discurso de Juan Pablo II*, 22 de octubre de 1978), su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor; antes bien se abrirá a un nuevo período de vida, tanto interior como exterior, benéfico y determinante para el mundo, amenazado constantemente por las nubes de la guerra y por un posible ciclón de holocausto atómico.

6. En estos instantes vienen a mi mente los nombres de grandes personalidades: hombres y mujeres que han dado esplendor y gloria a este continente por su talento, capacidad y virtudes. La lista es tan numerosa entre los pensadores, científicos, artistas, exploradores, inventores, jefes de estado, apóstoles y santos, que no permite abreviaciones. Estos constituyen un estimulante patrimonio de ejemplo y confianza. Europa tiene todavía en reserva energías humanas incomparables, capaces de sostenerla en esta histórica labor de renacimiento continental y de servicio a la humanidad.

Me es grato recordar ahora con sencillez la fuerza de espíritu de Teresa de Jesús, cuya memoria he querido especialmente honrar durante este viaje, y la generosidad de Maximiliano Kolbe, mártir de la caridad en el campo de concentración de Auschwitz, al que recientemente he proclamado Santo.

Pero merecen particular mención los Santos Benito de Nursia y Cirilo y Metodios, Patronos de Europa. Desde los primeros días de mi pontificado no he dejado de subrayar mi solicitud por la vida de Europa y de indicar cuáles son las enseñanzas que provienen del espíritu y acción del «patriarca de Occidente» y de los «dos hermanos griegos», apóstoles de los pueblos eslavos.

«Ora y labora», justo equilibrio frente a la amenaza de que el tener prevalezca sobre el ser

Benito supo aunar la romanidad con el Evangelio, el sentido de la

**Pese a las dificultades
actuales contingentes,
la presencia del
cristianismo
entre los eslavos
permanece insuprimible**

universalidad y del derecho con el valor de Dios y de la persona humana. Con su conocida frase «ora et labora» —reza y trabaja—, nos ha dejado una regla válida aun hoy para el equilibrio de la persona y de la sociedad, amenazadas por el prevalecer del *tener* sobre el *ser*.

Los Santos Cirilo y Metodio supieron anticipar algunas conquistas que han sido asumidas plenamente por la Iglesia en el Concilio Vaticano II, sobre la inculturación del mensaje evangélico en las respectivas civilizaciones, tomando la lengua, las costumbres y el espíritu de la estirpe con toda plenitud de su valor. Y esto lo realizaron en el siglo IX, con la aprobación y el apoyo de la Sede Apostólica, dando lugar así a aquella presencia del cristianismo entre los pueblos eslavos, que permanece todavía hoy insuprimible a pesar de las actuales vicisitudes contingentes. A los tres Patronos de Europa he dedicado peregrinaciones, discursos, documentos pontificios y culto público, implorando sobre el continente su protección y mostrando a la vez su pensamiento y su ejemplo a las nuevas generaciones.

La Iglesia es, además, consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines que procuren un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones. Por ello también a nivel diplomático está presente por medio de sus observadores en los diversos organismos comunitarios no políticos; por la misma razón mantiene relaciones diplomáticas, lo más extensas posibles, con los Estados; por el mismo motivo ha participado, en calidad de miembro, en la Conferencia de Helsinki y en la firma de su importante *acta* final, así como en las reuniones de Belgrado y de Madrid; esta última reanudada hoy, y para la que formulo los mejores votos en momentos no fáciles para Europa.

Pero es la vida eclesial la que es llamada principalmente en causa, con el fin de continuar dando un testimonio de servicio y de amor para contribuir a la superación de las actuales crisis del continente, como he tenido ocasión de repetir recientemente en el Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas (cfr. *Discurso de Juan Pablo II*, 5 de octubre 1982).

7. La ayuda de Dios está con nosotros. La oración de todos los creyentes nos acompaña. La buena voluntad de muchas personas desconocidas, artífices de paz y de progreso, está presente en medio de nosotros como una garantía de que este mensaje, dirigido a los pueblos de Europa, va a caer en un terreno fértil.

Jesucristo, el Señor de la historia, tiene abierto el futuro a las decisiones generosas y libres de todos aquellos que, acogiendo la gracia de las buenas inspiraciones, se comprometen a una acción decidida por la justicia y la caridad en el marco del pleno respeto a la verdad y la libertad.

Encomiendo estos pensamientos a la Santísima Virgen para que los bendiga y haga fecundos; y recordando el culto que se da a la Madre de Dios en los numerosos santuarios de Europa, desde Fátima a Ostra Brama, de Loreto a Czestochowa, le pido que acoja las plegarias de tantos corazones para que el bien continúe siendo una gozosa realidad en Europa y Cristo tenga siempre unido nuestro continente a Dios.

**Cristo, Señor de la
Historia, tiene abierto
el futuro de Europa**

**¡Que Cristo mantenga
a Europa unida siempre a
Dios!**

Aeropuerto de Labacolla - Santiago de Compostela - 9 Noviembre

DESPEDIDA

¡HASTA SIEMPRE ESPAÑA!

¡HASTA SIEMPRE TIERRA DE MARIA!

En Labacolla, donde tomaría el avión que le llevase de nuevo a Roma, el Papa dijo el siguiente discurso de despedida:

Majestades, hermanos en el Episcopado, españoles todos:

1. Ha llegado el momento de despedirnos al final de mi viaje apostólico a vuestra nación. Doy gracias a Dios por estos días intensos, que me han permitido realizar los objetivos previstos de anuncio de la fe y siembra de esperanza.

En cada uno de los lugares visitados he encontrado con gozo una gran vitalidad de fe cristiana, unida a inequívocas pruebas de amor a la Iglesia y afecto al sucesor de Pedro.

2. Quedan impresos en mi alma tantas escenas y momentos de este viaje que serán recuerdos imborrables de mi paso entre vosotros. Estoy seguro de que muchas veces aflorará en mi mente la memoria de estos días, y entonces la oración recogerá mi recuerdo agradecido.

De entre tantos momentos memorables, ¿cómo no mencionar el del encuentro con los obispos de España que cuidan la grey de Cristo; los de mi oración ante los sepulcros de esos santos universales, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz; los encuentros con los superiores mayores religiosos, con el mundo del trabajo y los jóvenes; el acto sacerdotal con la ordenación de nuevos presbíteros; la primera beatificación hecha en tierras de España; el acto mariano y rosario junto a la Madre común? ¡Qué cúmulo de vivencias entrañables acuden a la mente cuando evoco mi estancia en Madrid, Avila, Alba de Tormes, Salamanca, Guadalupe, Toledo, Segovia, Sevilla, Granada, Loyola, Javier Zaragoza, Montserrat-Barcelona, Valencia y la última etapa en esta ciudad del Apóstol Santiago! Son *nombres* que han penetrado definitivamente en fibras muy hondas de mi ser, *hechos imagen de un nombre querido*: España.

Doy gracias a Dios por estos días de siembra de la fe y la esperanza

Los lugares de tantos momentos memorables han hecho en mi ser imagen de un nombre querido: España

¡Qué sepáis iluminar desde la fe vuestro futuro!

3. Con mi viaje he querido despertar en vosotros el recuerdo de vuestro pasado cristiano y de los grandes momentos de vuestra historia religiosa. Esa historia por la que, a pesar de las inevitables lagunas humanas, la Iglesia os debía un testimonio de gratitud.

Sin que ello significase invitaros a vivir de nostalgias o con los ojos sólo en el pasado, deseaba dinamizar vuestra virtualidad cristiana. Para que sepáis iluminar desde la fe vuestro futuro y construir sobre un humanismo cristiano las bases de vuestra actual convivencia. Porque amando vuestro pasado y purificándolo, seréis fieles a vosotros mismos y capaces de abriros con originalidad al porvenir.

4. Antes de dejar vuestro país deseo reiterar mi agradecimiento a Su Majestad el Rey por su invitación a visitar España, que se unió a la del Episcopado, y por venir a despedirme junto con la Reina. Mi reconocimiento también al Gobierno y autoridades todas de la nación por el esfuerzo desplegado para asegurar el éxito de la visita. Y vaya asimismo mi sincera gratitud a tantas personas que han prestado un servicio precioso y anónimo antes y durante mi viaje.

Queridos españoles todos: He visto millares de veces en todas las ciudades visitadas el cartel de quien esperabais como «testigos de esperanza».

Los brazos abiertos del Papa quieren seguir siendo una llamada a la esperanza, una invitación a mirar hacia lo alto, una imploración de paz y fraterna convivencia entre vosotros.

Son los brazos de quien os bendice e invoca sobre vosotros la protección divina y en un saludo hecho de afecto os dice: *¡Hasta siempre, España! ¡Hasta siempre, tierra de María!*

¡Hasta siempre tierra de María!

Telegrama desde el avión

«QUE DIOS PROTEJA A ESPAÑA»

«Al dejar España al término de mi viaje pastoral deseo enviar a Vuestra Majestad, a las autoridades y a todo el querido pueblo español mi más cordial saludo y agradecimiento por las innumerables muestras de afecto y deferencia recibidas durante mi permanencia en esta nobilísima nación. El recuerdo de las profundas vivencias espirituales que he tenido durante estas imborrables jornadas, en las que he podido constatar los grandes valores y las hondas raíces cristianas de un pueblo de historia y riqueza de espíritu singulares, me acompañará siempre y serán plegarias para que Dios le proteja, ayude a superar sus dificultades y oriente su futuro por senderos de concordia, de respeto a las exigencias morales y de progreso constante y bienestar para todos los españoles.

«Sobre todos los ciudadanos de la queridísima España descienda con todo mi afecto la bendición apostólica.»

JOANNES PAULUS II

Ciudad del Vaticano10 Noviembre

MI GRATITUD A LA MADRE CELESTIAL

*Palabras del Papa durante el rezo del ángelus
en el patio de San Dámaso*

Al regresar del prometido viaje a España, siento la necesidad de expresar públicamente ante vosotros, queridos fieles, mi ferviente gratitud al Señor, quien me ha concedido visitar aquella gran nación cristiana, a la cual he podido llevar mi afectuoso saludo y he repetido, con amor y con fuerza, el eterno mensaje del Evangelio, confirmando la alta enseñanza de sus obispos y la herencia de sus santos.

Deseo volver nuevamente sobre la compleja realidad eclesial y social de esta histórica peregrinación; y, por ello, dejo para una próxima ocasión el detalle de los diversos encuentros, y mi agradecido y reiterado saludo a todas las autoridades, religiosas y civiles, que lo han facilitado.

Pero en este momento, en el que nos disponemos a rezar el

ángelus, me apremia, sobre todo, expresar otro sentimiento: Mi alegría por haber podido visitar, este año, los célebres santuarios marianos de la península Ibérica.

Considero éste un especial privilegio que me ha sido concedido por la Virgen Santísima. Y mi pensamiento emocionado se dirige, ahora, a los lugares bendecidos por la maternal presencia de María: Después de Fátima, en mayo pasado, he aquí el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. El santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla, en Segovia; el santuario de la Virgen de los Reyes, en la catedral de Sevilla; el santuario de la Virgen de las Angustias, en Granada; el de la Virgen del Pilar, en Zaragoza; el célebre santuario mariano de Montserrat y, finalmente, el de la Virgen de los Desamparados.

Mi gratitud a la Madre celestial es profundamente sincera y se transforma en súplica para España, al igual que para vosotros fieles, aquí presentes, y para todos los cristianos; todos juntos pidamos a Ella que el viaje apostólico, recientemente concluido, sirva para formar en mayor escala las conciencias, iluminando a los alejados y vacilantes, fortaleciendo y alentando a los cristianos.

Al recordar tantas visitas y encuentros, deseo terminar con las palabras pronunciadas en Guadalupe: «Bendita Tú, oh María. Este saludo une a millones de corazones... María no es solamente la Madre solícita de los hombres, de los pueblos, de los marginados, es también el modelo de la fe y en las virtudes, al que debemos imitar durante nuestra peregrinación terrena.

Ciudad del Vaticano17 Noviembre

LOS SANTOS SON EL CORONAMIENTO DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA EN LA PENINSULA IBERICA

Palabras del Papa en la catequesis de los miércoles

1. Deseo agradecer, una vez más, al Rey de España y a las autoridades de ese país, así como a la Conferencia Episcopal Española, por la invitación a la clausura del 400 aniversario de la muerte de Santa Teresa de Jesús. No me fue dado participar en la inauguración de este jubileo hace un año, pero he podido ir a España para su solemne con-

clusión del Año Teresiano ha tenido lugar el día de Todos los Santos, primero en Avila, donde ha nacido la gran santa reformadora del Carmelo y doctora de la Iglesia, y después en Alba de Tormes, donde ella terminó su vida terrena en el año 1582. De este modo se ha efectuado la conclusión del Año Teresiano en España, en presencia y con la participación del Papa.

2. El jubileo teresiano tiene una específica elocuencia, no sólo si consideramos de la figura de la santa, sino también, indirectamente, en consideración del período en el que ella vivió y que es muy importante para la historia de la Iglesia. Junto a la gran obra de Teresa de Jesús aparece en el horizonte del Carmelo renovado San Juan de la Cruz. Y por tanto, en el cuadro de la misma peregrinación, me ha sido dado visitar el 4 de noviembre también su tumba en Segovia. La misión de estos dos santos doctores de la Iglesia sucede en el período inmediatamente posterior a la reforma, y al mismo tiempo se coloca después del Concilio Tridentino, que inicia una renovación de la Iglesia significativa para aquellos tiempos.

En este proceso España ha tenido una parte relevante. La renovación iniciada en la Península Ibérica abrazó, mediante los santos carmelitanos, la esfera de la vida espiritual, el campo de las ascesis y de la mística, y al mismo tiempo se extendió al campo del apostolado y de las misiones en el sentido moderno de la palabra. En el curso de mi peregrinación a España me ha sido dado visitar también los dos lugares que se unen con este rayo de renovación: Loyola y Javier. El primero, en la zona vasca, es el lugar de nacimiento de San Ignacio, fundador de las Compañías de Jesús; el segundo es el lugar de nacimiento de San Francisco Javier, gran pionero y patrono de las misiones. Los caminos misioneros del santo, uno entre los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, lo condujeron primero que todo hacia el Extremo Oriente. Al mismo tiempo, no debe olvidarse que entonces, casi un siglo después del Descubrimiento de América, los misioneros se dirigían hacia Occidente para anunciar el Evangelio.

3. Así, pues, en el centro de la visita del Papa se han encontrado los grandes santos que ha generado la tierra española. Los santos son el más pleno coronamiento de la historia de la Iglesia en la Península Ibérica, historia que data de los tiempos apostólicos. Para esta península se dirigió San Pablo en sus viajes misioneros. También se ha fijado sobre todo el recuerdo y la tradición de Santiago el Mayor en Compostela, el extremo noroeste de España, donde llegaban, en el curso de tantos siglos, los peregrinos de los diversos países de Europa.

Uniéndose a su larga fila, el Papa ha querido hacer referencia a las tradiciones apostólicas de la Iglesia y de las naciones en la Península Ibérica. Estas tradiciones han continuado también a través de los siglos, cuando la gran parte de la Península se ha encontrado bajo la dominación de los musulmanes, y se han desarrollado nuevamente cuando los Reyes Católicos Isabel y Fernando reunieron bajo su poder a toda España.

La peregrinación en ese país me ha conducido a los centros más antiguos de la fe y de la Iglesia en el espacio de casi dos mil años. Esta fe y la Iglesia han fructificado en particular medida con los santos y los beatos de todas las épocas. La beatificación de la humilde sierva de los pobres, la beata Angela de la Cruz en Sevilla, ha sido un último anillo de este proceso histórico.

4. Y contemporáneamente esta peregrinación papal a España ha entrado en el contexto de toda la realidad contemporánea de la Iglesia, del pueblo de Dios en la Península Ibérica. En lo alto de la tradición secular han aparecido los problemas y los temas que componen la vida de la Iglesia y de la sociedad hoy, y que han sido confiados al Señor desde el primer día con la participación al acto eucarístico de la adoración nocturna.

Particularmente elocuente, desde este punto de vista, ha sido la visita a Toledo, sede primada de España, lugar de importantes concilios en los siglos pasados de la Iglesia. Al mismo tiempo, la celebración eucarística en Toledo reunió a los representantes del apostolado de los seglares de todo el país y a ellos fue dirigida la homilía de la santa misa.

La problemática de la vida de los seglares ha encontrado también su expresión durante la santa misa para las familias en Madrid. Durante el viaje, esa fue la asamblea más numerosa de todas y en ella han quedado puestos de relieve los problemas sobre la responsabilidad del matrimonio católico de la familia.

Inmediatamente a su lado se puede colocar el encuentro con la juventud, en el estadio Santiago Bernabéu, en Madrid, que ha reunido centenares de miles de jóvenes participantes (más de medio millón), la mayor parte tuvieron que quedarse fuera del estadio.

5. El camino de la visita en España conducía no sólo sobre la huella de los grandes santos, sino también a los grandes centros que reúnen la parte más conspicua de la población, como Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Zaragoza. Cerca de Valencia he visitado también los terrenos afectados recientemente por los aluviones. En Barcelona, el encuentro principal, además de la celebración eucarística central, fue dedicado al mundo del trabajo, a los obreros e industriales. A los agricultores fue dirigida la palabra de la homilía en Sevilla. Los hombres del mar tuvieron un especial encuentro en Santiago de Compostela. A la emigración, a los emigrantes, les fue dedicado el encuentro en Guadalupe. No poco espacio del programa de la visita han ocupado, después, los centros de ciencia y de la cultura: el encuentro con los representantes de las reales academias, de la investigación científica y de la Universidad de Madrid, completado por el encuentro con la juventud universitaria. En Salamanca fue el discurso a los cultivadores de las ciencias eclesíásticas, principalmente los teólogos.

6. La Iglesia en España cumple su misión introduciendo en la vida la doctrina del Concilio Vaticano II. Todos los encuentros más arriba indicados dan prueba de cuánto la Iglesia busca estar presente en el mundo contemporáneo. Convendría aquí añadir aún el encuentro con el mundo de los medios de comunicación social, principalmente con los periodistas, y la visita a la Organización Mundial del Turismo.

También conviene dedicar particular atención a los que en modo especial sirven, con la propia vocación y actividad, la misión de la Iglesia. En primer lugar, es necesario mencionar la Conferencia Episcopal, con la que me he encontrado, en su nueva sede, nada más llegar a España, en la primera tarde.

La jornada sacerdotal fue tenida el 8 de noviembre en Valencia, donde me ha sido dado conferir la ordenación sacerdotal a 141 diáconos y hablar a los sacerdotes representantes de todas las diócesis. A los seminaristas les ha sido dirigido un particular mensaje escrito. Fue muy

elocuente la visita a una nueva iglesia, la parroquia de San Bartolomé, en un barrio periférico de la creciente ciudad de Madrid.

Separadamente tuvieron lugar los encuentros con los representantes de las órdenes y de las congregaciones religiosas masculinas y de las órdenes y de las congregaciones religiosas femeninas, ambos en Madrid. Las congregaciones religiosas de clausura mandaron sus representantes a Avila. Los grandes méritos misioneros de la Iglesia en España fueron recordados durante el encuentro en Javier, donde cincuenta nuevos misioneros recibieron el crucifijo.

La misión de la Iglesia se cumple a través de la continua educación en la fe. A este importante problema fue dedicado un encuentro en Granada.

7. El Concilio Vaticano II ha recordado la verdad de la particular presencia de la Madre de Dios, María, en la misión de Cristo y de la iglesia. Esta verdad es también particularmente viva en toda la tradición de la iglesia en tierra española. Dan cuenta de ello imágenes sagradas y esculturas en diversas catedrales e iglesias de aquella tierra. Dan testimonio las diversas invocaciones, mediante las cuales los confesores de Cristo se dirigen a su Madre. Dan testimonio, finalmente, los diversos santuarios de los cuales menciono, al menos, aquel ya recordado de Guadalupe (en un cierto sentido, prototipo del americano en México). Y aquel de Montserrat, cerca de Barcelona. Como lugar del acto mariano nacional fue elegido el santuario de la Madre de Dios «del Pilar» en Zaragoza.

8. Recordando al menos brevemente todos estos encuentros, incluidos aquellos con la comunidad ecuménica, con los judíos y con mis compatriotas, encuentros con los vivos y también con los muertos —porque de hecho me fue dado estar precisamente en España el día de la conmemoración de Todos los Difuntos— deseo expresar un ferviente agradecimiento al señor por la riqueza de sanas energías y de generosos propósitos que he encontrado en aquella tierra de tradiciones tan antiguas e ilustres. Doy gracias en particular por la vitalidad de aquel pueblo y por sus sentimientos profundamente religiosos. Así, también estoy agradecido al Señor por el compromiso de vida cristiana manifestado por aquella Iglesia, a la cual deseo de corazón, con la ayuda de Dios, resultados siempre más eficaces y luminosos.

Y al mismo tiempo rezo para que esta visita sirva a la gran causa de la misión de la Iglesia en la sociedad de la España contemporánea y también de la Europa contemporánea: hoy y mañana. A este importante problema fue dedicado el último acto en la catedral de Santiago de Compostela, en presencia de los Reyes y de los representantes de diversos países y episcopados europeos.

Que sobre los espléndidos fundamentos de dos mil años se construyan las nuevas generaciones del pueblo de Dios en la Península Ibérica y en el continente europeo.

**Adelante, España, con todos tus hijos.
Adelante, tierra de María, hacia Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.
(Ciudad del Vaticano - 21 noviembre)**



VISITA APOSTOLICA DE JUAN PABLO II A ESPAÑA

Sumario

Editorial	213
Día 15 de octubre. Ciudad del Vaticano	215
Día 31 de octubre. Madrid	217
Saludo en Barajas	217
A la Conferencia Episcopal Española	220
A los colaboradores y empleados de la Conferencia Episcopal	228
A los miembros de la Adoración Nocturna Española	229
Oración para la Adoración Nocturna	231
La Virgen de Guadalupe, Reina de la Hispanidad	237
Día 1 de noviembre. Avila. Alba de Tormes. Salamanca	233
A las monjas de clausura	233
Homilía en Avila	238
A los Profesores de Teología	245
Al pueblo de Alba de Tormes y Salamanca	249
Clausura del centenario Teresiano	251
Oración a Santa Teresa	252
Día 2 de noviembre. Madrid	254
Homilía en la Misa de los Difuntos	254
A las autoridades políticas	255
A la Organización Mundial del Turismo	257
Al Cuerpo Diplomático	258
A los representantes de los medios de Comunicación Social	260
Homilía en la Misa para las Familias	262
A los Religiosos y Miembros de Institutos Seculares	268
Día 3 de noviembre. Madrid	274
A la Comunidad Judía de España	274
A los periodistas	274
Durante el Encuentro Ecuménico	275
Al mundo universitario y de la cultura	276
A los universitarios	282
Homilía en la Nueva Parroquia de Orcasitas	286
A los jóvenes	290

Juan Pablo II habla de España	284
Día 4 de noviembre. Guadalupe. Toledo. Segovia	295
Homilía en el Santuario de Guadalupe	295
A los dirigentes del Apostolado Seglar	299
Discurso en el Acto en Honor de San Juan de la Cruz	306
Día 5 de noviembre. Sevilla. Granada	310
Homilía en la Beatificación de Sor Angela de la Cruz	310
A los educadores cristianos	314
Día 6 de noviembre. Loyola. Javier. Zaragoza	319
A los religiosos y religiosas	319
A los misioneros y misioneras	326
Homilía en el Acto Mariano	332
Oración a María	337
A los enfermos	338
Juan Pablo II habla de la Hispanidad	324
Juan Pablo II habla de Europa	340
Día 7 de noviembre. Barcelona	342
Homilía en el Santuario de Montserrat	342
Angelus en la Sagrada Familia	345
Discurso a los trabajadores y empresarios	347
Homilía en la Misa del Camp Nou	353
Día 8 de noviembre. Valencia. Madrid	358
A los ancianos	358
En la zona de las inundaciones	359
Homilía en la ordenación sacerdotal	360
A los sacerdotes y seminaristas	365
Mensaje escrito a los seminaristas	366
A las religiosas y miembros de institutos seculares	373
Día 9 de noviembre. Santiago de Compostela	377
A las gentes del mar	381
Discurso en el Acto Europeísta	384
Despedida en el aeropuerto	389
Telegrama desde el aire	390
Día 10 de noviembre. Ciudad del Vaticano	391
Día 17 de noviembre. Ciudad del Vaticano	391
Sumario	395

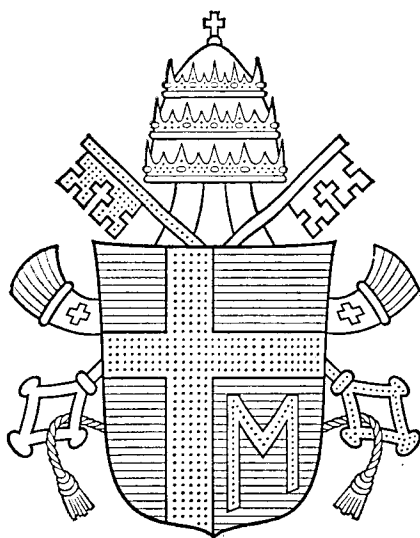
¡NUNCA SE PUEDE LEGITIMAR LA MUERTE DE UN INOCENTE!

Cristo quiso ser reconocido por primera vez por un niño que vivía aún en el vientre de su madre, un niño que se alegró y saltó de gozo ante su presencia.

(Madrid, 2 de noviembre)

Vivid y defended la indisolubilidad y los demás valores del matrimonio, promoviendo el respeto a toda vida desde el momento de la concepción.

(Barcelona, 7 de noviembre)



El respeto absoluto a la vida humana no puede ser ignorado por ninguna persona o institución, privada o pública.

(Madrid, 2 de noviembre)

¿Qué sentido tendría hablar de la dignidad del hombre, de sus derechos fundamentales, si no se protege a un inocente o se llega incluso a facilitar los medios o servicios, privados o públicos, para destruir vidas humanas indefensas?

(Madrid, 2 de noviembre)